

[Comedias]

Vol. 23

EL HIPÓCRITA,

COMEDIA

DE MOLIERE

EN CINCO ACTOS EN VERSO.

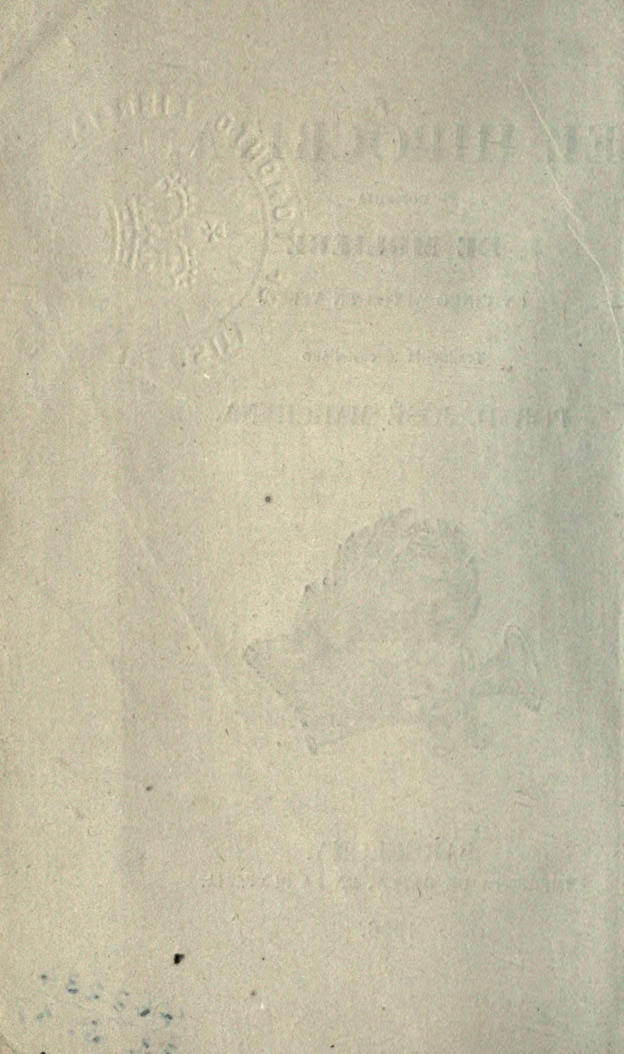
Traducida al castellano

POR D. JOSÉ MARCHENA



BARCELONA.
IMPRENTA DE OLIVA, EN LA PLATERIA.

1836.



EL EDITOR.

La presente comedia es de un mérito sobresaliente, y la mas célebre de cuantas ha producido la chistosa y satírica pluma de Moliere: su fama es inmensa, y todos los sabios y todas las naciones aplauden unánimes esta pieza, y la consideran acreedora à los mayores elogios. En efecto, es un pensamiento feliz el poner en escena la hipocresía, vicio bastante general, y que produce incalculables perjuicios en la sociedad; mas fué empresa muy árdua al propio tiempo, pues debió el Autor manifestar los íntimos sentimientos del vicio y la maldad por medio de actos esteriores de virtud; no obstante, esta contraposicion tan sumamente difícil, la llevó el inmortal Moliere en el *Tartufo* (el *Hipócrita*) hasta un grado admirable de perfeccion, desplegando en el carácter de D. Fidel inimitable maestría, y un profundo conocimiento del corazon humano. Los caracteres de los demas personajes están escogidos con acierto y sostenidos con mucha verdad. Finalmente, las situaciones son interesantes, y el desenlace súbito é imprevisto. Por su parte el traductor ha desempeñado dignamente su tarea con una versificacion suave y natural, y con un estilo correcto y castizo; por lo que el *Hipócrita* es una adquisicion preciosa para el teatro español.

Actores.

DOÑA TECLA, madre de D. Simplicio.
DON SIMPLICIO. marido de Doña Elvira.
DOÑA ELVIRA, muger de D. Simplicio.
DON ALEJANDRO, hijo de D. Simplicio.
DOÑA PEPITA, hija de D. Simplicio.
DON CARLOS, amante de Doña Pepita.
DON PABLO, cuñado de D. Simplicio.
DON FIDEL, hipócrita.
JUANA, criada de Doña Pepita.
DON CELEDONIO, escribano.
UN ALCALDE DE BARRIO.
FELIPA, criada de Doña Tecla.

La escena es en Madrid en casa de Don Simplicio.

EL HIPÓCRITA.

ACTO I.

ESCENA I.

DOÑA TECLA, D.ª ELVIRA, D.ª PEPITA, DON PABLO, D. ALEJANDRO, JUANA Y FELIPA.

DOÑA TECLA.

Anda, Felipa, mas vivo,
que me vea libre de ellos.

D.ª ELVIRA.

Tal paso lleva usted, madre,
que alcanzarla no podemos.

D.ª TECLA.

No te canses mas, Elvira,
en seguirme; cumplimientos
ya sabes que no me gustan.

D.ª ELVIRA.

Señora, aquí solo hacemos
lo que es nuestra obligacion;
¿mas porqué con tal despecho
se va usted de nuestra casa?

D.ª TECLA.

Porque aguantar mas no puedo
lo que en ella pasa; vaya,
esta casa es un infierno,
es un escándalo: nadie,
nadie sigue mis consejos;
sin respeto á los mayores,
cantando y hablando recio,
que parece una ginebra.

JUANA.

Si......

D.ª TECLA.

Tú siempre andas metiendo
en todo tu cucharada,
mas que nunca venga á cuento;
eres muy entremetida,
y charlas por cuatro.

D. ALEJANDRO.

Pero....

D.ª TECLA.

En una palabra, chico,
tú no eres mas que un tontuelo;
mírame, que soy tu abuela,
y te lo digo, y le tengo
pronosticado á tu padre
que tú has de ser con el tiempo
una mala cabecilla,
y darle mil sentimientos.

D.ª PEPITA.

Pero, abuela....

D.ª TECLA.

Nietecita,
con los ojos en el suelo,
que parece que no quiebras
un plato; yo te prometo
que mas temo el agua mansa
que la brava, y que te entiendo
tus maulas.

D.ª ELVIRA.

Madre, nosotros....

D.ª TECLA.

Elvira, esto no va bueno,

tu conducta no me gusta;
tú debes darles ejemplo,
como hacia la difunta,
de economía, de arreglo.
Tú, siempre el vestido rico,
los moños, los embelecos.
La que á su marido quiere,
y no trata de cortejos,
no anda tan engalanada.

D. PABLO.

Señora, usted....

D.ª TECLA.

Caballero,
como hermano de mi nuera
á usted estimo y respeto;
mas si fuera su marido,
le suplicara al momento
que se plantara en la calle,
y no volviera aqui dentro.
Usted profesa unas máximas
que no agradan á los buenos;
¿qué quiere usted? yo soy clara,
y digo aquello que siento.

D. ALEJANDRO.

Solo Don Fidel le peta

á usted, y no sé....

D.ª TECLA.

Es muy cierto;
ese es un justo: ¡ojalá
que siguierais sus consejos
todos! Tú, como eres loco,
siempre le andas zahiriendo;
y á fe que me enfadas mucho.

D. ALEJANDRO.

Pues cierto que fuera acuerdo
aguantar que un mojigato
hipocriton se haga dueño
de mi casa, y no podamos
gozar ningun pasatiempo,
sin pedirle antes licencia.

JUANA.

Vaya; y si nos atenemos
á sus palabras, no hay cosa
en que no se ofenda al cielo:
todo dice que es pecado.

D.ª TECLA.

Y dice muy bien el siervo
de Dios; para ir á la gloria
el camino es muy estrecho.

Mi hijo le respeta y quiere;
sigan ustedes su ejemplo.

D. ALEJANDRO.

No, abuela, padre ni nadie
logrará que tenga afecto
á ese hombre yo, y mentiria
si dijera que le puedo
llevar en paciencia; en breve
tendrémos un sentimiento,
si continua el bribon
haciendo de amo aquí dentro.

JUANA.

¿No es cosa que escandaliza
ver á un pobre pordiosero,
que cuando se metió en casa
estaba el maldito en cueros,
mandar, disponer de todo
como si fuera él el dueño?

D.ª TECLA.

Pesia á mí, mejor irian
las cosas por los consejos
de ese santo encaminadas.

JUANA.

Usted cree que es muy bueno,
pero yo, que le conozco,

digo que es un embustero,
gazmoño....

D.ª TECLA.

¡Lengua maldita!

JUANA.

Ni su criado Lorenzo
ni el amo son de fiar.

D.ª TECLA.

El criado, no me meto
en averiguar si es malo;
el amo sé que es muy bueno.
Ustedes le quieren mal
porque no se anda en rodeos,
y reprehende sus vicios;
porque con un santo zelo
defiende la ley de Dios,
y porque no es lisonjero
con el pecado.

JUANA.

Está bien.
¿Pero, porqué hace algun tiempo
que se pone dado al Diablo
cuando viene alguien á vernos?
¿De una visita inocente
acaso se enoja el cielo?

Aquí para entre nosotros,
si va á decir lo que pienso,
él está de mi señora'
enamorado y con zelos.

D.ª TECLA.

Calla, calla, y mira bien
lo que hablas. El devaneo
de mi nuera, las visitas,
tanto lacayo y cochero
ahí plantado, tanto coche
á la puerta dan perpetuo
pábulo á la murmuracion
de las gentes; yo bien creo
que no hay ofensa de Dios,
pero el escándalo es cierto.

D. PABLO.

A las lenguas maldicientes
¿quien puede poner silencio?
Bueno seria, señora,
que con los que mas queremos
riñiéramos por temor
de que murmuren los necios:
y ni aun así callarian.
Señora, no nos curemos
de lo que digan los tontos;
sigamos por el sendero

recto, y dejemos que el vulgo
hable cuanto quiera luego.

JUANA.

¿Si será nuestra vecina
Alfonsa quien va diciendo
mal de nosotros? Bien puede,
porque siempre son aquellos
que tienen para callar
mas motivos los primeros
que tiran, y con mas furia,
la piedra al tejado ageno.
La amistad mas inocente
la convierten al momento
en mala, y van pregonando
los imaginados yerros
de los otros, que así esperan
encubrir los verdaderos
que ellos cometen, ó acaso
disculpar sus desaciertos,
descargando en otros parte
del público vituperio
que se tienen grangeado.

D.ª TECLA.

Nada de eso viene á cuento.
Doña Ana, que es una santa,
que solo piensa en el cielo,

habla mucho mal de ustedes;
y me lo han dicho sugetos
que la ven muy á menudo.

JUANA.

¡Buena autoridad por cierto!
Verdad es que esa señora
sirve á Dios con mucho zelo,
y que ha dejado del mundo
las pompas y devaneos;
pero ya el mundo le habia
vuelto la espalda primero.
Con sus reverendas canas
mal se avienen los contentos
mundanales, y ella quiere
con mentidos embelecos
de virtud y santidad
disimularnos del tiempo
los estragos; así son
tantos falsos beaterios.
Se acaba la mocedad,
y con ella los cortejos:
tristes y desamparadas,
¿queda entonces otro medio
para no desesperarse
mas que pensar en el cielo?
Afectando austeridad,
y con semblante severo,

las nuevas santas censuran
á las demas, reprendiendo
toda amistad inocente,
todo honesto pasatiempo;
no por caridad cristiana,
¿qué es caridad? ni por pienso:
por envidia solamente
de que otras gocen contentos
que ellas disfrutaron antes,
mas que para siempre huyeron
con la juventud.

D.ª TECLA.

Bien dicho. *(A Elvira.)*
Elvira, estos son los cuentos
que te gustan; la criada
charlando siempre por ciento,
y los demas calladitos;
pero al fin, yo tambien quiero
hablar á mi vez, y digo
que nunca pudo haber hecho
mi Simplicio mejor cosa
que traer á casa un sugeto
tan santo, y que aquí ha venido
por disposicion del Cielo
para llevarlos á ustedes
por el camino derecho
de salvacion, y sacarlos

de pecado. Todos esos
bailes, festines, visitas,
comedias, y otros festejos,
son invenciones del Diablo,
con que procura perdernos.
Jamás en ellos se escuchan
palabras santas, ni ejemplos
sacados de los sermones ;
sino equívocos, requiebros,
y á veces murmuracion
del prójimo; y del estruendo
de estas diversiones salen,
hasta los hombres mas cuerdos,
atontadas las cabezas,
oyéndose en un momento
veinte mil habladurías.
Así dijo con acierto
un predicador muy grave,
que eran estos pasatiempos
la torre de Babilonia,
porque babean por ellos
los tontos y los bolonios;
y para seguir mi cuento,
el predicador.... Parece *(A D. Pablo.)*
que el señor se está riendo:
vaya usted á buscar monos *(A Dª. Elvira.)*
que le diviertan.... No quiero
hablar mas; á Dios Elvira:

di que me emplumen si vuelvo
á poner aquí los pies,
aunque se juntara el cielo
(Da una bofetada á Felipa.)
con la tierra.... Anda maldita:
¡qué sorna y qué contoneo!
Yo te enseñaré á que mires
las musarañas, jumento:
vamos, anda, aguija, vivo.

ESCENA II.

D. PABLO y JUANA.

D. PABLO.

Vaya con Dios, que no quiero
acompañarla, no sea
que me diga otros denuestos.
Cuidado que la abuelita....

JUANA.

Si se oyera llamar eso
bueno le pusiera: vaya,
á usted dijera, á lo menos,
que para llamarla abuela
no es tan vieja.

D. PABLO.

¡ Qué mal genio
gasta, y qué pasion le tiene
á su Don Fidel!

JUANA.

Pues eso
es friolera comparado
con el loco devaneo
de su hijo. Jamás se ha visto
tal manía en hombre cuerdo.
En los pasados disturbios
se portó con mucho seso,
y se hizo estimar de todos,
sirviendo con mucho zelo
al Rey contra los rebeldes;
mas desde que aquí tenemos
á su amigo D. Fidel,
el juicio se le ha vuelto.
A madre, hijos y muger,
y á sí propio quiere menos
que al hipocriton; de él solo
fia todos sus secretos;
no hace cosa que no sea
dictada por su consejo;
le llama hermano, le abraza
y le besa, como un tierno

amante hiciera á su dama:
en la mesa, el primer puesto
le ha de ocupar D. Fidel.
Se le cae la baba viendo
al puerco engullir por siete;
le hace el plato, y lo selecto
le aparta; y luego si eructa
le dice: *Dominus tecum.*
En fin, loco está con él;
le mira como un perfecto
dechado; cita sus dichos
y sus obras por modelo
de virtud y santidad,
y por reliquias me temo
que ha de adorar sus vestidos.
Don Fidel, que le ve lelo,
y que quiere sacar baza,
le engaña con embelecos;
y aparentando virtud
le sonsaca su dinero.
Riñe cuanto hacemos todos;
hasta el bribon majadero
del mozo tambien le imita,
y hace de censor acerbo.
Ayer nos hizo el maldito
mil pedazos un pañuelo
de mi señora que halló
sobre un rosario, diciendo

que las pompas del Demonio
era un pecado muy feo
el dejarlas en un sitio
donde están cosas del cielo.

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA, D.ª PEPITA, D. ALEJANDRO, DON PABLO Y JUANA.

D.ª ELVIRA. *(A D. Pablo.)*

Muy bien has hecho en quedarte,
que allá fuera de improperios
nos ha llenado. Mas voy
al instante á mi aposento
á aguardar á mi marido,
que ahí viene.

D. PABLO.

Pues yo le espero
aqui para hablarle á solas
dos palabras, é irme luego.

ESCENA IV.

DON PABLO, D. ALEJANDRO Y JUANA.

D. ALEJANDRO.

Digale usted por Dios, tio,
que acelere el casamiento
de mi hermana; yo no sé,
pero mucho me recelo
que D. Fidel pone estorbos
á union que tanto deseo.
Si Carlitos y mi hermana
se quieren, yo no estoy menos
prendado de la hermanita
de Cárlos, y este himeneo....

JUANA.

Allí viene mi señor.

ESCENA V.

DON SIMPLICIO, D. PABLO Y JUANA.

D. SIMPLICIO.

Hermano, Dios te dé buenos
dias.

D. PABLO.

Con bien él te traiga;
¿el campo estará algo seco?

D. SIMPLICIO.

Juana.... Permíteme, hermano,
que me informe en un momento
de lo que aquí haya ocurrido. *(A Juana.)*
¿No hay cosa alguna de nuevo
estos dos dias que falto?
¿está todo el mundo bueno?

JUANA.

Antes de ayer mi señora
tuvo un calenturon recio
con una fuerte jaqueca,
y un vómito muy violento.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

¡D. Fidel!
gordo, colorado y fresco,
reventando de salud.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

Y á mas de esto
una gran inapetencia,
que fué tal, que no hubo medio
de hacerla tomar ni un caldo
para conciliar el sueño.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

Dando gracias,
porque se lo daba, al Cielo;
dos perdices estofadas
y una pierna de carnero
cenó, con frutas y dulces.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

El crecimiento
le duró la noche entera,
y no hizo mas que dar vuelcos
en la cama, sin pegar
los ojos ni aun un momento,
tanto que hubo que velarla.

D. SIMPLICIO.

¿ Y Don Fidel ?

JUANA.

En un sueño
se llevó toda la noche,
á pierna suelta durmiendo
mientras los demas velaban.

D. SIMPLICIO.

¡ Pobrecito !

JUANA.

Al fin le hicieron
dos sangrías, y con ellas
se encontró aliviada luego.

D. SIMPLICIO.

¿ Y Don Fidel ?

JUANA.

Por cobrar
brios contra el mal ageno,
y recuperar la sangre
que perdió mi ama, su almuerzo
le hizo con medio jamon
y seis vasos de Burdeos.

D. SIMPLICIO.

¡ Pobrecito !

JUANA.

Por fin ambos,
gracias á Dios, están buenos:
yo voy á decir al ama,
señor, con qué sentimiento
ha sabido usted su mal.

ESCENA VI.

DON SIMPLICIO y D. PABLO

D. PABLO.

Ya ves cual se está rïendo
en tu presencia de ti,
y tiene razon: no quiero
enfadarte; ¿ mas quién vió
tal locura en hombre cuerdo?
¿ Te ha dado un hechizo acaso
Don Fidel, que, no contento
con traértele á tu casa,
y sacarle del estremo
de miseria en que se hallaba,
dejas por él todo, y luego....?

D. SIMPLICIO.

Vete poco á poco, hermano;
no le conoces, por eso
hablas así.

D. PABLO.

Norabuena;
no sé quien es, mas sospecho
lo que puede ser.

D. SIMPLICIO.

Ah, Pablo,
¡qué rico tesoro tengo
en él! si le conocieras
me lo dirias: ¡qué bueno,
qué virtuoso, qué santo!
un hombre..... vaya, no puedo
encarecértelo; un hombre......
Quien escucha sus consejos
siempre vive en paz profunda,
nada turba su sosiego,
y mira todo este mundo
como un puñado de estiércol.
Yo con su conversacion
estoy hecho un hombre nuevo:
me he desprendido de todos
mis amigos y mis deudos;

hijos, hermanos, muger,
y madre, si en un momento
se murieran á mi vista,
no me importara ni un bledo.

D. PABLO.

Son afectos muy humanos.

D. SIMPLICIO.

¡Válgame Dios, cuando pienso
en como le conocí,
todavía me enternezco!
No faltaba ningun dia
de la iglesia; muy modesto
se ponia de rodillas
junto á mí, mirando al suelo.
Rezaba con un fervor
tan ardiente el Padre nuestro,
que hasta en el coro se oian
sus gritos y sus lamentos,
y con mucha devocion
mil veces besaba el suelo.
Al salir, siempre me daba
agua bendita en el hueco
de su mano; su criado,
que era imitador perfecto
de su devocion, me dijo
quien era muy por estenso,

y el estado de miseria
en que estaba; yo sabiendo
su necesidad le daba
limosna; mas él modesto
decia: *La mitad sobra;*
ah, señor, yo no merezco
tanta piedad; y si no
se lo tomaba, iba luego
á repartirlo á los pobres
en mi presencia, con esto
me tocó el cielo, le traje
á mi casa, y satisfecho
vivo con su compañía,
cual no podré encarecerlo.
Lo corrige y lo censura
todo, y seis veces mas zelos
tiene de mi muger propia
que yo mismo (no exajero),
y me avisa si sospecha
que alguien le dice requiebros:
¡tanto le duele mi honor!
Pero su devoto zelo
es ya tan escrupuloso,
que el defecto mas ligero
en que incurra, le parece
grave ofensa contra el cielo.
Seis dias ha le picó
una pulga estando haciendo

oracion mental, y al punto
con mil lloros y lamentos
se acusó de que la habia
muerto con mucho despecho.

D. PABLO.

Sin duda te estás burlando,
ó bien has perdido el seso:
vive Dios que tal locura......

D. SIMPLICIO.

Hermano, vamos con tiento,
que eso es hablar con muy poca
religion; y yo me temo
que has de tener que sentir,
y que el castigo del cielo
te ha de coger algun dia.

D. PABLO.

Ese estribillo perpetuo
no se os cae de la boca;
porque vosotros sois ciegos
pensais que somos impíos
todos cuantos claro vemos.
Quien desprecia á los gazmoños
y sus vanos embelecos,
se os figura que á las cosas
santas no tiene respeto.

Mas todos esos discursos
nunca me han metido miedo:
Dios, que ve los corazones,
bien sabe como yo pienso.
Yo no me dejo engañar
de esos viles embusteros
que afectan la devocion,
como otros fingen denuedo.
Así como los valientes
nunca se jactan de serlo,
tampoco afectan piedad
los devotos verdaderos.
Mas tú confundes, hermano,
al hipócrita embustero
con el amigo de Dios,
venerando al fariseo,
cual debieras al apóstol.
Los que mienten santo zelo
en vez de oro nos dan plomo,
y son unos monederos
falsos de la religion,
que seducen á los necios
con sus fingidas virtudes
y con su lenguaje artero.
No, hermano, de la razon
la moderacion es sello,
y sello característico,
como del vicio el esceso:

quien la exagera la estraga:
baste por ahora.

D. SIMPLICIO.

Cierto:
como tú eres un doctor
de la iglesia, un estupendo
teólogo, el Caton del mundo,
y somos locos y necios
los demas, escucharé
con humildad tus consejos,
y haré lo que tú me digas.

D. PABLO.

No, hermano, yo no pretendo
ser doctor, ni saber mas
que los otros; pero pienso
que sé distinguir el grano
de la paja, el oro terso
de la alquimia vil, y cuanto
á los justos reverencio,
execro la hipocresía;
y como no hay en el suelo
cosa mas noble que el santo
zelo y el fervor sincero,
tampoco la hay mas odiosa,
ni mas digna de desprecio,
que la infame hipocresia,

que ese farisáico zelo
de los torpes histriones
de virtud, el sacrilegio
de su falsa devocion,
que cubriendo con el velo
de la religion sagrada
la sentina de su pecho,
abusan del nombre santo
de Dios, y compran á precio
de su mentida piedad,
honras, cargos, y el respeto
del pueblo y de los magnates,
que aspirar fingen al cielo
para grangear riquezas,
y que, anacoretas nuevos,
en los empleos mas altos
predican el menosprecio
de las pompas mundanales,
y en palacio hablan del yermo;
la hiel en el corazon,
la miel en el labio; arteros,
implacables enemigos
de los hombres de talento,
que motejan como impíos;
y siempre el puñal blandiendo
de sus viperinas lenguas,
asesinan los perversos
con capa de religion.

Pero la vista apartemos
de estos devotos del siglo,
que son sepulcros infectos.
Los que merecen el nombre
de justos, los que de ejemplo
ilustre pueden servirnos,
los que veneran los buenos,
no ostentan esa bambolla
de religion y de zelo,
á nadie acusan de impio;
ruegan á Dios que al sendero
recto traiga al pecador;
no corrigen con acerbos
dicterios á sus hermanos;
reprehenden nuestros yerros
con su virtud acendrada;
y no creen de ligero
las apariencias del vicio
en el prójimo, que el bueno
no piensa mal de los otros
fácilmente: los agenos
pecados los compadecen;
tienen aborrecimiento
á la culpa y no al culpado,
sabiendo que agrada al cielo
la humildad y la indulgencia,
y que el justo no es soberbio.
Este es el original

del cristiano verdadero;
y tu D. Fidel en nada
se parece á tal modelo;
tú de buena fe le alabas,
pero en un falso concepto
le tienes, su hipocresía
con la virtud confundiendo.

D. SIMPLICIO.

¿Has acabado ya, Pablo?

D. PABLO.

Sí, ya acabé.

D. SIMPLICIO.

Lo celebro.
Pues á Dios.

D. PABLO.

Aguarda un rato,
que hablar de otra cosa quiero:
bien sabes que D. Carlitos
anhela por ser tu yerno,
y que tú le has prometido
casarle con tu hija.

D. SIMPLICIO.

Es cierto.

D. PABLO.

Que está señalado el dia.

D. SIMPLICIO.

Todo es verdad.

D. PABLO.

¿Y á qué efecto
lo dilatas?

D. SIMPLICIO.

No lo sé.

D. PABLO.

¿Has mudado pensamiento?

D. SIMPLICIO.

Puede ser.

D. PABLO.

¿A tu palabra
faltar quieres?

D. SIMPLICIO.

No digo eso.

D. PABLO.

Yo no veo otro motivo
que ser pueda impedimento.

D. SIMPLICIO.

Segun.

D. PABLO.

Esplícate, y deja
aparte tantos rodeos.
Cárlos me dijo que hablara
contigo.

D. SIMPLICIO.

Gracias al cielo.

D. PABLO.

¿Pero qué he de responderle?

D. SIMPLICIO.

Lo que mas te venga á cuento.

D. PABLO.

¿Cómo he de decirle nada,
sí no sé á que estás resuelto?

D. SIMPLICIO.

A hacer aquello que fuere
la voluntad de Dios.

D. PABLO.

Bueno;
¿pero cumples tu palabra?
ó sí ó no, sin mas rodeos.

D. SIMPLICIO.

Dios te guie.

D. PABLO.

Buenos vamos;
que suceda un desman temo
á su amor; quiero avisarle,
y procurar el remedio.



ACTO II.

ESCENA I.

DON SIMPLICIO y DOÑA PEPITA.

D. SIMPLICIO.

Pepita.

D.ª PEPITA.

Padre.

D. SIMPLICIO.

Mas cerca,
que quiero á solas hablarte.

D.ª PEPITA.

(A D. Simplicio que registra un gabinete.)
¿Qué mira usted?

D. SIMPLICIO.

Es por ver
si está escuchándonos álguien:
para servir de escondite
ese retrete es paraje
á propósito. Bien va,

que no está fisgando nadie.
Pepita, yo sé que tienes
una índole muy suave,
y te he querido bien siempre
por tu condicion amable.

D.ª PEPITA.

Agradezco muy de veras
tan tierno cariño, padre.

D. SIMPLICIO.

Bien dicho; pero si quieres
conservarle y aumentarle
me has de procurar dar gusto.

D.ª PEPITA.

Así lo hago en todo lance.

D. SIMPIICIO.

Hablas bien: y ¿qué me dices
de D. Fidel?

D.ª PEPITA.

¿Quién? ¿yo, padre?

D. SIMPLICIO.

Tú: mira como respondes.

D.ª PEPITA.

¡Ay señor! lo que gustare
usted diré.

ESCENA II.

DON SIMPLICIO, D.ª PEPITA, JUANA, QUE ENTRA EN PUNTILLAS, Y SE PONE DETRAS DE D. SIMPLICIO, SIN QUE ESTE LA VEA.

D. SIMPLICIO.

Así va bueno.
Dí que te parece amable,
que sus prendas te cautivan,
que tiene cumplidas partes
para marido, y que quieres
que yo te mande al instante
que le des mano de esposo,
sin que un punto lo dilates.
¡He!

D.ª PEPITA.

¡He!

D. SIMPLICIO.

¿Qué es?

D.ª PEPITA.

¿Cómo?

D. SIMPLICIO.

¿Qué dices?

Habla.

D.ª PEPITA.

Temo equivocarme.

D. SIMPLICIO.

¿Y por qué?

D.ª PEPITA.

¿Quien quiere usted
que le diga que es amable
á mis ojos, que cautiva
mi pecho, y que usted me mande
que le dé mano de esposo?

D. SIMPLICIO.

Don Fidel.

D.ª PEPITA.

¡Qué disparate!
¿Si eso no es cierto, á qué viene
decir mentira tan grande?

D. SIMPLICIO.

Yo quiero que sea cierto,
y breve, y sin replicarme,
que lo tengo así dispuesto,
y mi órden debe bastarte.

D.ª PEPITA.

¿Quiere usted padre?....

D. SIMPLICIO.

Sí; quiero
sin tardanza emparentarme
con D. Fidel, siendo tú
su esposa. *(Viendo á Juana.)*
Dí, ¿qué es lo que haces
plantada ahí? pues me gusta,
y cierto que es admirable
la curiosidad, oyendo
lo que decimos: el lance
está bueno.

JUANA.

Yo no sé
si es un rumor en el aire,
ó si tiene fundamento;
pero me hablaron denantes
de estas bodas, y yo dije
que era mentira al instante.

D. SIMPLICIO.

Ola! ¿con qué no lo crees?

JUANA.

Ni aun que me lo digan frailes

descalzos, ni se lo creo
a usted propio. ¡Disparate!

D. SIMPLICIO.

Pues yo te haré que lo creas.

JUANA.

Usted quiere chancearse.

D. SIMPLICIO.

Pronto verémos si es cierto.

JUANA.

¡Cuento!

D. SIMPLICIO.

Pues no es por burlarme
lo que digo; no, hija mia.

JUANA.

No haga usted caso de padre,
señorita.

D. SIMPLICIO.

¿Como que?....

JUANA.

Si se cansa usted en balde,
que no queremos creerle.

D. SIMPLICIO.

Si me enfado, voto á sanes....

JUANA.

Norabuena: le creemos,
para que usted no se enfade;
¿pero no es una vergüenza
que un hombre maduro, grave,
con la coleta tan larga,
tenga tan pocos alcances,
que tome empeño en casar
con un drope despreciable
á su hija? y que....

D. SIMPLICIO.

Escucha, Juana:
tú te tomas facultades
que no me gustan; ¿me entiendes?

JUANA.

Señor, por Dios no se enfade
usted, y dígame en plata:
¿piensa que debe casarse
la niña con un beato?
¿No ve usted cuanto mas vale
que piense en la gloria? ¿Y no es
cargo de conciencia darle

una muchacha tan rica
á un mendigo miserable,
como D. Fidel?

D. SIMPLICIO.

Si es pobre,
su indigencia respetarse
debe mas que la opulencia
de ciento que papel hacen
en el siglo: no cuidando
de los bienes temporales,
le privaron de la herencia
que le dejaron sus padres
los malvados; pero yo
le daré la mano, y antes
de mucho recobrará
el lustre de su linaje,
y sus pingües mayorazgos;
que es rico y de hidalga sangre
Don Fidel.

JUANA.

Así lo dice
él; pero el hacer alarde
de hidalguía mal se aviene
con la humildad, ni ensalzarse
debe nunca un buen cristiano
por ser de noble linaje.

Hijos de Dios somos todos;
la soberbia perdió al ángel,
y.... pero usted se incomoda;
dejemos su cuna aparte,
y hablemos de su persona.
¿No fuera escándalo y grande
que á muchacha tan bonita
llevara hombre semejante?
¿Qué no dirian las gentes?
¿No serian de este enlace
las que entender no se escusan
consecuencias muy probables?
Mucho arriesga la virtud
de una niña en dar al traste,
cuando sus inclinaciones
así las fuerzan sus padres;
la honradez de la muger
pende, señor, en gran parte
de las prendas ó defectos
del marido que le cabe.
Maridos conozco yo
que el buz la gente les hace,
y ellos se tienen la culpa
de que se anden sus mitades
como Dios quiere, que al fin
las mugeres son de carne;
y hay hombres de tal calaña,
tan raros y originales,

que serles fieles seria
tener la virtud de un ángel.
Quien da su hija á tal esposo
es ante Dios responsable
de los yerros que cometa
hasta el dia que enviudare.

D. SIMPLICIO.

¿No sé yo mi obligacion,
que vienes ahora á darme
lecciones?

JUANA.

Y mas valiera
que usted las tomara.

D. SIMPLICIO.

Baste:
no malgastemos el tiempo
en oir sus necedades.
Yo sé lo que te conviene,
y lo miro como padre.
Es muy cierto que á D. Cárlos
dí palabra de casarte
con él; mas luego he sabido
que es jugador, y si vale
decir verdad, mal cristiano.
Nunca he podido encontrarle
en sermones, en novenas,

en jubileos, ni en salves.

JUANA.

Eso faltara, que fuera
á la propia hora á toparse
con usted, como hacen otros.

D. SIMPLICIO.

Lo que te digo es que calles;
nadie te pregunta nada.
Por fin, el otro es un ángel,
un amigo verdadero
de Dios; y de celestiales
gustos será su himeneo
un manantial abundante.
Viviréis como angelitos,
como tórtolas amantes,
entre cariños y arrullos,
sin contiendas ni debates,
y harás de él lo que quisieres.

JUANA.

¿De él? lo que hará es un cofrade
de San Márcos.

D. SIMPLICIO.

¡Hay tal pico!

JUANA.

Si es su estrella irremediable,

si no puede ser por menos,
señor, ni hay virtud que baste
á no meterle en el gremio.

D. SIMPLICIO.

Ya te he dicho que te calles,
y no metas tu cuchara
donde no te llama nadie.

JUANA.

Yo hablo por su bien de usted.

D. SIMPLICIO.

Mi bien no te importa; no hables
mas palabra.

JUANA.

Si no fuera
por la ley que tengo.

D. SIMPLICIO.

Dale;
no quiero que me la tengas.

JUANA.

No, señor, que aunque usted rabie
le quiero tener ley.

D. SIMPLICIO.

¡Oigan!

JUANA.

Y no he de consentir que ande
en lenguas su honor de usted
por tamaño disparate.

D. SIMPLICIO.

¿Con qué, ello, no has de callar?

JUANA.

No señor, porque se me hace
á fe cargo de conciencia
sufrir boda semejante.

D. SIMPLICIO.

Calla, diablo, que el infierno
envió para tentarme.

JUANA.

¿Usted es santo y se enfada?

D. SIMPLICIO.

Y mucho. No has de chistarme,
ó yo te haré que obedezcas
lo que te mando.

JUANA.

Aunque calle
no dejaré de pensar

que es solemne disparate
este matrimonio.

D. SIMPLICIO.

Piensa
lo que quieras, y no me hables....
(Aparte á su hija.)
Con madurez lo he mirado,
y te conviene este enlace.

JUANA.

Rabiando estoy por hablar. *(Aparte.)*

D. SIMPLICIO.

No es de las mas agradables
su figura, mas tampoco
es de las mas repugnantes....

JUANA.

Sí; cara tiene de mico. *(Aparte.)*

D. SIMPLICIO.

Y cuando no te gustare
su facha....

JUANA.

La lotería *(Aparte.)*
con estas bodas le cae.
(D. Simplicio se vuelve hácia Juana, y la está

escuchando con los brazos cruzados y mirándola de hito en hito.)

Si estuviera en el pellejo
de la niña, de este enlace,
á fe de quien soy, no habia
el muy drope de alabarse.
No bien fuera su muger,
cuando supiera vengarme.

D. SIMPLICIO. *(A Juana.)*

¿Con qué, ello, no se hace caso
de lo que yo digo? ¡es lance!

JUANA.

¿Quién hablaba con usted?

D. SIMPLICIO.

¿Pues con quien hablabas antes?

JUANA.

Conmigo propia.

D. SIMPLICIO.

Está bien.
Un bofeton he de darle *(Aparte.)*
para castigar su mucha
desvergüenza.... Que te cases

(Se dispone á dar una bofetada á Juana, y á cada palabra que dice á su hija se vuelve á mirar

si aquella habla. Juana se está quieta y sin gar los labios.

con D. Fidel he resuelto,
y que se haga lo mas antes
esta boda. ¿En qué consiste, *(A Juana.)*
Juana, que contigo no hables?

JUANA.

No tengo mas que decirme.

D. SIMPLICIO.

Una palabrita.

JUANA.

Dale:
no me da gana.

D. SIMPLICIO.

Atisbando
te estaba.

JUANA.

Sí; á buena parte.

D. SIMPLICIO.

En fin, hija, sé obediente,
cásate con él, y dame
gusto.

JUANA. *(Huyendo á todo correr.)*

Yo no me casara,
aunque viva me majasen.

D. SIMPLICIO.

(Despues de haber querido dar un bofeton á Juana y darle en vago.)

Tienes contigo un demonio
del infierno; que me maten
si puedo un punto con ella
vivir sin desesperarme,
y sin ofender á Dios.
Me voy á tomar el aire;
porque estoy tan irritado
que me temo que ha de darme
un tabardillo pintado.

ESCENA III.

DOÑA PEPITA Y JUANA.

JUANA.

¿Está usted muda? ¿ó qué diantre
le sucede, que me deja
que yo responda á su padre,
como si debiera yo
con D. Fidel desposarme?

Estoy tonta: ¡á tal locura
ni siquiera replicarle!

D.ª PEPITA.

¿Que querias tú que hiciera
en tan apretado trance?

JUANA.

Todo lo que es necesario
para precaver tan grande
disparate.

D.ª PEPITA.

¿Qué?

JUANA.

Decirle
que nunca las voluntades
se llevan unas por otras,
que quien se casa no es padre,
sino usted, y que por tanto
un novio que no le agrade
á usted no ha de ser su esposo;
que pues tanto elogio le hace
de su D. Fidel, bien puede,
si quiere, con él casarse
mi amo, sin que impedimento
le ponga usted por su parte;
que quiere usted novio á gusto.

D.ª PEPITA.

Si tiene en las voluntades
tal dominio un padre siempre,
que no acerté á replicarle.

JUANA.

Poco á poco: D. Carlitos
quiere bien, y usted lo sabe.
Claro: ¿usted le quiere ó no?

D.ª PEPITA.

¡Qué estraña pregunta me haces!
No te lo he dicho cien veces?
No te he descubierto ya antes
mi pecho otras ciento? ¿No
conoces mi amor constante?

JUANA.

¿Y qué sé yo si la lengua
mintió, ó si usted á olvidarse
ha llegado de él?

D.ª PEPITA.

¡Yo, Juana!
Cómo tanto agravio me haces?
No te he dicho que le adoro?
No lo has visto? No lo sabes?

JUANA.

¿Con qué usted le quiere?

D.ª PEPITA.

Mas
que cuanto puedo esplicarte.

JUANA.

¿Y él le quiere á usted tambien?

D.ª PEPITA.

Eso no puede dudarse.

JUANA.

¿Y ustedes ambos anhelan
porque cuanto antes los casen?

D.ª PEPITA.

Cierto.

JUANA.

¿Y qué resuelve usted
hacer con ese danzante
de D. Fidel? Con entrambos
no es posible desposarse.

D.ª PEPITA.

Antes quitarme la vida.

JUANA.

El remedio es admirable;
así se sale de todo,
y por camino suave:
no hubiera yo dado en ello...
Vaya, me llevan mil diantres
cuando oigo tales respuestas.

D.ª PEPITA.

¡Qué condicion de vinagre
tienes! ¡Me ves apurada,
y en tan apretado trance
ni te dueles de mi suerte!

JUANA.

¡Dolerme de quien no sabe
chistar cuando llega el caso,
y habla despues de matarse,
y dice mil tonterías!

D.ª PEPITA.

Si tengo miedo á mi padre.

JUANA.

El amor quiere entereza.

D.ª PEPITA.

¿Pues qué, no soy yo constante?

¿No toca á Cárlos hacer
que padre con él me case?

JUANA.

¿Y si su padre de usted
es un terco sin alcances,
que se mete en la cabeza
que usted ha de desposarse
con D. Fidel, y no cumple
lo que prometió á su amante,
qué culpa tiene D. Cárlos?

D.ª PEPITA.

¿Como quieres que declare
que D. Fidel me repugna,
sin respetar á mi padre,
y olvide el pudor del sexo,
para que las gentes hablen,
y de niña antojadiza
y desenvuelta me traten?

JUANA.

No quiero tal; no por cierto:
si usted pretende casarse
con D. Fidel ¿quien lo estorba?
Fuera mucho disparate.
Es un sugeto de prendas
Don Fidel, y muy amable.

¡Todo un D. Fidel! no es nada. !
¡Un personaje tan grave!
Reciba usted, señorita,
mi parabien del enlace.
¡Cuanto lo celebrarémos
todos! y hemos de llevarle
en palmas; ¡si es mucho cuento.!
Buen mozo, de ilustre sangre,
la cútis muy reluciente,
orejas como un tomate.
¡Qué dicha la de vivir
con marido tan amable!

D.ª PEPITA.

¡Dios mio!

JUANA.

¡Con qué alegría
oirá usted, que la llamen
la Fidela! ¿no es verdad?

D.ª PEPITA.

Por Dios, Juana, no me mates
con tus razones, y dime
de qué modo he de zafarme
de este odioso casamiento,
que haré cuanto tú me mandes.

JUANA.

No, señorita; que es justo

que las hijas á sus padres
obedezcan, aunque quieran
que con un ximio se casen.
¿Y de qué se queja usted?
En breve irá usted muy grave
con su esposo á Ciempozuelos,
que es su pueblo; y el alcalde
vendrá á recibir á ustedes;
en pos de éllos principales
personajes del lugar:
el escribano, el sochantre,
el dómine y el barbero
darán á ustedes un baile,
donde estarán las señoras
con vuelos angelicales.
Habrá hipocrás, limonada
y barquillos, sin que falte
tamboril, gaita gallega,
y barberillo que cante
las seguidillas boleras.
¡Con qué salero y donaire!

D.ª PEPITA.

Tú quieres que yo me muera;
por Dios te pido me saques
de este ahogo.

JUANA.

Y en poca agua.

D.ª PEPITA.

Juana, por Dios.

JUANA.

¡Que me place!
Con eso aprenderá usted
á dejar de ser cobarde.

D.ª PEPITA.

¡Juana de mi corazon!

JUANA.

Que no.

D.ª PEPITA.

Si mis ruegos valen
algo contigo....

JUANA.

Está echado
el fallo, y ha de casarse
usted con D. Fidel.

D.ª PEPITA.

Juana,
mira como lloro, dame
consejo.

JUANA.

¿ Pues la Fidela
no es nombre muy apreciable ?

D.ª PEPITA.

En fin, pues mi triste suerte
no ha conseguido ablandarte,
yo se un remedio infalible
para salir de mis males,
y mi desesperacion
muy breve sabrá tomarle.
(Doña Pepita se quiere ir, y Juana la detiene.)

JUANA.

Venga aquí usted, señorita.
Fuerza será me apiade,
y que me duela su pena.

D.ª PEPITA.

Mira, Juana, si adelante
pasa mi padre en su empeño,
el pesar ha de acabarme.

JUANA.

Con maña se encuentra al cabo
remedio á todos los males;
ya le buscarémos... Pero
ahi tiene usted á su amante.

ESCENA IV.

DON CARLOS, DOÑA PEPITA y JUANA.

D. CARLOS.

Señorita, una noticia
me dan ahora en la calle,
que es ciertamente plausible.

D.ª PEPITA.

¿ Y cual ?

D. CARLOS.

Que va á desposarse
Don Fidel con usted.

D.ª PEPITA.

Eso
lo ha dispuesto así mi padre.

D. CARLOS.

¡ Su padre de usted !

D.ª PEPITA.

No quiere
ya que con usted me case,
y me propone esta boda.

D. CARLOS.

¿ De veras ?

D.ª PEPITA.

Y tanto, que hace
para que yo venga en ello
esfuerzos muy eficaces.

D. CARLOS.

¿ Y qué piensa usted hacer ?

D.ª PEPITA.

¡ Qué sé yo !

D. CARLOS.

Pues muy buen lance
hemos echado á fe mia.
¿ Con qué usted aun no lo sabe?

D.ª PEPITA.

No.

D. CARLOS.

¿ No ?

D.ª PEPITA.

Deme usted consejo.

D. CARLOS.

Mi consejo es que se case

usted con ese hombre al punto.

D.ª PEPITA.

¿Quiere usted?

D. CARLOS.

¿Qué duda cabe?

D.ª PEPITA.

¿De veras?

D. CARLOS.

¿Quien lo pregunta?
¿Pues donde pudiera hallarse
esposo con tantas prendas?

D.ª PEPITA.

Si usted aprueba este enlace,
yo tambien.

D. CARLOS.

Ya me parece
que lo aprobaba usted antes.

D.ª PEPITA.

Celebro infinito, Cárlos,
que sea usted de ese dictámen.

D. CARLOS.

Si señora; porque veo

que le es á usted agradable.

D.ª PEPITA.

Pues yo por dar á usted gusto
pienso seguirle al instante

JUANA.

(Retirándose al fondo del teatro.)
Veamos en lo que para.

D. CARLOS.

¡Que así una falsa me engañe!
¡que así me fingiera amor!

D.ª PEPITA.

Hablar mas de eso es en balde;
usted me ha dicho que debo
con D. Fidel desposarme,
y yo sigo sus consejos,
y le declaro que á darle
la mano al otro estoy pronta.

D. CARLOS.

Señorita, no se canse
usted en dar por disculpa
que yo lo aconsejo; acabe
de confesar que estas bodas
le petan.

D.ª PEPITA.

Si asi le place
á usted, lo confesaré.

D. CARLOS.

Y que su pecho inconstante
jamás me quiso de veras.

D.ª PEPITA.

Aquello que mas le agrade
puede usted pensar.

D. CARLOS.

Sí, sí;
mas de un agravio tan grande
yo me vengaré, y acaso
por no sufrir tal desaire,
á otra le daré mi mano,
que sé que no ha de faltarme
quien me quiera dar consuelo.

D.ª PEPITA.

¿En eso que duda cabe?
¡el mérito que le adorna
á usted es tan relevante!...

D. CARLOS.

Bien sé que valgo muy poco;

mas dejemos eso aparte.
Bien claro lo prueba usted,
pero sin hacer alarde
de mis prendas, puede ser
que halle muger mas constante
que á mi obsequio corresponda.

D.ª PEPITA.

Y de mi, como mudable,
se olvidará usted muy breve.

D. CARLOS.

O procuraré olvidarme
á lo menos; quien desecha
amor tan fino y constante
merece que su desden
con mayor desden se pague.
Si no es posible borrar
en el corazon su imágen,
fuera á lo menos vileza
seguir mostrándose amante
de quien asi corresponde.

D.ª PEPITA.

Me parece muy loable
resolucion tan heróica.

D. CARLOS.

Y todos han de alabarme.
¿ O quisiera usted acaso

que con ánimo cobarde
la viera pasar á brazos
agenos, y yo constante,
adorando sus desprecios,
no pensara en consolarme
con dama menos ingrata?

D.ª PEPITA.

¿Yo he dicho tal disparate?
Lo único que á mí me pesa
es que no esté hecho.

D. CARLOS.

Al instante
lo haré, si usted me lo manda.

D.ª PEPITA.

Vaya usted; por mí ya es tarde.

D. CARLOS.

Voyme, ingrata, que ya es mucha
paciencia á tanto desaire.
(*Da un paso hácia la puerta.*)

D.ª PEPITA.

Bien está.

D. CARLOS. (*Volviéndose atrás.*)

Acuérdese usted

de los agravios y ultrajes
con que me forzó á dejarla.

D.ª PEPITA.

Ya.

D. CARLOS. (*Volviéndose otra vez atrás.*)

Ejemplo de ser mudable
me dió usted.

D.ª PEPITA.

Sí; yo le he dado.

D. CARLOS. (*A la puerta.*)

Será usted servida; baste.

D.ª PEPITA.

Eso quiero yo.

D. CARLOS. (*Volviéndose atrás otra vez.*)

En mi vida
no he de volver á acordarme
da usted, ni á verla.

D.ª PEPITA.

Bien hecho.

D. CARLOS. (*Volviendo la cara cuando va á salir.*)

¿He?

D.ª PEPITA.

¿Qué?

D. CARLOS.

Puede que me engañe.
¿Llamaba usted?

D.ª PEPITA.

¡Yo! usted sueña.

D. CARLOS.

Salgo al fin de estos umbrales
para siempre, á Dios. (*Se va muy despacio.*)

D.ª PEPITA.

Abur.

JUANA. (*A Doña Pepita.*)

Parece escena de orates.
¿Pierden ustedes el seso?
Nunca ví dos locos tales.
Yo los dejaba por ver
en que pararia el lance.
Oiga usted, caballerito.
(*Coge á Don Cárlos por un brazo.*)

D. CARLOS. (*Haciendo que se resiste.*)

Haz el favor de soltarme.

JUANA.

Venga usted aquí.

D. CARLOS.

No, no;
bien has visto sus desaires.
Estoy resuelto á dejarla.

JUANA.

Poco á poco.

D. CARLOS.

No te canses,
que no he de verla jamás.

JUANA.

¡Por vida!.....

D.ª PEPITA.

No quiere hablarme:
yo me iré.

JUANA.

(Dejando á D. Cárlos y corriendo tras de Doña Pepita.)

¿Donde va usted?
Esta es otra.

D.ª PEPITA.

Suelta.

JUANA.

Dale.

D.ª PEPITA.

No pienses en detenerme.

D. CARLOS.

Ya veo yo que es en balde *(Aparte.)*
estarme aquí, que mi vista
la incomoda, y evitarle
quiero con irme su pena.

JUANA.

(Dejando á Doña Pepita y corriendo tras de Don Cárlos.)

Ya escampa: es cosa del diantre.
¡Otra vez! ¿Quieren ustedes
venir aquí? ¡Voto á sanes! *(Coge á Don Cárlos y á Doña Pepita y los trae por la mano.)*

D. CARLOS. *(A Juana.)*

¿Qué intentas?

Dª. PEPITA. *(A Juana.)*

¿Qué es lo que quieres?

JUANA.

Lo primero hacer las paces,

y despues encontrar medio
para salir de este trance.
¿Está usted en su juicio? *(A D. Cárlos.)*

D. CARLOS.

¿Pues no has visto sus desaires?

JUANA. *(A Doña Pepita.)*

¿Si usted no ha perdido el seso,
á que ha venido enfadarse?

D.ª PEPITA.

¿No has visto con que insolencia
me ha tratado?

JUANA.

Necedades
de entrambos.... Ella no quiere,
(A D. Cárlos.)
ni nunca querrá otro amante.
Yo lo juro en mi conciencia....
D. Cárlos no obsequia á nadie
(A Doña Pepita.)
sino á su Pepita, á nada
tanto anhela, como á darle
la mano; yo así lo fio.

Dª. PEPITA. *(A Juana.)*

¿A que viene aconsejarme

que me despose con otro?

D. CARLOS. *(A Juana.)*

¿Y en un caso semejante,
porqué ella me lo pregunta?

JUANA.

Locura por ambas partes.
Vaya; dense ambos las manos.
Traiga usted, sin replicarme.
(A D. Cárlos.)

D. CARLOS. *(Alargando la mano á Juana.)*

¿Para qué quieres mi mano?

JUANA. *(A Doña Pepita.)*

La de usted.

D.ª PEPITA. *(Alargando tambien la suya.)*

Si eso no vale
nada.

JUANA.

Vamos aquí entrambos:
si todavía no saben
ustedes cuanto se quieren.

(Doña Pepita y D. Cárlos están un poco de tiempo agarrados de las manos, sin mirarse uno á otro.

D. CARLOS. *(Volviéndose á Doña Pepita.)*

¿Qué, no quiere usted mirarme?
¿Aun no se acabó el enfado?

(Doña Pepita se vuelve á mirar á D. Cárlos sonriéndose.)

JUANA.

¡Qué locos son los amantes!

D. CARLOS. *(A Doña Pepita.)*

¿Pero no tengo motivos,
diga usted, para quejarme
amargamente? ¡Que sea
usted tan mala! ¡Un desaire
tan cruel!

D.ª PEPITA.

Eso es; yo soy
la culpada en este lance.
¡Ingrato!

JUANA.

Para otro tiempo
dejemos esos debates,
y tratemos de evitar
este aborrecido enlace.

D.ª PEPITA.

Dinos lo que hemos de hacer.

JUANA.

No hay para que atosigarse,
remedio habrá para todo.
Mi amo no sabe lo que hace;
no puede ser lo que intenta.
Usted haga por llevarle *(A Doña Pepita.)*
la corriente, aparentando
que está pronta á desposarse
con su D. Fidel, porque
de ese modo no se escame,
y acelere el matrimonio;
que como este se dilate,
ya encontrarémos salida.
Ya dice usted á su padre
que se le anda la cabeza,
que la jaqueca le parte
las sienes; luego otro dia
hace porque se derrame
la sal en la mesa, y grita:
¡Qué agüero tan deplorable!
Ora sueña que en un pozo
de colodrillo se cae.
Por fin, lo mejor del cuento
es que para desposarse
ha de decir usted: *sí*,
y como puede en el lance
decir: *no*, sin mas trabajo,

no hay á fe por que asustarse.
Lo que importa es que no vean
juntos á los dos amantes
por ahora.... Salga usted, *(A D. Cárlos.)*
señor galan, al instante,
y vea á todos sus amigos,
que de sus promesas hablen
á mi amo, y que le convenzan
con razones eficaces.
Usted, señorita, al punto,
(A Doña Pepita.)
procure al tio empeñarle,
y tambien á su madrastra,
que la quiere como madre.

D. CARLOS. *(A Doña Pepita.)*

Mas del amor de usted fio,
mi Pepita, que de nadie.

D.ª PEPITA. *(A D. Cárlos.)*

Yo no sé cual ha de ser
la voluntad de mi padre;
mas á escoger otro dueño
sé que no podrá forzarme.

D. CARLOS.

¡Qué dulce es esa promesa
á mi corazon amante!

JUANA.

No se hartarán de charlar,
aunque estén eternidades.
Fuera, digo.

D. CARLOS. *(Volviéndose atrás.)*

En fin....

JUANA.

¿Habrá
palique toda la tarde?
(Juana los empuja por las espaldas, á cada uno por distinta parte, y los fuerza á que se separen.)
Vaya usted por esa puerta,
y usted por estotra parte.



ACTO III.

ESCENA I.

DON ALEJANDRO y JUANA.

D. ALEJANDRO.

Pártame un rayo del cielo,
pase yo plaza de indigno,
de soez y de cobarde,
si no hiciere un desatino
con ese infame echacantos.

JUANA.

Conténgase usted por Cristo;
hasta aqui cuanto tememos
aun no ha pasado del dicho,
y para llegar al hecho
mucho falta....

D. ALEJANDRO.

¡Vil mendigo!
No tengas recelo, Juana,
yo le cortaré los brios.

JUANA.

Gaste usted, por Dios, cachaza;

que nunca por ser tan vivo
le queda títere á vida:
ya sabe usted el ahinco
con que su madrastra anhela,
á casar á Don Carlitos
con Pepita, y que los ama
mas que si fueran sus hijos
á ustedes, que aunque muchacha
y hermosa, tiene juicio.
Don Fidel se muestra siempre
con mi señora muy fino,
y hace cuanto ella le manda;
yo sospecho, señorito,
que está enamorado de ella,
que fuera lance muy digno
de contar: ello es que intenta
rogarle que del designio
de dar la mano á Pepita
se desista, y que me ha dicho
que le cite en esta sala;
yo me temo que el maldito
salga con una pamema.
Todavía no he podido
verle, que dice el criado
que con pecho muy contrito
está en oracion mental,
é interrumpir ejercicio
tan santo fuera una accion

propia de Lucifer mismo.
Yo he dicho que le esperaba
aquí; con que, señorito,
marcharse y dejarme sola.

D. ALEJANDRO.

No me muevo de este sitio;
que he de oir lo que responde.

JUANA.

Vamos, no sea usted niño,
que conviene que estén solos.

D. ALEJANDRO.

No chistaré.

JUANA.

Si es delirio,
y no puede contenerse
usted; sálgase, le digo.

D. ALEJANDRO.

Ya verás que no me enfado.

JUANA.

¡Jesus, que ya viene! Vivo;
escóndase usted ahí.

(D. Alejandro se va á esconder á un gabinete, que hay en el fondo del teatro.)

ESCENA II.

DON FIDEL y JUANA.

D. FIDEL.

(Hablando en voz alta á su criado que está dentro así que ve á Juana.)

Lorenzo, guarda el cilicio
con las disciplinas, si álguien
me busca, voy ahora mismo
á visitar á los presos,
y dar á estos pobrecitos
lo que á mí me han entregado
devotos caritativos.

JUANA. *(Aparte.)*

Baladron de santidad.

D. FIDEL.

Segun Lorenzo me dijo
me llamaba usted: ¿qué quiere?

JUANA.

Solo decirle....

D. FIDEL.

(Sacando un pañuelo del bolsillo y tirándosele.)

¡Dios mio!

Coja usted este pañuelo
antes de hablar mas.

JUANA.

No atino
para qué.

D. FIDEL.

Cubra ese pecho.
¡Jesus! yo me escandalizo
de verla tan inmodesta.
Ese traje ya le he dicho
que es ocasion de pecado.

JUANA.

Pues, por Jesucristo vivo,
que poco trabajo cuesta
al espíritu maligno
para hacer á usted pecar.
No es mala ocurrencia; y digo,
aunque esté usted como estaba
Adan en el paraiso,
quiero, si me tienta el diablo,
caerme muerta aqui mismo.

D. FIDEL.

Hable usted con mas modestia,
ó me iré.

JUANA.

No, que yo digo
mi recado en dos palabras:
mi ama quiere en este sitio
hablar con usted un rato.

D. FIDEL.

¡Ay, con el alma!

JUANA.

Está visto. (*Aparte.*)
Ciertos son los toros; vamos.

D. FIDEL.

¿Viene luego?

JUANA.

Ahora mismo.
Mas ya está aquí; yo me voy.

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA Y DON FIDEL.

D. FIDEL.

Señora, el cielo propicio
salud espiritual

y corporal, como pido
á Dios en mis oraciones,
aunque pecador indigno,
á usted dé y de bienes colme
tan preciosa vida.

D.ª ELVIRA.

Estimo
los buenos deseos de usted,
que me prueban su cariño.
Sentémonos y estarémos
mejor.

D. FIDEL. (*Sentado.*)

¿Quedan aun vestigios
del mal de usted?

D.ª ELVIRA. (*Sentada.*)

No señor.
Como si no hubiera sido
nada estoy.

D. FIDEL.

Mis oraciones
sin duda nada han podido
con Dios, pero en todas ellas
le pedia con ahinco
el alivio de usted.

D.ª ELVIRA.

Debo
á usted afecto muy fino.

D. FIDEL.

Una salud tan preciosa
merece ser de continuo
el blanco de mis cuidados;
y yo por su pronto alivio
hubiera dado la mia.

D.ª ELVIRA.

Cierto, usted es un prodigio
de la caridad cristiana.

D. FIDEL.

Si con los méritos mido
mi zelo, me quedo corto.

D.ª ELVIRA.

Yo he venido con designio
de hablar á usted de un asunto
á solas.

D. FIDEL.

Mucho ha que aspiro
á esa dicha yo tambien.
¡Oh cuanto al cielo he pedido

que me deparara el caso
de ver á usted sin testigos,
y hasta aquí no lo he logrado!

D.ª ELVIRA.

Lo que yo de usted exijo
es que me hable sin rebozo.
(Don Alejandro, sin salir, entreabre la puerta del retrete en que está escondido, para oir lo que dicen.)

D. FIDEL.

Y yo á nada tanto aspiro
como á descubrir á usted
todo entero el pecho mio,
y asegurarle no crea
que, si enojado me ha visto
gritar contra sus visitas,
me guia ningun motivo
de odio, que antes es efecto
del mas sincero cariño,
del fervor mas acendrado.

D.ª ELVIRA.

Tambien yo así lo imagino;
zelo de mi salvacion.

D. FIDEL.

(Cogiendo la mano á Doña Elvira y apretándole los dedos.)

Si señora, y tan activo....

D.ª ELVIRA.

Suelte usted, que me lastima.

D. FIDEL.

Fué por fervor escesivo,
que no es mi ánimo hacer mal
á usted, y hubiera querido
mas antes....

(Pone la mano en las rodillas de Doña Elvira.)

D.ª ELVIRA.

Fuera la mano.

D. FIDEL.

¡Qué tejido este tan fino!

D.ª ELVIRA.

Déjeme usted, porque tengo
muchas cosquillas.

(Doña Elvira desvia la silla, y Don Fidel acerca la suya.)

D. FIDEL.

(Andando con el pañuelo de Doña Elvira.)

¡Muy lindo
punto! ¡Si trabajan hoy
de un modo tan esquisito!

D.ª ELVIRA.

Verdad es; pero tratemos
de nuestro asunto: Simplicio
quiere casar á Pepita
con usted, segun me han dicho,
y faltar á su palabra....
¿Es cierto?

D. FIDEL.

Sí; algo me dijo
ayer Don Simplicio, pero
la ventura á que yo aspiro
no es esa, que en otra parte
respiran los atractivos
de la celestial belleza,
de quien soy el siervo indigno.

D.ª ELVIRA.

Bien sé que usted solo anhela
á servir á Dios.

D. FIDEL.

No abrigo
un corazon en mi pecho,
señora, de mármol frio.

D.ª ELVIRA.

Ya; pero está de las cosas

de este mundo desprendido.

D. FIDEL.

No, señora; los afectos
mas fervorosos y pios
no apagan los terrenales;
que agrada á Dios ser querido
y alabado en las hechuras
perfectas que su mano hizo,
como las que se parecen
á usted; pero su divino
pincel luce en ese rostro,
donde Dios ostentar quiso
todo su poder, formando
el dechado mas cumplido
de celestial hermosura;
y confieso que no he visto
tanta perfeccion sin dar
gracias al Autor divino
de la belleza, y sentir
en mi pecho el fuego activo
de amor, que en ese semblante,
Elvira, un trasunto miro,
de la angélica hermosura.
Yo me recelé al principio
que era mi amor tentacion
del espíritu maligno,
y de huir de la presencia

de usted propósito fijo
en mi corazon formé;
mas meditándolo, he visto
que sin caer en pecado
puedo amar ese divino
conjunto de perfecciones,
que no puede haber delito
donde el escándalo falta:
en esto, señora, fio
sea de mi corazon
á usted grato el sacrificio:
bien sé que es mucha osadía
que sugeto tan indigno
presuma hacer tal ofrenda;
pero no obstante, confio
que, aunque mis merecimientos
á la corona que aspiro
no puedan ser acreedores,
suplirá usted con benigno
pecho lo mucho que falta
á su siervo, que el destino
suyo en manos de usted deja.
De su soberano arbitrio
pende mi infierno ó mi gloria,
segun severo ó propicio
el fallo fuere que aguardo.

D.ª ELVIRA.

Confieso que me ha cogido
de nuevas ese discurso:
él es cierto que es muy fino,
pero me parece estraño,
y en verdad que no concibo
que un devoto como usted
en tal yerro haya incurrido.
¿Qué dirá el mundo si entiende
semejante desvarío?

D. FIDEL.

Aunque devoto, soy hombre,
y como tal no resisto
á esa celestial belleza,
ni pienso, ni raciocino,
cuando extático contemplo
tanta beldad. No me admiro
que condene usted mi amor;
mas si cometo un delito,
obro, hermosísima Elvira,
sin libertad ni albedrío,
porque todo le rendí
así que ví tanto hechizo,
y la dulzura inefable
de esos ojos peregrinos
dió con mi flaqueza en tierra:

llantos, ayunos, cilicios,
todo fué en balde; mil veces
mis miradas, mis suspiros,
antes ya han dicho, señora,
lo que con la boca digo
en esta ocasion; si usted
quiere con pecho benigno
dar á las tribulaciones
de su indigno esclavo alivio,
y abajar hasta mi nada
sus gracias desde el empireo
de su divina hermosura,
juro que no habrá tenido
mas fervoroso devoto.
La honra no corre peligro
conmigo, ni hay que temer
que yo quebrante el sigilo,
como hacen mil pisaverdes,
que apenas han conseguido
los favores de una dama,
cuando vuelan á decirlo
á todos cuantos encuentran,
profanando los impios
torpemente aquellas aras
donde ofrecen sacrificios.
Los devotos, como yo,
con mas cautela vivimos,
y los secretos de amor

jamás á nadie decimos,
porque nuestra buena fama
en que no sean sabidos
estriva; y así, señora,
quien á nuestro afecto fino
corresponde está segura
de hallar gustos sin peligros,
y sin escándalo amor.

D.ª ELVIRA.

Todo eso está muy bien dicho,
habla usted con elocuencia;
pero si yo se lo digo
á mi marido ¿no teme
que se le entibie el cariño
de hermano que le profesa?

D. FIDEL.

Yo sé que el pecho benigno
de usted sabrá perdonar
discursos que, aunque atrevidos,
son hijos del ciego amor
que en mi corazon abrigo.
No soy ángel, y hombre flaco,
cuando esa belleza miro
conozco que soy de carne.

D.ª ELVIRA.

Otras metieran ruido,

yo no pienso así; mi esposo
no sabrá lo que se ha dicho
aquí; pero en pago de ello
de usted una cosa exijo,
y es que se empeñe con fuerza
para que una mi marido
á Pepita con Don Cárlos,
y no ejerza usted dominio
en prenda que ya es agena.

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA, D. ALEJANDRO Y D. FIDEL.

D. ALEJANDRO.

(Saliendo del retrete donde estaba escondido.)

No, señora, he de decirlo
todo; desde ese retrete,
adonde estaba escondido,
he escuchado las infamias,
las traiciones de ese inicuo.
El cielo para vengarme
que aquí me escondiera quiso,
y para que sus maldades
tuviesen justo castigo.
En fin, mi padre sabrá
quien es ese vil indigno

que se atreve á requebrar
á su muger.

D.ª ELVIRA.

No, querido;
basta con que tenga cuenta
en adelante consigo,
y merezca su perdon;
por mi amor te lo suplico,
no digas nada á tu padre:
de tan necios desvaríos
hace burla una muger,
y no lleva á su marido
cuentecillos de esta especie.

D. ALEJANDRO.

Usted tiene sus principios,
y yo los mios; no quiero
que se queden sin castigo
de este hipocriton infame
los pensamientos lascivos.
Harto tiempo ha que el perverso
nos tiene á todos en vilo,
y que obedece mi padre
sus antojos y caprichos,
que se opone á que mi hermana
se despose con mi amigo,
y yo con la suya; en fin,

el cielo sin duda quiso
depararme esta ocasion
de descubrir los designios
de su corazon dañado;
y pues el cielo propicio
me la ofrece, mal haria
en desperdiciarla.

D.ª ELVIRA.

Digo,
Alejandro, que....

D. ALEJANDRO.

Es en balde;
de alegría no respiro.
Gustaré de la venganza
el placer tan esquisito.
A decirselo á mi padre
vuelo en este instante mismo:
pero aqui viene; el bribon
va á llevar su merecido.

ESCENA V.

DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, D. ALEJANDRO Y D. FIDEL.

D. ALEJANDRO.

Me alegro que llegue usted

tan á tiempo; su cariño,
cierto, se le paga bien
el señor: de fiel amigo
cumple las obligaciones
como quien es; aquí mismo
ha intentado deshonrar
á usted; yo propio testigo
he sido de los requiebros
que á mi madrastra le ha dicho,
declarándole su amor.
Ella habia prometido
callar, como es tan prudente;
pero yo, que soy mas vivo,
quiero que usted sepa el pago
de todos los beneficios
que está haciendo á su beato.

D.ª ELVIRA.

Cierto es que no hubiera dicho
este secreto á mi esposo:
si tú me hubieras creido,
Alejandro, nunca habria
llegado hasta sus oidos
tan desagradable escena;
muger que tiene principios
de honra calla y se defiende.

ESCENA VI.

DON SIMPLICIO, D. ALEJANDRO Y D. FIDEL.

D. SIMPLICIO.

¿Un proceder tan inicuo
es creible? ¡Cielo santo!

D. FIDEL.

Sí, hermano, soy un indigno
pecador, todo abrumado
de iniquidad y de vicios,
soy el hombre mas perverso,
mas villano de este siglo:
mi vida es una sentina
de maldades y delitos,
y al fin quiere darme el cielo
el merecido castigo,
y por mas grave que sea
esta acusacion, es fijo
que no iguala á los pecados
que yo tengo cometidos.
Crea usted lo que le dicen,
hermano, como un indigno
arrójeme de su casa;
sin quejarme me resigno

á cuantos baldones quiera,
que mas tengo merecido.

D. SIMPLICIO. *(A su hijo.)*

Pícaro; ¡y con tus mentiras
querias de este bendito
manchar la reputacion!

D. ALEJANDRO.

¿Qué, quiere usted desmentirnos
porque con falsa humildad?....

D. SIMPLICIO.

Calla, Lucifer maldito.

D. FIDEL.

Déjele usted que hable, hermano,
y crea cuanto le ha dicho;
¿pues por qué á cuanto me imputa
no quiere usted dar oidos?
¿No soy yo acaso capaz
de mas atroces delitos?
Mi exterior es el de un santo;
¿pero todo cuanto digo
no puede ser fingimiento?
No le engañen, hermanito,
las mentidas apariencias;
todos viven persuadidos

á que yo soy un dechado
de virtudes, un bendito;
pluguiera á Dios fuese cierto:
soy un pecador iniquo.
(Hablando con Don Alejandro.)
Mejor me conoce usted:
tráteme usted, hijo mio,
de infame, aleve, villano,
de impostor y de asesino,
bien merezco estos baldones,
y en nada los contradigo;
de rodillas los escucho,
como castigo debido
á mis enormes pecados.

D. SIMPLICIO. (*A Don Fidel.*)

Por Dios, basta, hermano mio.
¡ Picaro, y no te arrepientes! (*A su hijo.*)

D. ALEJANDRO.

¿ Pues á usted le han seducido?....

D. SIMPLICIO.

Calla, lengua del demonio....
Hermano, mi único amigo, (*A Don Fidel.*)
levántese usted.... ¡ Infame!

D. ALEJANDRO.

¿ Como?...

D. SIMPLICIO.

Que calles te he dicho.

D. ALEJANDRO.

No puedo aguantar. ¿Qué; usted?....

D. SIMPLICIO.

Si me chistas, voto á Cristo,
te rompa brazos y piernas.

D. FIDEL.

Hermano, por Dios lo pido,
no se altere usted: primero
sufriré el mayor castigo
que consentir que le toque.

D. SIMPLICIO. (*A su hijo.*)

¡Ingrato!

D. FIDEL.

Se lo suplico,
si es menester, de rodillas;
Perdone, por Dios, á su hijo.

D. SIMPLICIO.

(*Poniéndose tambien de rodillas y abrazando á Don Fidel.*)

¡Ay, cuanta bondad, hermano!..

¿Lo ves, lo ves? di, maldito. (*A su hijo.*)

D. ALEJANDRO.

¿Con qué?....

D. SIMPLICIO.

Silencio.

D. ALEJANDRO.

¿Qué?...

D. SIMPLICIO.

Calla;
¿piensas que no sé el motivo
de tus enredos? Bien veo
que todos á este bendito
tienen aborrecimiento
en casa: criados, hijos
y muger; y andan fraguando
mil embustes mal zurcidos,
para que yo le despida;
no lo lograréis, os digo;
cuanto mas os empeñais
en echarle, mas me obstino
yo en que se esté en casa; á fin
que no os quede mas arbitrio
y que rabie mi familia,
quiero que este dia mismo

Pepita le dé su mano.

D. ALEJANDRO.

¡ Forzarla á que por marido
le admita!

D. SIMPLICIO.

¡Pues no, bribon!
Y esta noche, lo repito,
se ha de hacer el matrimonio.
Ya verémos si os obligo
á que me obedezcais todos.
Vamos , ven aquí, mal hijo,
pide perdon al señor
de los embustes que has dicho.

D. ALEJANDRO.

¡ A ese infame mojigato!
¿ Está usted en su juicio?

D. SIMPLICIO.

¡ Aun le dices picardías!
Un palo.... Por Jesucristo (*A Don Fidel.*)
déjeme usted que le mate....
Vete de mi casa, digo, (*A su hijo.*)
y no me entres mas en ella.

D. ALEJANDRO.

Voyme; pero yo le fio

al ladron....

D. SIMPLICIO.

Salte al instante,
bribonazo; yo te privo
de mi vista y de mi herencia,
y amen de eso te maldigo.

ESCENA VII.

DON SIMPLICIO, Y D. FIDEL.

D. SIMPLICIO.

¡A un santo agraviarle asi!

D. FIDEL.

Perdonadle vos, Dios mio,
como yo le he perdonado...
(A Don Simplicio)
No sabe usted lo afligido
que estoy de que me calumnien
con mi querido hermanito.

D. SIMPLICIO.

¡Ay Dios!

D. FIDEL.

De pensarlo solo
siento en mi un dolor tan vivo,

que se me salta del pecho
el corazon. ¡Qué suplicio!
La pesadumbre me quita
el aliento y el sentido.
Me muero, hermano, me muero.

D. SIMPLICIO.

(Echa á correr llorando hácia la puerta por donde ha echado á su hijo.)

Por el santo mas bendito
te juro, bribon, que siento
haberte dejado vivo...
Consuélese usted, hermano;
(A Don Fidel.)
y no se altere.

D. FIDEL.

Está visto;
es necesario acabar
de una vez con los continuos
disturbios que en la familia
causo; y por tanto le pido
á usted, hermano, permita
que me vaya.

D. SIMPLICIO.

¡ Qué delirio !
¡ Irse usted !

D. FIDEL.

Si me aborrecen,
y me achacan mil delitos...

D. SIMPLICIO.

¿Les doy yo crédito acaso?

D. FIDEL.

Me supondrán mil designios
perversos, y sabe Dios
si á fuerza de repetirlos
lograrán que usted los crea.

D. SIMPLICIO.

Nunca, nunca, hermano mio.

D. FIDEL.

Una muger tiene tanta
influencia en su marido,
que al fin hace cuanto quiere.

D. SIMPLICIO.

No, no.

D. FIDEL.

Con irme les quito
la ocasion de calumniarme.

D. SIMPLICIO.

Mi hermano, mi dulce amigo,
no puedo vivir ni un punto
sin usted.

D. FIDEL.

Pues si es preciso
yo me mortificaré;
no obstante, hermano, suplico,
si puede ser.

D. SIMPLICIO.

¡Ah!

D. FIDEL.

No se hable
mas del caso: lo que exijo
es que me permita usted
huir de su esposa; sí, amigo,
la honra es cosa delicada:
¡el mundo forma juicios
tan errados!....

D. SIMPLICIO.

No señor,
es solemne desatino,
quiero que esté usted con ella

siempre; el mayor gusto mio
es que rabie, que murmure
la gente; porque no estimo
ni un ardite el *que dirán*,
tratándose de un amigo
como usted; y en prueba de ello
mi sucesion determino
dejarle, haciéndole entera
donacion ahora mismo
de mis bienes, que tal yerno
vale mas que muger, hijos
y parientes; ¿no la acepta
usted, hermano querido?

D. FIDEL.

Dios mio, tu voluntad
cúmplase en tu siervo indigno.

D. SIMPLICIO.

Pues á otorgar la escritura
sin dilacion, hermanito;
y mas que luego la envidia
aseste todos sus tiros.

ACTO IV.

ESCENA I.

D. PABLO y D. FIDEL.

D. PABLO.

Todo el mundo lo murmura,
sí; bien puede usted creerme;
todos dicen que su padre
anduvo muy imprudente,
y culpan á usted tambien;
y á fe que celebro haberle
encontrado, por decirle
á usted en razones breves
mi sentir. Yo no averiguo
si lo que dice la gente
es la verdad, y supongo,
contra lo que todos creen,
que mi sobrino mintió,
y que usted está inocente.
Usted, que es tan buen cristiano,
perdonar su agravio debe,
y no consentir que un padre
al hijo de su casa eche:
es general el escándalo,

y le digo francamente
á usted que reconciliarle
con su padre le conviene,
y que el asunto no pase
adelante. Dios no quiere
la muerte del pecador;
quien no perdona le ofende.

D. FIDEL.

¡Ay, Señor! yo le perdono
mi agravio, sin que me quede
ningun rencor en el pecho;
si puedo servirle, cuente
con cuanto yo tengo y valgo,
en lo que favorecerle
sin pecar sea posible;
mas si él á esta casa vuelve,
es necesario que yo
sin mas dilacion la deje.
Despues de su infame accion,
¿qué no dirian las gentes,
y qué escándalo seria
si junto con él viviese?
Pensarian, con razon,
que de un hecho tan aleve
soy culpado, y que temiendo
que consiga convencerme
Don Alejandro, he tomado

la resolucion prudente
de olvidar todo, fingiendo
que la caridad me mueve,
porque él oculte mis yerros.

D. PABLO.

Son razones aparentes,
que no pueden persuadirme:
deslindar los intereses
de Dios á usted no le toca;
si mi sobrino le ofende,
de Dios le vendrá el castigo,
que no quiere que le venguen
hombres flacos; que perdonen
sus injurias, eso quiere.
¿Y qué importa lo que diga
el mundo? nuestros deberes
Dios solo es quien los prescribe.
¿No mandan sus santas leyes
el perdon de los agravios?
¿Pues luego, á qué cuento viene,
cuando cumplimos con Dios,
lo que pensaren las gentes?

D. FIDEL.

Ya he dicho que le perdono,
sin que ningun rencor quede
en mi pecho, así de Dios

el precepto se obedece;
¿pero despues de la afrenta
que hoy mismo acaba de hacerme,
manda Dios que viva yo
con ese niño?

D. PABLO.

¿Y qué acepte
usted quiere Dios acaso
lo que no le pertenece?
Porque mi hermano es un tonto,
y le da lo que no tiene
facultades para dar,
¿usted admitirlo debe?

D. FIDEL.

Aquellos que me conozcan
sabrán que todos los bienes
del mundo no me hacen mella,
y que su brillo aparente
no deslumbra mis sentidos;
si mi ánimo se resuelve
á admitir la donacion
que mi hermano quiso hacerme,
es por evitar pecados
infalibles, si cayese
su herencia en manos perversas.
¡Cuantos, Dios mio, te ofenden

con el caudal que les das!
Yo me serviré de él siempre
para provecho del prójimo,
y honra del Omnipotente.

D. PABLO.

Pierda usted esos recelos,
que tanto en su pecho pueden,
que al legítimo heredero
lo que Dios le da pretende
quitarle, y de su caudal
que goce con paz le deje.
¿No vé usted que vale mas
que él malgaste sus haberes,
sin que usted quiera usurparle
lo que le han dado las leyes?
Ni sé como tal propuesta
pudo escucharla quien tiene
renombre de timorato.
¿Qué regla de piedad puede
legitimar la codicia
de quien sin pudor intente
privar de la sucesion
á un hijo? Y demos que hubiese
antipatía tan grande
entre los dos, que no fuere
posible que viva usted
con mi sobrino; ¿es prudente

que salga el hijo de casa,
y el estraño en ella quede?
Si usted quiere que le tengan
por justo, marcharse debe
al punto....

D. FIDEL.

Son ya las cuatro,
y no puedo detenerme,
porque no he rezado aun
el miserere, y es viérnes.
Perdone usted, si le dejo.

D. PABLO.

Ola.... ¡Hipocriton solemne!
(Quedándose solo.)

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, D. PABLO Y JUANA.

JUANA. *(A Don Pablo.)*

Hable usted en su favor;
la pobre está de tal suerte
que da lástima mirarla;
sin remedio se nos muere
si la violenta su padre,

como resuelto lo tiene,
á dar la mano al beato
esta noche: vea si puede
convencerle con razones.
Pero Don Simplicio viene.

ESCENA III.

DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, D. PABLO y JUANA.

D. SIMPLICIO.

Señores, me alegro mucho
de hallarlos juntos á ustedes......
(A Doña Pepita.)
tú, para que te diviertas,
ahí tienes esos papeles;
ya sabes su contenido.

D.ª PEPITA.

(De rodillas á los pies de su padre.)

Por el Dios omnipotente
que ve mi tormento, padre,
y por todo cuanto puede
mover á usted á piedad,
le ruego que no se empeñe
en concluir estas bodas:
padre, señor, no me fuerce

usted á que de la vida
que le he debido deteste;
no exija usted obediencia
tan costosa, si no quiere
que su hija desventurada
siempre por morir anhele.
Si me veda usted que sea
de aquel que mi amor merece,
y que antes me prometió,
¡ay, padre! no me violente
dándome á quien aborrezco:
no á su hija así desespere,
pretendiendo que obedezca
á tan tiránicas leyes.
De rodillas se lo ruego.

D. SIMPLICIO.

(Conociendo que se va á enternecer.)
¡Corazon, tú te enterneces!
Fuera la flaqueza humana.

D.ª PEPITA.

Amado padre, no piense
usted que envidio los dones
que hace á Don Fidel, bien puede
darle todas sus riquezas,
y añadir á ellas mis bienes,
que con gusto se los cedo;

mas no quiera usted hacerle
dueño tambien de mi propia;
permítame que me encierre
en un convento, y consagre
al cielo con penitente
corazon mi amarga vida.

D. SIMPLICIO.

¿Qué tal? Como no las dejen
casarse con sus galanes,
dicen que quieren meterse
monjas. ¡Buena vocacion!
Levanta. Si te parece
repugnante este marido,
ese mas mérito adquieres,
que mortificas tu cuerpo,
y tu casamiento ofreces
en desquite de tus culpas
á Dios; vamos, no me quiebres
la cabeza con tus lloros.

JUANA.

¿Qué, señor?....

D. SIMPLICIO.

Tú has de meterte
en tu costura, y no mas.

D. PABLO.

Si á los consejos atiendes
de la razon....

D. SIMPLICIO.

Tus consejos,
hermano, son muy prudentes,
muy sabios, muy acertados;
pero aquí no se te quieren.

D.ª ELVIRA. *(Á D. Simplicio.)*

Viendo lo que está pasando
no sé como hablar acierte.
Es preciso que estés ciego,
pues lance tan evidente,
como el que pasó conmigo,
te empeñas en no creerle,
aunque te lo afirman todos.

D. SIMPLICIO.

Oh! no me engañan ustedes;
¿piensas tú que no adivino
el caso? Si tú andas siempre
por complacer á mi hijito,
y porque yo no riñese
con él, ya se ve, apoyaste
sus embolismos soeces
contra aquel siervo de Dios.

¡Para quien crea en mugeres!
Además de que no estabas
alterada, y en tan fuerte
lance te irritaras.

D.ª ELVIRA.

Yo,
porque un hombre me requiebre,
ni me solicite, nunca
me enojo; sé defenderme,
y sin decir insolencias
jamás nadie se me atreve.
Una risa, una ironía
al mas osado contiene
mejor que gritos y enfados.
No soy yo de las mugeres
que, como si fueran tigres,
esgrimen garras y dientes
en defensa de su honor,
y que embisten con la gente,
si se oyen llamar bonitas:
no; y el cielo me preserve
de una virtud tan arisca.
Mi recato es de otra especie:
urbanidad, complacencia,
frialdad, y todos pierden
conmigo las esperanzas,
asi que me hablan tres veces.

D. SIMPLICIO.

Por fin yo sé la verdad.

D.ª ELVIRA.

¡Hay tal capricho! ¿Y si vieses
la cosa, qué me dirias?
¿Te estarias en tus trece?
Mira que no es imposible.

D. SIMPLICIO.

¿El verlo?..

D.ª ELVIRA.

¿Qué duda tiene?

D. SIMPLICIO.

Habladurías.

D.ª ELVIRA.

Apuesto
que, como en ello me empeñe,
lo ves con tus propios ojos.

D. SIMPLICIO.

Paparrucha.

D.ª ELVIRA.

Es cosa fuerte;

si no digo que nos creas;
pero, responde, ¿si en este
sitio te hacemos su infamia
tocar y ver claramente,
quedarás desengañado.

D. SIMPLICIO.

Entonces.... ¿Pero á que viene
decir cosas imposibles?

D.ª ELVIRA.

Ya ha mucho que me desmientes,
y sacarte de tu error
debo, para que no pienses
que yo he dado testimonio
falso contra el inocente.
Tú vas á ver la verdad.

D. SIMPLICIO.

¡Qué me place! Sea breve;
ya verémos como sales
del pantano en que te metes.

D.ª ELVIRA. *(A Juana.)*

Dile que venga.

JUANA. *(A Doña Elvira.)*

Es muy diestro;

y en las redes que le tienden
temo que no ha de caer.

D.ª ELVIRA. (*A Juana.*)

Sí, que la que bien se quiere
en los lazos que nos pone
con facilidad nos prende,
y mas cuando el amor propio
á lisonjearnos viene.
Haz que baje sin tardanza,
y váyanse al punto ustedes.
(*A Don Pablo y Doña Pepita.*)

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA y DON SIMPLICIO.

D.ª ELVIRA.

Tú debajo de esta mesa
ven al instante á meterte.

D. SIMPLICIO.

¿Yo?

D.ª ELVIRA.

Tú; y lo que mas importa
para el caso es esconderse
bien.

D. SIMPLICIO.

¡Debajo de la mesa!

D.ª ELVIRA.

¡Ay Dios mio! no te inquietes
en averiguar por qué:
éntrate, que así conviene,
y no has de meter ruido,
para que no se sospeche
Don Fidel que estás ahí.

D. SIMPLICIO.

Confesemos que no puede
darse mas condescendencia;
pero porque todos queden
por embusteros, me allano
á hacer cuanto me dijeres.

D.ª ELVIRA.

No nos lo echarás en cara.
(A Don Simplicio que está debajo de la mesa.)
Mira, para convencerte
voy á tratar de un asunto
que en boca de las mugeres
propias es muy peliagudo;
así, antes que él venga, advierte
que, si le digo requiebros,

es para que manifieste
su maldad en tu presencia,
para que su disfraz deje,
y descubra la torpeza
de su corazon, albergue
de impostura y de lascivia,
para que veas patente
su villana hipocresia.
Tú podrás, cuando estuvieres
convencido de su infamia,
hacer que este juego cese
saliendo de tu escondite,
á ti toca protejerme,
y estorbar que llegue el lance
á mas que aquello que fuere
necesario para que
ninguna duda te quede.
En fin, como en este asunto
son tuyos los intereses
que median, puedes hacer
lo que á cuento te viniere....
Pero Don Fidel se acerca;
chito, y trata de esconderte.

ESCENA V.

DON FIDEL, DOÑA ELVIRA Y D. SIMPLICIO, DEBAJO DE LA MESA.

D. FIDEL.

Juana me ha dicho, señora,
que á solas quiere usted verme.

D.ª ELVIRA.

Y es para cosas secretas;
mire usted, por si sucede
lo que antes, si escucha alguno,
y tras sí la puerta cierre.
(Don Fidel va á cerrar la puerta y vuelve.)
No quiero que se repita
la escena, que me estremece
la memoria del peligro
que usted corrió, sin que fuesen
mis ruegos con Alejandro
parte para que no diese
cuenta á su padre de todo;
y fué mi susto tan fuerte
que ni desmentirle supe.
Por fin el cielo clemente
lo ha dispuesto mejor todo.
La estimacion en que tiene

á usted mi esposo disipa
la nube, y sin que sospeche
nada me manda que viva
y que esté con usted siempre,
porque pretende arrostrar
cuanto dijere la gente;
de suerte, que sin que nadie
nos lo note, ni nos zele,
puedo encerrarme yo sola
aquí con usted, y hacerle
sabedor de los secretos
de un pecho, que acaso cede
á sus amorosas ansias
despues de un plazo muy breve.

D. FIDEL.

No comprendo ese lenguaje,
señora, y muy mal se aviene
con lo que dijo usted antes.

D.ª ELVIRA.

Mal conoce á las mugeres
usted, cuando así le arredran
sus afectados desdenes.
¿Una defensa tan flaca
no sabe usted lo que quiere
decir? El pudor combate
con nuestros afectos siempre

en los primeros instantes,
y aunque el amor triunfe y reine
en el pecho, la vergüenza
se opone á que se confiese
el vencimiento, y la boca
habla contra lo que siente
el corazon; la voz niega,
mas lo que niega concede.
Una confesion tan clara
á usted podrá parecerle
prueba de mi liviandad;
pero el estraño accidente
de esta tarde me disculpe;
y diga usted, ¿si no fuese
por el amor que le tengo,
hubiera tan blandamente
escuchado sus requiebros?
Si no quise que dijese
nada Alejandro á su padre,
¿que mas prueba darse puede
de que me agrada su amor?
y el haber hecho tan fuertes
instancias para que usted
el casamiento deseche
que le propone mi esposo
¿no es un indicio evidente
de que no quiero que nadie
en ese corazon reine,

de que una rival me enoja?

D. FIDEL.

Cierto, es dulzura celeste
oir de una boca amada
tanta gloria prometerse;
miel destila de esos labios,
y toda mi ánima siente
tanta bienaventuranza,
que á toda espresion escede.
Pero es, señora, tan grande
la ventura de mi suerte,
que á creerla no me atrevo
¿ y quien sabe si no es este
un artificio fraguado,
á fin de que yo deseche
la boda que me proponen ?
Hablando en fin claramente,
para que yo á persuadirme
del afecto de usted llegue,
es preciso que algun trago
de celestiales placeres
me dé usted, y en mi alma plante
su favor la rama verde
de fe constante y sincera.

D.ª ELVIRA.

(*Despues de toser para avisar á su marido*)

¿ Tanto quiere usted tan breve ?

¿Todo el amor de mi pecho
tan presto apurar pretende?
Le confieso que le aprecio,
¿y para satisfacerle
no le basta, que al instante
el último favor quiere?

D. FIDEL.

Siempre es corta la esperanza
de aquel que nada merece,
ni son de fiar palabras
que tanta dicha prometen.
No creeré mi ventura,
señora, hasta que me diere
prendas usted de cariño:
mientras la obras no hubieren
confirmado las palabras
dudaré de su amor siempre.

D.ª ELVIRA.

Señor Don Fidel, el suyo
impone tan duras leyes,
que me asusta usted de veras,
¡que ansie con tan vehemente
ardor por ver sus deseos
satisfechos, sin que deje
un breve espacio de tregua,
en que el corazon aliente!

¿ Es justo tanto rigor ?
¡ Exigir lo que pretende
sin dar una hora de plazo,
y abusar impunemente
de las flaquezas agenas,
y del amor qne le tienen !

D. FIDEL.

¿ Mas si con benignidad
ve usted mi amor, á qué viene
negarme prendas seguras
del suyo ?

D.ª ELVIRA.

¿ Y si consintiese,
no se ofenderia el cielo,
de que tanto habla usted siempre ?

D. FIDEL.

Vaya; si no es mes que el cielo
por lo que usted se detiene,
chico estorbo es á fe mia,
y ni mentarse merece.

D.ª ELVIRA.

Pues luego ¿ á qué hablan del cielo,
y tanto miedo nos meten ?

D. FIDEL.

Tan ridiculos temores

yo los disiparé en breve,
señora; porque sé el arte
de hacer que nunca atormenten
los escrúpulos; el cielo
nos veda ciertos placeres,
es verdad; pero es muy fácil
con el cielo componerse.
Hay cierta ciencia que enseña
á ensanchar nuestros deberes,
ó estrecharlos; es conforme,
lo uno ó lo otro nos conviene.
Cuando las obras son malas,
á la rectitud se atiende
de la intencion; porque Dios
nunca desea la muerte
del pecador, y con poco
se contenta. Muy en breve
sabrá usted esta doctrina.
Déjeme que yo la lleve
por la mano al paraiso,
y no se asuste por leves
parvidades de materia.
Tedo el pecado que hubiere
en esto caiga en mis hombros,
y no hay miedo que me pese...
(Doña Elvira tose con mas fuerza.)
Mucho tose usted, señora.

D.ª ELVIRA.

Sí; todo el pecho me duele.

D. FIDEL.

¿Gusta usted de mi alfeñique?

D.ª ELVIRA.

Es tos tan rancia y tan fuerte,
que no he de hallar alfeñiques,
á mi ver, que la remedien.

D. FIDEL.

Es triste cosa.

D.ª ELVIRA.

Fatal.

D. FIDEL.

En fin para que no quede
escrúpulo, sepa usted
que del escándalo pende
el pecado, ya lo dije
otra vez, y considere
que con acciones ocultas
jamás el cielo se ofende.
Quien disimula no peca.

D.ª ELVIRA.

(Despues de toser y dar golpes sobre la mesa.)

Habré al fin de resolverme
á ceder á usted, pues veo
que si á todo cuanto quiere
no me allano, no hay pensar
que quieran aquí creerme.
Sin duda que es cosa triste
que hasta tanto estremo llegue;
pero si doy este paso,
es porque no se convencen
sin él de lo que yo digo,
porque exigen ciertas gentes
desengaños tan palpables,
y pruebas de tal especie,
que... En fin, si alguno se agravia
con esta accion, no se queje
de mí; la culpa no es mia,
protesto estar inocente,
y que cedo á la violencia.

D. FIDEL.

Señora, nada recele
usted; sobre mi cabeza...

D.ª ELVIRA.

Salga usted por si estuviese
Simplicio en el corredor,

y vuelva sino le viere.

D. FIDEL.

Esa es precaucion inútil,
que es hombre con quien se puede
jugar como con un niño;
y le tengo de tal suerte
que, aun viéndolo, nunca crea
cosa que á mi no me pete.

D.ª ELVIRA.

No importa; salga usted fuera,
y escudriñe atentamente
todas las piezas vecinas,
por lo que suceder puede.

ESCENA VI.

DON SIMPLICIO Y DOÑA ELVIRA.

D. SIMPLICIO.

(Saliendo de debajo de la mesa.)
¡Jesus, qué hombre tan infame!
vaya vaya; es una peste
infernal, no vuelvo en mí.

D.ª ELVIRA.

Simplicio ¡qué vivo que eres!
¿A qué sales todavia?
Estraño que te aceleres

tanto; vuelve á tu escondite,
y aguarda hasta el fin; ¿no temes
hacer un juicio malo?
Saldrás de dudas muy breve.

D. SIMPLICIO.

Pongo á que hombre mas perverso
ni en el infierno se encuentre.

D.ª ELVIRA.

¡Dios mio! las apariencias
te engañan. ¿Quién sabe? A veces
pueden ser falsas las cosas
que mas ciertas nos parecen.
Para no errar te aconsejo
que sin decir nada esperes
hasta el remate de todo.
(Doña Elvira pone á Don Simplicio detrás de ella.)

ESCENA VII.

DON SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA y DON FIDEL.

D. FIDEL.

(Sin ver á Don Simplicio.)
La fortuna favorece
mis gustos; de mirar vengo
esos cuartos, y no hay gente.
Mi tierno amor...
(Al tiempo que Don Fidel viene con los brazos

abiertos para abrazar á Doña Elvira, esta se retira y ve Don Fidel á Don Simplicio.)

D. SIMPLICIO.

(Deteniendo á Don Fidel.)

Cepos quedos.
Procure usted contenerse.
¡Cáspita, qué amor tan fino!
¿Con qué el siervo de Dios quiere
ponerme lo que usted sabe?
¡Un santo que así se deje
llevar de la tentacion!
¡Se casa con mi hija y quiere
gozar tambien mi muger!
Yo creí que en burlas fuese.
He aguantado largo rato,
pensando que era juguete,
y que iba á mudar de estilo.
Ya tengo lo suficiente,
sin que usted pase adelante.

D.ª ELVIRA. *(A Don Fidel.)*

Astucia mi accion parece,
mas no estuvo en mi evitarla.

D. FIDEL. *(A Don Simplicio.)*

¿Piensa usted?....

D. SIMPLICIO.

En lo que piense.
Mutis de casa al momento,
sin mas dimes ni diretes.

D. FIDEL.

Mi intento...

D. SIMPLICIO.

Es gastar parola,
y lo que aquí se requiere
es irse pronto á la calle.

D. FIDEL.

Usted es quien luego debe
irse, usted que hace de dueño;
la casa me pertenece
á mí solo; yo lo haré
constar cuando el tiempo llegue.
Vano es que con viles artes
ultrajarme aquí se piense;
yo haré ver que tengo medios
para castigar aleves
y confundir impostores,
vengando al cielo que ofenden,
y haciendo que se arrepientan
cuantos agraviarme intenten.

ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA y DON SIMPLICIO.

D.ª ELVIRA.

¿Qué es lo que quiere decir?
¿Qué modo de hablar es este?

D. SIMPLICIO.

A fe que yo no me rio,
y que temo un accidente.

D.ª ELVIRA.

¿Cual?

D. SIMPLICIO.

He hecho un gran disparate,
no sé que remedio tiene.
Esta donacion me inquieta.

D.ª ELVIRA.

¿Qué donacion?

D. SIMPLICIO.

De mis bienes,
y es negocio concluido.

D.ª ELVIRA.

¿Qué?

D. SIMPLICIO.

Ya lo sabrás. Lo urgente
es ver si no se ha llevado
una arquita con papeles.



ACTO V.

ESCENA I.

DON SIMPLICIO Y DON PABLO.

D. PABLO.

¿A dónde vas tan de priesa?

D. SIMPLICIO.

¿Qué sé yo?

D. PABLO.

La primer cosa
es pensar lo que has de hacer
para salir de zozobras.

D. SIMPLICIO.

Lo que á mí me hace perder
el juicio, y me incomoda
mas que otra cosa, es la arquita.

D. PABLO.

¿Pues tanto esa arquita importa?

D. SIMPLICIO.

El amigo perseguido

que mi corazon aun llora,
al irse me la encargó,
y su caudal, vida y honra,
dijo que de estos papeles
dependian.

D. PABLO.

¿Pues que loca
idea te hizo ponerla
en manos de otra persona?

D. SIMPLICIO.

Escrúpulo de conciencia.
Contéle toda la historia
á ese bribonazo, y él
con su mónita devota
me persuadió se la diera,
diciendo ser fácil cosa
que el juez hiciera pesquisas;
si echaba requisitorias,
yo, sin cargar mi conciencia,
y con doblez oficiosa,
decia que no tenia
ni papeles, ni las otras
cosas que me preguntáran,
y que asi juraba contra
la verdad, y sin pecar.

D. PABLO.

Hermano, veo que toman
tus asuntos mal semblante;
la donacion, esa historia,
el haberte fiado de él;
confieso que me acongoja
cuanto me dices, y entonces
ha sido una accion muy loca
insultarle, como has hecho,
que tiene prendas de sobra
para darte que sentir.

D. SIMPLICIO.

¡Qué; con facha tan devota
esconder tanta doblez,
tanta maldad horrorosa,
conmigo que le dí asilo
cuando pedia limosna!
Si otro santurron me engaña,
mándole que ha de ser obra
de romanos: como al diablo
la cruz haré á las personas
que me hablen de devocion.

D. PABLO.

Simplicio, eso es dar en otra
exageracion peor.

Mas tú nunca te reportas;
y por huir de un error
das en el opuesto ahora.
Un pícaro te engañaba
con capa de religiosa
piedad, y por eso piensas
ya que las almas devotas,
que sirven á Dios con zelo,
son como ese infame todas.
Si así lo crees, hermano,
torpemente te equivocas.
Deja, deja á los impíos
que consecuencias tan tontas
saquen, y que hagan rechifla
de la piedad, porque es moda.
Tú ama la virtud, respeta
á las personas piadosas;
mas no creas en palabras,
atente solo á las obras;
aborrece la villana
hipocresía, mas honra
la virtud pura y sincera,
y la religion adora:
y advierte que vale mas,
hermano, pecar por sobra
que por falta de respeto
en cosas de tanta monta.

ESCENA II.

DON SIMPLICIO, D. PABLO Y D. ALEJANDRO.

D. ALEJANDRO.

¿Padre, es cierto que un bribon
sin vergüenza le provoca
á usted, sin guardar de tantos
beneficios la memoria,
y que tiene la insolencia
de amenazarnos ahora
que ha de echarnos de esta casa?

D. SIMPLICIO.

Así es, hijo; mi congoja
es cruel en este lance.

D. ALEJANDRO.

Ese pleito á mí me toca.
Ambas orejas le corto,
y salimos de zozobra
en un instante; bien puede
decir que le llegó su hora.

D. PABLO.

Bueno; eso se llama hablar
con la ligereza propia

de un muchacho atolondrado;
modera esa furia loca,
que vivimos bajo un justo
gobierno, y el que se porta
con violencia halla castigo,
sin que el favor le socorra.

ESCENA III.

DOÑA TECLA, D. SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, D. PABLO, DOÑA PEPITA, D. ALEJANDRO Y JUANA.

D.ª TECLA.

¿Qué es esto hijo? Aquí me cuentan
un monton de horribles cosas.

D. SIMPLICIO.

Grandes novedades, madre,
que acabo de ver ahora
yo mismo. Ve usted que fruto
he sacado de mi boba
bondad: un pobre mendigo,
que de beneficios colma
mi necedad, que le trato
cual pudiera á la persona
mas allegada, le doy
mi caudal, y á mi hija propia,
y al mismo tiempo el villano

à mi muger enamora,
y procura deshonrarme:
esto no basta; se arroja
hasta amenazarme ingrato
con dádivas que mi tonta
confianza le tiene hechas;
afana por ver si logra
despojarme de mis bienes,
y ponerme en la horrorosa
miseria, de que yo necio
le he sacado: esta es mi historia.

JUANA.

¡Pobrecito!

D.ª TECLA.

Hijo, no creo
que hiciera accion tan odiosa.

D. SIMPLICIO.

¿Como?

D.ª TECLA.

Los buenos son siempre
envidiados.

D. SIMPLICIO.

Esta es otra:
¿qué quiere usted decir, madre?

D.ª TECLA.

Que es tu casa una Liorna,
y que todos le aborrecen.

D. SIMPLICIO.

¿Y para el caso qué importa?

D.ª TECLA.

Cuando eras niño, te dije
que las gentes virtuosas
eran las mas perseguidas;
que la envidia es la ponzoña
que nunca muere en el mundo,
porque se van las personas
envidiosas, y ella queda.

D. SIMPLICIO.

Y lo que yo digo ahora
¿qué tiene que ver con eso?

D.ª TECLA.

Te habrán contado una historia
sin pies ni cabeza.

D. SIMPLICIO.

¡Calle!
¿Pues no he dicho ya, señora,
que lo he visto yo, yo mismo?

D.ª TECLA.

Hay lenguas murmuradoras.

D. SIMPLICIO.

Esto es para condenarse.
Una vez, ciento y mil otras
repito que yo lo he visto.

Dª. TECLA.

De las lenguas ponzoñosas
ninguno puede librarse.

D. SIMPLICIO.

Usted, madre, me provoca
con las réplicas que tiene
y sus reflexiones tontas.
Si he dicho ya que lo he visto,
visto ¿lo oye usted ahora?
visto con mis propios ojos.
Pues no está mala la sorna.
¿Quiere usted oirlo mas?

D. TECLA.

¡Dios mio! son engañosas
las apariencias, mil veces
el mas lince se equivoca.
No siempre es bueno juzgar

uno por su vista propia.

D. SIMPLICIO.

¡Por vida de!....

Dª. TECLA.

Sospechamos
siempre lo peor; las obras
santas se interpretan mal.

D. SIMPLICIO.

¿Qué interpretar, ni que alforjas,
si abrazaba á mi muger?

Dª. TECLA.

Antes que de una persona
se hable mal, es necesario
saber de fijo las cosas.

D. SIMPLICIO.

¿Qué mas fijo quiere usted?
El diablo no diria otra.
¿Con qué habia de aguardar
hasta que?.... Usted está tonta.

Dª. TECLA.

En fin, es alma muy cándida,
muy devota y religiosa,

y las cosas que le achacan
saldrá que son falsas todas.

D. SIMPLICIO.

Es mucho disparatar,
no sé si fuera usted otra
que mi madre lo que haria.

JUANA. *(A Don Simplicio.)*

Así va, señor, la bola;
usted no quiso creer
y no le creen ahora.

D. PABLO.

Gastamos en frioleras,
que maldita cosa importan
tiempo, y mientras sus medidas
sin duda el pícaro toma.

D. ALEJANDRO.

¿Piensa usted que llegue á tanto
su descaro?

D.ª ELVIRA.

Tengo poca
inteligencia en asuntos;
mas pienso que tan odiosa
demanda no ose entablarla.

D. PABLO. *(A Don Simplicio.)*

No te fies; hay personas
que protejen á los malos:
este lance de su boca
oido parecerá
una accion que le es honrosa,
y con menos fundamento
he visto yo que se atollan
otros, sin poder salir
á salvo. ¿Quién le provoca
con las armas que él tenia?

D. SIMPLICIO.

Cierto, pero al ver su odiosa
soberbia y su hipocresía,
confieso que perdí toda
la razon y la paciencia.

D.ª ELVIRA.

Si, cuando pasó la historia
hubiera sabido yo
lo que habia ¿quién ignora
que hubiera escusado el lance
que tanto nos desazona,
y mis?....

D. SIMPLICIO.

(A Juana, viendo entrar á Don Celedonio.)

¿Qué me quiere ese hombre?
sabe á qué fin se le antoja
verme, y dile que se vaya,
que su visita incomoda

ESCENA IV.

D. SIMPLICIO, DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, D. PABLO, D. ALEJANDRO, JUANA y D. CELEDONIO.

D. CELEDONIO.

(A Juana en el fondo del teatro.)

Dios le dé salud, hermana,
y despues allá la gloria.
Quisiera hablar dos palabras
al amo, si nadie estorba.

JUANA.

Está con gente y no puede
hablar con nadie.

D. CELEDONIO.

No importa,
que yo no seré importuno:

es asunto de muy pocas
razones, y gustará
de saberle de mi boca.

JUANA.

¿Su nombre de usted?

D. CELEDONIO.

Mi nombre
es lo que menos importa.
Dígale usted que me envia
Don Fidel, y para cosas
de su bien.

JUANA. *(A Don Simplicio.)*

Dice que viene
para negocios de monta
de parte de Don Fidel,
y que será muy gustosa
su comision.

D. PABLO. *(A Don Simplicio.)*

Pues oigamos
lo que ese hombre nos proponga.

D. SIMPLICIO. *(A Don Pablo.)*

¿Si me habla de componerse,
qué quieres que le responda?

D. PABLO.

Será forzoso escucharle
en tu situacion penosa.

D. CELEDONIO. (*A D. Simplicio.*)

El Señor nos dé su gracia,
y confunda á quien se oponga
á su bien de usted, que asi
esta ánima pecadora
lo pide en sus oraciones.

D. SIMPLICIO.

(*En voz baja á Don Pablo.*)

Este exordio se acomoda
muy bien con lo que yo pienso.

D. CELEDONIO.

He recibido mil honras
de esta casa, y señor padre
siempre como cosa propia
me miraba.

D. SIMPLICIO.

Siento mucho
no conocer la persona
de usted; dígame su nombre

D. CELEDONIO.

Don Celedonio de Porras,
natural de Mondoñedo,
y por mas que se carcoma
la envidia, soy escribano
con mis títulos en forma.
Cuarenta años ha que ejerzo
esta profesion gloriosa.
Y vengo con su licencia,
y sin consentir demora,
á notificar un auto.

D. SIMPLICIO.

¿Qué; usted viene?....

D. CELEDONIO.

Es cosa corta,
que está dicha en dos palabras;
providencia ejecutoria
de proceder al despojo
de casa, y que ni personas
ni muebles en ella queden,
sin permitir moratoria.

D. SIMPLICIO.

¡Yo salir de aquí!

D. CELEDONIO.

¿Usted sabe,

señor, que es la casa ahora
del buen señor Don Fidel,
que por un contrato en forma,
otorgado ante escribano,
y que tengo aquí en mi bolsa,
dueño es del caudal de usted,
sin que ninguno le tosa?

D. ALEJANDRO. *(A Don Celedonio.)*

Es mucha la desvergüenza.

D. CELEDONIO. *(A Don Alejandro.)*

A mi no me comisionan
para tratar con usted,
caballerito; á quien toca.
(Señalando á Don Simplicio.)
responder es al señor,
que es un sugeto de forma,
y respeta á la justicia.

D. SIMPLICIO.

Yo....

D. CELEDONIO.

Sí señor, y me consta
que no haria resistencia
por un millon, que es persona
prudente y muy timorata

el señor, y no le enoja
que yo cumpla con mi oficio.

D. ALEJANDRO.

¿A qué se gana una soba
de palos bien asentados
su mónita socarrona?

D. CELEDONIO. *(A Don Simplicio.)*

Haga usted que salga ó calle
su hijo, que fuera penosa
precision certificar
palabras tan injuriosas.

JUANA. *(Aparte.)*

¿A este hombre Don Celedonio,
ó Don Demonio le nombran?

D. CELEDONIO.

Tengo, señor, tierno afecto
á las almas religiosas
y buenas, y en prueba de ello,
y del zelo que me abona,
practico estas diligencias,
porque algun otro no escojan
que procediese con menos
suavidad, que hay personas
de muy poco miramiento.

D. SIMPLICIO.

Pues es accion cariñosa
el echarme de mi casa.

D. CELEDONIO.

Pero permito demora,
y el cumplimiento del auto
no pienso poner por obra
hasta mañana temprano,
si Dios quiere; yo las cosas
no las llevo por el filo.
Porque todo vaya en forma,
usted, antes de acostarse,
hará que me entreguen todas
las llaves: yo mandaré
á diez hombres de mucha honra
que pasen aqui la noche:
mientras que ustedes reposan
velan ellos, y asi nadie
nada de la casa toma.
Mañana al amanecer
saca usted todas sus cosas,
y se las lleva, y se va
adonde mas le acomoda.
Mis mozos ayudarán;
son todos gente mañosa
y robusta; á fe que nada

se desgracie ni se rompa.
Soy hombre muy servicial
y bondoso, sin lisonja.
Señor Don Simplicio, yo
aguardo de usted la propia
bondad, y que su familia
á mi oficio no se oponga.

D. SIMPLICIO. *(Aparte.)*

¡De lo poco que me queda
de mejor gana cien onzas
diera yo por asentar
en su cara socarrona
el bofeton mas bien dado!

D. PABLO. *(A Don Simplicio.)*

Vamos, hermano, una poca
de paciencia.

D. ALEJANDRO.

No sé como
me contengo, que la boca
no le he bañado ya en sangre.

JUANA.

Pregunto: ¿en esa corcova
qué sentaria mejor,
ó garrote, ó cachiporra?

D. CELEDONIO.

Hija, modere esa lengua,
y sepa, por si lo ignora,
que tambien para mugeres
hay castigo, si provocan.

D. PABLO. (*A Don Celedonio.*)

Traiga usted ese papel,
y déjenos.

D. CELEDONIO.

En buen hora.
Hasta luego: Dios les dé
á ustedes su santa gloria.

D. SIMPLICIO.

Y Satanas el infierno
á ti y quien te comisiona.

ESCENA V.

DON SIMPLICIO, DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, D. PABLO, DOÑA PEPITA, D. ALEJANDRO Y JUANA.

D. SIMPLICIO.

¿ Qué tal, madre, miento yo ?

Por el auto que me emboca
saque usted si tiene el alma
bien infame y bien traidora
el gazmoño hipocriton

D.ª TECLA.

¡Jesus! me he quedado tonta.
como la que ve visiones.

JUANA. *(A Don Simplicio.)*

No señor, todas sus obras
se encaminan al provecho
del prójimo, y mayor honra
de Dios; los bienes terrenos
son cosas muy transitorias,
y suelen dañar al alma,
por eso su fervorosa
caridad á usted le quita
ese peso que le estorba
para el camino del cielo.

D. SIMPLICIO.

Siempre has de ser habladora;
calla y déjanos en paz.

D. PABLO. *(A Don Simplicio.)*

Tomemos medidas prontas
para salir de este apuro.

D.ª ELVIRA.

Haz al público notoria
su ingratitud y osadía;
con su conducta alevosa
las cláusulas del contrato
ese perverso las borra,
que no es posible que triunfe
iniquidad tan odiosa.

ESCENA VI.

DON CARLOS, D. SIMPLICIO, DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, D. PABLO, DOÑA PEPITA, DON ALEJANDRO Y JUANA.

D. CARLOS.

Señor Don Simplicio, siento
darle un pesar; pero importa
mucho que usted ponga en cobro
al momento su persona:
un amigo íntimo mio,
que acaso en ello viola
el secreto que es debido
en cosas de estado, ahora
me avisa que está mandado
prender á usted, y que sola
la fuga puede librarle.

Una hora ha la venenosa
serpiente que abrigó usted,
de traicion y de alevosas
correspondencias le acusa:
la delacion corrobora
presentando al Soberano
una arquita que usted, contra
las leyes de fiel vasallo,
guardaba, donde están todas
las piezas de un fugitivo
reo de estado: no informa
de mas mi amigo; mas sé
que hay órden para la pronta
prision de usted, y el villano
acompañará en persona
al que ha de arrestar á usted.

D. PABLO.

Así el hipócrita colma
su maldad, y sus derechos
con esta accion corrobora,
fingiendo que eres traidor.

D. SIMPLICIO.

Vaya; el hombre, sin lisonja,
es un maldito animal.

D. CARLOS.

Vamos, que cualquier demora

puede ser á usted funesta.
Ahí tiene usted esa bolsa
con mil doblones; mi coche
nos aguarda hace media hora.
No perdamos un instante,
que estos golpes, si se estorban,
es poniendo tierra en medio.
Mi amistad no le abandona
á usted hasta estar en parte
segura.

D. SIMPLICIO.

¡ Cuanto á la heróica
amistad de usted le debo !
Ruego al cielo que me ponga
en estado de pagar
una accion tan generosa.
Y tú, Pablo, ten cuidado.....

D. PABLO.

No te detengas; con todas
tus cosas tendré yo cuenta,
como con las mias propias.

ESCENA VII.

DON FIDEL, UN ALCALDE DE CORTE, DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, D. SIMPLICIO, D. PABLO, DOÑA PEPITA, D. CARLOS, D. ALEJANDRO Y JUANA.

D. FIDEL.

(*Deteniendo á Don Simplicio.*)

Despacio, señor, despacio;
no es menester que usted corra
tanto para encontrar casa;
el Soberano le aloja
en la cárcel.

D. SIMPLICIO.

¡Ah villano!
¡Con qué bella accion coronas
tus infamias! ¡Digna paga
de quien á pícaros honra!

D. FIDEL.

Con todas esas infamias
no piense usted que me enoja,
que se las ofrezco á Dios.

D. PABLO.

Edifica tan devota

moderacion.

D. ALEJANDRO.

¡El perverso
como del cielo se mofa!

D. FIDEL.

En vano por irritarme
me denuestan y baldonan;
quien cumple con sus deberes
vanos clamores arrostra.

D.ª PEPITA.

Por cierto la comision
con que usted viene es honrosa,
¡soplon!

D. FIDEL.

En servir al Rey
no puede caber deshonra.

D. SIMPLICIO.

¿Te acuerdas, bribon, mendigo,
que te daba de limosna
de comer pan á mi mesa?

D. FIDEL.

No me olvido de las honras
que puedo deber á usted;

pero media la persona
sagrada del Soberano
que toda gratitud borra
en mi pecho, que leal
sacrificará á su gloria
amigos, parientes, hijos.

D.ª ELVIRA.

¡Infame!

JUANA.

¡Como blasona
de virtud el muy soez!

D. PABLO.

Pues si es tan buen patriota
usted, como aquí se jacta,
¿porqué aguardaba hasta ahora
á delatar á mi hermano,
cuando ha visto que á su esposa
requiebra usted, y de casa,
porque así lo exige la honra,
le despide? Y si es culpado,
¿para qué admite con pronta
voluntad la donacion
que con mano generosa
de todo su caudal le hace?
Cosas tan contradictorias
yo no acierto á concertarlas.

D. FIDEL.

(Al Alcalde de corte.)

Bulla tan escandalosa
durará, señor alcalde,
hasta cumplir con lo que obra
el espediente, y así
haga usted justicia pronta.

EL ALCALDE.

Será usted servido al punto;
y pues la justicia invoca,
la ejecutaré al instante.
Sin réplica ni demora
dese usted al Rey.

D. FIDEL.

¡Yo preso!

EL ALCALDE.

Usted.

D. FIDEL.

¿Por qué?

EL ALCALDE.

Eso no toca
á usted preguntar; mas quiero
que estos señores conozcan

la historia de un impostor.

(A Don Simplicio.)

Aliente usted: no está ahora
en el tiempo en que reinaba
la hipocresía engañosa:
un Soberano ilustrado
disipa sus cautelosas
nieblas, por mucho que artera
en sus vapores se esconda.
De la religion amante,
sabe discernir las sombras
de la luz; y el falso zelo,
que con color se arrebola
de piedad y devocion,
toda su saña provoca.
De este hipócrita villano
las virtudes impostoras
mal podian engañarle,
que muy mas artificiosas
mentiras penetrar sabe:
de una mirada vió todas
las maldades de este infame,
en su corazon las hondas
raices que echó el delito;
y cuando con engañosa
astucia á su bienhechor
acusa, la vengadora
justicia del cielo quiere

que el principe en él conozca
á un célebre delincuente,
cuyos hechos epilogan
tanta negra iniquidad
que llenara mil historias.
Para evitar su castigo
el fingido nombre toma
de Don Fidel, ocultando
el suyo, que tanto asombra.
Indignado el Soberano
de su conducta alevosa,
que asi con su ingratitud
sus graves delitos colma,
quiso ver donde llegaba
de su desvergüenza loca
el esceso, y me encargó
que le trajese, con sola
la intencion que reparase
los males que ustedes lloran.
La autoridad soberana
del monarca le despoja
de la donacion que usted
(A D. Simplicio.)
le hizo de su hacienda toda,
le restituye sus bienes,
y su clemencia perdona
la ofensa de haber guardado
con reserva misteriosa

la fe á su amigo proscrito;
y así el príncipe corona
el zelo que por su causa
muestra usted en las discordias
civiles que nos agitan;
que siempre su protectora
diestra ampara á quien le sirve,
y si en su alma grande poca
impresion hace el agravio,
el servicio no se borra.

JUANA.

¡Gracias al cielo!

D.ª TECLA.

Ya aliento.

D.ª ELVIRA.

¡Qué suerte tan venturosa!

D.ª PEPITA.

¿Quien lo dijera?

D. SIMPLICIO.

(A D. Fidel, que el Alcalde se lleva consigo.)
Anda, infame.

ESCENA VIII.

DOÑA TECLA, D. SIMPLICIO, DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, D. PABLO, D. CARLOS, DON ALEJANDRO Y JUANA.

D. PABLO.

Mira, hermano, que deshonras
el triunfo con insultar
á ese hombre: harto dolorosa
es su suerte: antes al cielo
su perdon por él implora,
que arrepentido sus culpas
llore, porque piadosa
la bondad del soberano
temple su castigo. Ahora
vé á dar las gracias de tantos
favores de que te colma
el Monarca, y á sus plantas
reconocido te postra.

D. SIMPLICIO.

Dices bien: vamos al punto
de su bondad generosa
á tributarle rendidas
gracias, y luego las bodas

de Pepita dispondrémos
con Cárlos, que su amorosa
constancia de ser premiada
mucho ha que es merecedora.

FIN.

1°. MAYO DE 1836.

Coleccion de Novelas que se publican en la casa de OLIVA. Barcelona.

Persuadidos de lo conveniente que seria reunir en una Coleccion lo mas interesante que se ha publicado en clase de novelas, puesto que son muchos los aficionados á su deliciosa lectura, hemos determinado dar á luz una Coleccion compuesta de las mas celebradas y de conocido mérito. Además, el tener el amante de estas agradables producciones del ingenio que recurrir á distintos puntos para recopilar en su biblioteca algunas novelas escogidas, lo que tiene muchos inconvenientes; y el ver que aun despues de conseguido, la designaldad de su impresion, tamaño, encuadernacion, etc. forma un amontonamiento de volúmenes chocante á la vista por su desproporcion y falta de uniformidad: son otros tantos motivos que nos han impelido á proporcionar al público la Coleccion que anunciamos. Todas las novelas de que constará tendrán idéntico tamaño, la misma impresion, igual papel, etc.; estarán enriquecidas con bellas láminas, y adornadas con preciosas viñetas; de modo que serán el adorno de una biblioteca por su belleza, un pasatiempo instructivo y delicioso por su mérito literario, y podrán fácilmente circular por lo cómodo y manejable de su tamaño.

Los señores impresores, libreros y autores que publiquen alguna obra nueva de regular reputacion, y deseen adquirir á cambio algunas de las novelas de la Coleccion, diríjanse al Editor, avisándole antes de la publicacion de dichas obras, y podrán convenir en el cambio.

A los que deseen tomar por mayor dichas novelas se les hará una rebaja proporcionada por cada doce ejemplares. Así mismo á los señores que gusten seguir la suscripcion se les entregará por cada doce novelas una gratis, principiando á contar desde la primera á que se hayan suscrito.

Se ha dado principio ya á dicha Coleccion con las novelas que á continuacion se espresan, que por las referidas cualidades han merecido la mas plausible acogida:

La Estranjera, ó la Muger misteriosa por el vizconde de Arlincourt: 2 tomos 16, á 14 rs. en rústica y 18 en pasta.

La Abadesa, ó Procedimientos inquisitoriales por W. H. Ireland: 2 tomos 16, á id. id.

El Solitario del Monte Salvaje, por el vizconde de Arlincourt: 2 tomos 16, á id. id.

PUBLICACIONES NUEVAS.

Casey: Intérprete Anglo-Hispano, ó sea Tratado práctico de las lenguas inglesa y española: 1 tomo 4, nueva y muy correcta edicion de 1835, 36 rs. vn. pasta.

Chantreau: Arte de hablar bien francés, ó Gramática completa, revista y corregida con todo esmero por Mr. Dupuy, 1 tomo 4, 22 rs. vn. pasta.

Diccionario histórico, ó Biografía universal de hombres célebres: 12 tomos 4, de 672 páginas cada uno, 792 rs. vn. pasta.

Suplemento al Diccionario histórico, ó Biografía de hombres célebres: 1 tomo en 4 de 224 páginas, á 30 rs. vn. pasta.

Coleccion de retratos de los principales personajes célebres contenidos en el Diccionario histórico ó biografía universal, grabados con finura y habilidad, y sacados de los mas auténticos que se conocen: esta Coleccion consta de 159 retratos y el frontispicio, que lo forma una lámina alegórica. Dicha Coleccion se venderá tambien separadamente del Diccionario histórico, á las personas curiosas que deseen poseer los retratos mas celebrados de los hombres eminentes y sabios de todas clases: precio 170 rs. vn. la Coleccion completa y encuadernada.

Diario de Santa-Helena, escrito por el Conde de las Casas, y Continuacion del mismo, ó sea Napoleon en su destierro, y últimos momentos de Napoleon, por los Sres. O'Meara y Antommarchi: 9 tomos 8, enriquecido con 3 láminas finas, 136 rs. vn. pasta.

Eusebio: historia sacada de las memorias que dejó él mismo, por D. Pedro Montengon: 4 tomos 8, marquilla, 60 rs. vn. pasta.

Llorente: Historia crítica de la Inquisicion de Espa-

ña : obra original conforme á lo que resulta de los archivos del Real Consejo de la Suprema y de los tribunales del Santo Oficio de las provincias : con una lámina fina que representa el retrato del Autor : 8 tomos 8, 114 rs. vn. pasta.

Moral universal, ó Deberes del hombre fundados en su naturaleza : obra escrita en francés por el Baron de Holbach, y traducida al castellano por D. Manuel Diaz Moreno : 3 tomos 8, hermosa y correcta edicion, adornada de una lámina fina : 40 rs. vn. pasta.

Obras dramáticas y líricas de D. Leandro Fernandez de Moratin, nueva edicion : 6 tomos 8, adornada de 9 láminas finas, 104 rs. vn. pasta.

COMEDIAS.

Bruto ó Roma libre, trajedia en 5 actos : á 4 reales vellon.

El Chasco de los Pretendientes, ó sea la disolucion del Congreso de Tœplitz, drama político en 3 actos : á 4 rs. vn.

La Heredera, comedia en 1 acto, original de Scribe y J. Melangue : á 2 rs. vn.

El Novio en mangas de camisa : á 2 rs. vn.

Luisa, ó el Desagravio : á 2 rs. y medio.

Derú, ó el Asesino de tres caras : á 2 rs.

El Mendigo de Bruselas : á 2 rs.

La Espía americana : á 2 rs. y medio.

El Heredero, ó los Calaveras Parásitos : á 2 rs.

Alejandro en las Indias: 3 reales vellon.
Aviso à las solteras: 3 rs. vn.
Beneficencia é ingratitud: 3 rs. vn.
Bretánico: 3 rs. vn.
Blanca y Moncasin, 4 rs. vn.
Cristoval Colon: 3 rs. vn.
Diez años, ó el Cerrajero de S. Pol: 2 rs. vn.
Duque de Osuna: 3 rs. vn.
Dido abandonada: 3 rs. vn.
Don Alvaro, ó la fuerza del sinó: 8 rs. vn.
El Cuákero y la Cómica: 4 rs. vn.
Elena: 8 rs. vn.
El Hombre gordo: 4 rs. vn.
El Ciego de la encina: 3 rs. vn.
El Padre romano: 3 rs. vn.
El Preso por amor: 3 rs. vn.
El Avaro: 3 rs. vn.
El dichoso arrepentimiento: 3 rs. vn.
El Job de las mugeres: 3 rs. vn.
El Hombre prudente: 3 rs. vn.
El Monstruo de Cataluña: 3 rs. vn.
El Carpintero de Livonia: 3 rs. vn.
El Baron: 3 rs. vn.
El Monstruo de la Fortuna: 3 rs. vn.
Esposa fiel: 3 rs. vn.
El Mágico africano: 3 rs. vn.
El Vengador de los Cielos: 3 rs. vn.
El Honor es lo primero: 3 rs. vn.
El Caballero: 3 rs. vn.
El Comerciante inglés: 3 rs. vn.
El Sordo en la posada: 3 rs. vn.

El alcázar del secreto: 3 rs.
El Viting: 3 rs. vn.
El Manolo: 3 rs. vn.
El Verdugo de Amsterdam: 4 rs. vn.
El Hombre de la Selva Negra: 4 rs. vn.
El Litigante generoso: 4 rs. vn.
El Pítaco, tragedia: 3 rs. vn.
El bosque peligroso: 3 rs. vn.
El Médico á palos: 3 rs. vn.
Eduardo y Federica: 3 rs. vn.
El Pelayo: 4 rs. vn.
Federico II: 3 rs. vn.
Fatme y Selina: 3 rs. vn.
Galan valiente y discreto: 3 rs. vn.
Hermenegilda: 3 rs. vn.
Juan, ó no hay mal que para bien no venga: 2 reales vellon.
Julia de Blecin, ó la intriga: 2 rs. vn.
José II en Saltbrag ó la Huérfana: 3 rs. vn.
La Novia de sesenta y cuatro años ó una lotería, 4 reales vellon.
La casita aislada, ó la Pupila: 2 rs. vn.
La Hija del Portero: 2 rs. vn.
Las diez de la noche, ó funestos efectos de una revolucion: 4 rs. vn.
La Xaira: 2 rs. vn.
Las tres parroquias: 4 rs. vn.
La Venganza: 5 rs. vn.
Lisonja á todos: 4 rs. vn.
Lucinda: 2 rs. vn.
Los Amantes de Siracusa: 3 rs. vn.

La Escuela de la amistad: 3 rs. vn.
La Jacoba: 3 rs. vn.
La Escuela de las madres: 3 rs. vn.
La Egilona: 3 rs. vn.
La Jahel: 3 rs. vn.
La Señorita mal criada: 3 rs. vn.
Los dos Amigos, ó el Negociante de Lion: 3 rs. vn.
La Crueldad de Inglaterra, ó lo que va de cetro á cetro: 3 rs. vn.
La Virtud premiada: 3 rs. vn.
La Judit castellana: 3 rs. vn.
La Condesa de Genovitz: 3 rs. vn.
La Criada mas sagaz: 3 rs. vn.
La Confesion con el Demonio: 3 rs. vn.
Los Prisioneros ingleses: 3 rs. vn.
La bella Guayanesa: 3 rs. vn.
La toma de San Felipe: 3 rs. vn.
Lo cierto por lo dudoso: 3 rs. vn.
La Dama corregidor: 3 rs. vn.
Los riesgos que tiene un coche: 3 rs. vn.
Los siete Hijos de Edipo: 3 rs. vn.
La Silesia: 3 rs. vn.
Los Asesinos de Florencia: 3 rs. vn.
Los dos Valdomiros: 3 rs. vn.
La filantropía, ó la reparacion de un delito: 3 rs. vn.
La Metromanía: 4 rs. vn.
Los Hermanos á la prueba: 3 rs. vn.
La Vieja y los dos Calaveras: 3 rs. vn.
Las Cárceles de Lamberg: 3 rs. vn.
Llorar por los muertos y suspirar por los vivos: 3 reales vellon.

María, ó la Niña abandonada: 3 rs. vn.
María Teresa de Austria: 3 rs. vn.
Mitrídates: 3 rs. vn.
Misantropía y arrepentimiento: 3 rs. vn.
Morir por la Patria: 3 rs. vn.
No hay virtud sin recompensa: 3 rs. vn.
Paz de Artajerjes.: 3 rs. vn.
Quince años, ó efectos de la perversion: 2 rs. vn.
Quince años ha: 5 rs. vn.
Raquel: 3 rs. vn.
Sara Sampion: 3 rs. vn.
Treinta años, ó la vida de un jugador: 4 rs. vn.
Tener zelos de sí mismo: 3 rs. vn.
Todo es farsa en este mundo: 8 rs. vn.
Zazuela, premios de Amor: 3 rs. vn.

Operas en italiano con la traduccion en castellano.

Olivo y Pasqual: 4 rs. vn.
Casa deshabitada: 4 rs. vn.
Torcuato Tasso: 4 rs. vn.
Catalina de Guisa: 4 rs. vn.
Muda de Portici: 4 rs. vn.
Castillo de Kenilvorth: 4 rs. vn.

Nota. A mas de las comedias que aquí se mencionan, se hallan en la misma librería de Oliva, los mas acreditados dramas del teatro moderno, y muchísimos mas de todas clases, que por no ocupar demasiado lugar han dejado de continuarse en la antecedente lista.

LORENZO ME LLAMO,

Y CARBONERO DE TOLEDO.

PERSONAS.

Lorenzo, Galan.
Don Juan de Flores, Galan.
El Baron Kosel, Galan.
El Marques de Santa Cruz.
Don Pedro de Vargas, Barba.
Doña Juana de Flores.
Madama Teodora, Dama.
Lucia, Criada.
Martin, Gracioso.
Un Ayudante.
Un Capitan y un Sargento.
Dos Soldados.
Un Tambor.
Cuatro Salteadores.
Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

HABITACION DE DOÑA JUANA.

Lorenzo, de Carbonero, doña Juana y Lucia.

Juana.

Cierra esa puerta, Lucia,
y á quien me buscare, dí
que no estoy en casa.

Lucia.

Asi
lo haré, señora mia. *Vase.*

Juana.

Lorenzo, solos estamos,
oidme.

Lorenzo.

Decid, señora,
que me admira el ver ahora,
como decís, lo que damos,
que es notable novedad
en vuestro recogimiento.

Juana.

Estadme, Lorenzo, atento.

Lorenzo.

Decid, señora

Juana.

Escuchad.
Tres años há que venís
de los montes de Toledo

á traer carbon á casa,
de cuyo conocimiento
ha nacido la amistad
y voluntad que os tenemos.
En ausencia de mi hermano
el capitan, que sirviendo
está en Flandes á Filipo
Segundo, que guarde el Cielo,
debajo de las banderas
que milítan el Gobierno
del conde de Fuentes, que hoy
es de nuestras armas Hector,
os debo amistades grandes;
no quiero decir que os debo
servicios, que no es razon,
si bien estais satisfecho
que os paga mi voluntad
de la manera que puedo.
Ha un año que me persigue,
sin dejarme en ningun tiempo,
un deseo de saber
lo que os diré, estadme atento;
y si fuere liviandad,
con presumir que es deseo
de muger, tendré disculpa;
que cuando algo no tenemos,
por natural condicion
tanto nos abrasa el pecho,
que no hay prudencia en el alma
ni en la lengua sufrimiento.
He visto que me mirais
algunas veces suspenso,
de manera que aunque os hablo,
ó no respondeis tan presto,
ó no es respuesta conforme

á tan buen entendimiento
como teneis, aunque sois
un Labrador Carbonero.
Si me dais algo temblais,
y á veces el rostro os veo
pálido ó rojo, colores
de la vergüenza y del miedo.
Si cuando á casa venís
y estoy en la iglesia, vuelvo
el rostro, os veo mirarme
con tal atencion, que pienso
que forma altar de mis ojos
la devocion de los vuestros
Si salgo al campo, en el campo
os hallo, tanto que llego
á imaginar que es amor;
y estad seguro que tengo,
con ser muger principal,
tan poco de lo soberbio,
que con ser vos lo que sois,
si es amor os lo agradezco;
que bien puede amor entrar
en un villano grosero
como espíritu, sin ser
en agravio del sugeto.
Vos teneis muy buen juicio,
y puede amor haber hecho
este milagro con vos;
decidme lo que hay en esto,
que por vida de mi hermano
de no enojarme, pues veo
que lo que es sobra de amor,
es falta de atrevimiento;
que á tenerle, siendo vos
lo que sois, tened por cierto

que eran pocas muchas vidas
para el menor pensamiento.
No os parezca liviandad
querer entender si es cierto,
pues no perdeis en decirlo,
y yo gusto de saberlo.

Lorenzo.

Pues habeis dado, señora,
licencia á mis pensamientos,
cosa que ellos no pensaron,
porque si pensaran ellos
que pudiera ser llegar
á declararse, sospecho
que hubiera vívora sido,
que á quien los engendra abriendo
el pecho; quitan la vida:
gran providencia del Cielo,
que uno nazca y otro muera,
para que siendo veneno,
no vaya dejando vivos
su fiero daño en aumentos:
si bien los que me congojan,
pues que ya los digo, entiendo,
claro está que han de matarme
rompiendo mi sufrimiento;
pero no acierto en llamarlos
vívoras, siendo tan cierto
que ha sido vuestra hermosura
quien los engendra en mi pecho.
Soy un pobre labrador
de los montes de Toledo,
donde nací de los nobles,
padres que ya por lo menos,
por una letra que erraron
no fueron nobles, y fueron

Robles: mirad en que está
de nuestra fortuna el yerro.
Sé leer, aunque no es mucho,
he aprendido sin maestro;
escribir, aunque he tenido
de saberlo gran deseo,
mi oficio no me ha dejado
jamás una hora de tiempo
para la pluma ó la espada;
si bien, señora, os prometo
que allá en mi lugar las fiestas
los labradores mas diestros
temen, si no la destreza,
la fuerza con que la juego:
pues en los montes á veces
me sucede cuerpo á cuerpo
matar un oso, que es cosa
que á caballo con monteros
teme él mas ejercitado.
Perdonad si os entretengo,
que es mas buscar dilaciones
á mis pensamientos nécios,
que deciros alabanzas
de tan rústico sugeto.
Finalmente, es fuerza hablar,
como deuda obedeceros,
pues la licencia asegura,
si no lo avergüenza el miedo;
que un libro de disparates
compré ayer en prosa y verso,
y en el principio decia,
que era con licencia impreso;
y así escuchareis los mios,
pues que ya de vos la tengo,
y digo que vine un dia

guiado de un escudero
con dos cargas de carbon
á vuestra casa, tan lejos
de pensar qué lo era yo,
como fué milagro nuevo
encenderme vos los ojos
con un rayo de los vuestros.
Salisteis á hacer la cuenta,
como quien tiene el gobierno
de esta casa, sin hermano,
con un guardapies honesto,
dorado el color con plata,
la pritinilla cubriendo
solo el pecho, temerosa
de tocar la nieve al cuello,
recien puesta la camisa,
me pareció á los almendros,
que en esos montes florecen
cuando entra de paz febrero.
Yo triste, á ver enseñado
carbon., quedéme suspenso
de ver tanta nieve junta,
no habiendo entrado el invierno.
Cuando haciades la cuenta,
estaba entre mí diciendo,
troquemos nieve á carbon,
divino monte de Venus.
Oyólo amor, y tomando
una pella de los pechos,
tiróme al alma (¡ó milagro!)
que encendió con nieve el fuego,
flechas de nieve tiramos
á un corazon carbonero:
¡qué victoria! ¿mas qué digo?
¿qué mas heróicos trofeos,

que hacer que un rudo villano
levantase el pensamiento
á un angel, y conociese
de amor los altos misterios?
Desde entonces, por no daros
fastidio con largos cuentos,
(que han de oir los cuentos largos,
ó caminantes, ó presos)
ha sido mi vida estar
entre el Cielo y el Infierno;
el Infierno si no os veia,
y el Cielo en llegando á veros.
Con el zapato de vaca
llegaba á la puente, y luego
el de cordovan pulido
calzaba á mis pies groseros.
Quitéme el cuello colchado,
compré cortesanos cuellos,
no por pareceros bien,
que bien estaba yo cierto
que no reparaba el sol
en átomos tan pequeños;
pero por honrar, señora,
vuestro gran merecimiento,
por disculparle conmigo,
siquiera de haberme muerto.
¡Qué lágrimas no he llorado
en esos montes, haciendo
responder á mis suspiros
los pájaros y los ecos!
Muchas veces he querido
matarme, no porque os quiero;
mas porque siendo quien soy
tuve tal atrevimiento.
Como yo no sé escribir

vuestro nombre, tengo llenos
los blancos olmos del Tajo
por cifra del nombre vuestro
de flores mal retratadas,
asi la vida entretengo.
Trayéndoos la liebre viva,
la fruta del verde almendro,
las truchas de los arroyos,
y los panales cubiertos
de rosas, las blancas natas,
el vino oloroso, el queso,
y tal vez os he traido,
ved qué rudo Polifemo,
que en un libro lo he leido,
que aunque muy oscuro, entiendo
lo que habia de decir,
mas no que lo dice el verso,
que los osos presentaban
á Galatea pequeños;
y asi yo los he traido
la vez que me parecieron
en los rústicos donaires,
y en los groseros pellejos:
¿ pero cómo de contaros,
señora, no me avergüenzo
tan atrevidas pasiones,
como gloriosos tormentos?
Hago fin con advertiros
que de hoy para siempre os pierdo,
pues no es justo veros mas
sabiendo mi atrevimiento.

Juana.

Lorenzo, yo os pregunté,
no ha sido la culpa vuestra;
pero llamémosla nuestra,

pues culpa de entrambos fué:
mia, porque os agrade;
vuestra, porque el ser os culpa
quien sois, aunque nos disculpa
una disculpa á los dos:
á mí el Cielo, amor á vos,
que es accidente y no culpa.
Condenar la inclinacion
no es posible; pero creo
que engendra en vuestro deseo
monstruos la imaginacion:
olvidad esa pasion
tan vana y tan atrevida,
que aunque vuestra fé rendida
me solicite obligada,
borran las leyes de honrada
los fueros de agradecida:
que cierto vuestra persona,
mas de hombre noble parece
que humilde, y que vista ofrece
alma que todo lo abona:
si amor, amor galardona,
con que le puedo tener
adonde no puede ser:
id con Dios y perdonad,
que á un noble la voluntad
¿dónde se puede tener?

Lorenzo.

Señora, bien me temia
que el dia que se supiese
mi amor, el último fuese
que veros mereceria;
mas si por la vida mia,
que vá á morir la esperanza,
algun ramo verde alcanza

de donde se puede asir,
temblando quiero pedir
de esa sentencia mudanza.
Si yo intentase valer
algo, señora, por mí,
en partiéndome de aquí
y tal os volviese á ver,
que os pudiese merecer,
¿qué tanto me esperaria
vuestra noble cortesía?

Juana.

Mucho agradezco esta fé,
Lorenzo, pero no sé
qué os responda: ¡hay tal porfía! *ap.*
Dé ahora mi compasion
esta esperanza á su brio,
que con eso le desvio
de su loca pretension.

Lorenzo.

Tiemblo al rogaros.

Juana.

Si son
á vuestros ciegos engaños
despechos los desengaños,
revóquelos mi piedad.

Lorenzo.

Señora, un plazo me dad.

Juana.

Pues sea el plazo tres años.

Lorenzo.

¿Tres? pues acepto el partido;
que en tres años será cierto,
ó ser otro hombre ó ser muerto;
con esto licencia os pido,
y aunque humilde y atrevido,

la mano...

Juana.

Yo os pongo en ella
esta memoria, que sella
el concierto de los dos. (1)

Lorenzo.

Pues á Dios, señora.

Juana.

A Dios.

Lorenzo.

Favor, amorosa estrella.

ESCENA II.

Juana, y sale Lucia y dale una carta.

Lucia.

Pues ya Lorenzo se ha ido,
bien puedo entrar, ¿quien lo ignora?
De Flandes, señora, ahora
esta carta te han traido
de don Juan tu hermano.

Juana.

Muestra.

Lucia.

Don Fernando me la dió.

Juana.

Luego el alma me advirtió
como una sola es la muestra:
dias ha que la deseo.

Lucia.

¿Si se acordará de mí?
abre y lee.

---

(1) *Dale la mano, y bésala Lorenzo.*

Juana.

Dice asi:
apenas que es cierto creo.

Lee: *Hermana mia, la fuerza ha sido la causa de mi descuido, aunque nunca le tuve en procurar tus dichas, de que te doy la enhorabuena, pues tengo concertadas tus bodas con el Baron Rosel: su calidad es grande, y su caudal no menos: yo ire por el mar presto, para cuya jornada puedes desde ahora prevenirte: Madama Teodora, que es hermana del que ha de ser tu esposo, te desea ver en Flandes; y te aseguro, que en su compañia no has de echar menos á España. Tu hermano el Capitan*

Don Juan Flores.

¿Pudiera haber mas estraña
nueva para mí, Lucia?

Lucia.

¿Sentirás, señora mia,
el que dejemos á España?

Juana.

No siento sino casarme.

Lucia.

¿Pues si es con un señor?

Juana

Puesto que tiene valor
mi hermano, pudiera darme
un español por marido.

Lucia

No, á lo menos señoría.

Juana.

No está la desdicha mia

en que estrangero haya sido,
sino que siento que di
una palabra á un galan,
y si me fuerza don Juan
será desacierto en mí.

Lucia.

¿Galan? ¿pues tú lo has tenido
y no lo he sabido yo?

Juana

Es una sombra que entró
para despertar mi olvido.
Ven, que te quiero contar
un disparate de amor.

Lucia.

Mal disimula el dolor
quien llegó una vez á amar.

ESCENA III.

Decoracion de Calle.

Salen cuatro valientes como de noche

Primero

Amigos, esto ha de ser;
en esta esquina podemos
aguardar, pues tanto importa
el buen fin de este suceso
El marqués de Santa Cruz
ha dias que está en Toledo,
porque como pasa á Flandes
á gobernar, cuando menos
aquellos estados, antes
quiere llevarse dos tercios
de españoles, que levanta
en esta Ciudad; yo, viendo

que todas las noches sale
á hacer oracion al templo
de la Vírgen del Sagrario
solo y disfrazado, intento,
amigos del alma mia,
que un cintillo le quitemos
de diamantes, que trae siempre
por toquilla en el sombrero,
sin la bolsa; que Dios fuere
servido que traiga, puesto,
que un señorazo tan grande
nunca ha de andar sin dinero;
y dado que no lo traiga,
el cintillo, á lo que creo,
vale un reíno, porque son
los diámantes y como huevos;
y bien mirado, el Marqués
no ha de tener queja de esto,
pues á un Príncipe no es falta
que le quiten el sombrero.

Segundo

Digo que has dado en el punto;
Cespedosa, desde luego
mi espada con mi persona
para la empresa te ofrezco;
haz cuenta que ya al cintillo
le llegó su hora.

Primero.

Tan cierto
es lo que dices, que juzgo
que ya en mi poder le tengo.

Tercero.

¿Y para esa niñería
gasta ucé saliva? bueno;
¿pues hay mas de daca, y toma?

y santas pascuas.

Cuarto.

Hablemos
claro: para estas empresas
los hombres de bien nacieron,
porque los de obligaciones
no son ladrones rateros:
solo quiero preguntaros,
porque este lance no erremos,
si le conoceis.

Primero.

Amigos,
bien espiado le tengo:
aunque es oscura la noche,
eso del conocimiento
á mi cargo queda

Segundo.

Oid,
que ruido á esta parte siento,
y él debe de ser sin duda.

Cuarto

Hácia aquí nos retiremos. (1)

ESCENA IV.

Dichos, y sale el Marqués de Santa Cruz embozado con un cintillo de diamantes en el sombrero.

Marques.

Aunque es oscura la noche,
de mi casa lo primero,
mi devocion me ha sacado,
como lo acostumbro, y luego
haber llegado á mi oido

(1) *Retiránse los cuatro á un lado.*

que la gente de estos tercios
que en Toledo se levantan,
hacen en anocheciendo
mil insultos, que es perder
á mi persona el respeto;
y asi, he querido esta noche
examinarlo yo mesmo,
y si hallo algunos culpados,
por la fé de caballero,
que su castigo ha de ser
de los demás escarmiento.

Primero.

El es, amigos.

ESCENA VI.

Dichos, y salen por otro lado Lorenzo y Martin con capotillas y espadas.

Lorenzo.

Martin,
no creerás cuanto me alegro
de que quieras ir conmigo
á la guerra.

Martin.

Yo prometo
servirte bien.

Lorenzo.

Mucho estimo
tus honrados pensamientos:
ven á casa; pero aguarda,
que si no me engaño, creo
que oigo ruido en esta esquina. (1)

(1) *Llegan los cuatro al Marques.*

Maqrues.

Aquí hay gente.

Primero.

Caballero,
cuatro hidalgos muy honrados,
que no tienen un sustento,
vive Dios, y no acostumbrán
buscarlo por bajos medios,
os suplican una cosa
muy facil

Marques.

Ya yó la espero,

Primero.

Es, pues que aquí de los tres,
uno de mis compañeros
está con un resfriado
y le hace falta un sombrero;
y asi, hacedle caridad
de prestarle aqu este vuestro
hasta mañana.

Marques.

Si es esa
la causa, hidalgos, no puedo:
porque tambien lo estoy yo,
y aprieta mucho el sereno;
y' fie, que la caridad
diz que empieza por si mesmo.

Lorenzo

¿No escuchas, Martin?

Martin.

Ya escucho.

Lorenzo.

Ladrones son

Primero.

Dele luego,

ó quitarésele yo.

Marques.

La cortesia agrdezco;
pero de noche, y oscuras
no reparo en cumplimientoss
¿Son soldados vuesarcedes?

Segundo.

Ninguno es.

Marques.

Yo me alegro
de que sea asi: estos doblones
tomen, y vayanse luego,
antes que yo me arrepienta
de habeiselos dado.

Primero.

Bueno,
si esa es treta, ó intentona
para escapar, el sombrero,
quédese con él, que solo
ese cintillo queremos.

Marques.

Hidalgos, aqueso tiene
dificultad

Lorenzo.

Vive el Cielo,
que es hombre de bien, Martin.

Martin.

¿Dónde vas?

Lorenzo.

A socorrerlo,
que me han picado sus brios.

Primero

¿A qué aguarda? deje luego
sombrero, capa, y espada.

Primero.

Y la bolsa.

Lorenzo.

Caballeros, (1)
estando yo aquí, no es facil:
ea, hidalgo, al lado vuestro
teneis un hombre de bien.

Marques.

En vuestra accion lo estoy viendo.

Segundo.

Hombre, mira que te pierdes,
porque he de pasarte el pecho
con dos balas. (2)

Lorenzo.

Pues amigo,
apuntar bien, y no erremos,
que si no da lumbre el gato,
he de quitarte el pellejo.

Marques.

De esta manera respondo:
ha ladrones (3)

Segundo.

No dió fuego,
huyamos todos al punto.

Dentro Primero.

Que me matan.

Dentro segundo.

Que me han muerto.

---

(1) *Ponese Lorenzo al lado del Marques*

(2) *Saca una pistola, y la encara á Lorenzo*

(3) *Sacan todos las espadas, y el de la pistola dispara, y no da lumbre, metenlos á cuchilladas, y quedase solo Martin.*

Dentro Tercero.
Confesion.

ESCENA VI.

Martin.

Tres por la cuenta
ván va, ah famoso Lorenzo,
que puedes ser en España
honra de los carboneros;
pero aqui ha quedado uno,
¿qué aguardo, que no le espeto? (1)
Hombre, ciñe: vive Dios,
que es valiente como un Hector,
doile con la irremediable:
esto se acabó, Laus Deo:
cansado estoy de reñir.

ESCENA VII.

Martin, y salen el Marques y Lorenzo embainando.

Marques.

Obligado, caballero,
os estoy, pues vida y honra
á vuestro valor le debo:
decidme, ¿quien sois?

Lorenzo.

Hidalgo,
á mi fortuna agradezco,
aunque no era menester
el haber llegado á tiempo,
que os hiciese este servicio:

(1) *Finge pendencia Martin con uno.*

mas si la verdad confieso,
á vos solo os podeis dar
tan justo agradecimiento,
porque hablando sin pasion,
no ví tan lindos aceros
en mi vida.

Marques.

Si es querer
honestarme lo que os debo
con mi alabanza, eso fuera
faltar yo al conocimiento
que debo tener; y asi,
decid quien sois, pues es cierto,
que quien obra tan bizarro,
debe de ser caballero.

Martin.

Vive Dios, señor, que ha dado
en el punto: su abolengo
viene, si yo no me engaño,
de los montes de Toledo,
y del gran solar de encino,
y en cuanto á cristiano viejo,
al Rey no le debe nada,
porque es tratante de aquello
con que queman los judios,
y de la honra, ya sabemos
con cuanto entra la romana.

Lorenzo.

¿Quieres escucharme, nécio?

Martin.

Esta es la verdad, que aquí
no hemos de ser carboneros.

Lorenzo

Caballero, este criado,
que es un loco imaginad;

pero lo que es la verdad,
es, que soy un hombre honrado:
y de tan corta fortuna
mis pensamientos se ven,
que tengo de hombre bien
el no merecer ninguna
No sé quien soy, ni he podido
conseguirlo á mi despecho,
mas si me informo del pecho,
dice que soy bien nacido;
porque aunque algunas estrellas
influyen altos blasones,
solo tiene obligaciones
quien sabe cumplir con ellas.
Este soy, éste he de ser,
oro poco, y mucho esmalte;
pero aunque todo me falte,
me sobra el buen proceder.
Y pues ya quedais seguro,
no haciéndoos falta los dos,
quedaos, hidalgo, con Dios.

Marques.

Esperad, que ahora procuro
con mas veras vuestro nombre
saber.

Martin.

Yo se lo diré.

Lorenzo.

¿Mi nombre? pues para qué?

Marques.

Para conocer á un hombre
que sin noticia ninguna
de sí poco, ó mucho adquiere,
solo con su aliento quiere
contrastar a la fortuna.

Martin.

Es, á decirlo disponte.

Marques

No perderá vuestra fama.

Martin

Señor, mi amo se llama
Lorenzo de Todo Monte.

Lorenzo.

El nombre verdad ha sido,
pero el sobrenombre no,
que los pobres como yo
nunca tienen apellido.

Martin.

Hombre, responde al reclamo.

Lorenzo.

¡Qué nécio y cansado estás!
ya he dicho que no sé mas
de que Lorenzo me llamo.

Marques

Que yo os estimo creed,
y asi, hidalgo, perdonad,
este bolsillo tomad,
y esta sortija ós poned
en mi nombre, y esto sea
sin que nada me digais. (1)

Lorenzo.

Como á pobre me tratais.

Marques.

Con mas servicios desea
mi atencion: quedaos con Dios;
cumplimientos no gastemos,
que algun dia nos veremos.

---

(1) *Dale un bolsillo y una sortija.*

Lorenzo.

Pero ahora he de ir con vos.

Marques

No ha de ser por vida mia,
que no os lo consentiré:
quedaos, hidalgo.

Lorenzo.

Ya sé,
que es necedad la porfia:
ya os obedezco

Marques

Admirado
voy, porque el mundo se asombre,
si por Dios, de ver á un hombre
tan valiente y tan honrado.

ESCENA VII.

Lorenzo y Martin.

Lorenzo

¿Qué dices de esto, Martin?

Martin.

Vive Dios, que es cosa nueva
esta que te ha sucedido,
y que yo no la creyera
á no habella visto: ¿tú
sortija y doblones?

Lorenzo.

Deja,
que me admire de que yo
alguna fortuna tenga:
¿quién será este hombre?

Martin.

Será
el alma de un sastre en pena,

que se anda restituyendo
todo.

Lorenzo.

Que nunca de veras
has de hablar: no puede ser
que algun caballero sea
de muchísima importancia?
esta dádiva lo muestra.

Martin.

No señor.

Lorenzo.

¿Por qué?

Martin.

Porque
los caballeros á secas
no dán sortijas y doblones,
porque tienen muchas deudas
con quien cumplir: vive Dios,
que una dádiva como esta
la pudo dar el Gran Turco,
ó el Gran Tamorlan de Pérsia;
¿mas sabes lo que he pensado?

Lorenso

Acaba, dilo, ¿qué piensas?

Martin

Que estaba el hombre borracho,
porque si no lo estuviera,
no hiciera tan gran locura;
y asi, vámonos apriesa,
no vuelva en su juicio, y
á dar trás nosotros vuelva.

Lorenso.

¡Ay doña Juana divina!
ya parece que mi estrella
quiere hacer pocas conmigo.

Martin.

Tá, tá, ¿de ese pie cojeas?
¿luego estás enamorado?

Lorenzo.

¡Ay, Martin, si tú supieras
del modo que tengo el alma!

Martin

¿Y quién es la tal Princesa?

Lorenzo.

¿Quién ha de ser? el sol mismo,
el alva, el aurora bella,
todo el Cielo, y cuantas partes
puede imaginar la idea:
tantas presumo, Martin,
que se han de admirar en ella.

Martin

¿Pues un pobre carbonero
tales desatinos piensa?
no he de creerlo por Dios;
mira, si tú me dijeras:
Martin, yo pierdo mi juicio
por Juana la carbonera,
ó la gorrona, era fácil
de creer; pero á estas reinas
atreverte con la cara
de color de chimenea,
con mas borrones que plana
de algun muchacho de escuela,
no lo he de creer.

Lorenzo.

Martin,
ven, que quiero que la veas,
porque disculpes mi amor.

Martin

Aquese recado á ella,

que ella se ha de disculpar
si tal desatino intenta.

Lorenzo

Ven, y compraremos vestidos.

Martin

Con los doblones que llevas
bastante habrá para todo.

Lorenzo.

Y pues se vá con gran priesa
el marqués de Santa Cruz
á Flandes, mi diligencia
me ha de valer, porque pienso
debajo de sus banderas,
merecer por mi valor
lo que mi sangre me niega.

Martin

Vamos, que tambien Martin
ha de campar con su estrella:
¿y hemos de pasar el mar
para llegar á esa tierra?

Lorenzo.

Sí, Martin.

Martin.

Digolo, porque
iremos mar en carreta,
que son de los carboneros
los barcos con que navegan.

Lorenzo.

Fortuna, tres años solos
de vida á mi amor le quedan,
en este tiempo, ó morir,
ó adquirir lustre y hacienda.

ESCENA VIII.

Decoracion de Campo.

Doña Juana y Lucia con mantos.

Lucia

Hermosa, señora, estás.

Juana

De oirte, Lucia, me rio.

Lucia.

Con tu donaire y tu brio
envidia á las flores dás;
alegre está tu belleza,
señora, aunque mas me digas.

Juana

Nunca verás ser amigas
la hermosura y la tristeza:
yo estoy triste, y de esa suerte,
aunque tus lisonjas crea,
estaré sin duda fea.

Lucia

Que estás engañada advierte,
porque la melancolía
suele añadir perfeccion.

Juana

Eso en las que hermosas son:
¿mas negarásme, Lucia,
si desengañarte quieres
y salir de aquese error,
qué solamente el color
hace hermosas las mugeres?
Luego si estoy triste, cosa
que el color á todas priva,
en que la hermosura estriba,

¿cómo puedo estar hermosa?

Lucia

Mucho del color te agradas,
y no es cosa de matar,
yo he visto á muchos penar
por mugeres opiladas:
si fuera hombre, sus desdenes
adorara, y sus querellas,
y me anduviera tras ellas.

Juana

Lucía, mal gusto tienes,
graciosa has estado.

Lucia.

Pero
dejando esto aparte yo,
¿no dirás qué te pasó
con Lorenzo el Carbonero?

Juana

He sabido, si te agrada,
aquí para entre las dos,
que se me inclina

Lucia.

Por Dios,
que te hallas acomodada:
no son sus designios malos;
¿qué has de hacer si persevera?

Juana.

Yo, reirme.

Lucia.

Mejor fuera
hacerlo moler á palos,
porque vaya el picaron
en su oficio á trabajar.

Juana.

Yo á nadie puedo quitar

que me tenga inclinacion,
y de eso haga chanza ahora;
mas dejando aquesto á un lado,
¿has visto con el cuidado
que me sirve y enamora
don Pedro de Vargas?

Lucia.

Puedo
decirte sin interés,
que ese caballero es
de lo mejor de Toledo:
y si servirte desea,
¿quién por mas galán merece?

Juana

Si á mí no me lo parece,
¿qué importará que lo sea?
á Flandes me voy contenta,
solo por estar sin él.

Lucia.

En fin, el Baron Rosel
es el dichoso.

Juana.

Que sienta
no estrañes casarme ahora
con un hombre, que á mi gusto
no sé si será.

Lucia.

Del gusto
saldrás en Flandés, señora.

Juana.

Oye. (1)

---

(1) *Hablan aparte.*

ESCENA IX.

Dichas y salen Martin y Lorenzo de gala.

Martin.

Señor, vive Dios,
que aunque somos dos patanes,
que venimos mas galanes
que Garmeldos los dos:
bien haya, amen, el bolsillo,
que en fin nos ha remediado.

Lorenzo.

Pues todavía ha quedado,
Martin, algun dinerillo.

Martin.

¿Y la sortija?

Lorenzo.

Aquí está
en el dedo.

Martin.

Bien, á fé;
déjame reir.

Lorenzo.

¿De qué?

Martin.

De ver las vueltas que dá
este mundo.

Lorenzo.

Majadero,
¿con que tu discurso topa?

Martin.

Ayer eras poca ropa,
y hoy pareces caballero.

Lorenzo.

Aguarda, Martin. (¡Qué veo!)

¿es verdad, Cielos Divinos?
¿no es doña Juana?

Juana

¡Ay, Luc
¿no es Lorenzo aquel que miro?
¿Lorenzo?

Lorenzo.

Señora mia,
no en vano el alma me dijo
que saliese al campo, y no
en vano está tan florido;
porque alentandole vos
con vuestros ojos divinos,
y pisandole, volveis
la campiña en paraiso
Ya por lo menos, señora,
Lorenzo mejor vestido
está de lo que solia:
ya por vos me determino
a colgar de mi esperanza
el grosero capotillo
Ya por vos me voy

Juana.

Lorenzo,
yo os agradezco y estimo
la voluntad que mostrais
tenerme, y ahora os digo
que la palabra que os di
desde aqui os la revalido
de esperar tres años: Cielos,
¿que tiene este hombre consigo
que el corazon se alborota
de verle?

Lorenzo.

A esos pies rendido

otra vez os lo agra dezco:

Lucia

¿Y usted, señor monacillo,
es carbonero tambien?

Martin.

Pico mas alto

Lucia.

¡O que lindo!
por lo dicho y alegado
parece usté un gran pollino.

Martin

Y usté un dia de San Marcos,
porque es uste un mai trapillo.'

Lucia

Oigame.

Martin.

Diga.

ESCENA X.

Dichos, y sale un criado y don Pedro de Vargas.

Criado.

Señor,
una criada me dijo,
que ácia la huerta del Rey
aquesta mañana vino
tomando el acero.

Pedro.

Pienso
que es verdad lo que te ha dicho,
que alguna mañana suelo
encontrarla en este sitio;
pero aguarda, ¿no es aquella?
¡Viven los Cielos Divinos,
que está hablando con un hombre!

de cólera estoy perdido.

Juana

¡Ay, Dios! don Pedro de Vargas,
Lucia....

Lucia.

Buena la hicimos.

Pedro

Aunque el mundo me lo estorbe,
vengaré los celos mios. *Llega.*
Mi señora doña Juana,
dos palabras os suplico
me escucheis aparte

Lorenzo

Hidalgo,
estando hablando conmigo,
es sobra de atrevimiento,
y mucha falta de estilo,
llegar sin pedir licencia.

Pedro

Con los hombres de mis brios
y de mi sangre, no corre
esa razon que habeis dicho;
con vos pudiera correr,
porque ya os he conocido,
y no mereceis ..

Lorenzo.

Teneos,
y no pronuncieis altivo
palabras, en que no se halle
satisfacion ni castigo;
mas pues de vuestro valor
estais tan pagado, elijo
que riñamos, y pluguiera
á Dios en este conflicto,
que el que tuviera mas manos

fuera hoy el favorecido.

Pedro

De esta manera respondo
á tan locos desvarios.

Lorenzo.

Y yo de aquesta manera
á las obras me remito. (1)

Martin.

A ellos, que son badeas.

Dentro Lorenzo.

Asi cobardes castigo.

Dentro Pedro.

¡Muerto soy!

Lucia.

Virgen de Gracia,
Padre mio San Francisco,
que se matan.

Juana.

Ven, Lucia:
¡sin alma voy!

Lucia.

Ya te sigo. *Vanse.*

Martin.

Señor, la Justicia toda
nos sigue, huyamos.

Dentro voces.

Seguidlos;
porque es don Pedro de Vargas,
el que está muerto ó herido.

Lorenzo.

Ven ácia el cuerpo de guardia
del Marques

---

(1) *Sacan las espadas, y entranse acuchillando, y retira á don Pedro.*

Martin.

Pleguete Cristo ;
aguija.

ESCENA XI.

Entranse corriendo por una parte y salen por otra.

Dentro Uno.

Por acá van.

Martin.

Vive Dios, que hemos corrido
como dos galgos

Lorenzo.

Martin,
estando aquí no hay peligro:
el cuerpo de guardia es este
del Marques.

Martin

¿ Estás herido?

Lorenzo.

¿ Qué dices, estás borracho?
echarme á mí de estos lindos
engolillados galanes,
es como echarme mosquitos:
solo con pena me tiene
saber que habrá sucedido
de doña Juana; por Dios,
que estoy por volver al sitio
á saberlo.

Martin.

Seor Lorenzo,
¿ usted quiere ser racimo
con pies? ¿ es boba la otra?
á su casa se habrá ido.

Dentro Uno.

Toca á recojer, tambor. (1)

Lorenzo.

Los soldados á este sitio
vienen ya.

ESCENA XII.

Dichos, y salen el Sargento, dos Soldados y el Tambor con la caja.

Soldado 1.

En fin, seor sargento,
el capitan nos ha dicho
que marcha el Marques mañana,

Sargento.

Asi lo tengo entendido,
pues ya prevenidos tiene
los bajeles.

Soldado 2.

Vive Cristo,
que si Dios no lo remedia,
que la chata ha de ir conmigo.

Soldado 1.

Señor Sargento, ¿usté quiere
entretenerse un poquito
á los naipes boca arriba.

Sargento

Debe de haber dinerillo,
que ha sido dia de paga.

Soldado 1.

Aqueste tambor maldito
servirá de mesa.

---

(1) *Tocan la caja.*

Sargento.

Vaya:

Soldado primero.

El descuadernado libro (1)
saco, que yo á aquestas horas
las troigo siempre conmigo.

Sargento

Alzo por mano: un Rey es. (2)

Primero.

Yo una sota: vive Cristo,
¡qué no haya aquí una pretina!
baraje usted: mal principio,
á cinco, y cinco, y terceras,
y veinte en quinta.

Sargento.

Hago y digo.

Lorenzo.

Martin.

Martin.

Señor.

Lorenzo.

¿Quieres que
pruebe la mano?

Martin.

Eso pido,
y mas que estás de jornada:
pondré, que me quemen vivo,
si no haces mesa gallega.

Lorenzo

Aquí tengo en el bolsillo
unos doblones, yo llego. (3)

---

(1) *Saca naipes.*
(2) *Ponense á jugar.*
(3) *Llega á ellos.*

Hidalgos, si sois servidos (1)
de que en el juego haga tercio,
jugaré tambien.

Sargento.

Yo digo;
que entre por mi

Soldado primero.

Y yo tambien;
este parece chorlito;
seor Sargento, ojo alerta,
irémos dos al mohino.

Lorenzo.

Mio es el naipe. (2)

Soldado 1.

A ocho, y ocho

Sargento.

Veinte, y veinte

Soldado 2.

A entrambos digo,
cuatro y cinco, mio es el cuatro;

Soldado 1.

Ande, que la mia he visto.

Lorenzo.

Se engaña usted

Martin.

Dice bien,
porque le faltó el ombligo.

Lorenzo.

Esa es mi suerte.

Sargento.

Por vida...

---

(1) *Llega a ellos.*

(2) *Toma Lorenzo el naipe y baraja, y alzan por mano.*

Lorenzo.

Una, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve, diez,
once, doce.

Soldado 1.

Vive Cristo,
¿doce pintas? doce diablos
carguen contigo, y conmigo. (1)

Sargento.

Baraje usté, á cinco, y ciento.

Soldado.

Yo á lo mismo.

Martin.

Ah buenos hijos,
que asi parais á la errona.

Lorenzo.

Mi suerte á la quinta vino:
diez pintas gano.

Martin.

¿Está loco?
¿pese á su alma, pues no ha visto
que es sencilla?

Lorenzo.

Lo que veo
es, que tantas he corrido,
y que se me han de pagar
luego al punto.

Sargento.

Bien ha dicho: (2)
mas pues le quito el dinero,

(1) *Muerde los naipes.*

(2) *Quitale á Lorenzo la bolsa, y sacan las espadas, y riñen.*

haga cuenta que ha perdido.

Lorenzo.

Ah gallinas, vive Dios,
que os he de hacer mil añicos
y pedazos, aunque venga
todo el mundo á resistirlo.

Martin

Señor Sargento, cuidado
con la panza.

ESCENA XIII.

Dichos, y salen un Ayudante y el Marques.

Ayudante.

Fuera digo,
que está su Escelencia aqui.

Marques.

¿Qué es esto?

Sargento.

Señor invicto,
sobre cierta diferencia,
que en el juego hemos tenido,
tras no quererme pagar
el dinero que ha perdido
este Soldado, señor,
sacó la espada conmigo,
sin la atencion que se debe
á este lugar, á este sitio:
esto es lo que pasa.

Martin.

Bueno,
trocada la hemos perdido.

Marques

¡Hay tan grande atrevimiento!
¡vive el Cielo, que á delito
tan grande no halla la ira,

ni la cólera castigó,
cuando tengo echado el vando,
que nadie sea atrevido
á sacar la espada en
mi Cuerpo de Guardia mismo,
con un Oficial se atreve
desatento un soldadillo?
por vida del Rey; que es mengua
no castigarle yo mismo
con este acero: Ayudante,
luego al instante, al proviso
le den dos tratos de cuerda.

Lorenzo.

A Vuecelencia suplico....

Martin.

Aceitunas.

Lorenzo

Que me escuche,
que un soberano ministro,
y un capitan, de quien tiembla
el mundo, de dos oidos,
que le dió naturaleza
ha de usar, tan sin perjuicio,
que uno ha de dar á la queja
justiciero, otro benigno
á la disculpa; porque
sentenciar sin mas aviso,
da á entender, que la razon
está sujeta al capricho,

Marques.

Hablad, pues.

Lorenzo.

Digo, señor,
que no solo aquí he perdido
dinero alguno, sino antes

estando ganando, altivos
estos soldados por fuerza
me arrebataron el mio
Yo, pues, no por el dinero,
que es lo que menos estimo,
sino por el menosprecio,
que en los hombres bien nacidos
es lo que se siente mas,
saqué la espada atrevido,
y sin mirar..

Marques.

Bien está,
ya de no haberos oido
no os quejareis.

Lorenzo.

No señor;

Marques.

Pues la sentencia confirmo,
porque sacasteis la espada
con un superior: asidlo,
y llevadlo.

Lorenzo.

Vuecelencia
mire....

Marques.

Ya lo tengo visto.

Lorenzo.

Por Dios, que esto va de veras (1)
advertid, que mi castigo
no os toca.

Marques.

¡Válgame el Cielo!

---

(1) *Asido el Marques, y repara la sortija.*

Lorenzo.

Porque yo....

Marques

¿Qué es lo que miro?
¿no es mi sortija?

Lorenzo.

No soy.
soldado.

Marques.

¡Cielos divinos, *ap.*
no es este el hombre á quien debo
la vida! bien lo averiguo
en la sortija que tiene,
que yo la dí por mi mismo:
en fin, ¿qué no sois soldado?

Lorenzo.

No señor, pero me inclino
á serlo: pasar quisiera
á Flandes, si en vuestro arrimo
hallo sombra que me ampare.

Marques.

Bien me parece el designio:
¿qué sobrenombre teneis?

Lorenzo.

Lorenzo me llamo.

Marques.

El mismo *ap.*
es que dijo aquella noche:
no os pregunto el nombre, digo,
el sobrenombre os pregunto.

Lorenzo.

Lorenzo me llamo he dicho
á secas, porque esto solo
de mi linage he sabido.

Marques.

Pues Lorenzo, en mi tendreis
buen padrino, y buen amigo;
sentad plaza luego al punto
en mi compañia.

Lorenzo.

Invicto
Marques, de mi sobrenombre
habeis de ser mi padrino,
cuando veais que le gano
en el real del enemigo.

Marques.

Andad, señor, que ya sé
que teneis muy buenos brios,
y yo, y vos para otros dos.

Lorenzo.

Si esos favores consigo,
verá Flandes por mi brazo
un asombro, y un prodigio.

Marques.

Vamos, ayudante, vos
á las tropas dad aviso,
que marcho luego. *Vase.*

Sargento.

Señor
Lorenzo, seamos amigos,
que aqui están vuestros doblones.

Lorenzo.

Pues, señores, repartidlos
entre todos, porque yo,
con la dicha que he tenido,
no estoy en mí.

Sargento.

Venid, pues.

ESCENA XIV.

Lorenzo, y Martin.

Martin.

¿Qué hay, Lorenzo?

Lorenzo.

Estoy sin juicio.

Martin.

A Flandes vamos.

Lorenzo.

Fortuna,
ya un escalon he subido
en estos tres años, ten
de tu rueda el curso fijo:
á Dios, tres años, España,
á Dios, pues bello prodigio;
desde hoy con vuestra licencia,
aunque parezca delito,
me llamo Lorenzo Flores,
que un esclavo ya ha sabido
tomar de su dueño el nombre,
Flores soy, y te suplico,
(¡ó deidad de la fortuna!)
que te vengas bien conmigo
y en estos tres años tengas
de tu rueda el curso fijo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Quinta:

El Baron y don Juan.

Baron.

De haber visto á mi esposa,
señor don Juan, tan estraña
ó tan esquiva, ha nacido
en mí la desconfianza
de imaginar, que en su pecho
no hallaron lugar mis ánsias,
ó que sus cuidados son
efectos de mi desgracia.

Juan

No estrañeis, señor Baron,
ver en tristeza á mi hermana,
que ese es comun sentimiento
de las que dejan su patria,
que otra cosa ser no puede
de su tristeza la causa,
cuando felizmente en vos
tan ilustre esposo gana
Ayer de España llegamos
mi hermana y yo á esta casa,
y el cansancio del camino,
despues de tantas jornadas,
junto con la novedad
de verse en Flandes, bastaba

para turbar su alegría ;
ademas, que allá en España
usan las nobles mugeres
una hermosura afectada,
que como melancolia
á la vergüenza acompaña,
pues solo en gravedad fundan
de su honestidad la gala,
y no se alegran tan presto,
como aquí vuestras madamas.
Dejad que tome el estilo,
porque despues de tratadas
las españolas, son otras,
afables y cortesanas,
y lo que en ceño comienza,
en noble caricia acaba.

Baron.

Norabuena, estese ahora
asistida de mi hermana
Teodora en aquesta Quinta,
que en ganándose la Plaza
de Durén, á quien ha puesto
sitio el Marqués, mi esperanza
logrará en su blanca mano
la posesion deseada ;
y entre tanto, con festines
de este País á la usanza,
divertiré la belleza
á quien he rendido el alma.

Juan

Y tambíen yo de Teodora, *ap.*
á quien idolatra el alma,
festejàré la hermosura,
que á ser del Baron hermana,
es bien fundado el motivo,

que si él por esposa alcanzá
á mi hermana, puedo yo
serlo tambien de su hermana:
quiera el Cielo que muy presto
á las Católicas Armas
se rinda Durén.

Baron

El sitio
vá, segun pienso, á la larga,
aunque un alegre rumor
por el campo se derrama,
que queriendo el enemigo
meter socorro en la Plaza,
rompimos los escuadrones. (1)

Dentro voces.

Viva España, viva España.

Juan

Sin duda que la victoria
por nuestra está declarada,
que es alegre; hácia esta parte
llega el Marqués.

ESCENA II.

Tocan cajas y clarines, y salen Soldados, y luego Lorenzo, Martin, y el Marqués de Santa Cruz detras de todos, Martin saca el penacho y la celada, y Lorenzo lo pone á los pies del Marqués.

Lorenzo.

Á las plantas,
gran señor, de Vuecelencia,
de aquel general de fama,
el Monsieur de Xatelet,

---

(1) *Disparan, y dentro tocan cajas y clarines.*

pongo el penacho y celada;
que militares adornos
fueron de su pompa vana,
reservando para mí
solo aquesta verde banda,
con que pienso honrar mi pecho;
que por haber sido alhaja
de un general me la pongo
por norte de mi esperanza,
que á sombra de Vuecelencia
no hay quien no la tenga. (1)

Marques.

Basta,
Lorenzo Flores, llegad
á mis brazos, que esta hazaña *abrázale.*
no la consiguió jamás
griega ni romana espada:
contadme solo el suceso,
que os empeño mi palabra
de premiar vuestro valor.

Lorenzo.

Si Vuecelencia me ampara,
no he menester mas fortuna
para volver á mi patria
venturoso, siendo en ella
asombro de las estrañas.
Salió el ejército junto
del enemigo á campaña
á entrar socorro en Durén,
que fortalecida estaba.
En bien formadas hileras
venia al son de las cajas
todo lo noble y florido

(1) *Pónese la banda.*

de la juventud lozana.
A monsieur de Xatelet
su general acompaña,
que con arrogancia loca
presuntuosa animaba
á los que al compás del bronce
iban siguiendo la marcha.
Venia el bravo olandés
sobre un peñasco con alma,
bruto aleman, tan soberrio,
que á la máquina troyana
hurtó la robusta forma,
siendo racional muralla.
Salimos á recibirle
de la línea mil corazas,
y otros tantos españoles:
desigual número á tanta
multitud de armadas huéstes,
que de nueve mil pasaban.
Despreciáronnos por pocos,
mas fué tan fuerte la carga
que le dimos, que al estruendo
de la artillería y balas,
se estremecieron los montes,
y el sol se cubrió la cara.
Tocaron toda la noche
nuestros cuarteles al arma:
vivanderos y bagages,
que por todo el campo estaban
recogiendo sus haciendas,
huyeron para aguardarlas
á nuestros alojamientos,
que los que del golfo nadan,
el saber guardar la ropa
fué siempre la mejor gala.

Imaginó el enemigo,
que esto era huir, y en voz alta,
los españoles nos huyen,
dice, pica, sigue, abanza;
y cuando mas orgullosos
hallar en fuga pensaban
á los españoles, viendo
su resistencia, se espantan,
y engañados y confusos
se turban y desbaratan:
tanto en las graves empresas
puede el no considerarlas;
y dando sobre ellos juntos,
fué de manera la carga,
que huyeron, y la victoria
se declaró por España.
Allí don Luis de Toledo
mi capitan, cara á cara,
al batallon de la Corte
le acomete y le desarma,
si bien le costó los dientes,
donde le puso una bala
silencio á su lengua noble,
pero no á la de su fama;
mas bastaba ser Toledo
para una accion tan bizarra,
cuyo tronco esclarecido
lleva trofeos por armas.
Yo entonces, viéndole herido,
bien como piedra arrojada,
que en el cristalino golfo
forma cerúleas de plata,
y vá ensanchando las ondas
todo áquel tiempo que baja,
ó bien como el duro acero,

que las espigas doradas
derriba ... ¿ pero qué digo ?
perdonad, si en mis hazañas
quise hablar para obligaros,
que me iba en ellas un alma,
si lo que son de atrevidas
tuvieron de afortunadas.
En fin, señor, prisionero
hice al general de Olanda,
que en un soldado visoño
es mas dicha que alabanza,
y teniéndole rendido,
oigo decir : Mata, mata,
mirad que no está, soldados,
la victoria declarada ;
y haciéndome atras dos pasos,
le tiré una cuchillada
de tan buen ayre, que al suelo
la pluma de la celada
vino á escribir á la muerte
con roja tinta las cartas ;
y dejando otros progresos,
digo, señor, que á esas plantas
mi vida ofrezco, y con ella
esta toledana espada,
con este español orgullo,
hijo de sus peñas altas,
que al lado de vuecelencia
sabrá dar triunfos á España,
si del laurel que os adorna
su ilustre sombra me ampara.

Marques.

No ha venido de Toledo
á Flandes mejor espada ;
pero no es nuevo en sus hijos

ser en paz y en guerra el alma
del valor: Lorenzo Flores,
por donde muchos acaban
vuestros servicios empiezan,
y que os debo, es cosa clara,
mas de lo que vos pensais.

Lorenzo.

A mí por premio me basta,
gran señor, ser conocido
sin merecerlo.

Juan.

Mi patria
puede estar vanagloriosa
del valor que en vos se halla.

Marques.

Don Juan de Flores.

Juan.

¿Señor?

Marques.

La compañía está vaca
de don Gaspar Maldonado,
en vos es bien empleada;
á Lorenzo podeis dar
la bandera, pues con tantas
ventajas la ha merecido.

Juan.

Por ella os beso las plantas,
y porque mi alferez es
Lorenzo.

Martin.

Mi camarada,
señor, mas que la bandera
ha menester ropa blanca.

Marques.

Todo se hará; ¿y vos, quién sois?

Martin.

Puedo decir que es muy alta
la rama de mi linage.

Marques.

¿Y qué apellido?

Martin.

Se llama
mi padre Pedro del Pino,
y mi madre Ana del Aya.

Marques.

¿Gente limpia?

Martin.

Si señor,
y entrambos de la Montaña;
pero volviendo á mi padre,
fué un hombre que en la campaña,
por su brazo y su valor
vertio un mar de sangre.

Marques.

¿Tanta
sangre vertió?

Martin.

Si señor,
que era barbero y sangraba.

Marques.

¿Y vos sois soldado?

Martin.

Si,
pero de mas importancia,
pues en el encuentro de hoy
hice atrás volver dos mangas,
solamente con el ayre
de mi aliento.

Marques.

¡Cosa estraña!

Martin.

Eran las mangas perdidas
de una ropilla de grana:
pues mas hice.

Lorenzo.

Aparta, loco.

Marques.

Quédese para mañana,
porque me alegro de oiros.

Martin.

Vuestro buen gusto me agrada,
que aqueso es querer tener
aquí gloria y despues gracia.

Marques.

Si el Cielo me dá á Durén,
Lorenzo Flores, la paga
corre por mi cuenta ahora:
servid, que no es mala entrada
una bandera.

Lorenzo.

Señor,
Vuecelencia honra mi espada,
que para un visoño era
el favor; pero las balas,
si he de morir, el venablo
muy presto ha de ser vengala.

Marques.

Venid conmigo, Baron:
Durén, si de tus murallas
no consigo la victoria,
tumba ha de ser la campaña
de cuanto español orgullo
empuña del Rey las armas,
pues no hay remontada nube
que se oponga al sol de Austria.

Baron.

Felíz ha sido el suceso.

ESCENA III.

Lorenzo, don Juan y Martin.

Lorenzo.

¡Ay, divina doña Juana,
por tí mas ser solícito,
aliente amor mi esperanza!

Juan

Pués es de Toledo, quiero *ap.*
esperar á ver si me habla.

Lorenzo.

Este es, Martin, el hermano
de doña Juana.

Martin.

Es verdad;
con eso de su beldad
noticias tendrás.

Lorenzo.

Es llano.

Martin

Pardiez que de los mozotes
puede ser envidia ufana,
y se parece á su hermana.

Lorenzo.

¿Pues díme, en qué?

Martin.

En los vigotes.

Lorenzo.

De nuevo ahora rendido,
pues que somos toledanos,
quiero besaros las manos,

Juan

Del contento recibido
de que tengais mi bandera,
no sé que os pueda decir,
mas de qué os he de servir.

Lorenzo.

Trocar los servicios fuera,
y el mio es solo serviros.

Juan

Mucho de vuestro valor
oigo decir.

Lorenzo.

Que es, señor,
ventura puedo deciros,
pero no merecimiento.

Juan.

Vuestra persona me agrada,
y está muy bien empleada
mi bandera en vuestro aliento;
que el ser alferez en Flandes
no es muy poco.

Lorenzo.

Bien comienzo.

Martín.

Toda su vida Lorenzo
se crió con humos grandes.

Juan

Pero de Toledo y Flores
pienso que somos parientes.

Lorenzo.

Son, señor, mis ascendientes
aunque mayores menores.

Juan.

¿Vuestro padre allí, quién es?

Lorenzo.

Por ahora perdonad,
porque no es de la ciudad,
aunque muy cercano es.

Juan.

¿Pues de quién teneis las flores?
¿es por hembra, ó por varon?

Lorenzo.

De muger las flores son,
y no por eso menores;
que mi padre se llamaba
Robles.

Juan.

¿Porqué no tomasteis
su apellido?

Lorenzo.

Preguntasteis
muy bien, pues Robles me honraba;
pero son muchos allí
los robles, pocas las flores,
y túvelas por mejores,
que el padre de quien nací.

Juan.

Bien hicisteis, porque yo
mucho me honro de ser Flores.

Lorenzo.

Y yo tuve por favores
las que ese nombre me dió:
si bien, aunque su tributo
me promete aplauso fiel,
si un bien no logro por él,
serán mil Flores sin fruto.

Juan.

Hoy para honrar mi posada
conmigo habeis de comer.

Lorenzo.
No la pudiera tener
con el Marques mas honrada.
Juan.
Venid luego, que desde hoy
no puedo sin vos hallarme.

ESCENA IV.

Lorenzo y Martin.

Lorenzo.
Ya la suerte á levantarme
comienza, Martin.
Martin.
Estoy
admirado: ¿quién dijera,
cuando haciamos carbon,
que el palo del aguijon
se te volviera en bandera?
¿Tú en la guerra conocido
con oro, plumas y grana?
Lorenzo.
A la hermosa doña Juana
aquese honor he debido:
su hermosura celestial,
¿qué hará en Toledo?
Martin.
Sin penas,
comiendo estará almacenas
quizá en algun cigarral.
Lorenzo.
¿Serán ciertas sus promesas,
pues por su amor vine aquí?
¿si se acordará de mí?

Martin.

Como ahora llueven camuesas.

Lorenzo.

¿En qué lo fundas?

Martin.

En que

muchas cartas le escribiste,
y de ninguna tuviste
respuesta.

Lorenzo.

De eso no sé

la causa, ni lo penetra
mi discurso.

Martin.

Pienso yo,

que pues no te respondió,
se mudó al pie de la letra.

Lorenzo.

¿En su beldad puede haber
mudanza, ni noble trato?
¿no es del Sol vivo retrato?

Martin.

Es verdad, pero es muger:
vamos de aquí.

Lorenzo.

Tu razon

me daja confuso, y ciego,
porque en muriéndose el fuego,
¿quién se acuerda del carbon?

ESCENA V.

Decoracion de Caseria:

Salen doña Juana, Madama Teodora, y Lucia:

Música

Sentid, corazon, sentid,
ojos, no mireis un daño,
que es poco valor del fuego
pedirle socorro al llanto.

Jaana.

Parece que de mi pena
la letra se ha dibujado.

Teodora.

¿Quieres que el tono prosiga?

Juana.

Si, porque gusto me ha dado:
miento, que no está mi pecho *ap.*
capáz de ningun descanso.

Música.

Al aire de mis suspiros
no pida alivio el cuidado,
porque el aire aviva el fuego,
y no es remedio el estrago.

Juana.

Ejemplo á las penas mias
estas voces me están dando:
pero ¿cuándo un escarmiento
fué aviso de un desengaño?

Teodora.

No canteis mas: ordenóme
el baron Rosel mi hermano;
que con todos los festejos,
que en este pais usamos,

divierta yo tu hermosura;
mas parece que es en vano,
pues veo que en tu semblante
se vá el dolor aumentando.

Juana

Bien sé que al Baron le debo
de fino amante agasajos,
y á tí, Madama Teodora,
finezas que nunca pago;
pero haber venido á Flandes
con disgusto; me ha causado
esta tristeza; y tambien
el ver, que he de dar la mano
á un caballero estrangero,
á quien no quieren los astros
que me incline por algun
secreto que ignoro.

Teodora.

El trato
suele vencer imposibles,
y está tan enamorado
mi hermano de tu hermosura,
que hasta que vayas cobrando
cariño al pais, pretende
que se dilate este plazo,
por ver si con sus finezes
obliga tus desagrados.

Juana

Mal podrá, pues á una sombra
todo el corazon he dado:
¿cómo es posible querer
á quien tan poco he tratado?

Teodora.

Diferente condicion
es la mia, que yo amo

á un español solamente
por ver que es hombre bizarro;
y porque es de otra nacion
tiene para mi grangeado
mas aplauso en la memoria.

Juana.

Ni te culpo, ni lo estraño,
pero llego á estimar mucho,
que á un español quieras tanto.

Teodora.

Si quiero; mas vive en mi
ese amor tan recatado,
que hasta ahora no he tenido
ocasion para esplicarlo,
mas esto no es para ahora:
y volviendo á mi cuidado,
digo, que el tiempo ha de ser
quien ha de enmendar el daño.
Mi hermano es galan, y tiene
en Flandes un rico estado,
que puede hacer venturosa
á la muger de mas garvo:
amante á tus píes lo pone,
solo por lograr tu mano.
Si el verte de España ausente
tu pensamiento ha turbado,
en los Príncipes ejemplo
puedes tomar, que dejando
sus patrias, buscan las otras
solo por razon de estado.
El sujetar sus pasiones,
es propio de ánimos altos,
que el cortesano artificio
le inventó el prudente sábio.
Si oculta causa te obliga

para negarte á lo humano;
ceda el gusto al sentimiento
por no faltar á lo hidalgo.
Yo me retiro, tú ahora
lo puedes mirar despacio,
que no pretendo estorbar
tus penas, ni hacerte cargo
de que adores, ni desdores:
pues siempre es tuyo mi hermano.

ESCENA VI.

Dichas menos Teodora.

Juana.
¡Válgame el Cielo mil veces!
¡qué de cosas han pasado
por mí, Lucia!

Lucia.
No entiendo
tus lucidos intervalos:
vienes de España à casarte,
y cuando tiene tu hermano
ya prevenida la boda,
finges tristezas, desmayos,
hipocondrias, jaquecas,
temblores, tiricia y flatos,
y otros males, solo á fin
de dilatár este plazo.
Noble es el Baron, y tiene
de renta seis mil ducados,
y sobre todo, es galan;
¿qué aguarda tu estilo ingrato?

Juana
Tarde ó nunca en estas dichas
mi pena hallará descanso.

Lucia.

¿En qué lo fundas?

Juana.

¿No ves

que es niño amor, y si acaso
para quitarle una joya
le dan una flor del campo,
el inocente la admite,
y tiene por agasajo
lo que es menos? pues lo mismo
le sucede á mi cuidado,
que si és aprension la dicha,
y ésta en mis penas la hallo,
otra no quiero, pues vivo
gustosa con el engaño.

Lucia.

¿Con eso disculpar quieres
aquel tu capricho estraño
de inclinarte á un labrador?

Juana.

Tú, como nunca has amado
no conoces el dominio
de aquel ciego dios alado,
que para juntar distancias
tuerce con violencia el arco;
y asentado lo primero,
que soy muger, lastimado
tengo el corazon de ver
que en mi palabra fiado
fuese á buscar mas fortuna
Lorenzo, porque pasando
por mil desdichas y riesgos,
al cabo de los tres años
verá que no le cumplí
la palabra que le he dado.

Lucia.

¡Miren qué gran caballero
para que te dé cuidado
un hombre, que cuando mucho,
se habrá otra vez vuelto al campo
á continuar la carrera
del carbon ó del arado!

Juana.

Lorenzo tiene valor,
y por la guerra alcanzaron
muchos sugetos humildes
honores, triunfos y lauros.

Lucia.

Eso era, señora mia,
en tiempo de los romanos;
pero ahora....

Juana.

Si el amor...;

Lucia.

Calla, que viene tu hermano.

ESCENA VII.

Dichos, y salen don Juan y Lorenzo de militares, y Martin de soldado.

Juan.

El marqués de Santa Cruz,
hermana mia, á quien debe
tantos aplausos el bronce,
y España tantos laureles,
me ha dado una compañía,
de que muy gustosa puedes
darme el parabien; no solo
porque así me favorece,
sino por haberme dado

por camarada y alferez
al señor Lorenzo Flores,
de los hombres mas valientes,
que en Flandes ciñen espada.

Juana.

Huélgome de conocerle.
¡Ay de mi! ¡si es fantasía! *ap.*
sombra, ilusion, ¿qué me quieres,
que á tan remotas regiones
á turbar mi quietud vienes?
¿es de Toledo?

Juan

Yo juzgo,
que ha de ser nuestro pariente.

Juana

En verdad, que su valor
y talle, no desmerece
el apellido.

Lorenzo.

Señora,
yo, si en mí... (¡Cielos, valedme!)
yo estoy turbado; ¡qué miro! *ap.*
¿doña Juana está aquí? ¿es este
engaño de los sentidos?
Digo, que os beso mil veces
la mano, y esclavo vuestros
he de ser eternamente,
como lo soy desde ahora
de mi capitan.

Juana

¿No es este, *aparte á Lucia.*
Lucia, Lorenzo?

Lucia.

El mismo,

como cinco y dos son siete.

Juana.

¡Sin mí estoy!

Juan.

Estos soldados,
de gran valor, comunmente
mas saben obrar que hablar.
Ahora bien, señor alferez,
aquí podeis aguardarme
si gustais un rato breve,
mientras voy á prevenir
al Barón, que tengo un huésped,
para que luego volvamos
á dar muestra en los cuarteles;
y pues de esta casería
está cerca el sitio, siempre
podeis tener desde ahora
por vuestro este pobre albergue.

ESCENA VIII.

Doña Juana, Lucía, Lorenzo y Martin.

Lorenzo.

Haré lo que me mandais.
A tus pies, señora, tienes
á un infeliz, que sin duda
te adoró para perderte,
porque no pudiera yo
tan presto en tus ojos verme,
sino para mayor daño,
que de ordinario la suerte
dá bienes á un desdichado,
para quitarle los bienes,
que tal vez de los pesares
son vísperas los placeres.

Divino imposible mio,
norte de mis altiveces,
idolatrada esperanza
de mis suspiros ardientes,
¿qué novedad, qué suceso
pudo á tu hermano moverle
para conducirte á Flandes?
¿Qué desdicha, qué accidente
te obligó á dejar á España?
Pero si acaso enmudeces
por saber de mi fortuna
el sér que á tu sér le debe,
porque luego me respondas,
te lo dire brevemente.
Yo, señora, confiado
en tus promesas alegres,
vine á ser mas por la guerra:
¡ó qué mal pleito que tiene
quien sale á buscar la vida
por las sendas de la muerte!
Y como para ser tuyo
era preciso que fuese
nuevo asombro de los siglos
y admiracion de las gentes,
esponiéndome al peligro
de las picas y mosquetes,
muchas heridas me han dado;
pero no fueron crueles
las heridas que repito,
cuando considero alegre,
que son ventanas por donde
puedo entrar á merecerte.
¡Qué rigores no he pasado
por tí que escuchas! ¡qué ardientes
llamas no le han parecido

á mi sufrimiento leyes!
¿Pues cómo, divino dueño,
no me hablas? ¿de qué enmudeces?
¿qué te embaraza? ¿qué es esto,
señora? Si te arrepientes
de aquella noble promesa
que me has dado, y te parece
que puedo llegar por mí
algun dia á merecerte,
un pobre labrador soy,
señora, no soy alferez,
y me volveré á los campos,
que quizá menos rebeldes
los riscos, á mi valor
darán mas piadoso alvergue,
pues centro han sido los montes
de los desengaños siempre.

Juana

Lorenzo (¡ay silencio mio!)
haces cargo injustamente,
pues con otra mayor pago
la inclinacion que me tienes,
y no pudo la fortuna
en el estado presente
hacerme mayor lisonja
que llegar feliz á verte
con esa insignia de Marte,
que por lo menos promete
á tus nobles esperanzas
mas venturosos laureles.
Yo estoy sujeta á mi hermano,
que como padre en mi tiene
aquel natural dominio
que dán las comunes leyes
á los que con sangre ilustre

nacieron por accidente.
Al Baron Rosel, por mí,
con quien grande amistad tiene,
dice que ha dado la mano,
para cuyo efecto breve
desde Toledo me trajo;
mira tú si es bastante este
estorbo para turbarme
el regocijo de verte.
Lo que puedo hacer por tí
es dilatarlo hasta ...

Lorenzo.

Tente:
¡ah, ingrata, cómo me engañas!
¿de España á casarte vienes
á Flandes, y eso me dices?
¿Qué es esto? ¡Cielos, valedme!
Rosel es gran caballero,
rico, discreto, valiente;
y entre la luna y el sol
seria eclipse oponerme,
siendo mi linage humilde;
que es de calidad la suerte,
que lo que ha de negar, solo
permite que se desee:
pero no será tu esposo
viviendo yo, porque de ese
rebellín del enemigo,
desesperado un mosquete
buscaré pára sepulcro,
y ruego al Cielo que llegue
tan arrebatado el plomo,
que de púrpura caliente
tiña el lugar denegrido
que me dió la patria agreste,

porque veas que he cumplido
lo que he prometido siempre,
de morir ó ser dichoso:
balas y horrores me cerquen,
que asi moriré contento,
si es que acaso no me vuelve
con el gusto de morir
á darme vida la muerte. *Vase.*

Juana.

Aguarda, detente, espera.

ESCENA IX.

Dichos menos Lorenzo.

Martin

Vive Dios, ¿qué es detenerle?
hacernos venir á Flandes
con su carita de sierpe,
pasando lo que Dios sabe
por trincheras y ornabeques,
¿y ahora hacer muy falsita
la gata de Mari-Perez?
Plegue á Dios, Lucia ingrata,
que antes que yo vuelva á verte,
un solomo de adobado
en las tripas se me pegue,
y que el gran licor de Esquivias
con el de Pedro Jimenez,
á puros carabinazos
las piernas me desjarreten,
y con el tufo preciso
que se hospedare en mis sienes
muera atolondrado yo;
si es que acaso no me vuelve
con el gusto de morir

á darme vida la muerte. *Vase.*

Lucia.

¿Qué asi le dejases ir?

Juana.

No aguardó á que le dijese
lo que intentaba yo hacer:
tú se lo dirás si vuelve.

Lucia.

¿Y es?

Juana.

Que con el Baron
no intento casarme.

Lucia.

Fuerte
resolucion es la tuya.

ESCENA X.

Dichos, y sale Madama Teodora.

Teodora.

Vengo, Juana mia, á verte,
y á darte dos mil abrazos,
pues ya mi esperanza tiene
celages de la victoria
que amor por ti me promete.
Este que salió de aquí,
que de don Juan es alferez,
es el español que adoro,
y pues habeis de tenerle
por amigo, Juana mia,
de que le quiero le advierte.

Juana.

Esto solo me faltaba *ap.*
para que me desespere.

Teodora.

Haz que sin temor me mire;
pues que puede honestamente,
que aquí no es como en España;
que en hablándose dos veces
llaman traidores los hombres,
ó fáciles las mugeres;
cualquiera doncella noble
ir á los festines puede
con el galan que la sirve,
y hablarle y favorecerle.
Dile que venga esta noche
al sarao que te previene
el Baron para alegrarte.

Lucia.

No son malos los cordeles. *ap.*

Teodora.

¿No harás aquesto por mí?

Juana.

Haré lo que yo pudiere,
mas pienso que podré poco,
disimular me conviene. *ap.*

Teodora.

¿No te pareció gallardo?

Juana.

Mucho.

Teodora.

¡Qué bizarramente
entró con el capitan!

Lucia.

Por Dios que andan bien los fuelles.

Juana.

¡Y que sea el callar fuerza! *ap.*

Teodora.

Pues es fuerza conocerle,

cuentame su calidad,
que nobleza y sangre tiene;
que padres, deudos, y hacienda.

Juana.

Si hoy, Teodora, vino á verme,
como alferez de mi hermano,
mal pudo satisfacerme;
por tí le preguntaré
lo que deseas, si vuelve.
A Dios..

Teodora.

A Dios.

Juana.

Yo me abraso, *ap.*
pues que mis desdichas quieren,
sobre el mal que yo padezco,
me den los celos la muerte.

Teodora.

Sin duda hoy logro mi amor,
si Juana me favorece.

ESCENA XI.

Dichos menos Teodora.

Lucia.

De las dos se puede hacer
un pretral de cascabeles.

Juana.

Lucia, ya yo no puedo
callar, que un tormento fuerte
en el potro de los celos
hace que mi amor confiese.
Yo quiero bien á Lorenzo;
y hame picado la suerte
esta necia, esta Teodora,

con ver que tambien le quiere,
que de aquí adelante pienso
de veras favorecerle;
porque á otro amor no se rinda;
y asi á Martin buscar puedes,
para que diga á Lorenzo,
que venga esta noche á verme
al festin, y que este lazo (1)
será la seña que lleve,
para que yo le conozca:
ve apriesa, ¿qué te detienes?
¡yo voy sin mi!

Lucia.

Nadie hará
lo que los celos no hicieren.

ESCENA XII.

Decoracion de Campo en las inmediaciones del Castillo.

Don Juan, y el Baron.

Juan.

Todo, Rosel, lo he dejado
con la nueva del suceso.

Baron

No menos me trajo á mi,
pero deseo saberlo,
que no estoy bien informado.

Juan.

Al ejercito vinieron,
señor Baron, dos trompetas
de los rebeldes soberbios;

(1) *Dale un lazo del tocado.*

estando en él publicaron
un desafio tan nécio
como muestra este traslado
de la copia que me dieron. (1)

Baron.

Señor don Juan, esa es propia
accion de hereges sobervios,
que como les falta Dios,
les falta el entendimiento:
¿y el Marques qué determina?

Juan.

Hallóle el Cartel batiendo
el Castillo de Durén,
y mostrando sentimiento
de la desvergüenza, quiere
castigar su desafuero.

Baron.

¿Nombró quién con ellos salga?

Juan.

Nombró al Baron Filiberto,
á Falcon Napolitano,
y á mi alferez de los nuestros.

Boron.

No hay don Juan, en todo el campo
español como Lorenzo,
esotros no los conozco.

Juan.

Ellos al Marques pidieron
les hiciese esa merced.

Baron.

¿Qué plazo?

Juan.

Será muy presto. *Cajas.*

---

(1) *Muestrale un papel.*

Baron.

Asaltando están el Fuerte,
tiene mucha gente dentro,
será imposible tomarle.

Juan.

¡Con qué generoso esfuerzo
el Baron su gente anima!
que valientes, ¡qué ligeros
van trepando los soldados,
de las rodelas cubiertos!

ESCENA XIII.

Dichos, y salen el Marqués y Martin.

Marques.

Ea, fuertes españoles,
este dia ha de ser nuestro,
embistamos al Castillo:
hijos, viva España *Tocan y vase.*

Martin.

Ah perros,
yo basto para otros tantos.

Juan

Y puesto, Baron, que tengo
orden, quiero aventurarme.

Baron.

Sois noble.

Juan.

Aquí por lo menos
moriré como español.

Baron.

Juntos los dos abancemos.

ESCENA XIV.

Martin.

Fuego de Cristo, ¡qué zurra
les ván pegando los nuestros!
¡válgame Dios y que gusto
es ver desde afuera el fuego!
¡ó qué famoso balcon
es este de los pañeros!
¡qué lindo toro! es un rayo.

ESCENA XV.

Dicho, y salen el Marqués, el Baron y Soldados.

Marques.

Brava defensa me han hecho;
pero por vida del Rey,
que hasta ponerle en el suelo
no he de quitarme las armas.

Baron

Ganado el Castillo es cierto,
invictísimo señor,
que Durén quede por nuestro.

Marques.

¿Quién será aquel español,
que entre las almenas puesto
parte del muro rompido
le ha derribado y le ha muerto?

Baron.

El polvo, fagina y piedra
le habrá servido de entierro.

ESCENA XVI.

Dichos, y por un despeñadero baja rodando Lorenzo con dos estandartes, y por otra parte sale don Juan con espada y rodela.

Marques.

Rodando, y aun casi vivo
viene á uuestros pies su cuerpo.

Lorenzo.

Pues que llego á vuestros pies,
invicto señor, no quiero
mas premio, que haber llegado
á rendir mi vida en ellos:
tomad estos estandartes,
sino trofeos, efectos
de un hombre desesperado.

Marques.

¿Quién eres, Aquiles nuevo?
¿quién eres heróico joven?

Juan.

Mi alferez, señor, que pienso
que perdeis en él un hombre,
que no salió de Toledo
á Flandes mejor espada.

Marques.

Pesame, y mas cuando llego
á pensar el desafio
en que nombrado le tengo:
puse en su espada el honor
de España, aunque Furberto,
y Falcon son dos soldados
de la opinion que sabemos.
suceda Flores á Flores:
vos, don Juan ...

Lorenzo.

Señor, teneos, *levántase.*

que aun vive Lorenzo Flores,
y aunque mas justo derecho
tiene aquí mi capitan,
á cuyos merecimientos
rindo mi espada y honor,
bien sabeis que fuí el primero
nombrado por vos.

Juan.

Alferez,
yo vuestra vida deseo,
nó quiero mayor honor.

Marques.

Don Juan, quitarle no puedo
á Flores lo que le dí,
y ahora honrarle pretendo
con darle la compañia
de don Iñigo Pacheco,
que está vaca.

Lorenzo.

Gran señor...

Marques.

Señor capitan Lorenzo,
nada me digais ahora,
id á descansad, que luego
tratarémos de amansar
los enemigos sobervios.

ESCENA XVII.

Lorenzo, y Martin.

Martin.

Pues ácia la casería
á descansar vamos, quiero

darte el parabien.

Lorenzo.

Martin,
¿de qué me sirven los puestos,
si con ellos no consigo
el logro de mis intentos?
Si mi esperanza (¡ay de mí!)
se desvaneció en el viento,
¿para qué quiero la dicha,
si la dicha no apetezco?
¿Pero cuándo para un triste
llegó la fortuna á tiempo?

Martin.

(1) Y como que á tiempo llega
si me escuchas.

Lorenzo.

Ya te atiendo,
porque siempre que camino,
con oirte me divierto.

Martin.

Apenas de doña Juana
te despediste gimiendo,
cuando dentro de un instante
Lucia, que es el correo
de la estafeta de amor,
me vino á buscar, diciendo,
que á un sarao que se hacia
esta noche en su aposento,
te hallases sin duda alguna,
que tendria gusto de eso
la señora doña Juana;
por señas, que de su pelo
te envia un lazo de cintas
con que adornes el sombrero
para poder conocerte,

por ser uno en los festejos
el entrar con mascarillas.

Lorenzo

Motivo de sus desprecios
quiere que sea mi amor;
dame el lazo

Martin

Vive el Cielo,
que no le hallo por mas
que le busco: ¡estoy sin seso!

Lorenzo

Mira bien la faldriquera.

Martin

Aquí solo hay pan y queso, (1)
el peine, tabaco y naipes:
Lucia me lo dió envuelto
en unos versos, sin duda
se le han comido los versos.

Lorenzo.

¿Pues cómo se te ha caido?

Martin

No lo sé, señor, mas pienso
que era lazo escurridizo.

Lorenzo

¿Que por tu descuido, nécio,
me ponga á un desaire yo?
si no me vé en el sombrero
el lazo, ¿qué dirá Juana?

Martin

Discúlpate con mi yerro,
ó ponte cualquiera cinta.

Lorenzo

Y si el color es diverso,

---

(1) *Vá sacando lo que dice en los versos.*

¿cómo podrá conocerme?

Martin

¿No vés que el Amor es ciego,
y no juzga de colores?

Lorenzo

¡Mal haya tu entendimiento!
¿de qué manera era el lazo?

Martin

Era entre azul y bermejo,
amarillo y verdegay,
mas del color no me acuerdo.

Lorenzo

¡Que siempre has de estar de chanza!
molerte fuera bien hecho
con un palo.

Martin

Antes me honráras,
pues fuera hacerme sargento.

Lorenzo.

Ahora bien, pues ya el descuido
tuyo no tiene remedio,
yo me daré á conocer
por señas en el festejo:
pero ya habemos llegado
á la casería, y quiero,
Martin, irme á prevenir,
que ya viene anocheciendo.

Martin.

Y de que el sarao comienza (1)
avisan los instrumentos;
vamos, señor, que ya es hora.

Lorenzo

Juana á mí me llama: Cielos,

(1) *Suenan instrumentos.*

si en su desden no hay mudanza;
otra ventura no espero.

ESCENA XVIII.

Decoracion de Salon.

Sale el Baron de gala por el sarao con el lazo de doña Juana en el sombrero.

Baron.

Juráta que aqueste lazo,
que me he hallado aqui dentro,
esta mañane le ví
en el precioso cabello
de doña Juana; y si acaso
ella le ha perdido, quiero
que sepa, que la fortuna
me le ha dado, por empeño
de que adoro sus despojos:
y si no le echare menos,
será avisarla, que yo
me le pongo en el sombrero
por blason de mis memorias,
y que su olvido condeno.
La mascarilla me pongo,
porque el festin empecemos.

ESCENA XIX.

Dichos, y salen con mascarillas don Juan, doña Juana, Lorenzo, Martin, Teodora, Lucia, y empieza el sarao.

Música.

Hoy presenta el Dios vendado
batalla á los elementos,
y tocando al arma, rude

dos mundos á sangre y fuego.

Juana

Pues por el lazo conozco,
que el que le trae es Lorenzo,
he de alentar su esperanza.

Teodora.

Si no os ha dicho mi afecto,
gallardo, Español, sabed, *A Lorenzo.*
que hay quien se alegre de veros.

Lorenzo.

No aspíro á tanto imposible,
con mi amor estoy contento.

Música

Entre las iras de Marte
suele dilatar su incendio:
que no se niega al cariño,
aunque se despeñe á riesgo.

Baron.

¿Cuándo, adorado prodigio,
veré piadoso tu cielo? *A Juana.*

Juana.

Siempre vos en mi memoria
tuvisteis seguro el premio; *al Baron.*
vuestra he de ser.

Baron.

Alma, albricias
que ya su rigor es menos. *ap.*

Juan.

Si lo que dispensa el baile,
lo hiciera amor mi trofeo, *á Teodora.*
solo estaba en esta mano.

Teodora.

Es ya mi alvedrio ageno. *Á Juan.*

Lorenzo

¿Hasta en el festin, señora,

vos de mi semblante huyendo? *A Juana.*

Juana.

Para abrasar tanta nieve, *á Lorenzo.*
vuestro amor es poco incencio.

Lorenzo.

¡Ah falsa, ingrata, engañosa!
¿para desaires como estos
me llamais? ¡yo estoy sin mí!
¡todo un volcan es mi pecho!

Música.

Muy duro combate ofrece
amor en su duro incendio,
que quien dijo cera, dijo
amor, amor, fuego, fuego.

Baron.

Pues me anticipais la vida,
aseguradme el aliento; *á Juana.*
¿cuándo será el dia?

Juana.

Cuando
os vea en mas alto puesto,
porque os aseguro, que
no será el Baron mi dueño.

Baron.

¡Qué he escuchado! esta es cautela,
y he de quedar satisfecho,
examinando este agravio.
No canteis mas, caballeros, (1)
parad, que lo ordeno yo,
por ser de esta casa el dueño.
Todos descubrid las caras,
que en habiendo en los festejos
algun delito, es costumbre

---

(1) *Quitase la mascarilla.*

descubrirse por el reo. *Descúbrense.*

Juan

Ya todos se han descubierto.

Juana

¡Qué miro! (ay de mí) engañada
tuve al Baron por Lorenzo: *ap.*
¿qué haré Cielos?

Baron

Dudas mias,
verdades sois y no celos.

Juan.

Hablad, ¿en qué os suspendeis?

Teodora

¿Qué té ha movido á este empeño?

Lorenzo.

Qué delito ...

Baron

Una firmeza
perdí, con los movimientos,
de diamantes y rubies;
y aunque era de grande precio,
mas la estimaba, por ser
de una hermosura, a quien debo
un desengaño ¡Ah traidora! *ap.*
mal pagas mi fé, y supuesto
que ninguno me la dá,
yo la cobraré á su tiempo,
pues ya yo sé quien la ha hallado,
aunque lo calle el silencio *Vase.*

Lorenzo

¡Llamarme al festejo Juana
para no escuchar mis ruegos!
¡qué es esto, Cielos! Abismo
de confusiones parezco. *Vase.*

Teodora.

Mi amor le habrán dicho ya,
pues vino al festin Lorenzo. *Vase.*

Juan.

¡Irse el Baron enojado!
¡Teodora, hablarme con ceño!
honor mio, aqui hay sin duda
algun engaño encubierto. *Vase.*

Juana.

¿Si ál uno el lazo le envio,
como en el otro le encuentro?
y por no hacerle el desaire
al uno, á los dos desprecio. *Vase.*

Martin.

Cuando esperaba una cena,
Lucia mia, hallo un duelo.

Lucia.

Mira, Martin, lo que son
de este mundo los festejos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

Teodora, doña Juana y Lucia.

Teodora.

El sentímiento que anoche
mostró mi hermano en la fiesta,
juzgo que ha sido por ver,
que el capitan Flores entra
á festejar mi hermosura,

Juana.

Si en los saraos es licencia
comun; ¿qué razon habia
para formar de ella ofensa?

Teodora.

De que á Lorenzo llamases
te agradezco la fineza;
pero es menester ahora,
que como amiga, y tercera,
le des á entender mi amor:
que al paso que sus proezas
van creciendo en sus aplausos;
crece la aficion secreta
de mi amoroso cuidado:
dile, Juana, que no tema:
porque imposibles mayores
allana amor,

Lucía.

¿Linda flema?

traza tiene de mandarte,
que bailes las paraletas;
mira que te va el honor
en que tu pasion no entienda.

ESCENA II.

Dichas y salen Lorenzo, y Martin.

Lorenzo

Martin, mi amor, y mis celos
de los cabellos me llevan

Martin

Mira que está aquí Teodora.

Lorenzo.

Ya aquí importa de sus quejas
darme por desentendido.

Martin.

Pues habla de otra materia.

Lorenzo

Yo fingiré otro motivo.

Lucía

¡Mas qué es lo que miro! alerta,
que está Lorenzo en campaña.

Teodora

Famosa ocasion es esta
para que sepa mi amor.

Lorenzo.

Señoras, á la presencia
del sol llegara cobarde,
si las alas no me diera
la obligacion de serviros,
que en mi voluntad es deuda;
tres á tres á un desafio
salimos en competencia,

sobre sí al Cetro español
Olanda ha de estar sujeta;
y aunque se vé que esto ha sido
invencion de la soberbia
del de Orange, el Marqués quiere
castigarla, y que yo sea
uno de los tres que salen;
y aunque la ocasion me empeña,
un disgusto me ha quitado
la esperanza de que tenga
buen suceso por mi parte,
porque quien morir desea,
mucho lleva anticipado
para que asi le suceda.
Vengo solo á despedirme
y á llevar alguna prenda
de favor, para que sirva
de norte á mi poca estrella.

Teodora.

Aquesto por mí lo dice. *ap.*

Juan.

¡Qué haya de callar mis penas! *ap.*

Teodora.

Yo soy, bizarro español,
Teodora, de aquesta tierra
señora, y en cuya Quinta
doña Juana se aposenta
por orden del que ha de ser
su esposo, si de esta guerra
sale el Marqués victorioso:
ella os habrá dado cuenta,
como yo se lo he rogado,
de que á las hazañas vuestras
estoy muy aficionada:
si no hay quien os favorezca

mas que yo, esperad aquí
y entraré por una prenda
que lleveis al desafio;
despues me dareis respuesta.
Dile ahora muchas cosas *Á Juana.*
de mí, pues con él te quedas.

ESCENA III.

Dichos menos Teodora.

Lorenzo.

Es, señora, esa invencion
de vuesa merced?

Juana.

Quisiera
estar sin vida.

Lorenzo.

Teodora
me quiere, y honrarme intenta
con favores de su mano:
¿es porque yo me entretenga
mientras te casas, ingrata?
¿cómo con doble cautela
me llamas para el sarao,
y luego en él me desprecias?

Juana.

Es engaño.

Lorenzo.

No es engaño.

Juana.

¡Ay, Lorenzo, si supieras
las memorias que me debes,
qué diferentes sospechas
tuvieras de mis cuidados!

Lorenzo.

¿Lo que ví y escuché niegas?

Juana

La seña que dí á Martin
la ví en el sombrero puesta
del Baron: imaginando
que eras tú, le di respuesta
afable, y á tí desprecios,
pensando que el Baron eras.

Martin

Es verdad, yo la perdí,
él se la halló por la cuenta.

Lorenzo.

De mi estrella desconfio.

Martin

Por Dios, señor, que no seas
de aquellos nécios amantes
que en dándoles la caletra,
gastan en sus pesadumbres
lo que en sus gustos pudieran:
Flores sale al desafio,
si quieres que viva y venza,
dale una prenda y los brazos;
dile que harás de manera
que no se case el Baron,
será cosa tan bien hecha
que te lo agradezca España,
su Rey, Toledo, su tierra,
el Ejército, el Marqués,
Francia, Italia, Inglaterra,
el Mundo y los Mosqueteros
del patio de las Comedias.

Juana

Martin, quien dá la esperanza,
en nada al amor se niega.

Lorenzo.

Hasta verlo, permitid
que esta ventura no crea.

Martin.

Si es que has de favorecerle,
no dés lugar á que venga
Teodoaa.

Juana.

Este airon es tuyo,
y estos brazos. *Abrázanse.*

ESCENA IV.

Dichos, y sale Teodora.

Teodora.

Mejor prenda
es esa, que no la mia:

Juana.

Es uso de nuestra tierra
dar las damas un abrazo
al caballero que intenta
favor para el desafio.

Teodora.

Pues yo que ya de flamenca
me paso á ser española,
razon es que lo parezca;
mis brazos os doy tambien,
y porque la color sea
de estas plumas esperanzas,
por favor las llevad puestas.

Lorenzo.

Yo lo estimo, á Dios, señoras.

ESCENA V.

Dichos menos Lorenzo.

Juana

Mi vida en la tuya llevas. *ap.*

Teodora.

El Cielo os haga dichoso.

Martin.

¿Y ella no me dá, doncella, siquiera un abrazo solo como su ama?

Lucia.

Tente, bestia.

Martin.

¿Pues porqué no?

Lucia.

Aquí entra un cuento:
venia un hombre de fuera,
y un perrillo que tenia,
comenzándole á hacer fiestas,
en los hombros le saltaba;
estaba un pollino cerca,
y tuvo envidia del perro,
y de la misma manera
quiso alhagar á su amo,
y poniéndose en dos piernas
le derribó una quijada:
saca tú la consecuencia.

Martin.

¿Segun eso, vengo á ser
el pollino y tú la perra?
pues dame una mano blanca.

Lucia.

Tampoco.

Martin.

Dame una trenza

Lucia.

Mucho menos.

Martin.

Dame un guante.

Lucia.

¿Si tú, Martin, no peleas,
para qué quieres favores?

Martin.

Para ser hombre de prendas.

Lucia.

¡Ay, que lacayo de flores!

Martin.

¡Ay que fregona de perlas!

ESCENA VI.

Teodora, Juana y Lucia.

Teodora.

Dí lo que te hablo de mí.

Juana.

Fino, Teodora, se muestra;
pero vivé temeroso
de que tu hermano no quiera
venir en el casamierto.

Teodora.

¿Pues no podrá con cautela
decir, que soy ya su esposa?

Juana.

A mucho riesgo se empeña
por ser tan gran caballero
el Barón.

Teodora.

Si tú quisieras...

Lucia.

Ya escampa, y llovian ladrillos.

Juana

¡Ay, Lucia, yo estoy muerta!
porque en su amor no prosiga,
valdráme aquí la cautela.
¿No fuera mejor, Teodora,
que amor que tan mal empleas
le lograse otro sugeto
mas digno de tu nobleza?
tus altivos pensamientos,
de cuando acá se sujetan
á humildes desigualdades,
cuando de ilustre te precias?
¿Los bizarros esplendores
de tu sangre, á una materia
de inferior fortuna habian
de rendir la fortaleza?
¿tú por un capricho vano
que amor dibuja en tu idea,
habias de aventurar
de tu opinion la firmeza?
Ahora bien, Teodora, á mí,
como quien tu bien desea,
me toca desengañarte.

Teodora

Como amiga me aconsejas:
¿qué enmudeces?

Juana.

Digo, pues;
que viene á ser vana empresa
para tu aficion Lorenzo,
que es mucha la diferencia
de los dos, y no conviene
que tu opinion obscurezcas;

Teodora.

En un hombre de valor
y de tanta fama y prendas,
¿ qué defecto puede haber
para que capáz no sea
de mi atencion ?

Juana.

Es un pobre
labrador.

Teodora

Acá en la guerra
no se repara en linages,
porque quien mejor pelea
es solamente el mas noble;
y el ser labrador no es mengua,
que á tán honesto ejercicio
nunca el honor se le niega.

Juana.

No sé que has visto en Lorenzo
para que tanto le quieras.

Teodora.

Su valor, su talle y brio,
su discrecion y modestia.

Juana.

¿ Y si hubiese hecho carbon
en un monte de su tierra ?

Teodora.

No sé lo que te responda,
va aquesa es de otra materia.
Abrid los ojos, amor,
mi honor por su aplauso vuelva,
respeto mio, al aviso.

Juana.

¿ No es mejor que esas finezas
te las merezca mi hermano,

que tan fino te festeja,
y tan galan te enamora?

Teodora

No es facil que me resuelva
tan presto, que ha mucho tiempo
que sigo esta oscura idea,
y ha poco que el desengaño
á mi pensamiento llega
A Dios, mal fundado empleo *ap.*
de mi memoria, que apenas
naciste, cuando una sombra
te turba, y te desalienta.

Juana.

Abanza de tu discurso
esa bastarda influencia,
que si he de decir verdad,
porque de una vez lo entiendas,
Teodora, para contigo
mi hermano me hizo tercera
de su amor, y asi es preciso,
que á Lorenzo á hablar no vuelvas,
porque importa á tu decoro.

Teodora.

Ignoraba su bajeza,
y de don Juan hasta ahora
no he visto amorosas señas,
y pues en lances de amor
naci con tan poca estrella,
á consultarlo despacio
me retiro con mis penas;
porque mi honor, y mi sangre,
que no admita me aconseja,
ni de Lorenzo memorias,
ni de tu hermano finezas.

ESCENA VII.

Dichos menos Teodora y despues el Baron.

Lucia.

Con eso de su capricho
ya disuadida la dejas.

Juana.

Engañar con la verdad
fué siempre industria discreta.

Lucia.

Silencio, que Rosel viene.

Baron.

Salte, Lucia, allá fuera,
que con tu señora aquí
tengo que hablar.

Lucia.

Norabuena;
¡ay infeliz tortolilla! *Vase.*

Baron.

Ahora de mis sospechas *ap.*
he de examinar la causa,
mas de suerte, que no entienda
Juana mi desconfianza,
que hasta apurar la materia,
el que discurre su agravio,
él se hace á si mismo ofensa.

Juana.

¿Vos triste, una vez que os veo?
¿qué suspension es la vuestra?

Baron.

La dilacion de entregarse
Durén, cuyo fin espera
mi amor para enlazar dichas,
pero siempre que mi pena

me trae á tus ojos, luego
en alegría se trueca,
efectos del sol, que aclara
lo oscuro de la tiniebla;
pero dejando esto aparte,
yo preguntarte quisiera:
por cierta curiosidad,
una verdad.

Juana.

¿Pues qué esperas?

Baron.

Señora, ¿quién es Lorenzo
Flores en Toledo?

Juana.

Yerras
en pensar que le conozco;
solo por que sale y entra
con mi hermano aquí le he visto.

Baron

Ayer le dejé en la tienda
del Marques, y luego anoche,
sin que yo le previniera,
ni don Juan tampoco estuvo
en el festin.

Juana.

Señor, esa
fué noticia de Teodora,
porque como él la festeja
con aquel lícito aplauso,
que se usa en aquesta tierra,
le llamó.

Baron.

Cielos. ¡qué escucho! *ap.*
vana ha sido mi sospecha.
Y dime, ¿quién te obligó

é que ánoche me dijéras;
no será el Baron mi dueño?

Juana.

Pensé que mi hermano eras
por un lazo que le dí,
y como me daba priesa
para casarme contigo,
yo le respondí resuelta:
No será el Baron mi dueño,
hasta acabarse la guerra
de Duren, que anda encendida,
y la consonancia mesma
del son me atajó la voz;
con que no pudo la lengua
pronunciar con los compases
toda la razon entera.

Baron.

Albricias, amor; perdona,
señora, la inadvertencia,
que es la pasion melindrosa
hasta encontrar la evidencia:
á Dios.

Juana.

El vaya contigo.

Baron.

¡Qué mal fundadas ideas
tiene el honor! pero es vidrio,
y al menor soplo se quiebra. *Vase.*

Juana.

Yá con la disculpa á tiempo
me escapé de la tormenta.

ESCENA VIII.

Decoracion de Campo.

Tocan cajas y clarinés, y salen don Juan, el Marques y Soldados.

Juan.
Si rendímos á Durén,
luegó se ha de dar Cambrai.
Marques.
Si tantos socorros hay,
no es posible que se dén.
Juan.
¿Y ha sabido Vuecelencia
si entraron socorro?
Marques.
No,
mas Lorenzo se encargó
de hacer bien la diligencia.
Juan
Temo que se ha de perder
en Lorenzo un gran soldado,
Marques.
Es en todo afortunado.
Juan
Bien se le ha echado de ver,
pues en aquel desafio,
valiente Cid castellano,
venció á los tres por su manó.
Marques.
No hay hombre de mayor brio.
Juan.
Gran rumor de la victoria
anda por el campo todo.

Marques.

Lorenzo anduvo de modo,
que se ha llevado la gloria.

Juan.

Quedaron sus compañeros
muertos en el campo, y él
con ira y saña cruel,
tales fueron sus aceros,
que sin darse por vencido,
á rostro firme embistió
con los tres y los rindió,
y aqueste el suceso ha sido.

Marques.

Don Juan, poco he de poder,
ó ha de quedar bien premiado.

Dentro Lorenzo.

No he visto hombre tan pesado;
mucho debes de beber.

ESCENA IX.

Dichos, y sale Lorenzo con un Tambor debajo del brazo con la caja en las espaldas.

Marques.

¿Qué es esto?

Juan.

Flores, señor.

Marques.

¿Qué trae?

Juan.

¡Gran fortaleza!

Lorenzo.

Una cuba de cerbeza,
digo, un Flamenco atambor,
para que le informe aquí

de lo que pasa en Durén.

Marques.

En él á un tiempo se ven
dicha y valor

Lorenzo.

Pasa allí.

Marques.

Pesame que os hayais puesto
en peligro tan estraño.

Lorenzo.

No hay para serviros daño,
que no me parezca honesto.

Marques.

¿Ah tambor?

Tambor.

Señor.

Marques.

¿Está
Durén muy fortalecido?

Tambor.

Ninguna ciudad ha habido
como Durén,

Marques.

¿Entró ya
socorro?

Tambor.

Y grande. señor,

Marques.

¿Qué gente?

Tambor.

Mil hombres.

Marques.

¿Mil?
¡gentil socorro!

Tambor.

Y gentil
de quien lo trajo el valor.

Marques.

¿Quién?

Tambor.

Monsieur de Vique.

Marques.

Es *ap.*
un gran soldado en efecto:
incierto fin me prometo
despues del sitio de un mes.
Y Monsieur de Balami,
tirano de esta ciudad,
¿qué dice? di la verdad.

Tambor.

Que bien tomára de tí
cualquier honesto partido;
pero tiene una muger,
cuyo valor puede ser
al de Lesvia parecido;
porque viéndole cobarde,
las armas por él tomó,
y por la Ciudad salió
ayer en vistoso alarde.

Marques.

Ya me han dicho su valor,

Tambor.

Si por su valor no fuera,
Durén, señor, se rindiera.

Marques

Vuelve á la Plaza, Tambor,
y di que en està campaña,
hasta que la vea rendida,
he de estar toda mi vida,

por vida del Rey de España.

Tambor.

Guarde el Cielo á Vuecelencia. *Vase.*

Marques

Flores, yo tengo que hablaros.

Lorenzo.

En habiendo en que agradaros,
no hay sino darme licencia.

Marques.

Apartémonos de aquí. *Vase Juan.*

ESCENA X.

Dichos menos don Juan y el Tambor.

Lorenzo.

¿Qué es, señor, lo que mandais?

Marques.

Vos, Capitan, me obligais;
yo os quiero bien.

Lorenzo.

Es asi.

Marques.

¿Os acordais, que en Toledo
á un hombre favorecisteis
una noche, que le disteis
socorro?

Lorenzo.

Muy bien me acuerdo,
y por Dios, señor, que el tal
con garbo la meneaba.

Marques.

¿Tiraba bien?

Lorenzo.

Si tiraba,
me rio yo de Anibal;

récias, espesas y finas
las llovia á borbotones
con cuatro ó seis ladrones.

Marques.

Y á fé que no eran gallinas,
vuestro favor le alentó.

Lorenzo.

No le habia menester,
que hecho estaba un Lucifer.

Marques.

Pues, Lorenzo, ese era yo;
mira si en razon me fundo
en quererlo hacer por vos.

Lorenzo.

Vos y yo para otros dos.

Marques.

¿Qué es para dos? venga el mundo;
señor Lorenzo: ahora bien,
el desafio pasado
toda la nacion ha honrado,
y al Rey de España tambien;
y por lo que le ha tocado
de haber vuelto por su honor,
yo le he escrito, y del valor
vuestro no mal informado,
quiere que un hábito os dé,
pues lo mereceis; mas quiero
que vos me informeis primero
si ponérosle podré,
porque quedemos airosos.

Lorenzo.

Señor, diciendo verdad,
no tengo mas calidad,
ni padres mas generosos,
que estos brazos y esta espada;

soy un pobre labrador;
que no tuve mas honor,
que el arado y el azada;
pero muy cristiano viejo:
por vida del Rey, que no hay
en las tiendas de Cambray
cristal de mas lindo espejo.
De esta manera nací,
si es que la virtud se alaba,
que como en otros se acaba,
mi linage empieza en mí;
porque son mejores hombres
los que sus linages hacen,
que aquellos que los deshacen
adquiriendo viles nombres.
Hay una gran necedad
en el mundo introducida,
en viendo en alto subida
la virtud sin calidad
todos afrentarla intentan,
y á los que miran perdidos,
alaban por bien nacidos
cuando su linage afrentan.
No me dieron á escoger
padres, gran señor, y asi
donde Dios quiso nací,
que por mí comienzo á ser
lo que soy, no es heredado,
que nadie me agradeciera,
si yo mismo no me hiciera
lo que otro me hubiera dado.
Yo no he de volver atras,
de hoy mas con favor de Dios,
lo que fuere, á Dios y á vos
y á mí, lo debo no mas.

Marques.

Pues yo me huelgo infinito,
que como si lo supiera,
de aquesta misma manera
al Rey se lo tengo escrito,
y por instántes aguardo
la respuesta.

Lorenzo.

Señor, vos
como Príncipe me honrais:
¿pero qué es esto? *Tocan cajas.*

ESCENA XI.

Dichos, y sale un Ayudante.

Ayudante.

Señor,
á la Plaza el enemigo
se acerca con un comboy
para socorrerla.

Lorenzo.

Vamos,
que con esto tendrán hoy
un refresco mis soldados:
abancemos.

Marques.

Eso no;
señor Capitan, teneos,
que aqui por orden os doy,
que no salgais de este puesto,
y que con la guarnicion
que teneis lo mantengais,
hasta que os avise: á Dios.

ESCENA XII.

Lorenzo, y despues Martin.

Lorenzo.

Vive el Cielo que la guerra
es estrecha religion:
¡que ha de tener un precepto
dominio sobre el valor,
y que de mi propio brio
no he de ser el dueño yo!

Sale Martin.

Aquí ha venido á buscarte
un capitan borgoñon,
si le quisieres hablar,
llamarele.

Lorenzo.

¿Por qué no?
di que llegue norabuena;
si es pobre, daréle yo
cuanto trajere conmigo.

Sale un Capitan.

¿Puedo, alferez español,
hablarte á solas?

Lorenzo.

No sé
si soy á quien buscais yo,
porque ya soy capitan,
que el General mi señor
me ha dado una compañía.

Capitan.

Lo que mereces te dió.

Lorenzo.

¿Qué quieres?

Capitan.

Yo soy sobrino

de Xatelet Borgoñon;
aquel general insigne,
aquel heróico Scipion,
que socorriendo á Durén,
como quien era murió:
quitástele la celada
y el penacho; grande honor
de tu espada, que al Marqués
tu vanidad presentó.
tambien esa banda verde
que traes puesta, y la que yo
miro con gran pesadumbre.

Lorenzo.

¿Hácete mal su color,
porque en lo verde se alivian
los ojos que enfermos son.

Capitan

No, sino el ver que era suya
y que traiga un español
trofeos públicamente
de un hombre de tal valor;
á quitartela he venido.

Lorenzo.

Buena empresa; ¿y cuántos sois?

Capitan.

Yo solo.

Lorenzo.

¿Solo? pues llama,
si te parece, otros dos,
y aun sereis poco nublados
para que se cubra el sol:
Ve por ellos, y si quieres
que yo te ayude, aqui estoy;
que para echarte á tu tierra
bastará darte una coz;

¿qué me miras?

Capitan.

¡Qué arrogancia
tan de español fanfarron!
¿Sabes tú que que soy Bronduc?

Lorenzo.

No; pero sé que si doy
á Bronduc una puñada,
por no afrentar mi opinion,
sacando la de Toledo,
le haré que baje velós
donde le aguarda Lutero,
á las grutas de Pluton.

Capitan.

Yo gasto pocas palabras,
mas si te cojo, hablador,
yo haré que al primer amago
del rayo de mi furor,
vayas en cartas á España.

Lorenzo.

Soy carta de gran valor,
y no habrá quien pague el porte.

Capitan.

Pues á la verde estacion
de esta vega vén conmigo,
que allí cuerpo á cuerpo yo,
quitándote los despojos,
te arrancaré el corazon:
apártate de la gente.

Lorenzo.

Mi General me mandó
que guardase aqueste puesto,
y bien sabes, que en razon
de la milicia no puedo
faltar á este pundonor,

porque aquí es el primer duelo
la obediencia al superior;
espérame en esa vega,
que al instante tras tí voy,
pues vendrán luego á mudarme.

Capitan.

Hasta que se ponga el Sol
te espero allí cuerpo á cuerpo.

Lorenzo.

Cumpliré mi obligacion,
y esta es mi mano en señal. (1)

Capitan.

Yo lo acepto, vive Dios:
¡ay, ay! suelta, que me matas,
y me arrancas con furor
el alma.

Lorenzo.

¿Quien desafia
se queja de un apreton,
que suele entre dos amigos
ser cariño y no rigor?

Capitan.

Suelta, que me has muerto.

Lorenzo.

Aguarda.

Capitan.

Yo por vencido me doy.

Martin

Si tiene las manos blandas,
váyase á guisar arroz,
y no se venga á la guerra,
pudiendo irse á hacer labor.

---

(1) *Danse la manos.*

Capitan

¡Ah, traidores!

Martin

Oye, aguarda,
manquillo, sobre hablador;
huyendo vá como un galgo,
un neblí no es tan velóz:
si á correr te dessafia,
te engaña; el mozo lo erró:
parece que te has quedado
suspenso.

Lorenzo

¡Valgame Dios! *ap.*
si el ponerme en este puesto
el Marqués, fué prevencion
del Baron, que á ruego suyo
dispuso esta dilacion
para entretanto casarse....
muy posible es; pero no,
locas memorias, dejad
de affligir un corazon.

Martin

¡Ah, señor, A esotra puerta.

Lorenzo.

¡Ay, doña Juana!

Martin.

¡Ah, señor!

Lorenzo.

¿Qué quieres, Martin? un triste
se alivia con su pasion.

Martin

¿Sabes, señor, lo que veo? (1)
que este sitio (¡ sin mí estoy!)

---

(1) *Disparan, y agachase Martin.*

en que el Marques te ha dejado
no es muy sano.

Lorenzo.

¿Porqué no?

Martin

Porque siento en los oidos
no sé que cierto rumor,
de unos pájaros de plomo
que me hacen temblar por Dios; (1)

Lorenzo.

Mira, Martin, los aplausos
del militar esplendor,
no se adquieren sin peligros;
nadie sin riesgo alcanzó
la posteridad que deja
á los siglos el valor.
Ya tengo perdido el miedo
á las balas y al furor
de Marte, porque á no ser
tan publico este blason,
no supiera el Rey de España
mi nombre, y le sabe hoy.

Martin

No es la guerra para todos: (2)
mal haya quien inventó
tan peligroso ejercicio;
ser cochero no es peor:
¿qué es ver en una batalla
tanto clarín y tambor,
tanto mosquete y balazo,
tanto ruido y tanto horror,
tanta municion de rayos,

---

(1) *Disparon, y hace lo mismo*

(2) *Vuelven á disparar, y hace lo mismo.*

y tanto severo harpon?
Luego decir un sargento
con mucha resolucion:
señor soldado, acometa;
porque palabra le doy,
si le matan, de ir tras él:
¡miren que linda razon
de pie de banco! despues
de muerto me hace el honor;
daca el ataque, el abance,
el rebellin, el cordon,
el ornabeque, la escolta,
y luego hacer pretension
sobre quien ha de ir primero
á que le hagan salpicon:
no es este modo de vida
para mí; mas quiero yo
ser ganapan en Madrid,
que no aquí gobernador.

Lorenzo.

Como eres vil, no conoces
que es el premio de esta accion
la victoria.

Martin.

Es verdad, pero
para mí fuera mejor
irme desde la Victoria
hasta la Puerta del Sol,
y á la una desde allí
zamparme en un bodegon.

Lorenzo.

Como quien eres discurres.

Martin.

Yo me entiendo con mi flor.

ESCENA XIII.

Dichos, y sale don Juan.

De haberos hallado aquí
doy á mi fortuna gracias,
que ha mucho que ando á buscaros.

Lorenzo.

Lo mismo habrá que me encarga
aqueste sitio el Marques.

Juan.

Ya descansareis, que trata
Durén de rendirse.

Lorenzo.

¿Es cierto?

Juan.

A pesar de la Madama
de Monsieur de Balamí,
muger tan desesperada,
que viendo que su marido
se ha rendido al Rey de España,
se ha muerto con un veneno.

Lorenzo.

Loca hazaña, aunque romana.

Martin.

No importa, porque era hereja,
y en cualquier tiempo llevara
de que se rindió Durén
á Monsieur Calvino cartas:
de esta vez á España vuelves.

Juan.

Mejor suceso le aguarda,
pues se ha de quedar en Flandes.

Lorenzo

Martin, esto se declara (*ap. á Martin.*

sin duda, que ya don Juan
me ha casado con su hermana.

Martin.

¿Qué me darás si es verdad?

Lorenzo.

La mitad de mi esperanza.

Martin.

Pues será para el invierno
buen capote de campaña

Juan.

Para que no esteis suspenso,
de una de las ordenanzas
de Flandes, diz que os darán
el tercio, que es de importancia,
con que os casareis quizá
con una noble madama
digna de vuestro valor.

Lorenzo.

Para ponerlo á las plantas
vuestras ha de ser, don Juan,
cuanto tenga y cuanto valga.

Juan

Y puesto que tantos dias
fuimos los dos camaradas,
es justo que de mis dichas
tambien partícipe os haga;
sabreis como aquesta noche
caso al Baron con mi hermana,
y vengo á que vos me honreis,
como amigo tan del alma,
que el no daros cuenta fuera
delito de mi ignorancia.

Lorenzo.

¡Ay de mí, Cielos! ¡qué escucho? ap.
aqui dió fin mi esperanza.

Yo iré, don Juan, á serviros:
¡todo mi aliento me valga! *ap.*

Juan

¿De qué os habeis puesto triste?

Martin.

Es que siente la desgracia
de que esta noche no pueda
hacer una encamisada.

Lorenzo.

Tristeza ninguna tengo,
antes de ventura tanta
daros quiero el parabien,
que goceis edades largas.

Juan.

El contento que mostrais
de nuestra amistad es paga.

Lorenzo

¿Para un mal no hubiera alivios, *ap.*
como hay para un bien mudanzas?
¡Ah, tirana! ¿Mas qué es esto? *Clarin.*

Juan.

Este es el Marques, que manda
que salgan los de Duren,
que se han rendido á las armas
del Católico Filipo:
á Dios, mirad que os aguarda
toda mi casa esta noche *Vase.*

Lorenzo.

Yo iré.

Martin.

Buena vá la danza.

Lorenzo.

¡Mi muerte he de ir á ver! Cielos
antes permitid que caigan
los montes sobre mi vida. (*Cajas y Clarines.*)

ESCENA XIV.

Dichos menos don Juan, y sale el Marques, Soldados y un Burgués.

Marques.

Digo que con armas salgan
y con banderas tendidas,
y que les doy la palabra
de entrar pacíficamente.

Burgués.

Vuelvo con esta esperanza,
porque la ciudad se aliente
despues de desdichas tantas. *Vase.*

Lorenzo.

Yo solo morir espero,
ya que tu nombre y tu fama,
Bazan invicto, á los cielos
esta victoria levanta;
dame licencia, señor,
para que me vuelva á España,
á donde honrado me vean.

Marques.

Capitan, yo tengo cartas
del Rey, que el Príncipe Alberto
viene á Flandes, y á esta causa,
luego que llegue á Bruselas
será fuerza que me parta,
y quiero que vais conmigo;
y porque en esta jornada
vayais con grande alegria
y mas honrado á la patria,
en esta carta del Rey *Sácala.*
escuchad estas palabras:

Lee : *En lo que toca á Lorenzo Flores, daréisle el hábito, sin mas pruebas; porque á mi me consta que lo merece.*

Representa.

¿Qué os parece, quién jamás
tuvo haciendo su probanza
un Rey por testigo? ¿quién
se puso la roja espada
por virtudes como vos?
mirando os estoy la cara
y no mostrais alegria.

Lorenzo.

Señor, antes por ser tanta,
y hallarme indigno, estoy triste.

Marques.

No es esa, Flores, la causa,
habladme claro; ¿qué es esto?

Lorenzo.

Cierto, señor, que no es nada.

Marques.

Ya sabeis lo que os estimo,
esa ingratitud me agravia;
ved que ya sois caballero,
y que desde hoy con ventaja
hemos de ser muy amigos.

Lorenzo.

No será jamas ingrata
mi obligacion, gran señor.

Marques.

Pues hablad, mostradme el alma.

Lorenzo.

Siendo yo labrador, miré en Toledo
de este don Juan de Flores una hermana
tres años justos, entre amor y miedo,
que aun no llegaron á esperanza vana;

amor, que solo esta disculpa puedo
á su violencia proponer tirana,
no descuidado, la obligó á quererme
sin hablarme, señor, solo de verme.
Pero considerada mi bajeza,
concertamos que yo, porque los daños
reparase mejor de su nobleza,
fuese á ser otro yo, ¡mirad qué engaños!
obligando á esperarme su firmeza
el término preciso de tres años;
de ella me llamo Flores; ¡qué rigores
dar fruto amargo tan hermosas flores!
Seguí la guerra, en que sabeis que he sido
del Rey, de vos, y del amor soldado:
lo que por merecerla he padecido,
ó hasta ponerme en tan honroso estado,
no lo podré jamas poner á olvido,
ni menos las heridas que mehan dado,
que solo amor pudiera hacer que un hombre
subiera de de humilde á tanto nombre.
Estando entre las armas divertido,
vino don Juan á Flandes con su hermana,
porque en su ausencia le busco marido;
burlóse amor de mi esperanza vana:
con el Baron Rosel, Darén rendido,
se desposa esta noche: ¡qué inhumana
resolucion para mi pobre vidà!
bien empleada, pero mal perdida.
Convidome á la boda, y yo con miedo
de no dar á entender mi desatino,
quiero partirme á España, á ver si puedo
resistir el furor de mi destino:
si á llevartarme vos, neutral me quedo,
mirad que puede hacer quien ciego vino
à ganar una dama por la espada,

que aquesta noche la verá casada:

Marques

Aunque de mi condicion
nunca he sido tierno, Flores;
que trompetas, y tambores
siempre mis requiebros son,
he tenido compasion
de lo que os cuesta esa dama;
que ya Rosél suya llama;
si bien le debeis á ella
por influencías de estrella,
de vuestro aplauso la fama.
De los dos, si os quiere bien;
ella lleva lo peor,
que vos con vuestro valor
quedais casado tambien;
pues no os deja por desden,
quedad, Flores, consolado
del desvelo y del cuidado,
propio fin de los amores,
pues fué el fruto de esas flores
el ser vos tan gran soldado.
Que demás dé la opinion,
¿qué consuelo puede haber,
como haber venido á ser
gloria de vuestra nacion?
Si los matrimonios son
cruces, ¿por qué no estimais
que la del Rey merezcais,
pues donde, como sabeis,
de casaros la perdeis,
de Santíago la ganais?

Lorenzo.

¿Quién dará, señor respuesta
á lo que sabeis decir?

Marques.

Callad, los dos hemos de ir
esta noche á ver la fiesta,
que quiero ver quien os cuesta
tantas penas, capitan.

Lorenzo.

Vuestros favores podrán
templar solo mi dolor:
¿pero qué es esto? ¿Tambor? *Cajas.*

ESCENA XV.

Dichos, el Marques, Lorenzo, Martin, y sale el Baron.

Baron.

Que los de Duren se van.
Por la orden que me ha dado
hoy, gran señor, Vuecelencia,
sale de Durén la gente.

Marques.

Y la plaza, ¿cómo queda?

Baron

Segura en vuestra palabra,
y esperando haceros fiestas
cuando victorioso entreis.

Marques.

Baron, de esa heróica empresa
se le debe al Rey la gloria,
lo que es del Cesar al Cesar.
El disgusto de Lorenzo ap.
me ha dado cuidado y pena,
y el favorecerle aquí,
mas que obligacion, es deuda.
¿Capitan?

Lorenzo.

Señor.

Marques

Callad,
y dejadlo por mi cuenta,
que á la boda hemos de ir juntos.

Lorenzo

Señor, ¿ y si no quiere ella ?

Marques

Andad, señor, que teneis
poca maña, y gentil flema;
¿ en palabras os fias ?
Cuando de vuestra edad era,
jamás fié en las palabras
sin que me dejasen prenda.

Baron.

Hoy Juana será mi esposa:
amor, tus plumas me presta;

ESCENA XVI.

Lorenzo y Martin.

Martin.

¿Qué ha dicho el Marqués?

Lorenzo

Que quiere
ver la novia, y que yo sea
el que le acompañe.

Martin.

Harás
una cosa muy discreta,
disimulando tus celos:
Señor mio, aquesta perra
te ha dado con la de rengo;
dale tú tambien con ella,

casándote con Teodora.

Lorenzo.

Lindo desatino fuera.

Martin.

¿Desatino, señor mio,
tener vasallos y rentas?
¿parece que se te olvida
aquello de las carretas?

Lorenzo.

Sabes, Martin, ¿cómo ha sido
doña Juana? ¿No te acuerdas
de haber visto, que un pintor
en una tabla bosqueja
con carbon una figura,
y luego pinta sobre ella,
y queda el carbon borrado?
Pues de la misma manera
con los esmaltes del oro,
que halló en Rosél su belleza,
cubrió el rústico bosquejo,
y fué borrando en la idea
aquella antigua memoria,
que echó las lineas primeras,
y así quedaron las sombras
vencidas de la riqueza.

Martin.

¡Qué quisiera á un estrangero,
y que á tí no te quisiera!

Lorenzo.

Aunque es estrangero el oro,
es mineral de la tierra.
¡Ay doña Juana adorada!
¡quién pensára, quién dijera,
que en tan divina hermosura
tanta ingratitud cupiera!

Martin.

¿Divina ahora la llamas?
no sino humana y terrena,
pues á Barones se inclina.
Mira que el Marqués te espera
para armarte caballero,
y cuando mal te suceda,
por lo menos podrás ir
á dar hábito á tu tierra,
que la cruz del matrimonio
no se dá, que antes se lleva;

Lorenzo.

Vamos, Martin, á la orilla:
murió mi amante firmeza.

ESCENA XVII.

Decoracion de Salon.

Doña Juana, Teodora, Lucia, don Juan, y canta la música.

Música.

Hoy junta amor en dos vidas
todo su lucido imperio,
y dos pasiones un alma
reducen á un lazo estrecho.

Juana.

Furioso dolor, que en calma
teneis todos mis sentidos,
celos, que son atrevidos
hasta en lo oculto del alma;
¿qué gloria, qué bien, qué palma
de un hombre humilde quereis?
en perderle, ¿qué perdeis?
en ganarle, ¿qué ganais?

celos, ¿por qué me entibiais?
celos, ¿por qué me encendeis?
Con amenazas mi hermano,
ignorando que me ofende,
contra mi gusto pretende,
que al Baron le de la mano;
palabra le dió tirano,
que en rindiéndose Durén
seria su esposa; ¿quién
vió tan grande desvario,
pues cruel, de mi alvedrio
hoy quiere triunfar tambien?

Lucia

Deja esas vanas memorias,
señora, y ten sufrimiento.

Juan

Divina Teodora, en quien
cifró su luz todo el Cielo,
el abril todas sus flores,
y el amor todo su imperio:
ya os ha dicho mi semblante,
señora, mi pensamiento,
si no esplicado á suspiros,
retórico en los silencios;
por vos reparad piadosa
mi razon y mi tormento,
coronando de esperanzas
aquellos ricos trofeos,
que nadie sin vuestro agrado
llegar puede á mereceros.
A vuestro hermano dí ahora
parte de tan noble intento;
y á vos mi causa remite:
vos sois el Juez severo,
no juzgueis mi causa, cuando

solo un favor de los vuestros
puede hacer vanaglorioso
el delito de quereros.

Teodora.

Yo estimo, señor don Juan,
esa humildad en descuento
de alguna oculta memoria
que le debeis á mi afecto;
y porque veais que yo
vuestra fineza agradezco,
cuando Rosel dé la mano
á vuestra hermana, os prometo
que de vuestras esperanzas
tendrá fin el noble intento.

Juan.

Si solo en eso consiste
mi dicha, dadlo por hecho,
porque ahora se darán
las manos.

Teodora.

Si por tan cierto
lo teneis, yo os aseguro
de aquesa fineza el premio.

Juan.

Albricias fortuna mia: *ap.*
señora, el partido acepto,
pues mi hermana y yo dichosos
seremos á un mismo tiempo.

Lucia.

Finge, señora, alegria.

Juana.

Murió para mi el contento.

ESCENA XVIII.

Dichos, y sale el Baron.

Baron

Pensé hallar mas regocijo,
señor don Juan, que el que veo
en esta casa.

Juan

La guerra
nos puso en tanto silencio,
que hoy nos quitamos las armas,
y la prevencion fuè menos.
¿ Pero qué mas regocijo
quereis hallar en mi pecho
que veros honrar mi hermana,
y ver que tambien merezco
á la divina Teodora?

Baron

La noble eleccion apruebo:
cantad, celebrad, las dichas
de nuestro dichoso empleo. (1)

Música

Por muchos siglos se gocen,
para admiracion del tiempo,
las dos rosas castellanas
con los dos lirios flamencos.

Marques

Nunca os he visto cobarde
sino ahora: ea, acabemos,
entrad conmigo.

Lorenzo.

¡Ay amor!

---

(1) *Canta la Música, y salen al paño el Marqués, y Lorenzo con hábito de Santiago, de noche.*

porque vos lo mandais entró;
y en este cancel el caso
he de mirar encubierto.

Baron.

Bello imposible....

Juan.

Tened;
que el Marqués viene.

Baron.

¿A qué efecto?

Juan.

Querrá honrar á sus soldados.

ESCENA XIX.

Dichos, y sale el Marqués, y al paño Lorenzo.

Marques.

Buenas noches, caballeros.

Baron.

Sea, señor, bien venido
Vuecelencia.

Marques.

Poco os debo,
señor Baron, en no haberme
convidado á este festejo,
pues sabeis cuanto os estimo,
y que siempre he sido vuestro.

Juan.

Para Príncipe tan grande
nos pareció ser pequeño
este alvergue.

Baron.

Gran señor,
esa es la causa.

Marques.

Deseo

conocer á estas señoras.

Juana

Señor, al servicio vuestro,
soy hermana de don Juan.

Marques

Preciaros podeis de serlo,
y él de vos, bizarra dama.

Baron.

Vos venis á tan buen tiempo,
que nos casamos los dos;
honrad nuestros casamientos,
siendo padrino de entrambos.

Marques.

Que es esta señora, pienso,
Madama Teodora.

Teodora.

Y hija
del mayor servidor vuestro.

Marques.

Con todo estremo, Madama,
deseaba conoceros;
¿vos os casais?

Teodora.

Sí señor.

Marques.

De tan venturoso acierto
doy parabien á Rosel.

Baron.

No soy yo quien la merezco,
sino el capitan don Juan,
la nacion trocado habemos,
y es doña Juana mi esposa.

Marques.

¿Y está hecho?

Baron.

No está hecho.

Marques

Pues sino, yo traigo aquí
con quien casarla, supuesto
que ella le quiere y le ha dado
palabra de casamiento.

Los Dos

Como si....

Marques

Nadie se mueva,
que á donde está mi respeto,
está la razon tambien.
¿ Flores !

ESCENA XX.

Dichos, y sale Lorenzo.

Lorenzo

Señor?

Baron

¡ Qué es aquesto!

Marques

Llegad, de qué estais temblando?
hombre que no tuvo miedo
de asaltar una muralla,
con mil balas á los pechos,
y que mató en desafio
tres ingleses cuerpo á cuerpo,
su patria honrando, por quien
sin otros servicios hechos,
tiene en el pecho esa cruz,
¿ no se atreve á un casamiento?

Lorenzo.

Señor....

Marques.

No me digais nada:
¿don Juan?

Juan.

Señor?

Marques.

Cuanto os debo,
os pago en daros cuñado
de tanto merecimiento,
que le diera yo una hermana
por la fé de caballero:
dense las manos los dos.

Juan

Señor, no puede ser eso
por una causa.

Marques.

¿Qué causa?

Juan.

Porque yo á Teodora pierdo,
si no se casa el Baron.

Marques

No hará tal, si se lo ruego.

Teodora.

Yo os tengo de obedecer,
solo porque es gusto vuestro;
esta es mi mano, don Juan.

Baron

Señor, que advirtais os ruego,
que es mi esposa doña Juana,
y que á Flandes por concierto
vino á casarse conmigo,
y que contra mi respeto
no ha de intentar Vuecelencia
un desaire, pues primero
daré la vida á un cuchillo.

Marques.

Tened: ¿estareis contento
con que ella declare á quien
quiere por su esposo?

Baron.

Es cierto.

Marques.

Pues, señora, eso aguardamos,
decidlo, no tengais miedo.
que aqui estoy para ampararos.

Juana.

Señor, mí esposo es Lorenzo.

Lorenzo.

Por ella vine á ser mas,
y puse mi vida á riesgo.

Marques.

Vos teneis famoso gusto,
que yo me hiciera lo mesmo.

Lorenzo.

Esposa, llega á mis brazos.

Juana.

Logra en los mios el premio.

Marques.

Bien se ha hecho; yo salí
famoso casamentero.

Martin.

Solo el Baron no se casa,
que es propio de los terceros.

Baron.

Mejor quedo sin casarme.

Lorenzo.

Y aquí, Senado discreto,
da fin Lorenzo me llamo,
porque perdoneis sus yerros.

Lorenzo me llamo, y Carbonero de Toledo.

Lorenzo que ejerce en los montes de Toledo la ocupacion de Carbonero, proveyendo entre otras la casa de don Juan de Flores, se apasiona de su hermana doña Juana, la cual no deja de conocer su inclinacion, y le obliga á que se la declare abiertamente; pero como la desigualdad de su condicion no la permita darle esperanzas, ni á Lorenzo aspirar á su mano, le promete doña Juana ser suya, si en el término de tres años consigue elevarse de modo que sin desdoro de su clase pueda casarse con él, á lo que Lorenzo se conviene. Recibe doña Juana una carta de su hermano, participándole que tiene concertado su casamiento en Flandes con el baron Rosel, y que en breve vendrá para llevarla. El marqués de Santa Cruz, nombrado gobernador de aquellos estados, y próximo á partir con dos tercios que está levantando en Toledo, es asaltado de noche por cuatro bandidos que intentan robarle un cintillo de diamantes que lleva en el sombrero. Lorenzo, que acierta á pasar por allí con Martin su criado, acude á defender al Marques, y consigue ponerlos en fuga. Agradecido aquel desea saber á quien debe su defensa, y solo le responde con su nombre de pila; pero agradecido el Marques le regala, aunque lo rehusa, un bolsillo y una sortija, que Lorenzo se la pone, determinando sentar plaza de soldado para Flandes. Doña Juana comunica á Lucia los galanteos que la hace don Pedro de Vargas, y la pasion que abriga ácia Lorenzo: este en compañía de Martin, y ambos ya bien vestidos, se presenta á doña Juana, quien le renueva la palabra que le ha dado de esperarle tres años; mas cuando está en conversacion con su aman-

te, sobreviene don Pedro de Vargas, que se empeña en hablar con doña Juana, y no permitiéndolo Lorenzo, riñen y es vencido don Pedro: perseguidos amo y criado por la Justicia, se refugian en el cuerpo de guardia del Marqués de Santa Cruz, donde juega Lorenzo con unos soldados, quienes habiéndoles ganado, pretenden quitarle el dinero, y Lorenzo saca la espada para castigarlos. Llega el Marqués y trata de hacer justicia contra Lorenzo; mas habiéndole reconocido por su libertador, mediante la sortija, y sin poder recabar de el mas nombre que el de Lorenzo, se declara su protector, y le admite de soldado bajo sus órdenes para Flandes.

En el segundo acto se traslada la escena desde Toledo á Flandes, en donde don Juan pretende escusar la frialdad de su hermana para con el Baron, á quien tenia prometida su mano, con la tristeza natural de haber dejado su patria. Empeñada una accion militar ganada por los españoles, Lorenzo presenta el penacho y celada quitados por su mano al general Jatelet á su general el Marqués, y este le hace alferez, y su capitan don Juan Flores le convida á comer en su casa. Procura Teodora, hermana del Baron Rosel, inclinar el ánimo de doña Juana á que corresponda á la pasion de este, manifestándola al mismo tiempo estar ella prendada de un español. Don Juan presenta á Lorenzo, ya alferez, á su hermana; y habiendo doña Juana declarado á su amante el casamiento á que se la queria comprometer con el Baron, lleno de celos Lorenzo se retira de su presencia. Una nueva hazaña le merece el ascenso á capitan, y recibe por medio de Martin un recado de doña Juana, convidándole á un sarao que debe celebrarse aquella noche, y enviándole un lazo á fin de que pueda ella conocerle; pero Martin lo pierde y lo

encuentra el Baron, resultando de esto que en la máscara doña Juana piense que el Baron es Lorenzo, y le anime en su amor, al paso que desprecia á Lorenzo: que Teodora apasionada de Lorenzo desdeña á su amante don Juan, y que todos esten en la mayor confusion hasta que el Baron, por lo que le dice doña Juana conoce que le tiene por otro, manda cesar la música, se quita la mascarilla, y se sale celoso de la funcion.

Teodora procura empeñar á doña Juana á que favorezca su pasion ácia Lorenzo, declarando á este el amor que le merece; y á este tiempo entra Lorenzo á despedirse de entrambas, manifestándolas es uno de los tres señalados por el Marques para batirse con otros tantos holandeses, mediante el singular desafio propuesto por estos. Teodora se declara directamente con Lorenzo, y mientras va en busca de una prenda que lleve al duelo, doña Juana tranquiliza á su amante aclarándole el motivo de lo ocurrido en el sarao: le confirma de nuevo su palabra, y le dá en prenda un anillo. Para desviar doña Juana á su ribal la dá á entender la humilde condicion de Lorenzo, manifestándola cuanto la ama su hermano don Juan, cuyo matrimonio es mas adecuado á su clase. Doña Juana preguntada por el Baron acerca de la persona de Lorenzo, y arguyendola de haberle respondido en el sarao que el Baron no seria su dueño, le deslumbra con una sutil respuesta. Lorenzo vence a los tres enemigos el solo, declara al Marques ser un pobre labrador, aunque muy cristiano viejo, escarmienta á un sobrino del general Jefe el que quiere reñir con él, y estando guardando el puesto que le encarga el general, le convida don Juan Flores á que asista con él aquella noche á su casamiento con Teodora, y al de doña Juana su hermana con el Baron. Rendido Duren,

el Marqués de Santa Cruz dá por órden del Rey el hábito de Caballero á Lorenzo; pero este, chasqueado en sus amorosos proyectos, le pide licencia para volverse á España, é importunado por el general para que le descubra la causa de su tristeza en medio de la gloria y honores adquiridos, le refiere sus amores con las circunstancias dichas. El Marqués le alienta, y le manda vaya con él á casa de doña Juana, donde mediante su autoridad, y la espresa declaracion que hace doña Juana de su pasion por Lorenzo, une á los dos amantes.

Tal es el tejido de esta comedia que pertenece á la clase de caballerosa y heróica; y si se busca la base moral de ella, se encuentra en el estímulo que dá para las grandes acciones una pasion honesta y bien sentida como la de Lorenzo hácia doña Juana; pasion que en otros tiempos conducia á los mas admirables rasgos de valor. No observa las unidades. puesto que en el segundo acto se dá un salto desde Toledo hasta Flandes; pero fuera de que nuestros antiguos dramáticos no reparaban tanto en esto, ya no se deberá zaherirles con tanto rigor por una falta. que sin duda es ahora un escrúpulo de monja para los mismos estrangeros que nos lo acriminaban á cada paso como el mayor delito; y sino dejando entre las muchas que han salido, y salen la titulada. *Treinta años ó la vida de un jugador*; pero fuera de esta acusacion, la adornan cualidades apreciables como las de buen lenguage, facilidad en el decir, fluidez en los versos, y conceptos que sin incurrir en lo violento, espresan con energia la respectiva pasion de cada interlocutor Solo puede notarse á Lorenzo que en el humilde estado de Carbonero se produzca en tan cortesano lenguage como el de la relacion en que se declara con doña Juana, si bien abundan en ella pen-

samientos muy bucólicos como los siguientes:

¡Qué lágrimas no he llorado
en esos montes, haciendo
responder á mis suspiros
los pájaros y los ecos!
Como yo no sé escribir
vuestro nombre, tengo llenos
las blancos olmos del Tajo
por cifra del nombre vuestro
de flores mal retratadas,
asi la vida entretengo.

Hay una pintura del caracter de los matones de aquel tiempo en los cuatro que acometen al Marqués de Santa Cruz para quitarle el cintillo de diamantes

Primero.
Caballero,
Cuatro hidalgos muy honrados
que no tienen un sustento
vive Dios, y no acostumbran
buscarlo por bajos medios
os suplican una cosa
muy facil.
Marques.
Ya yo lo espero.
Primero.
Es, pues, que aqui de los tres,
uno ds mis compañeros
está con un resfriado,
y le hace falta un sombrero,
y asi, hacedle caridad
de prestarle aqueste vuestro
hasta mañana.

Otra pintura de costumbres presenta la escena del cuerpo de guardia del Marqués, cuando Lorenzo juega con los soldados y les gana la paga.

Soldado.

El descuadernado libro
saco, que yo á aquestas horas
siempre le traigo conmigo;

Surgento.

Alzo por mano: un Rey es.

Primera

Yo una sota: vive Cristo,
¡qué no haya aquí una pretina;
Baraje usted: mal principio;
á cinco, y cinco, y terceras;
y veinte en quinta

Surgento.

Hago y digo.

Lorenzo.

Esa es mi suerte.

Surgento.

Por vida.

Lorenzo.

Una, dos, tres: cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve, diez,
once, doce.

Soldado.

Vive Cristo;
¿doce pintas? doce diablos
carguen contigo, y conmigo.

Son muy morales y filosóficos los pensamientos acerca del mérito y esencia de la verdadera nobleza en boca de Lorenzo, cuando se descubre á su general.

De esta manera nací,
si es que la virtud se alaba,
que como en otros se acaba,
mi linage empieza en mi,
porque son mejores hombres
los que sus linages hacen,
que aquellos que los deshacen
adquiriendo viles nombres.
Hay una gran necedad
en el mundo introducida,
en viendo en alto subida
la virtud sin calidad
todos afrentarla intentan,
y á los que miran perdidos,
alaban por bien nacidos
cuando su linage afrentan.
No me dieron á escoger
padres gran señor, y asi
donde Dios quiso nací,
que por mi comienzo á ser
lo que soy, no es heredado,
que nadie me agradeciera,
si yo mismó no me hiciera
lo que otro me hubiera dado.

Son tambien muy fluidas las octavas del tercer acto.

Siendo yo labrador, miré en Toledo
de este don Juan Flores una hermana, &c.

 1718

LLORAR POR LOS MUERTOS Y SUSPIRAR POR LOS VIVOS,

Ó

LAS LAGRIMAS ENGAÑADORAS DE UNA VIUDA.

COMEDIA EN TRES ACTOS.



VALENCIA:
IMPRENTA DE JOSE GIMENO. 1824.

ACTORES.

El Conde Rugero.

Ildegarda, su hija, viuda.

Fineta, criada de esta.

El Marqués Florindo.

Ricardo.

Don Abondio... }
Don Ortensio.. } Médicos.
Don Solitario. }

El Conde Odoardo.

Teobaldo, su hijo, disfrazado de pastor.

Rodrigo, criado del Conde Rugero.

Otros criados que no hablan.

ACTO PRIMERO.

Mutacion de galería con varias puertas: á un lado una ventana, y al otro una gran puerta con cortinas, que cuando se descorren, se deja ver el campo: dos mesas á cada lado con botellas de bebidas medicinales; en una habrá un espejo, y en otra un busto de mármol y un cuadro colgado, en el que habrá pintado un hombre jóven y hermoso: en un ángulo estará sostenido de una asta una armadura de acero. Dos mesitas en medio de la escena y sillas.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE RUGERO SENTADO Y APOYADO SOBRE UNA MESA EN LA QUE HABRA DOS VELAS ACABÁNDOSE.

Ruger. Oh Dios! qué noches tan inquietas suceden á los afanosos dias! qué desgraciado padre! (1) Apenas he salido de una guerra civil, coronado de gloria, por haber vencido á mi enemigo Odoardo, cuando la suerte me ha abierto nuevos caminos para la desventura! (2). Ya es de dia, y el sol con su acostumbrada carrera se dirige hácia el horizonte.

ESCENA II.

DICHO, Y UN CRIADO QUE INTRODUCE AL MARQUES FLORINDO Y Á RICARDO.

Ruger. Qué haceis, amigos mios?... Esta es la

1 *Se levanta.*
2 *Descorre la cortina, y se asoma.*

hora en que hasta los mas afligidos disfrutan de la dulzura del sueño, y vosotros... (1)

Ric. Venerado señor y amigo nuestro, seria manifestarnos insensibles á vuestras desventuras, sino procurásemos en esta ocasion buscar medios de consolaros.

Ruger. Estimo vuestro cuidado; pero eso seria abusar demasiado de vuestra amistad. Idos, idos á descansar.

Flor. No os canseis: no nos iremos hasta que esteis mas sosegado.

Ruger. No es posible. Retiraos, que no quiero que aprendais antes de tiempo á sentir las desgracias de los infelices.

Ric. Es que yo quisiera...

Ruger. Consolarme? Ah! que es inútil.

Ric. Yo á lo menos lo espero del tiempo, y de mis persuasiones. El amable y precioso objeto de Ildegarda recobrará sus bellas y esquisitas cualidades, con el fin únicamente de coronar mis amorosas esperanzas: no querrá desmentir la fama de la hermosura, que me hizo consagrarla mis amantes votos. Sin haberla visto la amo, y la amaré toda mi vida. Pero de que me servirá, si la encuentro, por mi desgracia, hecha blanco de las terribles penas?

Ruger. Ah! que ya no es mas que una sombra de lo que era. Ha tiempo que se consume, devora y conduce lentamente al sepulcro.

Flor. Al sepulcro? Lo mismo será verme, que

1 *Vase el criado, y se lleva las luces.*

su mal se desvanecerá: no lo dudeis, aunque se hallase con un pie en la sepultura, sé de positivo que con mi vista de repente sanará.

ESCENA III.

LOS DICHOS, Y FINETA QUE SALE AL ACABAR DE HABLAR FLORINDO.

Ruger. Y bien, Fineta mia, sacame de dudas: cómo está? qué hace? puedo esperar?...

Fin. Al fin se ha tranquilizado: se acostó vestida, y á poco cerró los ojos al sueño.

Ruger. Oh cielo, prolonga su calma, ó su sueño por el tiempo que yo deseo! Qué te parece de su estado?

Fin. No sé: preguntádselo á los médicos que la rodean, los cuales tienen mas gana de dormir que de velar: ellos lo saben mejor que yo.

Ruger. Ya llegó el tiempo en que ellos no saben nada. La estravagancia del mal de mi hija ha apurado enteramente toda su ciencia. Mi casa se ha vuelto una botica con tantas recetas y medicinas. Están cansados los médicos, los protomédicos y los amigos. Nada, nada se deja por tocar: no ve mas que el esposo que ha perdido: se afana, delira por él: eternos son sus llantos y gemidos; en fin, ama una sombra, y desea encerrarse en la tumba con su difunto esposo.

Flor. En efecto, este es un egemplo bien raro.

Ric. Es posible que despues de un año de muerto, no se pueda olvidar de su marido?

Ruger. Tanto como vos estoy admirado de su fidelidad.

Flor. Una viuda que ama á su marido aun mas allá de la tumba, hace desaparecer á las demas

Fin. Aquí entro yo. Esplicadme el por qué.

Flor. Con mucho gusto. Con vuestro permiso. Esto es para los dos: escucha (1).

Fin. Decid.

Flor. Las lágrimas de las viudas son ordinariamente como lluvia en verano; baña la superficie del polvo y deja enjuta la tierra.

Fin. Adelante.

Flor. Así son las mugeres: derraman cuatro lágrimas á la memoria del difunto para alucinar á los necios que las consuelan: lloran con los ojos, y rien con el corazon. Proverbio antiguo: La viuda llora por el muerto, y suspira por el vivo.

Fin. Dignaos de escuchar mi respuesta.

Flor. Con mucho gusto.

Fin. (*cogiéndole del brazo.*) Quien está acostumbrado á comer, no apetece los ayunos. La risa de las viudas manifiesta que los maridos no supieron merecer su estimacion. Esmérense los hombres en ser buenos, en obligar con dignas acciones á sus compañeras: manifiéstenlas sensibilidad y amor, y los lloraremos de corazon; pero sois generalmente tan pésimos, que el perderos es una fortuna, y el adquiriros una fatalidad.

1 *Aparte á Fineta, á quien coge del brazo y la lleva á un lado.*

Flor. Bravo. (*se vuelven los dos á sus puestos.*)
Fin. Con vuestro permiso: dijé.
Ruger. Los médicos vienen.

ESCENA IV.

LOS DICHOS, DON ABONDIO Y DON ORTENSIO.

Ruger. Amigos mios, descargad el último golpe en el corazon de un padre, que á todo estoy dispuesto. Puedo esperar, ó debo abandonar del todo mis esperanzas?
Abond. Señor, nos vemos obligados á hablaros con claridad. Es un caso nuevo en la medicina que una viuda quiera, á nuestro pesar, morir por amor de su marido: os confieso ingenuamente que ya no sabemos que hacernos, y que nuestra ciencia no conoce otros medios para triunfar.
Ruger. Oh Dios!
Orten. Si su mal es físico, nosotros hemos adoptado todo cuanto la esperiencia nos ha sugerido; pero si puramente es ideal, es necesario recurrir á otros medios, y mudar de sistema.
Flor. Estas son las disculpas que dan los medicos cuando no saben que hacerse. (*á Ric.*)
Ric. Callad.
Flor. Qué me importa que lo oigan? sobre que aborrezco á los médicos.
Ric. Si, cuando estais sano; porque en doliéndoos un dedo tan solamente, los llamais, y escuchais sus misteriosas voces como si fuese de algunos oráculos.
Ruger. Ah! que os cansais de asistirla... No;

no la abandoneis. Qué me aconsejais?

Abond. Si la distraccion no disipa sus ideas, todo otro remedio veo que es inútil.

Ric. Procurad multiplicarla las diversiones; hacedla viajar.

Ruger. Qué es lo que no he probado? Fiestas, academias, torneos; pero todo envano: se encerró mas adentro en su triste soledad, y se obstinó mas en permanecer en aquellos sitios donde habitó su difunto consorte.

Ortens. Habeis procurado seducirla, poniéndola á su lado objetos capaces de inspirarla amor? Sabed que un clavo saca á otro clavo; y si fuese posible, hacedla enamorar.

Ruger. El cielo que lo quisiese! Mucho tiempo estuve en la opinion de que un nuevo amor la volveria la calma y tranquilidad de su corazon; pero oh Dios! y con que odio mira á todos los hombres.... Ya sabeis que prometi solemnemente su mano y mis bienes á cualquiera que supiese inspirarla amor, sea noble, plebeyo, rico ó pobre; con tal que sea hombre de bien, y no sea el hijo del Conde Odoardo, mi mortal enemigo, le daria en premio la vida de mi hija; pero de que me sirvió? de aumentar su obstinacion. Entre los muchos competidores que han concurrido á conquistarla, ninguno ha merecido todavía ni siquiera una leve mirada: de ninguno se ha dejado ver. Ayer vinieron estos dos amantes caballeros para dar la última mano; pero como no quiere dejarse ver de ningun hombre.... Yo creo que todo será envano.

Abond. Procurad presentarlos por sorpresa.

Flor. A eso voy: haciéndolo así yo me lisonjeo de terminar con felicidad esta guerra. Ponedme, ponedme delante de esa bella enemiga, y vereis como obro con ella uno de mis acostumbrados prodigios.

Fin. Con vuestro permiso. De qué prodigios hablais?

Flor. De aquellos que suelen causar mis ojos. A una mirada de ellos, es preciso que sienta su corazon una inquietud, una alteracion...

Fin. Mucha confianza teneis en los rayos de vuestros ojos.

Flor. Jamas los he vibrado envano; ninguna, ninguna belleza se ha escapado impunemente de ellos. Creedme: hacedla que se presente, y vereis si me corono con el lauro de la victoria.

Fin. (*ap.*) No hay paciencia para oir á este tonto. Con vuestro permiso.

Ruger. Donde vas?

Fin. A ponerme en salvo de los rayos de este planeta, temerosa de que no me reduzca en ceniza. A Dios señores. (*Vase izquier.*)

Ruger. Quiero apurar todos los arbitrios; pero decidme, y si esta tentativa me saliese inútil?

Ortens. Entonces todos los remedios naturales serán escusados, y no sé á cuales hemos de acudir. (*Vanse los dos médicos.*)

ESCENA V.

EL CONDE RUGERO, FLORINDO, RICARDO Y FINETA POR LA IZQUIERDA.

Fin. Señor, vuestra hija se ha dispertado, y

os aseguro que nunca la he visto mas tranquila que ahora. Desea respirar el aire puro de esta galería, y espero...

Ruger. Que venga, que venga.

Flor. Aqui entro yo con mi primera arenga, para preparar el campo de la victoria. Un generoso ardimiento me cubre de los pies a la cabeza, que me inflama el pecho para la amorosa contienda.

Ruger. Moderaos; y si me estimais, procurad no sorprender su agitado espíritu; de lo contrario sé que vuestro encuentro.... Preparémosla poco á poco, y retiraos por breves momentos, que yo os llamaré en siendo tiempo. (*A los dos.*)

Ric. Señor, no deseo mas que serviros, y asi mandad cuanto gusteis. [*Vase derecha.*]

Flor. Sabe sus flaquezas, y teme esponerse. Yo por mi parte os ofrezco no tener por mucho tiempo encerrado el generoso ardor que el corazon me enciende; y vos vereis con que rapidez le comunico por las heladas fibras de vuestra hija, con el dichoso efecto de que huirá seguramente el pesar de su hermoso rostro. Fiaos de mi, y acelerad mis triunfos. [*Vase derecha.*]

Fin. Qué carácter tan original! No hay duda, es un loco de atar.

Ruger. Aquí viene la infeliz.

Fin. Contened el amor paterno; no os presenteis de improviso: dejad que ella misma os busque.

ESCENA VI.

EL CONDE RUGERO, FINETA, Y DESPUES ILDEGARDA QUE VENDRA DE LUTO CON EL CABELLO SUELTO Y EL COLOR PALIDO.

Ruger. En que estado! oh Dios! (1).
Fin. Callad. (*al Conde.*) Señora?
Ildeg. Qué? (2).
Fin. Quereis alguna cosa? (3).
Ildeg. Lo ves? Allí, allí. Lo ves?
Fin. Qué he de ver?
Ildeg. Pues él me llama y desaparece.
Ruger. Infeliz hija!
Fin. Desechad, señora; esas funestas ilusiones.
Ildeg. Dentro de poco, hija, dentro de poco.
Fin. Qué decís?
Ild. Dentro de pocos dias, y despues.... (4).
Fin. Y despues?
Ildeg. Iré al sepulcro.
Ruger. Ay hija mia! (*Corriendo á ella con*
Ildeg. Vos aquí? Oh padre! (*afan.*

1 *Ildegarda llega taciturna á paso lento, se detiene en medio de la escena, fija los ojos en el cielo, suspira, y se queda inmóvil.*

2 *Mira á todas partes, y despues fija la vista en Fineta que la hace una cortesia.*

3 *Ildegarda le vuelve la espalda, dá algunos pasos al lado opuesto, y al instante se para, se pone ceñuda, se turva, se sorprende como si viese algun objeto fantástico, y se lo señala á Fineta.*

4 *Va andando hácia una silla que está junto á la mesa, en la que se deja caer.*

Ruger. Qué discursos son estos?

Ildeg. No os afaneis: hoy estoy mas sosegada que nunca.

Ruger. Tú piensas en morir?

Ild. He elegido el mejor partido, sí, el mejor.

Ruger. Qué es lo que dices?

Ildeg. Yo descansaré en el sepulcro, y vos vivireis los dias que yo debia gozar.

Ruger. O muda de parecer, ó quitame antes la vida. Ya es tiempo, hija mia, que con una sonrisa, un acento tuyo me recompenses los penosos y largos males que me has ocasionado: yo lo deseo, y lo pretendo.

Ildeg. Vengaos.

Ruger. Abrazame, y te perdono.

Ildeg. Yo tiemblo, yo me pasmo en vuestros brazos.

Ruger. Y por qué?

Ildeg. No lo sé.

Ruger. Me aborreces tal vez?

Ildeg. Justo cielo! Ah! no soy capaz de ello; pero yo... yo soy la causa de todas vuestras desventuras; y por esto me aborrezco á mi misma, y detesto mi existencia.

Ruger. Con solo una determinacion puedes remediar tus males. Llama tu valor, anima tus esfuerzos, y vuelve á tomar el rumbo del camino de tu primera felicidad.

Ildeg. No es posible.

Ruger. Te engañas: prueba á vencer tu repugnancia por una vez, y la victoria te acompañará en todo lo restante.

Ildeg. Qué quereis de mi?

Ruger. Que no te niegues á la sociedad, y que veas por una vez á un hombre.

Ildeg. Solo uno ha habido en el mundo capaz de consolarme; faltó, y ninguno otro será digno de inspirarme sentimientos de consuelo.

Ruger. Quien sabe: el que yo te propongo es amable, generoso.... Nada perderás en verle, mayormente cuando sé que es capaz de volverte todo el bien que perdiste.

Ildeg. Jamas, jamás.

Ruger. No quiero mas sino que le veas; con esto me contento. [*Hace el Conde una seña hácia los bastidores de la derecha.*]

Ildeg. Padre, no me preciseis....

Ruger. Una sola vez, hija: yo tengo el derecho de mandartelo. Obedece, y cumple con mis preceptos: mírale.

ESCENA VII.

LOS DICHOS Y RICARDO.

Ildeg. Oh Dios!

Ric. Señora, yo no vengo á contrastaros el espíritu con aquellas enfadosas ceremonias, á las cuales el mundo da nombre de consuelos. No quiero mas que veros por un momento, para admiraros para siempre. [*se sienta á su lado.*]

Ildeg Compadecedme.

Ric. Sí, os compadezco; y envidio al mismo tiempo la venturosa suerte de un esposo que en vuestro corazon aun reina mas allá de la tumba.

Ildeg. Ay de mi!

Ruger. No le toqueis ese punto. Hija, Ildegarda, no te niegues á mis ruegos. Vuelve la vista, da una mirada á este digno caballero: vamos.

Ildeg. Ya se la he dado. [*Lo mira.*]

Ruger. Y bien, no es verdad que su rostro es gracioso y amable?

Ildeg. Sí; pero nunca puede llegar al de mi esposo.

Ruger. Ah! si supieses su mérito!

Ildeg. Le tendrá; pero no tanto como mi difunto. Ah! aquel, aquel....

Fin. Caramba! Esta si que es constante. Los señores hombres que no cesan de decir mal de las mugeres, que las llaman volubles, inconstantes y fáciles; que se miren en el espejo de esta. Que no se les cayese la lengua, cuando hablan mal de nosotras!

Ric. Quereis creer, señora, á un hombre que os estima?

Ildeg. Sí.

Ric. La sombra de vuestro consorte no acepta el sacrificio que vos le haceis de vuestra vida, y asi os manda...

Ildeg. Qué?

Ric. Que aunque vivais amante, no murais idólatra.

Ildeg. Vedla, vedla allí: ella me mira, me acusa en este instante, y me amenaza.

Ruger. Hija! (*Abrazándola.*)

Ildeg. Ah! no, no te faltaré á la fe. Creéme, te lo juro... Suspende, oh Dios! el fatal gol-

pe.... Se sonrie, me perdona, y se retira (1).

Ruger. Ah! que tu fantasía...

Ildeg. Qué debilidad! Yo vacilo, yo muero.

Ric. Señores, yo veo que siempre vamos de mal en peor: dejémosla en paz: me siento penetrado de dolor: me falta la voz para proseguir. Permitid que yo me retire. (*Vase.*)

Fin. Este es prudente á lo menos; pero el otro...

ESCENA VIII.

EL CONDE RUGERO, ILDEGARDA, FINETA Y EL MARQUÉS FLORINDO QUE ENTRA.

Flor. Ahora me toca á mi: él me ha cedido el campo.... (2) Perdonad; yo no puedo estarme quieto: y vengo á quitarle la victoria.

Fin. Qué tonto es el hombre! (*Aparte.*)

Flor. Vedme: oh qué bella! qué palidez! qué lágrimas! Ah! las mismas, ni mas ni menos, derramaba Venus sobre la tumba de su querido Adonis.

Fin. Qué diablos dice? (*Aparte.*)

Flor. Oh! qué espectáculo tan delicioso es ver á una muger hermosa llorar y desmayarse!

Ruger. Señor, si sois discreto, os suplico que procureis mudar de sistema.

Flor. Vos (perdonad que os lo diga) no entendeis una palabra. Despertad, mi dulcísimo embeleso.

1 *Para estas palabras muda de repente el semblante de triste en alegre.*

2 *Se sienta en la silla misma que ocupó Ricardo.*

Ildeg. Quién me llama?

Flor. Aquí teneis mi pecho indefenso, heridlo, traspasadlo; pero presentadme el vuestro, y consentid que sea igualmente herido, traspasado... (*Se arrodilla á ella.*)

Ildeg. Quién es este? (1).

Fin. El vencedor de todas las mugeres.

Ildeg. Él! (2) y qué quiere de mí?

Fin. Mudaros el corazon, y esclavizaros á su amor (3).

Flor. Dónde vais? Deteneos:

Ildeg. Es loco? (4).

Fin. En eso estamos de acuerdo.

Flor. Ah! cruel, no huyas. (*Tomádole una mano.*)

Ildeg. Apartaos, alejaos.

Flor. Por esta mano que estrecho y beso...

Ildeg. Atrevido. (*Le da un bofeton.*)

Fin. Me alegro de vuestra victoria.

Flor. Oh! gracias, gracias: basta por ahora. A Dios señores: à su obediencia. (*V. dere.*)

ESCENA IX.

LOS DICHOS, MENOS FLORINDO.

Fin. Viva, viva el conquistador de las hermosuras.

1 *Le mira atónita, y dice á Fineta.*

2 *Despues de haberle mirado con admiracion.*

3 *Ildegarda se levanta, lo mira con ceño, le amenaza con la cabeza, y da unos pasos para irse.*

4 *Ella se detiene, y se vuelvo con mas afan á mirar ú Fineta.*

Ildeg. Dame un vaso de agua. (*Pasando de una silla á otra.*)

Fin. Voy corriendo. (*Vase y vuelve.*)

Ruger. Todo es tiempo perdido. Cómo te sientes, hija mia? (1) No respondes? Estás tambien enfadada con tu padre?

Saca Fineta un plato con un vaso.

Fin. Aquí está el agua (2). No me habeis pedido agua?

Ruger. En qué desórden está su imaginacion?

Fin. Siempre vamos de mal en peor... La quereis ó no la quereis? (3). No oís al pastorcillo? con su son se vivifica y alegra solamente. (4) (*á Ruger.*)

Ildeg. Oh Dios! qué dulce sensacion me causa en el pecho esta simple armonía! Oh afortunado pastor, cuánto envidio tu suerte! Tú seguramente no probaste los sufrimientos de un amor sin esperanza, ni la desolacion de una alma devoradora; contento con tu estado, gozas de las dulzuras de la vida; pero yo (oh cuán desgraciada soy!) viviendo siempre muriendo, no puedo lograr el consuelo de morir.

1 *Ildegarda baja la cabeza.*

2 *Ildegarda sigue con la cabeza baja, y no hace caso.*

3 *Se oye dentro un preludio de flauta al foro.*

4 *Se toca dentro una tocata de dicho instrumento, durante la cual Ildegarda toma un semblante alegre.*

Rug. Vamos, hija, me parece que estás m
consolada.

Ildeg. Oh padre mio! mi mal está aquí, aqu

Ruger. Pero es posible...

Ildeg. Sí, todo es posible, todo; pero yo sien
to, padezco, sufro, y á mi mal no hal
remedio. Solo la tumba, en la funesta tum
ba, allí descansa el infeliz; allí descansar
sí, allí le veré: sus frias cenizas.... oh pa
dre mio! oh padre mio!

Ruger. Hija, querida hija, vuelve en tí.

Ildeg. Oh padre mio! oh padre mio! soco
redme, socorredme.

FIN DEL ACTO.

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

ACTO SEGUNDO.

LA MISMA DECORACION.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE RUGERO TRISTE Y PENSATIVO,
POCO DESPUES FINETA POR LA DERECH.

Ruger. Qué terrible cosa ser padre! Pero á
sar de todo, quién será aquel que se atr
á renunciar á sus sentimientos!

Sale Fineta. Señor, aquel famoso médico..

Ruger. Cuál? Don Solitario?

Fin. El mismo.

Ruger. Que entre.

Fin. Si vieseis que figura.

Ruger. El hábito no hace el monge: no le hagas esperar.

Fin. Voy al instante. Entrad, señor.

ESCENA II.

EL CONDE, FINETA QUE INTRODUCE Á DON SOLITARIO.

Solit. Sois vos el cónde Rugero?

Ruger Si señor, para serviros.

Solit. Qué teneis que mandarme?

Ruger. Habiendo llegado á mi noticia la fama de vuestras prodigiosas curas, he tomado la libertad de llamaros para ayudarme á triunfar de vuestros iguales.

Solit. Oh señor, no merezco tanto honor! Yo y mis compañeros los médicos, somos todos emisarios de la muerte; quien mata diez, quien mata ciento, eso va en fortuna.

Ruger. Vos os burlais.

Solit. Oh! no señor; pero á mi me corresponde decirlo así.

Fin. Señor doctor, una vez que hablais con tanta claridad, me permitireis que os hable con la misma?

Solit. Por qué no?

Fin. En qué consiste que con tanta ciencia y tantas curas, el trage y el porte manifiesta que no estais rico?

Solit. En que yo no hablo en latin; en que vendo los aforismos en lengua vulgar; en una palabra, consiste en que vendo la muerte mas barata que los demas.

Fin. Lo entiendo. Sois comerciante mas equitativo que los otros.

Ruger. Necia, no nos incomodes, y calla.

Fin. Callaré, señor, callaré.

Ruger. Don Solitario, yo soy el hombre mas infeliz del mundo.

Solit. No lo ignoro.

Ruger. Mi hija va á perecer.

Solit. Lo sé.

Ruger. Y cómo lo sabeis?

Solit. Las locuras se divulgan fácilmente.

Rug. Pues qué, creeis vos que mi hija está loca?

Solit. Quién deja de serlo en el mundo? Porque de poeta y de loco, todos tenemos un poco.

Ruger. Teneis razon; pero hablando como se debe, trato que cureis á mi hija.

Solit. Se hará cuanto se pueda.

Ruger. Quereis verla?

Solit. Antes de eso dejadme hacer algunas observaciones; pero ha de ser con un pacto.

Ruger. Con los que querais.

Solit. Quién es esta jóven?

Ruger. Una á quien estima mucho mi hija, y á quien trata como compañera y amiga.

Solit. Cabalmente con ella es con quien deseo hablar: dignaos de dejarnos solos.

Ruger. Con mucho gusto, señor doctor: hasta luego. (*Vase.*)

Solit. Id con Dios.

ESCENA III.

DON SOLITARIO Y FINETA.

Fin. Qué misterios son estos, señor doctor?

Con qué quereis hablarme á solas?

Solit. Sí.

Fin. Con qué fin?

Solit. Arrima una silla.

Fin. Aquí la teneis.

Solit. Siéntate.

Fin. Estoy bien así.

Solit. Obedece, y calla.

Fin. Vamos allá. (*se sienta.*)

Solit. Acércate.

Fin. Que querrá este diablo? (*apar.*)

Solit. Quieres á tu señora?

Fin Tanto como á mi misma.

Solit. Pues si es verdad que la quieres, me has de responder sin mentir.

Fin. Apuradamente me llamo yo boquita de verdades.

Solit. De quién está tu señora enamorada?

Fin. De la sombra de su marido.

Solit. Dime la verdad: de quién está enamorada?

Fin. De nadie.

Solit. Mira, no me lo niegues, sino te costará muy caro.

Fin. Haced lo que querais; pero yo digo, y diré, que mi señora no tiene ningun belen.

Solit. Júralo.

Fin. Lo juro: y crea usted firmemente que no me ha dado motivo para la mas mínima sospecha.

Solit. Me dejas atónito.

Fin. Y yo lo estoy mas que vos.

Solit. Quien viene á esta casa?

Fin. Muchos sugetos, pero ninguno por ella.

Solit. Por que?

Fin. Porque aborrece mas á los hombres, que un perro rabioso al agua.

Solit. Vamos adelante. Le gusta asomarse á la ventana?

Fin. Muy poco.

Solit. La envian recados?

Fin. Nadie.

Solit. Billetes?

Fin. Menos.

Solit. Escribe?

Fin. Jamás.

Solit. Sale de casa?

Fin. Nunca.

Solit. Pues qué demonios hace todo el dia metida entre cuatro paredes?

Fin. Llora la tierna memoria de su marido, y luego invoca la muerte.

Solit. Brava! brava tú y brava ella: abre aquella ventana.

Fin Ya está abierta.

Sol. Quién vive en esa casa que cae aquí detras?

Fin. Un viejo de setenta años con dos criados de sesenta, el uno gotoso y el otro tartamudo.

Solit. Esto no es lo que yo busco: abre aquella otra.

Fin. Ya está.

Solit. Adónde cae esta?

Fin. Al campo.

Solit. Peor que peor. — Vamos, no puedo descubrir ningun indicio.

Fin. Qué estará meditando?

Solit. Me daria de calabazadas. — Cuánta familia hay en casa?

Fin Mucha: entre hombres y mugeres habrá...

Solit. Por los hombres pregunto.

Fin. Hombres hay cuatro.

Solit. Llamalos.

Fin. Cómo! sereis tan temerario que oseis sospechar...

Solit. Llama á los criados. Quiero tener el gusto de verlos: vamos.

Fin. Al instante los mandaré aquí. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON SOLITARIO SOLO.

Solit. O esta criada es loca ó pícara; pero yo me devano los sesos en discurrir y calcular, sin poder encontrar el norte para el feliz éxito de mi navegacion. Una muger llorar por el difunto mas de un año! No puede ser, es imposible.

ESCENA V.

DICHO, FINETA Y LOS CRIADOS RIDICULOS.

Fin. Aqui teneis á los criados: casualmente estaban de tertulia en la antesala, y al cocinero se le ha hecho subir.

Solit. Perdonad, buena gente, si me he tomado la licencia de haceros llamar. Asi que os vea podreis volveros adentro.

Fin. Vamos á ver hasta adonde llega la extravagancia de este matasanos.

Solit. Me equivoqué. Entre vosotros no está

aquello que yo busco: id con Dios, y perdonad. (*Vanse los criados.*)

ESCENA VI.

DON SOLITARIO Y FINETA.

Fin. Qué decis de ellos?

Solit. Qué teneis razon. Son propiamente cuatro figuras antipáticas á la vista.

Fin. Estais ya desengañado?

Solit. Ya empiezo á desconfiar. Pero de dónde, de dónde dimanará?

Fin. El qué?

Solit. La causa del mal de tu señora.

Fin. A vos se os ha metido en la cabeza que mi ama está enamorada, y yo digo que no.

Solit. Y yo digo que no me engaño.

Fin. Pero de un hombre no.

Solit. Pues estará enamorada del diablo; porque, hija, yo no puedo creer que una muger de veinte y cinco años, hermosa, rica, pretendida de muchos, y tentada de su propia vivacidad, quiera morirse por un hombre que está en la tumba.

Fin. Quereis que yo la llame?

Solit. Al instante vuelvo.

Fin. Dónde vais?

Solit. Primero á ver al conde, y despues al cocinero á fin de que me haga una cazuela de sopas.

Fin. No era mejor chocolate?

Solit. No se lo que es: hace tiempo que estoy bien hallado con las sopas de ajo; no quiero para almorzar drogas extrangeras, sino so-

pas, que son sanas y calientan. *(Vase.)*

Fin. Yo no he visto un hombre mas raro que este. Mi señora ha caido en buenas manos: si él lleva adelante sus ideas, yo espero ver cosas buenas. Yo no sé que ha pensado de nosotras, que....

ESCENA VII.

DICHA, É ILDEGARDA QUE SALE POR LA PUERTA DE LA IZQUIERDA.

Ildeg. Y bien, querida mia, qué piensas hoy de mi?

Fin. Que me pareceis mas aliviada que ayer, y mas hermosa.

Ildeg. Mas aliviada, no; mas hermosa no sé lo que te diga.

Fin. Creedme, mas hermosa que el sol: pero vuestra hermosura creo que es inútil en la tierra. Las mugeres hermosas son tan escasas, que los hombres no cesan de lamentarse; y verdaderamente, si las pocas que hay siguen vuestro egemplo, robando un tesoro á la sociedad, tienen razon de quejarse de ello.

Ildeg. No hablemos, amiga, de eso. Qué hacias aquí?

Fin. Estaba hablando de vos.

Ildeg. Con quién?

Fin. Con aquel famoso médico.

Ildeg. Qué, ya vino?

Fin. Si.

Ildeg. Y qué decia?

Fin. Que vos èstabais enamorada.

Ildeg. Oh Dios! ah!

Fin. Qué teneis?

Ildeg. Un dolor aquí.... un dolor que me devora, y que está fijo en el pecho.

Fin. Este médico os curará.

Ildeg. Oh! jamás.

Fin. Yo sé que sí; da á entender que usa de recetas singulares y sorprendentes.

Ildeg. Para todos, pero para mi... ah! mi mal no tiene remedio.

Fin. No desconfieis. Aquí viene vuestro padre con los médicos.

Ildeg. Mejor dirias mis asesinos.

ESCENA VIII.

LAS DICHAS, EL MARQUÉS FLORINDO, EL CONDE RUGERO, RICARDO, D. ORTENSIO, D. ABONDIO Y D. SOLITARIO.

Ildeg. Padre mio!

Ruger. Siéntate, hija mia, siéntate; yo y estos señores no somos de cumplimiento. Ola? arrimad sillas (1). Aquí tienes á tus amigos, que te estiman; aquí un médico nuevo que viene á unir sus cuidados á los nuestros, á fin de procurarte el alivio que necesitas; préstate á cuánto te se proponga, y desde hoy destierra la melancolía de tu corazon.

Ildeg. Haré cuanto pueda, á fin de prestarme á cuanto se me diga.

1 *Se sientan todos.*

Ruger. Este es un hombre que ha hecho curas portentosas: él te suministrará remedios que sin duda te pondran buena en cuatro dias.

Solit. Poco á poco; es menester saber si esta señora es gustosa de ello.

Flor. Que demonios dice este médico! cuál es el enfermo que no quiere la salud?

Solit. Quién es este señor que me barrena los oidos, y trata de corregirme?

Ruger. Es un caballero amigo nuestro.

Solit. Es un jóven bizarro; pero....

Ruger. Proseguid.

Solit. Pero le falta conducimiento de la juventud y de la bizarria, que es la virtud de la prudencia.

Flor. Mas si quereis decir...

Solit. Si señor; porque se dan enfermos, que no solo quieren sus males, sino que los fomentan ellos mismos, y aun los buscan.

Flor. Ese es un sistema nuevo para mi.

Solit. Si sois discreto, encontrareis pocas cosas nuevas; si ignorante, encontrareis diez ó doce al dia. En suma, haced un poco de tiempo de médico, y reiros despues de mi proposicion.

Ric. Os está bien empleado; me alegro, amigo: teneis una cabeza, que no sabe qué pensar, y una lengua que no sabe callar.

Flor. Errando se aprende.

Ric. Tambien se sufren muchas impertinencias.

Ruger. Dejénse de digresiones, y traten únicamente de mi hija.

Abond. Quereis que os haga manifiesta la teó-

rica de sus males?

Solit. No es menester.

Ortens. Cómo estais? (*A Ildegarda.*)

Ildeg. Cómo quereis qué esté!

Ruger. Hoy me parece mas tranquila.

Ortens. Veamos el pulso.

Ildeg. (*ap.*)¡No saben palabra: hace un año que la ignorancia me está tomando el pulso y las manos, y siempre sin fruto.

Abond. A ver esta otra mano.

Ildeg. Qué bárbaros!

Ortens. Y vos no la tomais el pulso? (*A Solit.*)

Solit No, amigos; mi pulso es este (1). Qué indicaciones encontrais en el vuestro?

Abond. Muchas.

Ortens. Y ninguna favorable.

Abond. Está débil, combulso, intermitente; de modo que manifiesta que cada dia la paciente se empeora mas y mas.

Solit. El mio es mas hombre de bien, pues sin embargo que demuestra haber llorado, conserva brio, luz, vivacidad, y me dice brillando que su mal es de poca entidad, y que es menos físico que moral.

Flor. He aquí las acostumbradas contradicciones de los médicos.

Solit. Qué la habeis mandado?

Abond. Todo cuánto puede sugerir el arte.

Solit. Muy bien.

Abond. Y vos qué la mandais?

Solit. Yo nada.

1 *Indicando los ojos de Ildegarda.*

Abond. Cómo, nada?

Solit. Como para esta señora se requiere una botánica aparte, dejadme buscar la yerba que la conviene, y despues os responderé.

Tocan dentro un preludio de flauta.

Ildeg. Ah mi querida Fineta! Le oyes? él es, él es.

Fin. Si señora.

Ildeg. Este dulce son se comunica por todas mis fibras, y suspende la idea de mis males.

Solit. De qué nace aquel repentino gozo que la brilla en el rostro? Aquí (*ap.*) ha de haber algun embrollo. Cuánto tiempo hace que goza del beneficio de semejante tañedor?

Ruger. Hace mucho: desde antes de la muerte de su difunto marido. Es un pastor que vive en estos contornos: asi que le oye, cesan de improviso sus delirios; debiendo su alivio á la merced de un desgraciado.

Solit. Y toca frecuentemente?

Ruger. Todos los dias.

Solit. Y en dónde?

Ruger. En el jardin.

Solit. No ha venido nunca á tocar aqui arriba?

Ruger. Hasta ahora nadie le ha llamado.

Solit. Me parece que ya dí en la dificultad. Ved como perdeis los auxilios que el acaso os suministra. Si aquel sonido la alivia, no es un disparate que dejeis perder los medios de que le oiga á menudo: no seais avaros, ni del tocador ni del son; haced que ella le disfrute á su satisfaccion; soy práctico en es-

to, y esperad de ello los efectos mas maravillosos.

Flor. Esta es buena! La armonía de ese instrumento es capaz de hacer maravillas en una enferma?

Ric. Callad.

Flor. No quiero.

Solit. Sí señor, y lo probaré. Todo instrumento tiene su virtud simpática. La cítara, tocada por un muchacho, suspendia los efectos de la cólera de un iracundo rey: el tambor excita intrepidez. Creedme, señor, apliquemos el medicamento, y repitamosle hasta que baste, y estad seguros de que obrará prodigios.

Ruger. Estoy en un estado en que doy crédito á todo. Ola?

ESCENA IX.

LOS DICHOS, Y RODRIGO POR LA DERECHA QUE AL INSTANTE VUELVE CON TEOBALDO DE PASTOR.

Rodrigo. Señor.

Ruger. Llámame al pastor. (*Vase el criado.*) Si vuestro pronóstico se verificase...

Solit. Fiaos de mi, y esperad.

Ildeg. Qué hará este hombre!

Solit. (*ap.*) Yo no entiendo este laberinto. Ella gime, se desespera, y despues... Un año ha que murió su marido... y un año y algo mas que el pastor toca.. todo la ofende... y la flauta solo la consuela! Atencion, Don So-

litario; mira, nota, penetra, y saca de este confuso caos la verdad que buscas.

RODRICO, Y TEOBALDO DE PASTOR.

Rodrigo. Aquí está el pastor.
Teob. Qué es lo que tienen que mandarme?
Ruger. Acércate.
Teob. Ya obedezco. Qué miro! aqui Don Solitario.
Solit. Si me engañaré! este aquí!
Teob. Suerte, no me abandones.
Solit. Por qué vendrá disfrazado? no lo entiendo.
Teob. Si me descubre, estoy perdido.
Solit. Este es aquel que ocho dias hace queria que le recetase dos dragmas de veneno.
Teob. Tiemblo de los pies á la cabeza.
Solit. Que significa esta mudanza!
Ruger. Amigo, por qué causa observas á Don Solitario con tanta maravilla?
Teob. Señor, como sabe mis males, queria encargarle que los callase, por no importunaros.
Solit. Soy hombre de honor: bien podeis fiaros de mi.
Teob. Respiro.
Ruger. Con qué tambien estás malo?
Teob. Si señor; pero no quiero alterar con mis dolencias la alegria y el placer que aquí reina. Que me tienen que mandar?
Ruger. Queremos oir de mas cerca tu habilidad.
Teob. Ah señor, el mérito de un desdichado siempre es escaso.

Ruger. Dónde aprendiste á tocar ese instrumento?

Teob. El dueño de la tierra donde yo nací se encargó de mi educacion; pero mi fortuna cesó bien presto con la desgracia que le sobrevino.

Ruger. Quien era vuestro amo?

Teob. Un caballero bien conocido de vos: el conde Odoardo de...

Ruger. Eh, calla.

Teob. Señor...

Ruger Calla; no profieras un nombre que me despierta en el pecho tantos motivos de odio, furor y venganza.

Teob. Cielo! cómo puede ser eterno el odio en el corazon humano! Ah! si supiese que soy yo? (*Aparte*.)

Ruger. Enmienda tu error con la dulzura de tu flauta, y divierte á mi hija.

Teob. Asi lo pudiese conseguir como lo deseo.

Pone el sombrero en la mesa, saca la flauta de la bolsa, y la une.

Flor. Amigo, cuánto daria por poderme transformar en aquella flauta! (*A Ricardo*.)

Ric. Por qué?

Flor. Para poder dar gusto á esta señorita.

Ric. Cuanto mas hableis, será peor para vos.

Flor. Bravo!

Solit. Que secreta enfermedad voy analizando! Los ojos de ella... las ojeadas de él.. su transformacion... el veneno... Don Solitario, alerta con estos síntomas.

Teobaldo toca la flauta, y Ildegarda no cesa de mirarle enteramente enagenada.

Ruger. No he oido jamás tan dulce armonía. Hijo mio, tú eres digno de mejor fortuna. Hola? (1) desde hoy es mi gusto que se le dé de comer á este hombre, y se le vista decentemente de la suerte que él quiera (2). Y tú vive seguro de mi proteccion. A Dios, hija mia; consuélate, y consuela á tu padre; y pide á mi paternal ternura, si fuese menester, el sacrificio de mi vida. (*Vas.*) (3)

Abund. A ver otra vez el pulso. (*se levant.*)

Ildeg. No lo necesito: id con Dios (4)

Flor. Amigo, desde este instante me voy á tocar la viola.

Ric. Por qué?

Flor. Para ver si tiene virtud de adormecer á las mugeres. (*Vanse los dos.*)

Solit. O Don Solitario no es Don Solitario, ó este es el vivo que hace llorar á la viuda sobre el sepulcro del muerto. Vamos al caso: con vuestro permiso, señora. Yo ahora podria tomaros el pulso; pero quiero daros un consejo. Cuando los males son inveterados, incomodan muchas recetas: llorar demasiado, es señal de debilidad ó de engaño; uno y otro os puede ser muy contrario. Es tiempo de que todo se acabe: hoy es menester sanar ó en-

1 *Sale el criado.* 2 *Vase el criado.*
3 *Ildegarda besa la mano á su padre, y este se retira suspirando.*
4 *Vanse los dos médicos.*

fermar para siempre. Animo: basta de secretos. Hablaos, despertad, y ayudaos mutuamente. Empezad vos misma la obra de vuestra curacion, y yo me encargo de concluir el resto (1).

ESCENA X.

ILDEGARDA Y TEOBALDO.

Ildeg. Pastor, detente, y vuelve aquí.

Teob. Oh Dios! que querrá de mí? aquí me teneis (2).

Ildeg. Qué le diré? Por dónde empezaré? (*ap.*)

Teob. Amor, asísteme: este es el momento por mí tan suspirado (*ap.*)

Ildeg. Qué se diria de mi si se llegase á saber que yo amo á un pastor? (*ap.*) Siéntate.

Teob. Señora...

Ildeg. Siéntate digo.

Teob. Obedezco. (*se sienta.*)

Ildeg. Quién eres?

Teob. No lo sabeis? Un infeliz que va buscando su bien, y no encuentra mas que su mal.

Ildeg. Dichoso tú que en tu pobreza vives tranquilo, sin conocer los afanes del corazon.

Teob. Ah señora! la naturaleza que puso un corazon igual á todos, no distingue el del mísero

1 *Vase haciendo seña á la criada que le siga. Ildegarda se queda atónita por un momento, y Teobaldo se encamina á la puerta lentamente para irse, volviéndose á mirarla con modestia.*

2 *Vuelve con timidez y modestia. Ildegarda agitada y confusa, le mira de pies á cabeza.*

al del hombre feliz... todos somos sensibles.

Ildeg. A qué?

Teob. A todo.

Ildeg. Tambien al amor?

Teobald. Tambien al amor. Perdonad: temí ofenderos con la respuesta.

Ildeg. Te entiendo. Has amado alguna vez?

Teob. Ah!

Ildeg. Habla.

Teob. Permitid que yo calle.

Ildeg. Por qué?

Teob. Yo lo sé... Lo sabe el cielo. Si teneis piedad de mí, permitid que yo calle.

Ildeg. Oh Dios! cómo se anonada el alma en el pecho!

Teob. Corazon mio, qué me dices? explícate: por qué me das tantos latidos? (*Ap.*)

Ildeg. Callas?

Teob. Soy vuestro humilde criado: espero que me pregunteis para responderos.

Ildeg. Dime pastor, has amado?

Teob. (*ap.*) Ah! que me despedazas el pecho! Ya que lo quereis, amé.

Ildeg. Tú? á quién? dime, atrevido, cuando?

Teob. Volvedme, señora, mi secreto, ó compadecedme.

Ildeg. Erré, lo confieso: me enfadé sin causa. El amar no es delito. Ama, ama, oh venturoso pastor! Sé feliz en tus amores, y déjame á mi sola el llanto y la desesperacion.

Teob. (*ap.*) Que voces son estas? De qué te lisonjeas corazon, que saltas en el pecho? Perdonad si me atrevo á preguntaros: amais vos tambien?

Ildeg. Amo y no amo: te corresponde á tí (oh temerario!) el hacerme avergonzar?

Teob. Compadecedme, señora mia: la culpa es vuestra. Hacedme callar, y no me obligueis á hablar. Qué pretendeis de un pobre pastor?

Ildeg. Yo deliro... dónde estoy? Este, este es el terrible objeto que sedujo mi corazon, tan contrario á mi decoro. Le amo cuanto amarse puede, y es delito decirle que yo le amo.

Teob. Amor, dame osadía; pero no, dile por mi que yo la adoro: hazme feliz un solo instante, y despues dame la muerte, que la recibiré tranquilo.

Ildeg. Y quién es la que tú amas?

Teob. Una belleza, á quien las gracias envidian los dones de que está enriquecida.

Ildeg. Indigno, en mi presencia alabas á aquella que adoras?

Teob. Señora, no os ofendais; vos y ella en todo sois iguales. No hay objeto que mas se os parezca en el universo: yo ardo en presencia de ella, y muero delante de vos.

Ildeg. Pastor, acaba: y eres correspondido?

Teob. Oh Dios!

Ildeg. Responde.

Teob. Decidlo vos por mi.

Ildeg. Yo!

Teob. Si, bella Ildegarda, decidlo vos: soy yo correspondido? Pronunciad mi sentencia: dadme la vida ó la muerte.

Ildeg. Qué escucho! qué he descubierto? (*ap.*)

Teob. Vedme á vuestros pies.

Ildeg. Levántate.

Teob. Hablad, mi dulce dueño.

Ildeg. Te mando que me respetes.... y espera... espera...

Teob. Justo cielo! su hermoso labio no miente. No acabó de proferir las razones; pero las entiendo; ya desafío la suerte, y voy á ser el mas feliz de los mortales.

Ildeg. Qué dije? Yo le he dado á entender mi debilidad.... y me he degradado á tanto extremo!

Teob. Señora...

Ildeg. Vete de aquí, y no vuelvas á poner mas los pies en este palacio; y si has estado una vez, olvídate de la gracia que te dispensé, en el supuesto que todo ha sido un sueño. Entra en tí mismo, y conoce tu humilde estado. Lo entiendes?

Teob. Qué golpe es este! Este es mi pecho, esta es mi vida; herid, traspasad.

Ildeg. De qué me sirve? Vete, huye te digo.

Teob. Ya obedezco.

Ildeg. Y dónde vais?

Teob. A morir.

Ildeg. A morir! y por qué?

Teob. Preguntádselo á vos misma.

Ildeg. El ama, yo le adoro. Oh desigualdad cruel! oh desesperacion!

Teob. Yo fluctuo entre la muerte y la vida. Quién me dirá cuál será mi destino?

Ildeg. Orgullo del nacimiento, venciste, venciste. Soñé; todo está perdido.

ESCENA XI.

DICHOS, Y DON SOLITARIO AL PAÑO, QUE LUEGO SALE Á LA ESCENA.

Solit. Qué miro! bueno! ya está entendido el aforismo. He aquí el vivo que se apropia las lágrimas de la viuda, y se viste con la mortaja del muerto. Aquí entro yo (1).

Ildeg. Quién sois? qué quereis? quién os ha llamado?

Solit. Supuesto que sois una bella enferma, sed tambien dócil, y no os arrepintais de ello.

Ildeg. Oh Dios! si habrá comprendido tal vez...

Solit. Venid vos tambien acá.

Teob. Qué quereis?

Solit. Veamos de nuevo ese pulso: qué agitacion es esta?

Ildeg. Oh Dios!

Solit. A ver vos. (*á Teobaldo.*)

Teob. El mio, para qué?

Solit. Dadmele: cómo salta! parece que está haciendo cabriolas. En una palabra, yo soy un amigo y un médico discreto, que tiene piedad de vuestros males, y se ha empeñado en ayudaros. No os obstineis en el secreto, y guardaos de mentir: cuánto tiempo ha que os quereis?

Ildeg. Yo amar á un infeliz, á un pastor?

Solit. Puede que no sea tan infeliz como pensais. Haced cuenta que es uno de aquellos que en otro tiempo pasaban desde la choza

1 *Sale ahora queriendo tomarle el pulso á Ildegarda.*

al palacio.... A propósito, soy hombre de bien: si quereis las dos dragmas de veneno, ahora es tiempo en que puedo serviros.

Teob. Compadeced un exceso de desesperacion.

Ildeg. Ei queria envenenarse?

Solit. Sí, le acudió á la cabeza esta accion heróica. (*con ironía.*)

Ildeg. Y por qué?

Teob. Mi infeliz destino...

Ildeg. Desgraciado! tú tienes la vileza de renunciar á la vida, mientras tengo yo valor de vivir en medio de tantos tormentos?

Teob. Perdonad.

Solit. Lo mejor es, que pretendió deslumbrarme con aquel vestido tan rico y tan lleno de oro.

Ildeg. Vestido rico! con oro! Quién eres tú pues?

Solit. Qué no le habeis conocido todavía?

Ildeg. Habla.

Teob. Como me mandasteis callar...

Ildeg. Habla de una vez, y sácame de esta angustia mortal.

Teob. Dejadme morir con mi secreto; y sabed que como yo hable una sola palabra, vos me aborrecereis para siempre.

Ildeg. Yo? ingrato! Ah! qué poco me conoces! Descúbreme ese secreto; consuela mi pecho traspasado. Con tal de que seas noble, todo te lo perdono.

Teob. Mi sangre no es inferior á la vuestra: esto baste.

Ildeg. Y tú nombre?

Teob. Fuí pastor, y lo soy: llamadme pastor: y olvidad que hay otros nombres para mí.

Ildeg. Qué arcano es este que aumenta mis afanes?

Solit. Me ha ocurrido al pensamiento una sospecha hipocrática. Este ha nombrado al conde Odoardo: dice que ha sido educado por él... luego la aversion de Odoardo con Rugero.... este fingir y ocultarse.... si será lo que imagino?

ESCENA XII.

DICHOS, EL CONDE RUGERO Y DOS CRIADOS.

Ruger. Hija, vengo á darte una buena noticia.

Ildeg. Cuál es?

Ruger. Ya mi odio está satisfecho: la víctima buscada por tantos años al fin vino á mi.

Ildeg. Qué víctima?

Ruger. El conde Odoardo.

Teob. Cielos!

Ildeg. Cómo?

Ruger. Disfrazado de villano, y tal vez con pérfidos designios andaba por estos alrededores.

Ildeg. Y bien.

Ruger. Fue visto, conocido y preso.

Teob. Padre mio! (*se arrima á una silla fuera de si.*)

Ruger. Qué tiene este hombre?

Solit. Este es otro enigma.

Ildeg. Socorredle.

Ruger. Hola? Rodrigo.

Rodrig. Qué mandais?

Ruger. Ved qte tiene ese pastor.

Le socorren, y vuelve.

Solit. Qué teneis? y cómo estais, hijo mio? Qué repentino deliquio os embargó los sentidos?

Teob. Si habré entendido mal?... esta desgracia es la que ha de llenar el colmo de todas. Señor, decidme, es verdad que...

Ruger. Qué decis?

Teob. Qué el Conde Odoardo está en vuestro poder?

Ruger. Sí; pero á tí que te importa?

Teob. Ya no tengo que dudar. Oh desdicha, sobre todas las desdichas! Pero ah! vos sois grande, generoso y sensible... tendreis piedad de su suerte y de sus canas, acrecentadas con el peso de los males y los años; no, no sabreis vengaros.

Ruger. Te engañas: él probará los terribles efectos de mi implacable odio, hasta que dé el postrer aliento.

Teob. Ah! no señor: yo os pido piedad por él.

Ruger. Quién, tu? desventurado!

Teob. Piedad, señor, piedad. Vedme á vuestros pies. (*Se arrodilla.*)

Ruger. De qué nace la afliccion y el interes que tomas por él!

Teob. Nací su súbdito: le debí muchos beneficios, ya os lo dije: si hubiera sido vasallo vuestro haria lo mismo por vos.

Ruger. Alzate.

Teob. Le perdonareis?

Ruger. No.

Teob. Ah señor! (*Síguele de rodillas.*)

Ruger. Venganza.

Teob. Piedad.

Ruger. Venganza.

Teob. No, no os dejaré. Si estais sediento de san-

gre, derramad la mia: herid, traspasad mi pecho; pero respetad el de aquel infeliz.

Ruger. Apartad de aquí á este loco: su solicitud es loable, pero no puede atenderla mi corazon. Insensato! no abuses de mi favor; considera mi elevacion y tu bajeza.

Teob. Señor...

Ruger. Basta. (*Vase con los criados.*)

Teob. Ah bárbaro! ah tirano!

Ildeg. Qué haces? qué dices? A que viene ese furor? A tí qué te importa?

Teob. A Dios, bella Ildegarda, á Dios; la terneza, la compasion me llama: yo parto. En este instante, á él solo le prefiero á vos, sí; voy á abrazar aquel miserable anciano; á sostener sus cadenas; á consolarlo... Orgullosos vengativos, cuándo conocereis que el corazon del hombre está hecho para amar y perdonar? Viles esclavos de vuestras pasiones, temed vuestro remordimiento, y el castigo del cielo vengador. (*Vase.*)

Ildeg. Qué delirio es este! Vos le entendeis?

Solit. Todo: sus razones, las circunstancias del caso.... no me engaño.... este es Teobaldo hijo del Conde.

Ildeg. Teobaldo!

Solit. Sí.

Ild. Justo cielo! ya se consumó mi desgracia. No me queda mas que esperar la muerte. (*Vase.*)

Solit. Ay de mí! Para estos síntomas no encuentro medecina; y cada vez se hace mas dificil su curacion.

FIN DEL ACTO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

L CONDE RUGERO, Y GUARDIAS TOSCAMENTE VESTIDOS, Y RODRIGO.

uger. Dónde le habeis puesto?
odrigo. En el torreon del castillo.
uger. Cómo le habeis tratado?
odrigo. Como á un caballero.
uger. No, que podiais tratarle como á un malhechor; bien que no merecia otra cosa.
odrigo. Sí lo mandais...
uger. Conducidlo primero á mi presencia. De sus razones deduciré cómo he de proceder: andad. (*Vanse los criados.*)

ESCENA II.

EL CONDE RUGERO, Y DESPUES FINETA.

uger. El espíritu de venganza se apoderó de mi corazon...(1) Y bien, qué traes? como está Ildegarda?
n. Señor, peor que nunca: hace poco que prueba el mas bárbaro despecho. Débil, trémula, despavorida, no ve otra cosa que sombras y espectros: á ninguno, á ninguno conoce ya.
ger. Desgraciada hija!

1 *Sale Fineta por la puerta de la izquierda.*

ESCENA III.

DICHOS, Y DON SOLITARIO IZQUIERDA.

Solit. Señor, vengo á daros una buena notici

Ruger. Despachaos.

Solit. Vuestra hija está mejor; consiente en p nerse en cura, y su cura ya se ha empezad

Ruger. Fineta dice todo lo contrario.

Fin. Mucho; y lo mas que hay que estrañ es, que haya gentes tan crédulas que se fi en las palabras de los médicos. Van los asi tentes de los enfermos, y les dicen: y bie cómo vamos? se puede esperar...? Verem veremos.., responden con un tono de orác lo. Saldrá! saldrá...! No vamos peor, si t nemos la dicha de que la enfermedad hace crisis que está indicada... Y la crisis que su le hacer es la muerte.

Solit. De quién has aprendido semejantes b chillerías?

Fin. De las contradicciones de los médicos: p que mi ama, á pesar de vuestro parecer, e peor y repeor.

Solit. Te parece á tí.

Fin. En primer lugar, tiene una agitacion.

Solit. Ese es un signo el mas excelente.

Fin. Luego, ha perdido la razon, habla disparates, delira....

Solit. Miren que tacha! sobre que en cua dias se pone como un regilete.

Fin. Y sobre la desesperacion del despecho tiene, qué dirá usted!

Solit. Que es un síntoma benéfico; que el va á tomar otro rumbo.

Fin. Ya os lo dirán de misas: como siga de este modo, vos vereis que despues de mañana el síntoma de la muerte la lleva á la sepultura.

Solit. No haya miedo: dejadme hacer, y sanará.

Fin. Y qué la recetais?

Solit. Nada: solo la mandaré que se precipite, y si es menester se rompa la cabeza.

Fin. Vaya, que el hombre tiene un modo de curar!.... Parece que teneis gana de hacer burla de nosotros.

Solit. Hija mia, oye y calla, y no te metas en mas: deja hacer á quien sabe mas que tú, y ahorra para otra ocasion tus bachillerías. Anda, anda; tenemos necesidad de hablar á solas.

Fin. (*ap.*) Vuelvo á decir que este es un loco: como la enferma subsista mas en sus manos, en quince dias da fin de ella sin mas remedio. (*Vase.*)

ESCENA IV.

EL CONDE RUGERO Y DON SOLITARIO.

Ruger. Hablemos, señor, claramente y sin rebozo alguno. Qué debo yo vaticinar del estado en que se encuentra mi hija?

Solit. Gracias á Dios que llegó el caso de hablar seriamente sobre su dolencia: sentémonos. (*Se sientan los dos.*)

Ruger. Mi inpaciencia es tan grande....

Solit. Lo sé; pero tengo cosas que deciros, que aunque difíciles de creer, son muy fáciles de justificar. Antes de todo, permitid que os haga algunas preguntas. Teneis confianza de mí?

Ruger. No tengo motivo para lo contrario.

Solit. Os fiareis de mis talentos en la misteriosa obra de la curacion de vuestra hija?

Ruger. Sí, seguramente.

Solit. Ya estamos á camino. Depende de vos; de vos solamente, que vuestra hija de aqui á cuatro dias sea feliz, ó esté debajo de una losa.

Rug. De mí! qué no haré yo por ella! Hablad.

Solit. Prometedme hacer ciegamente todo cuanto yo disponga.

Ruger. Lo prometo.

Solit. No quiero mas de vos. Veamos ese pulso.

Ruger. A qué viene tomármele á mí?

Solit. Esto ya es faltar á lo prometido. Venga ese pulso, y callemos.

Ruger. Tomadle. (*Le alarga el brazo.*)

Solit. Pobre infeliz! cómo, cómo su mal se aumenta!

Ruger. Mi mal!

Solit. Sí. Pues qué no habiais conocido que el verdadero enfermo erais vos? Qué el mal de vuestra hija provenia del vuestro, y que todo su incremento le adquiria de vos, y que vos la conducís poco á poco al sepulcro?

Ruger. Yo no entiendo este discurso.

Solit. Pues yo haré que le entendais. Curaos, señor; curaos primero á vos mismo, antes que vuestra hija sea víctima de él, sin que os deje de su memoria otra cosa mas que estériles lágrimas, y un tardo arrepentimiento.

Ruger. Tened, señor, presente que este no es tiempo de burlas.

Solit. Burlas yo! no las gasto: os hablo de veras, y muy de veras; y sino á la prueba. Mi

arte, en esta ocasion, os habla con toda seguridad, satisfecho de estar muy distante del error.

Ruger. Vos me llenais de confusiones.

Solit. Es esta vuestra palabra! es esta la ciega resignacion que me ofrecisteis!

Rug. Yo enfermo! yo la causa del mal de mi hija!

Solit Sí, vos.

Ruger. Cómo! sino me siento malo.

Solit. No! pues eso es peor que todo. Cuando los males están ocultos, regularmente suelen ser mortales.

Ruger. Misterios y ponderaciones.

Solit. Entonces, á Dios. (*Se levanta.*)

Ruger. Adónde vais?

Solit. Con vuestro permiso, á avisar al sepulturero.

Ruger. Para quién?

Solit. Para vuestra hija.

Ruger. Esperad, esperad.

Solit. O dais crédito á mis razones, ó quereis verla muerta.

Ruger. Haré un esfuerzo por creeros.

Solit. Bravo. (*se vuelve á sentar.*)

Ruger. Decidme, qué debo hacer?

Solit. Cortar vos mismo el mal en sus raices: tomar la medicina que de una vez la sane.

Ruger. Yo?

Solit. Sí.

Ruger. Pero....

Solit. Con una basta; pero es menester que sea tal, que de una vez resuelva y acabe con todos los síntomas.

Ruger. Y qué medicina es esa?

Solit. Una que ya os recetaré.

Ruger. Cuándo?

Solit. Cuando á mi me parezca.

Ruger. Y con ella ?...

Solit. Vuestra hija sanará.

Ruger. Vos me haceis perder el juicio.

Solit. Respondo con mi cabeza: si os engaño, castigadme.

Ruger. Este es un arcano.

Solit. Que yo lo sé tan solamente.

Ruger. Explicádmelo.

Solit. Todavía no es tiempo.

Ruger. Vos me teneis confuso.

Solit. Tomareis la medicina?

Ruger. (*ap.*) Sigámosle el humor. — La tomaré.

Sol. No sabeis la satisfaccion que en ello tengo.

Ruger. Quereis mas de mí?

Solit. Pero, y qué seguridad me dais?

Ruger. La de mi honor. Os basta?

Solit. Sí señor. Vencimos. A Dios: con vuestro permiso. (*Vase.*)

Ruger. Yo no entiendo este hombre. Oh hija, cuánto me cuestas! Pero qué no hará la terneza de un padre! Aquí viene.

ESCENA. V.

DICHO, FINETA, Y ILDEGARDA que sale poco á poco con la cabeza baja: mira alrededor toda atónita, y viendo á su padre hace un gesto de aversion.

Fin. Mirad, señor, cual estado....

Ruger. Hija mia.... (1)

1 *Vuelve á mirar á su padre, renueva su aversion, y despues se sient.*

Fin. Recobraos, señora; volved en vos misma. No conoceis á vuestro padre?

Ildeg. Padre?... tirano! (1).

Fin. Ah! qué decis?

Ildeg. Sí, tirano. No sabes tú que él ha firmado la sentencia de mi muerte?

Fin. Dejad esas ideas.

Ildeg. Sí, de mi muerte. Una furia le alumbraba con su antorcha infernal; otra le llevaba la mano; otra le dictaba...

Fin. Ved que vuestra mente....

Ildeg. Sabes tú que la tierra se ha vuelto un nido de infames, y que todos los infelices somos víctimas de sus furiosos placeres?

Ruger. Que lenguage es este?

Ildeg. Oh padre, padre mio! Concededme su vida; yo os la pido.

Ruger. Pero qué vida, que vida me pides?

Ildeg. La de Teobaldo.

Ruger. Teobaldo! que nombre pronuncias? Cómo está en tus labios, y te agita la suerte de un enemigo nuestro?

Fin. No considerais que ella delira?

Ildeg. Que dices? (2) Los tiranos no conocen la virtud: el ser humanos es delito en ellos; la ambicion y la venganza son solamente sus tutelares númenes. Crueles! crueles! (*Se sienta.*)

Ruger. Que escucho! Teobaldo ausente, prófugo, y lejos de su vista, cómo puede formar el ob-

1 *Con énfasis, comenzando á delirar.*

2 *Retirándose al fondo desesperada, con voz ronca.*

jeto de sus delirios?

Ildeg. Dónde está mi padre? (*Volviendo en sí.*)

Fin. Vedlo: cobrad el sosiego y consolaos.

Ildeg. Ah! que no hay consuelo para él ni para mí.

Ruger. Y por que?

Ildeg. Yo me muero, y vos os afligís.

Ruger. Abrázame, y hablame sin ningun reparo. El corazon de un padre es siempre indulgente y sensible por amor. Tienes (oh hija!) algun secreto que decirme? Si lo tienes, si este te agita, dímelo, no lo dilates ni un momento; ten esperanza, que todo te lo promete mi ternura.

Ildeg. No, padre mio, no tengo nada que deciros.

Ruger. Luego, por qué me pides la vida de Teobaldo!

Ildeg. Yo! de Teobaldo! dónde? cómo? cuándo?

Fin. Poco hace: en el exceso de vuestro delirio.

Ruger. (*ap.*) Mísera! demasiado que es verdad. Responde.

Ildeg. Puedo yo daros cuenta (oh Padre!) de los deseos de mi oprimido espíritu, en medio de la negra melancolía que le enagena? Teobaldo, jamás fué el objeto de mis labios, ni menos de mi corazon.

Ruger. Dejemos esos discursos, y pensemos solamente....

ESCENA VI.

RODRIGO Y LOS DICHOS.

Rodrigo. Señor, el Conde ha llegado.

Ruger. Que entre. (*Vase Rodrigo.*)

Ildeg. Vedlos... (1) Al fin ya se encontraron los

1 *Volviendo en su delirio.*

tiranos: se encontraron. Las furias los proceden. El odio y la rabia vienen á su lado con sus estimulos crueles. Oh qué vista! oh qué horror! huyamos. *(Vase con Fin.)*

ESCENA VII.

EL CONDE ODOARDO ENTRE GUARDIAS, RUGERO Y RODRIGO.

Ruger. No me engaño; apenas nació mi duda, cuando pisé la senda de la verdad. Mi hija tiene algun afan secreto; porque no creo que las cenizas de su esposo, bastasen por sí solas á causarla tanto y tan largo dolor... Tal vez tendrá... Pero Odoardo llega (1).

Odoar. Hace catorce años que no nos vemos, oh Conde! catorce años de soledad y pobreza, me han hecho olvidar que hay odio y ambicion en el mundo. Qué efecto han hecho en tí? Qué tratamiento de tí podré esperar?

Ruger. El mas conforme á tus remordimientos. Qué meditas? A qué vienes? Qué intentas? Pregúntate á tí mismo, y prescribe á mi mano tu sentencia.

Odoar. Siendo así, dame libertad, y vuélveme á mis pacíficos hogares.

Ruger. Has expiado ya todas tus culpas?

Odoar. Pregúntaselo á tu furor.

Ruger. Mejor dirias á mi justicia. Ignoras que por tí se acabó mi posteridad, y que ya no espero tener mas hijos?

1 *Odoardo sale con rostro firme y corazon tranquilo. Despues se detiene á mirar á Rugero, quien le mira de la misma suerte*

Odoar. Acuérdate tú tambien de los que yo he perdido. A tí no te falta mas que uno solo.

Ruger. Y este solo me cuesta mas afanes que á tí todos los tuyos.

Odoar. Acusa á nuestro ciego rencor, y condena á nuestra ambicion; pero yo no me acuerdo de nada.

Ruger. Pues yo de todo. Indigno! todavía estás á tiempo. Págame su sangre con la tuya.

Odoar. Yo he creido hasta ahora que tenia un enemigo mas generoso y digno de mi; pero veo que arriesgué mi suerte con un hombre. bajo y sanguinario. Ve, te compadezco: usa del derecho de crueldad... Fulmina... Mira mi frente encanecida, y no te temo.

Ruger. No añadas, pérfido, las injurias á los delitos.... No añadas...

ESCENA VIII.

TEOBALDO, NO DE PASTOR, SINO VESTIDO CON EL TRAGE DE LA ANTIGUA CABALLERIA, Y LOS DICHOS.

Teob. Qué delitos?

Ruger. Qué veo!

Teob. Es, tal vez, delito verse oprimido de los tiranos y sufrir sus persecuciones?

Odoar. Cielos, cuánto se expone!

Teob. Generoso anciano, no temais. Juro por esta mano que estrecho y beso, como á bienhechora mia, que de ningun modo desaprobareis los nobles sentimientos de gratitud y amor que me gobiernan.

Odoar. Y qué pretendes?

Teob. Desarmar á este enemigo, si es que tiene

el corazon humano... O si no... Escuchadme, señor, escuchadme.

Ruger. Y qué? quién eres tú? Este es engaño, ó tratas de engañarnos. Qué significa ese trage? (*Mirándole de arriba abajo.*)

Teob. Esta es la divisa de mi bienhechor; son mis antiguos adornos, las reliquias de mis terribles penas. Con estas ropas me abrí paso á la entrada hasta tu persona; con las pastoriles, vuestras guardias me lo habrian nega[illegible] Aquí teneis al hombre que puede y [illegible] estar en vuestra presencia Escuchad [illegible].

Ruger. Yo sospecho... habla (1).

Teob. De qué os sirve eternizar en vuestro pecho el odio y la sed de la venganza? No estais ya satisfecho? Por qué no dejais descender por sí mismo al sepulcro al hombre que ya habeis exterminado? Perdonad á un enemigo débil, exhausto de fuerzas, y sobre todo incapaz de vengarse. Volvedle la vida y la libertad. Incierto y bajo es el placer de la venganza: quién no se corona de gloria por medio de un generoso perdon?

Ruger. No; jamás, jamás.

Teob. Si á esto no se adapta vuestro corazon, vengo á daros por él unos rehenes mucho mas ventajosos.

Ruger. Y cuáles son?

Teob. Su mismo hijo.

Odoar. Traidor! Qué dices? Eres tú acaso dueño de la vida de mi hijo?

1 *Lo mira con atencion.*

Teob. Sí, cuando ella se emplea en salvar los preciosos dias de su padre. Respondedme, señor: Teobaldo es jóven y despechado; con las desgracias que le persiguen, es capaz..... Quién responderá de que su arrojo no medite venganza por venganza? Para prevenir cualquiera atentado, y acallar vuestros temores, convendrá que vos le admitais este partido. Yo sé que vendrá voluntariamente á ponerse en vuestras manos. Aceptad, señor, aceptad sus ofertas; pasen al hijo las cadenas del padre, y este tenga la libertad que merece.

Ruger. Quién eres tú que me ofreces la vida de Teobaldo?

Teob. El compañero de sus desventuras.

Ruger. Loco, dí á Teobaldo que cuando á mi me parezca, al menor precepto mio, le haré yo sacar de los mas ocultos senos de la tierra; que yo no trueco de ningun modo al padre por el hijo, y que bien presto tendré el dulce placer de ver que entrambos prueban el rigor del mas desapiadado destino.

Teob. Temblad, señor, temblad de fulminar semejante decreto. Si Teobaldo os aborreciese, ya seriais mucho tiempo ha víctima de la mas ciega venganza: no gozariais de mas honor que el del sepulcro. Teobaldo ha podido vengarse, y no lo ha hecho: ha estado muchas veces á vuestra presencia: le habeis hablado á solas; pero siempre ha preferido su reputacion al asesinato. Considerad que no siempre el hombre es dueño de sus pasiones, y que es muy expuesto provocar a un corazon resentido.

Ruger. Este hombre me confunde, y mis sospechas crecen. Vete, vete de mi vista, atrevido.

Teob. En entregándome ese anciano.

Ruger. Pero será en el sepulcro.

Teob. Ah bárbaro! tú no eres hombre.

Ruger. Calla, ó te haré ver...

Teob. No, no eres hombre, lo repito; eres una fiera, que siempre sedienta de estragos y de sangre ..

Ruger. Hola?

Teob. No prosigais, callad... Temblad, os dije, de aqueste instante: ved que puede ser fatal para vos y para nosotros.

Ruger Dónde estoy? Oh, qué ciego he estado! Quién será el osado que tengo en mi presencia, sino ...

Teob. Teobaldo.

Odoar. Hijo!

Ruger. Tú?

Teob. Sí, yo soy Teobaldo. Bastante sufrí; bastante callé. O paz ó guerra: no desafío, pero tampoco os temo.

Rug. Traidor. (*Sacando la espada contra Teob.*)

ESCENA IX.

ILDEGARDA Y FINETA POR LA IZQUIERDA, DON SOLITARIO POR LA DERECHA.

Odoar. Sálvate.

Ildeg. Ah padre?

Solit. Deteneos (1).

1 *Teobaldo se apodera del brazo de Rugero, y le pone la espada al pecho.*

Teob. Veis como la suerte ha puesto vuestra vida en mis manos? Yo podria con este acero traspasaros el pecho... pero no; vivid, que yo os perdono, á fin de que podais perpetuar los delitos: vos debiais ser la víctima; pero es mejor que yo lo sea. Este es mi pecho: herid, exterminad el miserable resto que ha quedado del objeto de vuestros furores.

Rug. Si... dónde estoy? qué rabia! yo muero.

Ildeg. Piedad, padre!

Solis. La medicina.

Ruger. Piedad por Teobaldo? y tú eres la que me la pide?

Teob. Todavía no sabeis todos mis excesos.

Ruger. Aun has cometido mas?

Teob. Yo amo á vuestra amable y preciosa hija.

Ruger. Tu? como?

Teob. Y lo mas particular de todo es, que soy correspondido.

Ruger. Hados adversos! correspondido? es esto verdad? (*A Ildegarda.*)

Ildeg. Ah padre! (1)

Ruger. Qué arcanos son estos?

Solit. Quereis qué os los descubra? este, este es el vivo que la hacia llorar por el muerto: compadeced la extravagancia de las mugeres, y abrid los ojos para en adelante.

Ruger. Pérfidos! todos me han engañado, y seré implacable con todos.

Solit. Tomad la medicina: este es el tiempo y el lugar.

1 *Se apoya en los hombros de Fineta.*

Ruger. Ah! dejadme.

Solit. Sosegaos, y cumplid vuestra palabra. Récipe, una dragma de olvido, y dos de perdon; tomaoslas de un trago, y yo aseguro que en un abrir y cerrar de ojos estareis sano vos, curada vuestra hija, y alegres todos; y con esto se podia decir que han comido juntos los gatos y los ratones.

Ildeg. (*vuelve en sí*) Es posible que aun vivo? que objetos son estos? ah padre mio! vedme reducida á la nada delante de vos: soy delincuente, y pido la muerte. (*de rodillas.*)

Ruger. Tú unida secretamente con mi enemigo? Tú amarlo?

Ildeg. Os juro qué hasta hoy no le habia conocido; yo le tenia por un pastor.

Ruger. Con qué eran estas tus fingidas angustias?.. Oh sexo engañoso! pero si creias amar en él á un pastor, por qué no me lo decias?

Ildeg. Como tenia por bajeza semejante pasion, adopté el arbitrio de encubrirla con pretextos falsos: quise mas bien sufrir y devorarme, que manifestar mi debilidad.

Ruger. Qué golpe inesperado es este! Consentiré que mi hija se una con un enemigo mio? qué quiera á Teobaldo?

Teob. Y Teobaldo es mas qué un hombre que no sabe ni puede aborreceros? Señor, disponed de mi persona y de mi vida: yo os lo dedico todo. Si quereis castigarme, si la venganza puede tranquilizaros, no retardeis sus efectos. No os pido perdon, sino por esta indefensa y caduca vejez: todo lo demas lo sujeto á la severi-

dad de vuestras leyes. Ahora decidid de mi destino. (*De rodillas.*)

Odoar. Mira que yo me desprendo de todos los sentimientos de rencor y orgullo, y me postro á tus pies. No por tí, por vosotros, por estos hijos que te aman, y te imploran como á padre y amigo Sé sensible: no te niegues á la gracia que te pide el llanto, ni á las voces de las súplicas de los infelices.

Solit. Tomad la medicina, no tengais asco: este es el mejor momento para vos.

Ildeg. Ah padre mio! (***Levanta sus man. á él.***)

Odoar. Hombre generoso! (1)

Teob. Señor! (*Besándole la mano.*)

Solit. Amigo! (*En accion de abrazar al Conde.*)

Ruger. Dónde estoy? Callad, callad... Tanta virtud! Con qué yo soy el peor de todos? Vencisteis, vencisteis: Teobaldo, Ildegarda, yo os perdono.

Ildeg. Oh Dios! (*Se levantan.*)

Teob. Ved, ved á vuestro hijo.

Solit. Bravísimo! Gracias á la medicina; se acabaron las enfermedades.

Ruger. Hijos mios, de hoy en adelante os llamaré á todos con el sagrado nombre de hijos y de amigos. Romped, quitad esas cadenas: abrazadme todos; y tú, Odoardo, olvida los odios y los insultos pasados, y recibe en su lugar mi reconocimiento, unido á los afectos del mas síncero amor.

Solit. Y bien, estais satisfecho de que la injusti-

1 *En accion de suplicar á Rugero.*

cia de los padres, causa algunas veces la enfermedad de los hijos?

Ruger. Sí, amigo; y admiro vuestro modo de restituirme la tranquilidad del corazon. Mi placer no tiene límites, ni mi felicidad podia ser mayor, pero es menester que en todos se propague. Para ello, quiero que se adorne y festonee de flores mi castillo; en una palabra, todo debe ser magnífico y grande, particularmente aquello que ha sido testigo de la paz que recobró mi corazon, y de la felicidad que reinará en mis hijos.

Teob. Mi querida Ildegarda!

Ildeg. Mi adorado Teobaldo!

Solit. Bellísima señora, recibid la congratulacion y respeto de todos; pero en adelante, procurad no volver á enfermar. Ved que no es justo abusar de los crédulos, ni faltar á la confianza de aquellas personas que os estiman.... Señores médicos, señores filósofos, con las mugeres enamoradas, bien podeis quemar vuestros aforismos, récipes y farmacopeas. No esteis siempre tomando el pulso á los enfermos, y menos á las enfermas. Observad los ojos, y expiad el corazon; y cuando hayais descubierto el mal, no penseis curarlo con razones, que ni consuelan ni curan, sino con aquellos remedios correspondientes á la necesidad del paciente. Mugeres que lloren mas de un año la muerte de sus maridos, no las ha habido ni las hay. Las Artemisas son fabulosas. El tiempo no sufre estas injurias de la flaqueza femenil: es menester saber poco para conocerlo. Perdonad mi inge-

nuidad: este caso os sirva de egemplo. Las mugeres, aunque buenas, tienen sus períodos falsos. Hombres, armaos de cautela para tratarlas; no creais en sus alhagos, ni en sus desdenes; y sobre todo, no os fieis de las lágrimas de las viudas.

FIN DE LA COMEDIA.

TEATRO
ANTIGUO ESPAÑOL.

Imprenta de D. F. Grimaud de Velaunde,
calle de la Cabeza, núm. 12.

EL

LUCERO DE CASTILLA

Y

PRIVADO PERSEGUIDO.

COMEDIA EN TRES ACTOS, INEDITA,

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.



MADRID.

Librerías: de don José Alegría, calle de Carretas, 8; de Dennè, calle de Jardines, 17.

1837.

PERSONAS.

D. JUAN II, *rei de Castilla.*
D.ª ISABEL, *de Portugal su esposa.*
D. ENRIQUE, *infante de Castilla.*
D. FADRIQUE, *duque de Arjona.*
D.ª ALDONZA, *su espósa.*
EL CONDE *de Santorcaz.*
D. TELLO *de Lara.*
D. ALVARO *de Luna.*
D.ª FRANCISCA *Pacheco.*
UN ALCALDE, *de casa y corte.*
UN SECRETARIO *de este.*
GAVILAN, *criado del conde.*
MENDO, *criado del duque.*
DAMAS, CABALLEROS, SOLDADOS Y PUEBLO.

La escena es en Burgos.

ACTO PRIMERO.

DECORACION DE SALON DEL PALACIO.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE y don TELLO.

CONDE.

Señor don Tello, no puedo,
desmentir tantos agravios.

D. TELLO.

Señor conde, á los mas sabios
los sentimientos concedo,
pero el publicallos no,
porque escuchan las paredes.

CONDE.

¡A un hombre tantas mercedes,
y siendo en Castilla yo
el conde de Santorcaz;
cuyo blason y apellido,
tanto esplendor han tenido
en la guerra, y en la paz;
no he merecido del rei
merced, ni fineza alguna!

D. TELLO.

Esa se llama fortuna,
que obra sin razon ni lei.

CONDE.

Tanto honró el rei la persona,
con demostracion tan rara,
el conde de Trastamara

y tambien duque de Arjona:
siendo, que parece hechizo
tan escesivo favor,
su camarero mayor
su mayor caballerizo,
condestable, mariscal,
canciller mayor, y tanto,
que dando á Castilla espanto,
es á su persona igual:
que es el mayor valimiento,
que desde Seyano acá,
la fama noticia dá,
por prodijio, por portento
de las edades.... ¡estoi
sin mi!

D. Tello.

No mostreis que lidia
conde, en vos la infame envidia,
que como amigo que soi
vuestro, os doi este consejo:
porque no hai cosa mas vil
mas baja, mas incivil,
en quien ha de ser espejo
de la lealtad, y el valor;
que esa pasion; y es indigna
de quien sois: el rei se inclina
al duque y le tiene amor
por influjo natural,
que en la sangre es cada dia
conforme esta simpatía,
que no escepta la real
por comun naturaleza:
que es justo que un rei tambien
tenga un amigo, con quien,
de tanto reino, y grandeza,
parta el peso, ese jigante,
que á tantos la espalda humilla:
y en el duque halló en Castilla
digno, y jeneroso Atlante,

que es tan su deudo, despues
de ser tan grande señor,
que por su injenio, y valor...

CONDE.

Basta, que parece que es
el duque, mas vuestro amigo
que yo, pues tan suyo os veo.

D. TELLO.

Templaros, conde, deseo,
que en esto mas os obligo;
porque sentiré, que en vos
llegue nadie á conocer
que envidia puede caber
del duque, ni el sol por Dios.

CONDE.

Estos don Tello, no son celos,
que son envidias de amor,
que es mas disculpado error
con los hombres y los cielos.
Yo serví, como sabeis,
tanto tiempo á la señora
doña Aldonza, que fué aurora
de las estrellas, que hoi veis,
que de la reina, que es sol
de Castilla, primavera
del cielo, adornan la esfera,
en el imperio español:
y volviendo de Granada
el duque, se la dió el rei,
contra la debida lei,
contra la fé mal premiada
de mi amor, de mis servicios,
dando de su tiranía
y de la desdicha mia,
tan prodijiosos indicios.
Y desde entonces estoi
perdiendo, Tello, el sentido,
desesperado y corrido

y olvidado de quien soi,
que aunque en el duque de Arjona,
conozco, Tello, en rigor,
muchas partes de valor,
de sangre, injenio, y persona;
estoi de celos tan loco,
que lo olvido, y lo atropello
viendo que me tiene, Tello,
por él, el rei en tan poco.
Y cada vez que imajino;
que es dueño de la señora
doña Aldonza, y que ella adora
al duque; me desatino,
de suerte, que el corazon
que con la sangre se altera,
veneno á los dos quisiera
dar con la imajinacion.
Dejadme, Tello, morir,
que para el que está tan lejos
del remedio, no hai consejos.

D. Tello.

Siempre acreditó el sufrir
al valor.

Conde.

No hai valor, Tello,
donde falta la razon,
y la celosa pasion,
me pone el cuchillo al cuello,
donde está el entendimiento
sin ojos y la memoria,
representando la gloria
de mi loco pensamiento:
que como el rei les ha dado
cuarto en palacio tambien,
encuentro siempre con quien
es causa de mi cuidado;
que cada vez que la miro
del duque al lado, parece
que el alma se me estremece

para el último suspiro:
si con la reina, de quien
es camarera, y valida
viendo que falta á mi vida
la esperanza de este bien,
muero, desespero y rabio.
Si á solas, Tello, la veo,
á mi amoroso deseo
le cierra el respeto el labio:
y asi, nunca estoi en mí,
y es mi enemigo inhumano
el que es de mi bien tirano.

D. Tello.

La duquesa sale aquí;
debe de pasar al cuarto
de la reina.

Conde.

¡Ai, Tello amigo,
ahora muero, y aun conmigo,
ni bien me quedo, ni parto!
Toda el alma al parecer
se me ha alborotado dentro
del pecho, y busca aquel centro
donde ha de morir y arder.

ESCENA II.

El Conde, doña Aldonza y don Tello.

D. Tello.

Acompañémosla.

Conde.

Vamos,
aunque yo sin alma voi.

D. Tello.

Esto es fuerza.

Conde.

Loco estoi.

D. Tello.

A vuecelencia aguardamos
para ser sus escuderos.

Conde.

Sin llegarlo á merecer,
solo el sol, lo puede ser
de tan hermosos luceros.

D.ª Aldonza.

Quédese vueseñoria
y el señor don Tello aquí,
ó no pasaré.

Conde.

¡Ai de mí!

D.ª Aldonza.

Esa es ociosa porfia.

Conde.

Siempre lo fue, para quien
fue sin dicha firme amante.

D.ª Aldonza.

No he de pasar adelante.

Conde.

Eso fue un cortés desden,
de que estuvisteis armada
siempre, contra el amor mio.

D.ª Aldonza.

Quedaos.

Conde.

¡Què hermoso desvio
contra fé tan mal pagada!

D.ª Aldonza.

Conde, el duque siempre fue
vuestro amigo y servidor,
y debeis á su valor.

Conde.

¡Que cuerda y severa, què
la plática ha divertido!

D.ª Aldonza.

Mas que le sabreis pagar,
cuando debiérais estar

justamente agradecido
á tan hidalgo acreedor:
que hablan del ausente mal,
despues de ser desigual
correspondencia, es traidor
achaque afrentoso, y vil:
que aun del enemigo ausente,
suele ser en él valiente
mengua plebeya y civil:
que dicen que no hai ninguna
ocasion que no lo hagais,
y su valor no imitais,
cuando envidiais su fortuna:
enmendaos si puede ser,
pues tanta sangre os abona,
que con el duque de Arjona
no lo vendreis á perder;
que es mui bueno para amigo:
y en Castilla no le igualo
á otro ninguno, y mui malo
por quien es, para enemigo.
Poneos con vos en paz,
que es el duque, aunque os asombre,
para enemigo mucho hombre,
del conde de Santorcaz.

ESCENA III.

Los mismos, y al irse doña Aldonza, sale don Juan.

Conde.

Yo soi.....

D. Juan.

¿Qué es esto duquesa?

D.ª Aldonza.

¡Señor!

CONDE.

El rei llegó á estraña
ocasion.

D. TELLO.

No desengaña (Aparte.)
al conde tan loca empresa
como ha tomado con tantas
esperiencias como vé.

CONDE.

¡Sin mí estoi!

D. JUAN.

¿Qué hai duquesa?

D.ª ALDONZA.

Siempre á esas plantas
el duque y yo hemos de estar
escl?vos reconocidos
de vuestra alteza.

CONDE.

Sentidos (Aparte).
dejadme de atormentar,
que si el reĩ, como recelo,
á la duquesa enamora,
tirais á abrasarme el alma
con nuevas ansias celosas:
mas sobre mí de una vez,
bajen las desdichas todas
que á un desesperado, nada,
ni le daña, ni le importa.

D. JUAN.

Desde que fuisteis un tiempo,
doña Aldonza de Mendoza,
menina y dama en palacio;
de vuestras prendas heróicas
cuidé, para no emplearos
menos que en tan gran persona
que la del duque, pues hoi
no tiene igual en la Europa,
por el valor y la sangre.

D.ª Aldonza.

A mi y al duque nos honra
siempre vuestra alteza.

D. Juan.

Donde
queda el duque, doña Aldonza
que por poco que me falte,
me hace gran falta.

D.ª Aldonza.

Ahora solicitaba vestirse,
que pasó la noche toda
papeleando hasta el alba,
y ha sido precisa cosa
despertar tarde.

D. Juan.

En sus hombros,
justamente el peso apoya
grave de las dos Castillas:
la mitad de mi corona
debo al cuidado del duque.

Conde.

Cuanto oigo y miro es ponzoña. (Aparte.)

D. Juan.

¿Qué es lo que el conde decia
que vos, sino se me antoja,
hablabais alto, duquesa,
cuando yo llegaba?

Conde.

Hoi toman
venganza de mi los cielos. (Aparte.)

D. Tello.

¡Qué de empeños ocasiona (Aparte.)
una destemplada lengua!

D.ª Aldonza.

Como es el conde tan propia
sangre del duque, y amigo,
que esta verdad sin lisonja

acredita en tantos lances,
con tanta fineza y honra;
preguntábame por él,
que pienso que trae ahora
una pretension, y yo
de los descuidos quejosa
de no vernos, le reñia:
suplicoos, si intercesora
puedo ser con vuestra alteza,
alcancen las jenerosas
prendas del conde, señor,
lo que desea: y ahora,
si vuestra alteza es servido,
licencia, y su poderosa
mano me dé, que me espera
la reina nuestra señora:
aunque con doña Francisca
Pacheco su alteza, asoma
ahora.

D. JUAN.

En buena hora venga.

CONDE.

Que prudente y valerosa, (Ap.)
se ha mostrado la duquesa
con migo.

D. TELLO.

Es mui gran señora
y es justo, conde, que asi
vuestra envidia lo conozca.

ESCENA IV.

Los mismos, DOÑA ISABEL y DOÑA FRANCISCA.

D.ª ISABEL.

No está mal entretenido
con la duquesa de Arjona
vuestra alteza, que es al fin

mui discreta y mui hermosa.

D. Juan.

Preguntando por el duque
la he detenido hasta ahora.

D.ª Isabel.

Siempre la hace vuestra alteza
merced, y es merecedora
de finezas mas galantes.

D. Juan.

La reina viene celosa. (Ap.)

D.ª Aldonza.

De vuestras altezas siempre
con palabras y con obras,
favores grandes recibo.

D.ª Isabel.

Los del rei, duquesa, ahora,
aunque están ciertos los mios,
son los que mas os importan:
aversion notable tengo (Ap.)
á esta mujer: no conforma
en nada conmigo; todo
me ofende en ella y me enoja.

D.ª Aldonza.

Los del rei y los de vuestra
alteza...

D.ª Isabel.

¿Conde?

Conde.

¿Señora?

D. Tello.

Celos la reina ha tenido. (Ap.)

Doña Isabel.

Ya al rei he hecho notoria
vuestra pretension: habladle.

D. Juan.

¿Qué decis?

D.ª Isabel.

No me reporta
poco del rei la presencia.

Conde.

Señor, la guardia española
esta vaca, á vuestra alteza
suplico; pues mi persona
conoce, y sabe quien soi
en Castilla, y es de todas
mis obligaciones dueño,
me honre con ella pues otras
no hai que escedan á las mias:
y sabe sin ceremonia
que mi casa...

D. Juan.

Bien está:
hablad al duque de Arjona.

Conde.

Vuestra alteza es absoluto,
señor de las vidas y honras;
y sin el duque me puede
hacer merced; pues es cosa
tan justa mi pretension:
que remitirme á que corra
por el duque, es dilatallo.

D. Juan.

Pues la duquesa pregona
que sois, conde, tan su amigo
antes os hago lisonja,
y quiero que le debais
esto al duque, que él es sola
la intelijencia que mueve
mi voluntad, mi memoria,
la esfera de mi albedrío,
porque sé lo que á su heróica
sangre debo, á sus servicios,
á su lealtad jenerosa,
á su asistencia y cuidado,

á su amor, porque me consta
de todo, por esperiencia,
y nadie entienda otra cosa.
En tanto que á Castilla
don Juan el segundo goza,
siempre ha de ser otro yo
el duque, dando á la historia
de tan justo valimiento
posteridad prodijiosa:
que cuando encuentra un amigo
tan grande, un rei, no le compra
á menos precio, pues hallo
en él, estas partes todas,
acreditando las suyas,
un substituto que toma,
sus cuidados á su cuenta:
un Argos, que á todas horas
está mirando por él:
un padre que se apasiona
por sus aumentos: un muro
que le defiende: una sombra
que le acompaña: un cristal
en que se mira: una antorcha
que le alumbra; y finalmente
quien le alivia, quien le ahorra
los pesares; quien le templa
los desvelos: las congojas,
y cargas, que traen consigo
los cetros. y las coronas.
Este es el duque, y asi,
sino es su heróica persona,
nadie conmigo despacha,
nadie conmigo negocia,
nadie puede, nadie alcanza:
hablad al duque de Arjona.

ESCENA V.

Los antedichos, menos Don Juan.

D. Tello.

Seguid, conde, al rei.

Conde.

Flechando (Ap. á don Tello.)
por los ojos y la boca
áspides de envidia y celos,
como los que Libia aborta,
y dejando juntamente
el alma abrasada y loca,
en los dos soles lucidos
de la duquesa de Arjona.

ESCENA VI.

Doña Isabel, Doña Aldonza y Doña Francisca.

D.ª Isabel.

Doña Francisca dejadnos,
á mí y á la duquesa á solas.

D.ª Francisca.

Yo aguardo en la galería
á vuestra alteza: celosa (Ap.)
está la reina sin causa
de la duquesa de Arjona;
que es tan amante del duque,
tan cuerda, tan valerosa:
y hacen los celos villanos
que de los vientos se antojan,
de los átomos jigantes,
y verdades de las sombras.

ESCENA VII.

Doña Isabel y Doña Aldonza.

D.ª Isabel..

Duquesa, de aqui adelante,
escuchad: aunque os parezca
dificil, no os acontezca
desacierto semejante
al de hoi, que me pesará
por vida del rei.

D.ª Aldonza.

No sé
conmigo, como, ó porque
vuestra alteza airada está,
que no se lo he merecido.

D.ª Isabel.

Cuando otra vez encontreis,
duquesa, al rei, no os pareis
con su alteza, que he sentido
mucho la conversacion,
la llaneza, ú el agrado,
y es hallamiento cansado
tan pesada introduccion
en la mujer del valido;
que es fuera, de uso y de lei,
que consulte con el rei
tambien como su marido;
que á vos duquesa, no os toca
sino al duque, tan despacio
estar tomando en palacio
órdenes del rei á boca:
y pareciera mejor,
duquesa, estarme asistiendo;
pues esto os obliga, siendo
mi camarera mayor;
que el atrevido desman,

que el mismo os está culpando,
de estar á solas hablando
con un rei, que es tan galan:
porque no parece cosa
del recato permitida,
para quien tan presumida
de entendida está, y de hermosa.

D.ª Aldonza.

Vuestra alteza se ha olvidado
de que está hablando conmigo,
y el hacerlo sin testigo
solo debo á este cuidado:
que ese lenguaje, no es
para mujer como yo,
y que en Castilla nació
con tanto timbre á los pies.
Que sino fui para ser
reina en ella coronada,
soi vasalla tan honrada
que lo puede merecer:
y si de algo he presumido,
solamente es en pensar,
que no me pudo sobrar
nada, un rei para marido.
Y deslucir mi persona
no podrá la comun leí;
pues para suplirme un rei
me bastó un duque de Arjona.
Y suplico á vuestra alteza,
pues es dueño y reina mia,
que lo que fué cortesia
no atribuya á lijereza.
Porque aunque sea galan
el rei, cuya sombra admiro:
solo como á rei le miro:
que los misterios que estan
en él, para veneralle
me obligan, pues para ser
deidad no son menester,

ni la mocedad ni el talle;
y cuando no fuera asi,
y profanara esta lei,
en cuanto hombre, sabe el rei
como me ha de hablar á mi,
conociendo la nobleza
de mi sangre, y de mi honor,
que es mi obligacion mayor:
y sepa, si á vuestra alteza
otra cosa se le antoja,
que soi en cualquier lugar,
como el sol que entra en el mar,
que sonda, y no se moja:
y que, salvo su grandeza,
que el honor con que naci
vive tan seguro en mi
como el rei en vuestra alteza.

D.ª Isabel.

Basta duquesa, no mas
que ese es ya sobrado esceso;
que tiene valor confieso:
no vi igual valor jamas. (Aparte.)

D.ª Aldonza.

Señora, si vuestra alteza
se olvida quien soi, me hará
volver loca.

D.ª Isabel.

Bien está:
que vuestra mucha belleza,
y mi condicion celosa,
de portuguesa en efecto,
me obligaron á este afecto.

D.ª Aldonza.

Yo tengo de valerosa
mucho mas por castellana,
y Mendoza; solamente
lo demas es accidente
en mi, que de esto estoi vana.

D.ª Isabel.

No teneis, que acreditaros
que vuestra sangre os abona:
venid duquesa de Arjona
que quiero desenojaros:
al rei debo esta fineza.

D.ª Aldonza.

¡A vil palacio á que obligas!

D.ª Isabel.

Hemos de ser mui amigas.

D.ª Aldonza.

Guarde Dios á vuestra alteza.

ESCENA VIII.

SALA DEL CUARTO DEL DUQUE.

D. Fadrique vistiéndose, Mendo y músicos.

Cantan.

Los montes que el pie se lavan
en los cristales del Tejo,
cuando las fuentes se miran
en los záfiros del cielo,
tiranizados tenia
un cerdoso, animal fiero;
temor del campo, y ruina
de venablos, y de perros.

D. Fadrique.

No canteis mas, que me enfadan
las músicas en estremo:
dadme de vestir á prisa
que ir á ver al rei deseo,
y es tarde.

ESCENA IX.

D. FADRIQUE, MENDO y GAVILAN.

GAVILAN.

Gracias á Dios
que piso estos aposentos,
que estas paredes admiro,
y que á vuecelencia veo;
que es, á pesar de malsines,
de envidiosos y soberbios,
privado de par en par.

D. FADRIQUE.

¿Quién sois?

GAVILAN.

Un lacayo, yerno
de racion y de salario,
que anda buscando un buen dueño,
y dicen que vuecelencia
lacayos recibe, y vengo
á oponerme tan galante
á tan ilustre colejio;
que aunque es el caballerizo
el que da los puestos, quiero
con el fundador, que viva
años, y siglos eternos
para gloria de los Castros
y de Castilla lucero,
que asi os llaman en España,
negociallo, ó por lo menos
pretendello, cara á cara;
que al noble, como al plebeyo
no la negastes jamas,
que de quien sois satisfecho;
podeis por cualquiera parte,
como dicen tambien ellos,
mui descubierta llevarla,

y dar quince y falta luego
á quien pasaros quisiere
el pié adelante, pues vuestro
brazo á torcer nunca disteis
por interés de este suelo;
ni nadie os metió en el mundo
por lisonja ni por miedo,
las cabras en el corral;
ni os llevó por mas injenio
el gato al agua, ni en vos
para grandes ni pequeños
hubo mas que un sí ó un no;
que traeis en todos tiempos
en las manos las entrañas,
y quereis tomar el cielo
con las mismas, cuando os quieren
aduladorcitos necios
hacer del celo cebolla;
porque lo que os dicen estos
se os entra por un oido,
y por otro sale.

D. Fadrique.

Quedo,
no apureis mas los refranes,
que yo me doi por contento,
y el humor me satisface
que sois famoso sujeto:
¿como os llamais?

Gavilan.

Gavilan;
y soi al servicio vuestro
lacayo de cetrería;
porque si es menester duermo
en una alcandara como
cualquier alfeneque, y vuelo
la garza mas remontada,
como el neblí de mas precio.

D. Fadrique.

¿A quien habeis en la corte

servido?

GAVILAN.

Desde pequeño,
al conde de Santorcaz,
que fui su enano primero,
y crecí para lacayo
despues, que son los dos puestos
que en esta casa he ocupado.

D. FADRIQUE.

¿Porqué los dejastes?

GAVILAN.

Quiero
señor, pasar adelante
en mi oficio, y demas de esto,
hemos dado en encontrarnos
el conde y yo cada credo,
sobre quítame allá esas pajas;
porque ha dado en avariento,
en mal acondicionado,
en mald'ciente, en soberbio,
que no hai quien pueda sufrirle,
y sobre todo confieso
que lo que mas he sentido
fué, que cuando todos dieron
libreas en vuestras bodas,
festejandoos todo el reino;
no vieron un pasamanos
en casa sus escuderos,
sus pajes y sus lacayos;
ni aun la mano, y mucho menos
cuando sacó vuecelencia
de pila al príncipe, y esto
no es del odio que le tiene
á vuecelencia el estremo
mayor; que es un escorpion
de espada y capa, diciendo
de vuecelencia...

D. Fadrique.

No mas:
que el conde es gran caballero,
y lo qüe debe hacer sabe,
y es mi amigo, y es mi deudo;
y hombres como vos...

Gavilan.

Señor,
de esto es testigo don Tello
de Lara, un amigo suyo,
el que le está reprendiendo
siempre estos desmanes.

D. Fadrique.

Yo
sé quien es el conde, que tengo
satisfaccion de su sangre,
y criados lisonjeros
no he menester.

Gavilan.

Doi al cielo
gracias, que he visto un señor,
y es vuecelencia el primero
que sin chisme original,
está concebido.

D. Fadrique.

Creo,
así á los demas hombres,
como al conde.

Gavilan.

Ese fué celo
de servir á vuecelencia,
y saben mas de trescientos
que esto es verdad.

D. Fadrique.

Porfiado,
amigo estais, sobre necio:
hechadme este hombre de aquí,

ó por un balcon de aquellos.

GAVILAN

No soi gavilan que quiere
volar tan alto, de bueno
á bueno me voi, perdone
vuecelencia, que sabiendo
que queda tan enojado
conmigo, he perdido el miedo
al valle de Josafat.
¡Válgate Dios por Lucero (Ap.)
de Castilla, pues en vez
de dar dorados reflejos
de la venida del dia,
arroja rayos de fuego. (Vase.)

ESCENA X.

Don FADRIQUE y MENDO.

D. FADRIQUE.

¿Hai pajes del rei ahi?

MENDO.

Desde las ocho sospecho
que estan dos, como le toca
á vuecelencia por fuero
de mayor caballerizo,
preeminencia de estos reinos,
para servîlle la fuente,
y la toalla.

D. FADRIQUE.

Entre Mendo,
uno de ellos solamente,
y acabad de darme presto
lo demas, que estoi sin alma,
lo que de ver al rei dejo.

MENDO.

Llegad, llegad, que está el duque
aguardando.

●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●

ESCENA XI.

Los mismos, y don Alvaro con hábito de Santiago, en cuerpo y sin sombrero, con fuente, jarro y tohalla.

D. Alvaro.
A tus pies llego.

D. Fadrique.
Levantad; inclinacion (Ap.)
notable á este paje tengo,
sin saberle el nombre apenas,
porque mas que todos pienso
que me asiste, y porque en él,
muchas grandes prendas veo
que á hacerle merced me obligan:
hechad.

D. Alvaro.
Que lo mande espero
vuecelencia.

Mendo.
La tohalla
quiero tomar.

D. Alvaro.
No deseo
poco acertar á servir
á vuecelencia.

D. Fadrique.
Os prometo
que os lo merezco: ¿de donde
sois?

D. Alvaro.
De Aragon, y de abuelos
nobles en España.

D. Fadrique.
¿Cómo, es

el apellido vuestro?

D. Alvaro.

Don Alvaro soi de Luna.

D. Fadrique.

Es de Aragon el primero.
¿Cuanto ha que servis al rei?

D. Alvaro.

Desde mui niño, y espero
continuar con la vida
hasta poner como debo
la cabeza á sus pies.

D. Fadrique.

¿Quien
con su alteza os trujo?

D. Alvaro.

Un deudo
mui grande mio, y por grande,
conocido en estos reinos
que fué don Pedro Tenorio,
arzobispo de Toledo,
y gran cardenal de España.

D. Fadrique.

Vos sois mui gran caballero:
¿teneis padres?

D. Alvaro.

No señor,
ni los conocí, que fueron
espantosos los prodijios
de mi infausto nacimiento:
en el vientre de mi madre
dicen que lloré, y que sueños
portentosos la aflijian;
y lo que estuve naciendo
la luna estuvo eclipsada
de mi sobrenombre agüero:
á esta imitacion saqué
una cruz de sangre al pecho,

y á manera de cuchillo
otra señal sobre el cuello.
Murió de parto mi madre,
y despues de sentimiento
mi padre tambien; quedando
á la variedad espuesto
de los deudos de mis padres,
que á Castilla me trajeron
de nueve años, poco mas,
por paje del rei, que el medio
fué, el cardenal como dije
á vuecelencia primero.

D. Fadrique.

¿Quién os dió el hábito?

D. Alvaro.

Entonces
me le dió un maestre, pienso
que era tambien deudo mio,
y siempre he estado sirviendo
á su alteza con el gusto,
y la asistencia que debo:
y á otros pajes que despues
de mi entraron, les ha hecho
merced, y de mi se olvida;
no me espanto, porque tengo
poca dicha, y la mayor
que he tenido, es la que veo
en la merced, que hoi me hace
vuecelencia. Guarde el Cielo
esa persona en Castilla
al paso de sus deseos.

D. Fadrique.

Decidme por vida mia
don Alvaro, porque tengo
gusto de saber tambien
todos vuestros pensamientos,
¿galanteais en palacio
á alguna dama?

D. Alvaro.

Confieso
á vuecelencia, pues ya
está su vida por medio,
y no he de mentirle en nada
que por ocio galanteo,
y eleccion, á la señora
doña Francisca Pacheco,
que con las damas no es justo
que ande en ausencia grosero,
que es una dama que trujo
su alteza á Castilla, entiendo
de Portugal, mui hermosa,
y es tanto su valimiento;
mas como sabe que soi
tan pobre, que tambien esto
da crédito en las deidades
de los palacios supremos;
me recato, y me retiro,
y les digo á mis deseos,
sufrase quien penas tiene
que tiempo, viene tras tiempo,
como dijo Garcí Sanchez,
aquel celebrado injenio,
que Juan de Mena hoi se opone,
cordovés divino Homero,
y ambos á dos Andaluces,
de cuya provincia fueron
dos Sénecas, y un Lucano,
y un Silio Itálico entre ellos,
asombros de Grecia y Roma,
porque tengo de discreto
solo el ser desconfiado,
que ninguna dicha espero.

D. Fadrique.

Don Alvaro, yo os haré
dichoso á pesar del tiempo,
y la fortuna, si vivo,
que vencer la vuestra puedo,

como fortuna mayor;
pues de la del rei soi dueño
con tantas mercedes, y honras:
yo hablaré á su alteza luego,
y haré que os ciñan espada,
pues ya teneis para ello
edad; y vuestro valor
á voces lo está pidiendo.
Este diamante tomad,
que en dos mil escudos precio,
para poneros galan,
y fiad de mí que os quiero,
don Alvaro, y que os estimo,
y he de ser amigo vuestro.

D. Alvaro.

Yo de vuecelencia esclavo.

D. Fadrique.

Dadme los brazos, y vednos
despacio que el rei me aguarda.

D. Alvaro.

Yo vendré cada momento
á besar á vuecelencia
los pies, que no en vano el reino
le ama.

D. Fadrique.

Don Alvaro, á Dios.

D. Alvaro.

Guarde á vuecelencia el Cielo. (Vase.)

ESCENA XI.

D. Fadrique ya vestido, y Mendo.

D. Fadrique.

¿ Mendo ?

Mendo.

¿ Señor ?

D. Fadrique.

Ved si hai alguien
que me quiera hablar primero.

Mendo.

El conde de Santorcaz
audiencia aguarda.

D. Fadrique.

Entre, Mendo,
que para el Conde en mi casa
no hai puerta cerrada.

ESCENA XII.

Los precedentes, y el Conde.

Conde.

Besoos, señor, la mano.

D. Fadrique.

Señor conde ¿qué tenemos
de nuevo? que por la vida
del rei, que siempre deseo
servir á vueseñoría,
y lo verá en los efectos:
llegadnos sillas.

Conde.

Señor, (Se sientan.)
su alteza á quien siempre debo
lo que he sido, y lo que soi
y dar la vida pretendo;
me remite á vuecelencia
en la pretension que tengo
de capitan de la guardia,
que por la sangre y el puesto,
y los servicios me toca
en Castilla de derecho;
á vuecelencia suplico
que represente esto mesmo

á su alteza.

D. Fadrique.

Ola, salid
allá fuera, que queremos
el conde, y yo quedar solos.

D. Mendo.

Despejad.

ESCENA XIII.

D. Fadrique y el Conde

Conde.

¿Para qué efecto
esta prevencion será? (Aparte.)

D. Fadrique.

Señor conde, estéme atento
ahora vueseñoria.

Conde.

A vuecelencia obedezco.

D. Fadrique.

Esta ocasion: muchas veces,
conde, con vos deseaba,
porque hablaros esperaba
sin testigos y sin jueces;
para daros á entender
quien soi: yo soi don Fadrique.
del segundo rei Enrique,
que del tirano poder
del rei don Pedro triunfó,
descendiente esclarecido
por quien tengo el apellido
de Enriquez de Castro yo:
si bien me viene lo Castro
por Trastamara y Arjona,
cuyos blasones pregona
el bronce y el alabastro;
por las dos partes soi tio
del rei, y en cuanto al valor

díganlo como Almanzor,
Muza y Gazul, que del mio
con tanta aceleracion
huyen, por mi heróica espada,
desde Algecira á Granada,
y desde Oran al Peñon.
Entretanto que en la corte
alguno daba paseos,
y contornos, y escarceos
solicitaba otro norte
en la ciudad, ó en palacio
en lacayos y en libreas
apurando sus aldeas,
y lo que juntó despacio
su padre, gastando aprisa.
Yo entre las escuadras moras
no comiendo en muchas horas,
de la militar divisa
un mes no me desnudé,
sangre, conde, derramando,
por mi patria peleando,
por mi rei y por mi fé.
Cuando músicas cansadas
á las damas dabais vos,
andaba yo, vive Dios,
con los moros á lanzadas.
Y cuando vueseñoria
en Santorcaz se quedó,
á asegurar partí yo
los campos de Andalucia:
y cuando mas pertinaz
el moro guerras pregona,
no salió vuestra persona
de Burgos y de Santorcaz.
Y en diez años, que la clara
agua del Jenil bebí,
á Burgos, conde, no ví,
á Arjona ni Trastamara.
Siendo esto asi, vive Dios,

que es mal hecho que hableis mal
de quien es tan desigual
en tantas cosas de vos:
y de quien ha procurado
con tantas veras haceros
su amigo, y siempre teneros
satisfecho y obligado;
que me vienen á decir,
hasta las piedras, de vos
cosas, conde, que por Dios,
que no las basto á sufrir
con ser tanto mi valor,
mi crédito y mi paciencia:
y aunque el hablar en ausencia,
es la bajeza mayor
que en hombres tales se vé;
á satisfaccion no obliga,
en mi puesto, sino diga
el vulgo, que siempre fué
al gobierno mal ceñido,
que es lo que decis verdad
y corra la magestad
de ese crédito en el valido.
Estas faltas enmendadlas,
que si hablais mas en mi mengua,
me obligareis que la lengua
os saque por las espaldas.

CONDE.

Vuecelencia se reporte,
que le ha mentido cualquiera
lengua infame, y lisonjera
en palacio y en la corte,
que ponernos ha intentado
mal de esta suerte á los dos:
y en lo demas, vive Dios,
que no sufra por privado
que vuecelencia......

VOCES DENTRO.

Fuera.

D. Fadrique.

Dejadlo para despues,
que sino me engaño, es
el rei, que ya sale fuera.

Conde.

Mucho veneno he bebido. (Aparte.)

●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●●

ESCENA XIV.

D. Fadrique, el Conde y don Juan.

D. Fadrique.

¡Señor!

D. Juan.

A buscaros vengo,
ya que vos.....

Conde.

Un aspid tengo (Aparte.)
por alma.

D. Juan.

Descolorido
duque parece que estais:
¿qué teneis? ¿habeis estado
indispuesto? mas cuidado
que imajinaba me dais.

D. Fadrique.

No he estado, señor, mejor
en mi vida, y vuestra alteza
pudiera con la grandeza
de su persona, favor
de ninguno merecido,
hoi no solamente darme
salud, mas resucitarme.

Conde.

Perdiendo estoi el sentido. (Aparte.)

D. Juan.

¿El conde estaba con vos?

D. Fadrique.

Señor, si, que á honrarme vino,
y ha de hacernos de camino
una merced á los dos
vuestra alteza.

D. Juan.

¿Qué podeis
pedirme, duque, que no
lo ejecute por vos yo?
¿qué deseais? ¿qué quereis?

D. Fadrique.

Que dé al conde vuestra alteza
de capitan de la guarda
la plaza, que su gallarda
persona, su nobleza,
sus servicios, su valor,
su blason tan conocido
en Castilla, han merecido
puesto y dignidad mayor;
y aquesto es hacerme á mi
merced mui particular.

D. Juan.

Pues nada os puedo negar,
duque, ejecútese asi
como lo pedis.

D. Fadrique.

La edad
vivais del pájaro indiano:
llegad á besar la mano
conde á su alteza: llegad.

Conde.

Ya llego á besar sus pies.

D. Juan.

Buen padrino habeis tenido;
sedle mui agradecido.

D. Fadrique.

El lo hará como quien es.

D. Juan.

Tengo en cierta diferencia
que consultemos los dos:
vamos duque.

D. Fadrique.

Conde á Dios.

ESCENA XV.

El Conde, solo.

Guarde Dios á vuecelencia:
debiera yo al duque estar
como su hechura obligado;
mas, vive Dios, que el enfado
pasado me ha de pagar
por el mas raro camino
que injenio humano trazó,
que en el honor me ofendió,
y vengarme determino
contra este loco Luzbel;
este soberbio jigante
vendrá ésta estatua arrogante
por tierra, que aunque por él
este honor he recibido
de mi haciendo confianza,
nada sino es la venganza
satisface al ofendido.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

DECORACION DE SALON DE PALACIO.

ESCENA PRIMERA.

Don JUAN, don FADRIQUE y acompañamiento.

D. FADRIQUE.

Por cosa singular, Dragut me envia,
infante de Granada, que está en Zara
en desgracia del rei su hermano y tio,
del riesgo militar, la sangre clara;
un parto de la hermosa Andalucía,
con quien naturaleza no fué avara,
un bruto, que del Betis bebió espumas
para despues pagárselas en plumas.
Es por la piel, el andaluz, overo,
por las cernejas, por la clin, y cola,
de todos los demas, tan estranjero,
que presume de Fenix española;
á su espejo, es el sol poco lucero,
cuando viviente escollo le arrebola;
y si corrió dejando de ser trueno,
viento ensillado fué, rayo con freno.
Que jurándose rei nunca vencido
de los cuatro elementos absoluto,
al pensamiento, dando lo atrevido
el sol, aun despeñó por substituto,
y entre la cola, y clin desparecido
se miente nube al paso que fué bruto,
porque intenta con bárbara osadía
cegalle al cielo, el párpado del dia;
mas midiendo el bocado en la carrera,
al parar el veloz Belerofonte,
del cielo es estrellada primavera,

y de animal se constituye á monte;
luego al pasear, con el clarin se altera,
porque le viene estrecho el orizonte,
y soberbio, bizarro, hermoso, y grave;
antes en sí, que en todo el mundo cabe.
Este monstruo del sol, este portento,
sin plumas ave, ecsalacion sin llama,
de los ojos escándalo, y del viento,
siempre mayor, que puede ser su fama;
este que se añadió quinto elemento,
y pació presunciones en la grama
de las verdes deshesas andaluzas
igual para las dos escaramuzas:
este pavon, del viento alarbe adorno,
que si á los pies se mira cuando pisa,
en el paseo, el escarceo, el torno
todas cuatro erraduras se divisa;
á vuestras plantas hoi para soborno
os le pongo, señor, donde me avisa
vuestra heróica grandeza, que el presente,
de tan gran rei es digno solamente.

D. Juan.

De tan gran rei, y de tan gran vasallo
es el soborno, y el presente digno,
y á tanta obligacion, como el caballo,
me obliga su retrato peregrino:
en ambas cosas escelencias hallo,
que admirar, que advertir, y determino
pagárosla en esto, que no puedo
en lo demas; que siempre en deuda quedo:
pedid, pedid, pues esta confianza
estais acreditando cada dia
en mi fe, en mi amistad, en mi privanza
por propio valor vuestro, y sangre mia.

D. Fadrique.

Del cielo sois perfecta semejanza
que de aquel que le pide mas confia.

D. Juan.

Duque de Arjona, tio, siempre os debo

aunque os este pagando ¿Qué hai de nuevo?

D. Fadrique.

Señor, un paje tiene vuestra alteza,
que se llama don Álvaro de Luna,
de prendas, de valor, y jentileza,
aunque con escasísima fortura:
esta causa me obliga, y su nobleza,
que no hai en Aragon, mayor alguna,
para favoreccelle, y amparalle,
y con favor de vuestra alteza honralle.
No tiene hoi en Castilla deudo, ni hombre,
que pueda hacer por él, y me ha movido
esta piedad, para que al mundo asombre,
que en palacio se ampara un desvalido:
héle ceñido espada en vuestro nombre,
que su edad, y su sangre lo han pedido,
y quisiera, señor, que vuestra alteza,
me favorezca en él con su grandeza;
que es á quien es, reconocido ultraje,
el no acordarse de él, y decir puedo,
que se debe al blason de su linaje,
cualquier merced, á que obligado quedo.

D. Juan.

Si no me acuerdo mal; me dió ese paje
Tenorio, el arzobispo de Toledo,
por deudo suyo.

D. Fadrique.

Asi es verdad.

D. Juan.

Y entiendo
que ha muchos años, que me está sirviendo,
y prometeoos, que en todos estos años,
con rara inclinacion á su persona,
y con afectos en su sangre estraños
de quien siempre don Álvaro pregona,
claros, y jenerosos desengaños;
que le deseo hacer, duque de Arjona,
merced, y nunca acierto, que sin duda

su dicha, alguna estrella desayuda:
y hoi la hemos de vencer, porque deseo
que el de los dos se cumpla.

D. Fadrique.

El Castellano
blason, por vos de Alcides ya trofeo;
pase para otros mundos, el mar cano.

D. Juan.

Entre duque, que en vos mayor le veo,
á besarme don Alvaro la mano,
que hoi me encargo, por vos de su fortuna.

D. Fadrique.

Entrad señor don Alvaro de Luna.

ESCENA II.

Dichos, Don Alvaro, con espada y capa, acompañándole Don Fadrique, Doña Isabel Doña Aldonza y Doña Francisca.

D.ª Isabel.

Todos nos hemos de hallar
con vuestra licencia, en fiesta
tan solemne.

D. Juan.

No hai ninguna,
que serlo, señora, pueda
sin vos.

D. Fadrique.

Don Alvaro, entrad,
que hoi la fortuna comienza
á no andar con vos avara;
pues para mayor grandeza
de la dicha de este dia,
que para muchos lo sea,
en que al rei besais la mano,

está tambien con su alteza
la reina nuestra señora.

D. ALVARO.

¡ Cuanto hoi debo á vuecelencia !

D. FADRIQUE.

Que me debais mas confio ;
llegad que su alteza espera.

D.ª ISABEL.

¿ Doña Francisca ?

D.ª FRANCISCA.

¿ Señora ?

D.ª ISABEL.

¡ No parece que le asienta
al paje la espada mal !

D.ª FRANCISCA.

Hoi vuestra alteza se estrema
en hacer burla de mí.

D.ª ISABEL.

No hago tal , por vida vuestra,

D. JUAN.

Don Alvaro , levantad,
y besareis á la reina
la mano.

D. ALVARO.

Hasta ahora he sido
paje de vuestras altezas,
y esclavo ya.

D.ª ISABEL.

Guardeos Dios.

D. ALVARO.

Tambien debo á vuecelencia
el ser que á tener empiezo.

D.ª ALDONZA.

El duque haceros desea
del rei mui favorecido.

D.ª Francisca.

Si tengo de hablar de veras;
pareciendo no me va mal,
el don Alvaro.

D.ª Aldonza.

Es fuerza,
que yo tambien con el duque,
á vuestra alteza agradezca,
besándole su real mano
la merced que vuestra alteza,
á don Alvaro de Luna,
hace.

D. Juan.

Yo debo, duquesa
siempre al duque: guardeos Dios.

D.ª Isabel.

Que entremetida, y que necia (Ap.)
mujer; no hai cosa que tanto
me cause, que su belleza
obstentar siempre procure.

D. Juan.

Razon es duque, que tenga
don Alvaro alguna cosa
en palacio, donde pueda
lucir su jentil persona,
pues ya de ser paje deja:
y asi, pues con tanto estremo,
le favorece la vuestra,
juradle de jentil hombre
de mi cámara.

D. Fadrique.

No espera
de vuestra alteza, menores
merecedes, la amistad nuestra,
y la confianza mia.

D. Alvaro.

No bañe el sol, mar ni tierra,

señor, que de vuestras plantas
alfombra humilde no sea.

D. Juan.

El maestre de Santiago
me ha enviado la encomienda
de Socuellamos, que entiendo
que once mil escudos renta,
para un criado, y ninguno
hai que mejor la merezca,
que don Alvaro de Luna;
y asi, le hago merced de ella,
que no es mala ayuda ahora
de costa, mientras no llega
cosa de mas importancia,
en Castilla.

D. Fadrique.

Vuestra alteza
me ha dado hoi el mejor dia
que ha muchos que tengo.

D. Alvaro.

¡O sueña
mi fortuna, ó hace burla
de mí! edades mas que eternas,
viva, en Leon y en Castilla
vuestro heróico nombre; y vea
de la reina mi señora,
como Castilla desea,
la sucesion importante.

D. Juan.

Don Alvaro, el duque de estas
mercedes, toda la causa es,
su hechura sois; haced cuenta,
que el segundo ser os dá.

D. Alvaro

No tengo á tan grandes deudas
que hipotecar, sino sola
la vida y sangre, que estas

de tantas obligaciones
pagar al duque protestan
réditos las mias, y antes
que á esto falte, la nobleza
que á este pecho dió Aragon,
me falte el cielo y la tierra.

D.ª Francisca.

Lo que en don Alvaro miro,
parece ilusion.

D.ª Isabel.

No empieza
doña Francisca á medrar
mal el paje, y con licencia
vuestra, no es mal casamiento.

D.ª Francisca.

Señora, nada desean
con vuestra alteza sus damas.

D. Juan.

Ya es hora de dar audiencia,
y á esta obligacion, señora,
me voi con vuestra licencia.

D.ª Isabel.

Guarde á vuestra alteza el cielo.

D. Juan.

Vamos, duque.

D. Alvaro.

Cielos, estás (Ap.)
maravillas vuestras son.

D. Juan.

Luna de Aragon, ya empieza
á crecer vuestra menguante,
esperad, veros tan llena,
como el sol, viviendo el duque,
y yo.

D. Fadrique.

Al mismo tiempo venza
vuestra vida y vuestra fama.

D. ALVARO.

Y de dos polos se vea,
monarca, vuestro valor,
y á pesar del tiempo tenga,
como á lucero tan grande,
por vasallos las estrellas.

D. JAUN.

Ya os lo merece mi amor.

D. ALVARO.

Fija, fortuna, tu rueda,
pues viento en popa la nave
de mi ventura navega.

ESCENA III.

Doña ISABEL, doña ALDONZA y doña FRANCISCA.

D.ª FRANCISCA.

No ha vuelto á verme los ojos
don Alvaro al irse apenas:
con las mercedes está
desvanecido y me deja,
confieso el desden, picada,
que en nuestra naturaleza
los descuidos nos abrasan,
y los cuidados nos hielan.

D.ª ISABEL.

Doña Francisca, mañana
son los años de su alteza
el príncipe don Enrique,
mi hijo, que muchos vea;
y le ciñe el rei espada,
que el mundo rinda con ella
á sus pies, y el rei y yo,
con la pública grandeza
que se suele en tales dias

que estos actos se celebran,
salimos á la capilla,
advertid, pues sois atenta,
desde hoi, que habeis de llevarme
la falda.

D.ª Aldonza.

A la camarera
mayor, toca eso no mas,
y si no es en mis ausencias,
me hace vuestra alteza agravio.

D.ª Isabel.

¿Ha de ser esto por fuerza,
siendo en los reyes tan libre
la voluntad?

D.ª Aldonza.

Preeminencias
que son de mi oficio, nunca
las han quitado las reinas
á ninguna antecesora
mia, y no es bien que las pierda
yo con vuestra alteza.

D.ª Isabel.

Quiero
honrar, duquesa, con ella
á quien me asiste, y me agrada.

D.ª Aldonza.

No es justo que con mi ofensa
vuestra alteza haga favores
á nadie, aunque los merezca
por sangre y servicios,
como doña Francisca, pues ella
verá que esto es mas razon.

D.ª Isabel.

¡Oh que cansada escudera!

D.ª Aldonza.

De escuderas como yo
se han servido pocas reinas

en Portugal ni en Castilla;
pues tengo tanta nobleza
por Mendoza solo, cuando
tan gran señora no fuera
hoi por duquesa de Arjona
en Castilla, y por condesa
de Lemos y Trastamara,
que no tiene gota apenas
de sangre el rei de Castilla,
don Juan el segndo buena,
que de don Fadrique Enriquez,
duque de Arjona, no sea;
en lo que toca á cansada,
me espanto que lo parezca;
pues vuestra alteza por mí
tan pocas veces se empeña,
pará casos, para cosas
tan difíciles como esta,
que vuestra alteza, por doña
Francisca Pacheco intenta;
pero jamás en su agrado
he tenido buena estrella:
y asi, para no cansalla
mas, me voi con su licencia,
que ha muchos dias sin causa,
mas que las de mis ofensas,
que está conmigo de enfados
achacosa vuestra alteza.

D.ª Isabel.

Idos á quejar al duque,
para que lleve las quejas
al rei, ó llevadlas vos,
fiada en vuestra belleza:
mas presumida que grande,
mas arrogante que cuerda,
mas libre que peregrina,
mas altiva que discreta:
doña Francisca venid,
que he de ver estas soberbias

derribadas algun dia,
si hoi atreverse al sol llegan.

ESCENA IV.

Doña Aldonza, sola.

Contra mi honor y mi vida
notable veneno encierra,
este basilisco humano,
este rigor de la reina,
amarremonos sentidos
al timon de la prudencia,
que corren vientos contraros,
y esta es fortuna deshecha
y de mareta tan brava,
triunfemos con la paciencia
que es tabla donde la vida,
y el honor salvarse intentan:
no demos el duque, y yo
con la suya y con mi ofensa
á tantas rocas despojos,
á tantas olas intentos,
á tantas espumas jarcias,
á tanto mar obras muertas,
á tanto piloto asombros,
manjar á tantas Sirenas,
á tanto abismo peligros,
lástima, á tantas estrellas,
gusto á tantos enemigos,
y á tanto aplauso trajedias.

ESCENA V.

SALA DE CASA DEL CONDE.

D. TELLO, y el CONDE.

D. TELLO.

Al fin volvió Gavilan
¿con vos?

CONDE.

Era pan perdido,
y se ha vuelto arrepentido
á casa.

D. TELLO.

Con el refran
habeis cumplido los dos.

CONDE.

Tengo causas de sufrillo,
que es Tello, gavilancillo,
mis manos, y pies por Dios.

D. TELLO.

No ha aspirado á la alabarda
pasando adelante el pie
de lacayo, despues, que
sois capitan de la guardia,
que solamente el hechizo
le habrá con vos atrahillado.

CONDE.

Traígole, Tello, engañado
con sota caballerizo
y anda en mi servicio ahora
dilijente con estremo.

D. TELLO.

Ya estareis libre del remo
con esto de la señora
doña Aldonza de Mendoza
por quien forzado habeis ido

de amor, y con su marido
templado, porque la goza.

CONDE.

Es Tello, inumerable el mal
que el alma amando padece,
y nada le convalece.
Agora estoi mas mortal,
causa en mi tan peregrina
impresion el accidente,
que su nombre solamente
me abrasa, y me desatina;
y por el nombre no mas
de mi amor precipitado
imposibles, he intentado
gozar en Burgos,

D. TELLO.

Jamás,
se vió de amor desvarío
por mas que la historia ofrezca
que al vuestro se le parezca.

CONDE.

Es sin ejemplar el mio:
en sabiendo que se llama
Aldonza cualquier mujer,
rabio, don Tello, por ser
mariposa de su llama,
sin que encuentre en la ciudad
mujer Aldonza invencible,
mi pretension imposible
con este nombre.

D. TELLO.

Escuchad
que por Dios que me teneis
confuso conde, y sin mi.

CONDE.

Esto, don Tello, es asi.

D. TELLO.

¿De qué arte conde os valeis

contra riesgos tan estraños,
que estoi de haberos oido,
puedo decir, sin sentido?

CONDE.

No hai cosas, que con engaños
de amor, no venza, oid;
pero con condicion, Tello,
que el silencio ha de ser sello
de este secreto.

D. TELLO.

Advertid,
que siempre he sabido ser
vuestro amigo, y no lo soi
hoi menos.

CONDE.

Siempre os estoi
sin que os alcance á poder
pagar, en obligaciones
grandes.

D. TELLO.

En la inclinacion
nuestra, menester no son,
nuevas recomendaciones.

CONDE.

Pues sabed, Tello, que el dia
que sé que hai, porque os asombre,
una mujer de este nombre,
que aguardo á la noche fria,
y de mis locos cuidados
llevado al sitio me voi
donde vive, y trazas doi
con criadas y criados,
para que aunque tan impía
tan infame, y tan violento
logre yo el bárbaro intento:
y si al torpe desvarío
de este hidrópico furor

á las voces, sale en vano
el marido, ó el hermano,
el padre, ó todo el rumor
de la alborotada casa,
que clamores desperdicia
el vecino, ó la justicia,
que acaso de ronda pasa
aplausos da á mi persona
toda está temeridad,
con decir solo apartad:
que soi el duque de Arjona.
Y esto lleva mas misterio,
Tello, de lo que pensais

D. Tello.

Corriendo sin rienda vais:
ruego á Dios, que en vituperio
no paren de vuestro honor,
si hemos de hablarnos verdades
las locas temeridades
de vuestro incurable amor.

Conde.

Antes, Tello, por aqui
poner las plantas espero
encima de algun lucero
que á rayos, me ciego á mí.

D. Tello.

Esta noche hemos de ir juntos
por vida del conde.

Conde.

Hareisme
don Tello, notable gusto
con el silencio , que he dicho.

D. Tello.

De nuevo, conde, os lo juro,
que estoi quejoso tambien
del duque, pues nunca supo,
acordarse de quien soi:
y hoi sobre las nubes puso

con mil mercedes á un paje
del rei, gran privado suyo.

CONDE.

¿Quién?

D. TELLO.

Don Alvaro de Luna,
un aragones.

CONDE.

Presumo
que le conozco.

D. TELLO.

Pues ya,
sino lo habeis á disgusto;
es de la cámara, y tiene
de renta once mil escudos,
en una grande encomienda,
que del maestre le trujo
de Santiago.

CONDE.

Bien será:
la de Socuellamos.

D. TELLO

Juzgo
que si.

CONDE.

El hace lo que quiere.

ESCENA VI.

El CONDE, D. TELLO y GAVILAN.

GAVILAN.

Ya la noche el manto de humo
ha puesto sobre los hombros,
mas que otras veces oscuro:
vamos, á ojeo de Aldonzas.

CONDE.

Admirarás, Tello, mucho
el injenio, y valor mio.

D. TELLO.

En vos, Conde, nada dudo.

ESCENA VII.

DECORACION DE CALLE.

D. JUAN, D. FADRIQUE y D. ALVARO con broqueles.

D. JUAN.

Duque, esta noche me ha dado
este impulso; á Burgos quiero
rondar, que saber espero,
de los dos acompañado
solamente, lo que tengo
en mis vasallos, asi,
y lo que sienten de mí,
que ha muchos dias, que vengo,
y voi en aqueste antojo
que hoi cumplir he pretendido.

D. FADRIQUE.

Sola está la verde orilla
de Arlanzon.

D. ALVARO.

La noche oscura
tiene desvalido al rio,
aunque ha empezado el estio. (*)

D. JUAN.

¿Es música por ventura
don Alvaro, esta que suena?

(*) Se oye dentro tocar una guitarra.

D. ALVARO.

Señor, sí, y he sospechado
que en esta calle han parado.

D. JUAN.

Alguna amorosa pena
debe de ser la ocasion.

D. FADRIQUE.

Del solicitado dueño,
de su enamorado empeño,
es oriente aquel balcon,
pues se han puesto enfrente de él.

D. JUAN.

Lleguemonos á escuchar,
que comienzan á cantar.

D. ALVARO.

Con espada, y con broquel
un hombre de la cuadrilla,
pienso que á nosotros viene.

D. JUAN.

Gana de enfadarnos tiene.

D. ALVARO

No fuera gran maravilla,
que el dia que me he ceñido
espada, la ejercitara.

D. FADRIQUE.

Pues no ha de volver la cara,
ní quiere ser conocido,
vuestra alteza; adelantar
me deje á mi solamente,
que yo sabré de esta jente
que intenta.

D. JUAN.

Sin empeñar
duque la persona vuestra.

D. FADRIQUE.

Yo saldré, señor, tambien

de cualquiera empeño bien. (Vase.)

ESCENA VIII.

D. Juan y D. Alvaro.

D. Alvaro.

¡Qué bizarramente muestra
el invencible valor
que tiene el duque de Arjona,
y el que Castilla pregona;
y que como gran señor
con crédito de su rei,
del riesgo le ha prevenido!
Grande envidia he tenido
á esta accion, con justa lei
ocupa tan gran lugar,
digno de su heróico pecho,
de la fortuna á despecho,
y de la envidia á pesar.

D. Juan.

De la jente que traia
la música, no parece
una persona en la calle
y la del duque, nos puede
dar cuidado.

D. Alvaro.

Su valor
todos los recelos vence:
demas, que un acero apenas
se escucha, que nos altere.

D. Juan.

Del duque en su busca vamos,
don Alvaro, que suceden
riesgos notables de noche
con cuadrillas de esta suerte.

DENTRO.

Ténganse al rei: no hai paso.

D. ALVARO.

Mas aguardad que unas voces
de aquella casa de enfrente
por lastimosas me obligan
que las escuche.

DENTRO.

¿Esto puede
sufrirse, esto disimula
el cielo, y rayos no llueve?
¿tan bárbara tirania
en Castilla se consiente?
¿No hai justicia, no hai piedad?
¿nuestras hijas, y mujeres,
no hemos de tener seguras?

ESCENA IX.

Los precedentes, el CONDE, D. TELLO, y GAVILAN embozados.

CONDE.

Tello dejad, que se quejen
que eso es lo que importa.

D. TELLO.

Vamos.

GAVILAN.

Por mas que lo cacareen
no tienen remedio ya
sufran, como muchos suelen.

D. JUAN.

De padre, ó marido, son
estas quejas.

DENTRO.

Dios nos vengue,

pues nos falta á quien pidamos
venganza en la tierra.

GAVILAN.

Al huesped
como dicen, le ha picado
la mosca de Arjona.

D. ALVARO.

Deje
vuestra alteza que á los tres
que salen, y de hacer vienen
en esta casa tal ofensa,
que llegue á reconecelles,
y los mate á cuchilladas,
sin que de mi espada apelen
á otro tribunal.

D. JUAN.

Mejor....
valor don Alvaro tiene, (Aparte.)
lo hará la ronda, que ya
sino me engaño, parece
que dió con ellos ahora.

ESCENA X.

Los antedichos, el ALCALDE, el SECRETARIO y séquito.

ALCALDE.

Ténganse....

CONDE.

Nada os altere.

ALCALDE.

A la justicia.

CONDE.

Apartad...

SECRETARIO.
Algun gran señor es este.

CONDE.
Que soi el duque de Arjona.

ALCALDE.
Vuecelencia, como suele
nos perdone, y nos permita
que le acompañemos.

GAVILAN.
Quede
el tal alcalde, y les mande
á los que llaman corchetes;
que no pasen, que yo haré
con el duque que se acuerde
de su persona.

ALCALDE.
Usia
nos honra y nos favorece.

SECRETARIO.
Título debe de ser.

GAVILAN.
El rei ha de conocelle
que es por Dios, un gran ministro,
y le he de ver presidente.

ESCENA XI.

Don JUAN, don ALVARO, el ALCALDE y su séquito.

D. JUAN.
El duque de Arjona dijo:
¿si no fué antojo, ó con este
nombre, el dueño de estas quejas
amparar su ofensa quiere?

D. ALVARO.
En eso no hai duda alguna,

porque no puede entenderse
indigna cosa del duque;
y mas, sabiendo que viene
aqui vuestra alteza.

ALCALDE.

Aqui.
tambien parece que hai jente.

SECRETARIO.

Jente del duque será.

ALCALDE.

Dejemoslos, que conviene
disimular, pues el rei
delitos tan insolentes,
como el duque en Burgos hace
y los pregona la plebe,
la nobleza disimula,
que le estima, y favorece
con todo este estremo.

SECRETARIO.

Vamos
y dé el rayo donde diere. (Vanse.)

eeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee

ESCENA XII.

Don JUAN y don ALVARO.

D. JUAN.

Por cierto que me acredita
bien el duque, de esta suerte,
y no en vano algunas quejas
que á mi han llegado, me tienen
en esta verdad dudoso,
y quise mas que otras veces,
salir esta noche, á oir
lo que dicen vulgarmente
de él, en Burgos: sin mi estoi,

¿ asi tan grandes mercedes
como le he hecho, me paga
el duque? ¿lo que me debe,
de él á descréditos cobró?

D. Alvaro.

Señor, vuestra alteza piense
que se pueden engañar
todos, y que el duque siempre
ha de ser quien es.

D. Juan.

El duque
don Alvaro, es hombre y tiene
poca razon de alterarme
vasallos, que son tan fieles;
fiado en que es tan valido,
y tan cercano pariente,
que vive Dios, que no importe
todo junto si me ofende,
y aunque el príncipe mi hijo
fuera, para no ponelle
á las plantas la cabeza.

D. Alvaro.

El duque pienso, que vuelve
desnuda la espada.

D. Juan.

Nada
le hableis don Alvaro, en este
caso, hasta que yo os lo mande,

ESCENA XIII.

Don Juan, don Alvaro, y don Fadrique.

D. Fadrique.

A canalla que no entiende
de cortes término, solo
el acero obligar suele.

D. JUAN.

¿ Qué hai duque ?

D. FADRIQUE.

Señor , por vida
de vuestra alteza , que siempre
es aliento de la mia ,
y en Castilla eternamente
lo sea , que le juzgaba
en palacio.

D. JUAN.

Hai en los reyes
obligaciones mayores
que se juzgan cumunmente ,
y me dió vuestra tardanza
cuidado.

D. FADRIQUE.

El cielo os aumente
el imperio con la vida ,
que porque en nada os le diese
aquella gente que osada
con tanta gana de hacerse
dueños de la calle andaban ;
viendo que descortesmente
lo intentaron , no pudiendo
encaminalles , saqueles
dos calles de aquí , con una
estratajema valiente ,
y despues á cuchilladas
los hice andar tan corteses
que se dejaron las capas ,
las espadas , y broqueles ;
y ahora huyen , porque hai
pocos soberbios valientes.

D. JUAN.

¡Esto es verdad , ó es encanto (Aparte).
ó es ilusion aparente
lo que he escuchado , y he visto !
ya el sol , tras el alba viene ;

D:

demos la vuelta á palacio;
don Alvaro, entre accidentes (Aparte).
contrarios, luchando estoi. (Vanse).

ESCENA XIV.

Don Fadrique, solo.

¿Qué es esto? ¿el rei solamente
habla á don Alvaro, y nada
de lo hecho me agradece,
y con tanta sequedad
me escucha, y sin responderme
se vá? aqui hai algo nuevo;
fortuna varia detente,
que has estado mucho firme,
y parece que te mueves.

ESCENA XV.

Salon de palacio.

Doña Aldonza, sola.

Fortuna, todo es recelos,
tu estado mas venturoso;
amor, tu mayor reposo
todo es ansias, todo es celos,
que siempre eternos desvelos
hai entre el placer, y el gusto,
de amor, y del hado injusto;
ninguno firme verás,
donde eternamente mas,
se lleva el miedo, que el gusto.
Esta noche ha acompañado
por Burgos, el duque al rei,
y aunque hacello es justa lei,

no me escusó del cuidado.
Este siempre en vela ha estado
hasta que el duque ha venido,
mas tan triste y desabrido,
que aunque mi pena divierte;
en mi de una misma suerte
el volver y el irse ha sido;
con desvelo estoi mayor,
que antes que el duque viniera,
que siempre mi amor altera,
y mi fortuna un temor;
mas tambien puede el amor
engañarse con recelos,
de fantásticos desvelos;
haced pues noche importuna
con mi amor y mi fortuna:
treguas, temores y celos.

VOCES DENTRO.

Viva, viva en Castilla, y en Leon,
el segundo rei don Juan,
y el príncipe don Enrique.

D.ª ALDONZA.

Ya los reyes, vuelven sin duda,
de la capilla real;
de dar gracias por los años
del príncipe, que inmortal
viva á Leon, y á Castilla,
y recelo que no va
con ellos el duque, y pienso
que se intentan retirar
á este cuarto de la reina
con el príncipe no mas:
á los criados ahora,
han mandado despejar,
y á las damas: cuanto veo
son misterios: ¿ qué será
tan suspensa confusion
tan confusa novedad,
flechándolos, imajino

rayos, y cometas ya,
que el recelo me adivina
portentos: ¡ cielos piedad!

ESCENA XVI.

D. Juan con muchos memoriales en la mano, doña Isabel, don Enrique con espada y capa y mucho acompañamiento de damas y caballeros.

D. Juan.

No he tenido mejor dia
despues que llegué á reinar
en Castilla, ni en Leon
con tanta prosperidad;
si no me le hubiera agua
tanto disgusto y pesar
tanto número de enojos,
y tanto ingrato desman;
pues al salir y al volver
no me han dado un memorial
sin una queja del duque;
todos en su ofensa estan,
todos justicia pidiendo
contra su lubricidad;
todos contra su torpeza
pidiendo venganza igual:
¿es posible qué ha podido
de esta manera pagar
á un rei, un vasallo ingrato,
tanto bien, con tanto mal?
¿Es posible que del duque
de Arjona llego á escucha
culpas tan feas? ¿qué al fin
salió la duda verdad?

D. Fadrique, (dentro).

Apartad, que solo yo

en cualquier parte que está
el rei, puesto que de todos
se retire, puedo entrar.
Señor vuestra alteza goce (Sale).
con larga felicidad,
á Enrique, y cumplir le vea
muchos años: ¿como os vais?
¿como me negais los ojos,
que dándome aliento estan
como el sol, pues con su ocaso
la vida me ha de faltar?
¿qué es esto señor, señor?

D. Juan.

Duque de Arjona no mas.

D. Fadrique.

Señor, en que os he ofendido
¿de que rayos os armais
contra mi pecho, pues de él
erais el laurel real?
¿qué causa contra mi os mueve
á tanta severidad?
¿qué ocasion? pues vuestra gracia
en mi fé porque inmortal....

D. Juan.

De vos, ó duque de Arjona,
grandes querellas me dan
las mujeres, y los hombres,
de lo ilustre y lo vulgar;
todos contra vos en Burgos,
claman, porque apenas hai
mujer que no ofenda altiva
vuestra loca voluntad.
Tan fieles vasallos, duque,
con esto me alborotais;
que por vos ha estado á pique
de perderse esta ciudad,
y no es razon, que aventure
sin castigo, á esta maldad,
tantos vasallos leales,

por uno tan desleal;
dando á entender, que soi solo
de tiranos á pesar;
en Castilla, y en Leon
el segundo rei don Juan. (Vase.)

D. Fadrique.
¡Valgame el Cielo! ¿qué es esto?
¿qué furiosa tempestad
hoi contra mí ha levantado
tan repentino uracan?
Señora, de vuestra alteza,
con el rei me he de amparar,
para que por vos conozca,
mi fé, mi amor, mi lealtad,
que envidiosos enemigos;
de mi bien....

D.ª Isabel.
Duque, jamas
cansar al rei solicito:
otra intercesion buscad.

ESCENA XVII.

Don Fadrique, solo.

Fortuna, todas las puertas
parece que me cerrais;
pero el cielo es el que siempre
se queda, de par en par;
y cuando el rei no me escuche
el cielo me escuchará,
que es el mas seguro juez,
pues que sabe la verdad;
que el rei es hombre, y se engaña,
y vive Dios, que soi mas
leal.

ESCENA XVIII.

Don Fadrique y Doña Aldonza.

D.ª Aldonza.

¿Qué es aquesto señor?

D. Fadrique.

Duquesa, morir, y dar
al traste con el bajel,
que al piélago aró el cristal;
y hoi, por verdinegros rizos
de las arenas del mar,
y correr presume el campo
de zafir y de coral.

D.ª Aldonza.

Pues valor, duque, valor,
porque es cuando importa mas,
en las desdichas, que nunca
lució en la prosperidad.
Porque cuando todo el mundo,
os venga, duque, á faltar;
es faltaros vos, á vos
última civilidad.

D. Fadrique.

Vos duquesa, solamente,
para escudo me bastais,
contra mundos de desdichas,
que corre vuestra beldad,
con vuestro valor parejas.

ESCENA XIX.

Dichos, y Don Alvaro.

D. Alvaro.

¿Duque, mi señor?

D. Fadrique.

Seais,
señor don Alvaro bien
venido, que la amistad
vuestra, como debo estimo.

D. Alvaro.

Sabe Dios...

D. Fadrique.

No me digais
nada, que ya sé quien sois
y sé que habeis de mostrar
lo que me debeis: ¿quién es?..

ESCENA XX.

Los precedentes y el Conde.

D. Alvaro.

El conde de Santorcaz.

D. Fadrique.

¿Qué manda vueseñoría?

Conde.

Señor, su alteza...

D. Fadrique.

Adelante.

Conde.

Me ha mandado señor duque,
que os saque de la ciudad
preso con jente mucha
y desde allí os lleve.....

D. Fadrique.

¿Hai mas?

Conde.

A Peñafiel con don Tello
de Lara, que espera ya,
por vuestra guarda mayor,

con cien monteros, que están
señalados, para vuestra
prision.

D. FADRIQUE.

Si no hai que esperar
mas órdenes, vamos, conde,
como es justa cosa ya:
obedeced, á su alteza.

CONDE.

Señor duque, perdonad,
que esto es hacer lo que el rei
me manda.

D. FADRIQUE.

Vuestra lealtad
conoce, conde, y yo, y todo,
pues os hice capitan
de la guardia, al parecer,
para prenderme no mas.

CONDE.

Sirvo al rei.

D. FADRIQUE.

No sé por Dios.

CONDE.

Yo si.

D. FADRIQUE.

Conde, bien está;
que ya os conozco, y de mi
sé que soi el mas leal
vasallo que el rei ninguno
desde el primer hombre aca
ha tenido, que cobardes,
con envidia y falsedad,
me han vendido con su alteza;
mas esto es nunca acabar;
vamos, conde.

CONDE.

Aun de esta suerte (Ap.)

soberbio este monstruo está.

D. Fadriqhe.

A dios duquesa ; ea , nadie
me llore, que esto no es mas
que llevar , duquesa, el oro,
á el crisol á ecsaminar,
porque despues de acendrado
en la fé y en la lealtad ;
en las frentes de los reyes
por corona vuelva á estar.
Señor don Alvaro , á Dios ,
y á la duquesa no mas
os encomiendo , acudilla ,
como por quien sois , estais
obligado ; que yo voi ,
sin que lo llegue á escuchar
la duquesa á morir; Luna
de Aragon , que al sol venzais ,
que no prenden para menos
hombres , como yo jamas.

D. Avaro.

Por vuecelencia y por ella
os doi palabra de dar
muestras de quien soi al mundo.

D.ª Aldonza.

De llanto soi un volcan ,
porque cuanto ecsalo es fuego.

D. Alvaro.

No estoi en mí de pesar.

D. Fadrique.

¡Ai duquesa de mi vida!

D. Alvaro.

Yo os tengo de acompañar.

Conde.

A nadie da el rei licencia.

D. FADRIQUE.

Cúmplase su voluntad,
y la de mis enemigos:
vamos pues, no espere mas
con las órdenes del rei
el conde de Santorcáz.

CONDE.

Vamos.

D. ALVARO.

En llanto me anego.

D.ª ALDONZA.

Tras el duque se me va
el alma, desdichas mias,
pues vencisteis, descansad.



ACTO TERCERO.

SALON REJIO DE PALACIO.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE y GAVILAN.

GAVILAN.

Despues que vueseñoría
las Aldonzas apuró,
y el duque de Arjona dió
al traste como solia,
no me ocupa, y se ha olvidado
de mí, con que se deshizo
lo de ser caballerizo
prometido, y nunca dado;
y vive Dios que anda mal
que fiar de un hombre ocioso,

sobre lacayo quejoso,
cosas de tanto caudal
como las que entre los dos
secretamente han pasado,
no es buena razon de estado,
ni aun razon de establo, por Dios.

CONDE.

Gavilan, la diversion
que en la duquesa de Arjona
mi incurable amor pregona,
causa esa desatencion;
que aunque mi envidia ha cesado
del duque con la caida;
mi amor no, que con la vida
juró acabar mi cuidado;
sirveme de aquí adelante,
Gavilan, en ese oficio,
que hacerte merced codicio,
y procura estar constante
en el secreto, pues es
cosa que importa á los dos.

GAVILAN.

Seré mármol; juro á Dios,
que es mordaza el interés.

CONDE.

Vive Dios que de él recelo: (Ap.)
de este me he de asegurar
con su muerte, sin fiar
de su lengua mi desvelo.
si no me engaño, imajino
que don Alvaro de Luna
á la duquesa de Arjona
acompañó, que procura,
hablar al rei en el pleito
del duque, como acostumbra
algunas veces.

GAVILAN.

Por cierto

que es jentil flema la suya.

CONDE.

¿Ai invencible desden?
¡Ai adorada hermosura!

GAVILAN.

De profundis trae el traje,
y la cara de aleluya.

ESCENA II.

Los mismos, doña ALDONZA y don ALVARO.

D. ALVARO.

Siempre me precio, señora,
ser de vuecelencia hechura,
y del duque mi señor,
porque es lo que mas me ilustra,
siempre de ser escudero
de su casa, que ninguna
sangre mas deuda la tiene
que quien le debe á la suya
lo que yo; de esta verdad
esperiencias verá muchas
Castilla, y el mundo presto.

D.ª ALDONZA.

De eso, don Alvaro, nunca,
por mozo, ni cortesano
nadie de sus finezas duda.

D. ALVARO.

Soi Luna de aquel Lucero
que aünque eclipsado me alumbra.

GAVILAN.

Mui introducido veo
al señor don tal de Luna
en la corte, y en palacio;

mucho de la llave rubia
y Socuellamos se vale:
yo lo conocí sin pluma,
que para volar tomara
la plaza de una lechuza
y ahora, con que presunciones
de noble pollo hace punta,
á los signos, y planetas
mui falso con su fortuna.

CONDE..

Y á mí me cansa por Dios
sin saber en que se funda,
este aragones mozuelo
todo soberbia y locura.

GAVILAN.

No hai sino echarle unas pocas
de Aldonzas, como verrugas;
receta con que se sana
de semejantes figura.

D.ª ALDONZA.

Aquí está el conde.

CONDE.

Aquí está,
quien siempre ocasiones busca,
de servir á vuecelencia.

D.ª ALDONZA.

No sé que os deba ninguna
hasta ahora.

CONDE.

Soi vasallo,
y obedecer, es lei justa
á mi rei.

D.ª ALDONZA.

Si todas, con fe,
las lenguas nacieran mudas,
aunque es justa la obediencia
ociosa estubiera alguna.

CONDE.

Introducidos, y vanos
á vuecelencia la adulan,
que solicitan con maña
adelantar su fortuna,
pareciendo agragecidos.

D. ALVARO.

Siempre lisonjas se escusan
en casos, conde, que todos
por verdad los aseguran.

CONDE.

¿Qué es esto? ¡conmigo vos,
bizarro!

GAVILAN.

Los dos empuñan
las espadas, aqui temo
una brava escaramuza:
con quien vengo, vengo.

D. ALVARO.

Conde,
con vos, ó con quien presuma
mucho mas que vos, que soi
servidor del duque, y Luna
de Aragon.

DENTRO VOCES.

Plaza.

GAVILAN.

El rei entra
por montante ahora.

CONDE.

Mucha
soberbia este paje tiene
yo le cortaré la pluma
de las alas, porque vuele
mas tierra á tierra, no suba
tan aprisa á remontarse
de lo que era ayer.

GAVILAN.

Gran junta
de ricos hombres el rei
hacer en Burgos procura,
pues tantos hoi le acompañan
sobre la causa sin duda
del preso duque de Arjona
que ha de padecer sin culpa.

ESCENA III.

Los antedichos, don JUAN, leyendo una carta, y séquito de ricoshomes.

D. JUAN.

Don Enrique de Villena,
mi tio, que por ser suya,
se apellidó de este nombre;
de una enfermedad oculta
á los medicos, ha muerto
en Madrid, con que me usurpa
la desdicha, los dos deudos
en Castilla, y en Asturias
sangre de Enrique, mi abuelo,
mas cercana y mas segura
tenian.

D.a ALDONZA.

¿Señor?

D. JUAN.

¿Quien sois?

D.a ALDONZA.

Una vana ilusion, una
sombra de lo que antes fui,
una enigma, y duda
de mi valor; de mis bienes
una esperanza difunta,

y una imajen de la muerte,
que dibujó la fortuna,
que á los sabios escarmienta
que á los pobres asegura,
que advierte á los confiados,
que á los dormidos madruga,
que á los desdichados templa,
y á los dichosos alumbra.

D. Juan.

No ha sido poca lisonja,
á penas que son tan justa
no conoceros duquesa:
quien os desconoce, os juzga
mejor; levantaos del suelo;
¡ó trajedia sin segunda!
¿qué es lo que decis ahora?

D.ª Aldonza.

Señor, aunque al duque imputan
tantos delitos, que son
tambien en ofensa mucha
de mi amor, que á no pensar,
que falsamente le acusa
la envidia vil de válido,
siempre jeneral injuria,
hubiera perdido el seso;
pues vuestra sangre es la suya:
venza al rigor la piedad
la dicha á la desventura,
á la indignacion el deudo,
y su valor á la culpa.

D. Juan.

Saben los cielos, duquesa,
que la siniestra fortuna
del duque, siento en estremo;
pero es forzoso que cumpla
con la justicia que debo,
español, Troyano y Num ,

á mis vasallos guardar:
de vuestra mucha cordura
os valed, que á Cortes llamo
los ricos hombres, que ilustran
á Castilla y á Leon,
que son los que siempre juzgan
con el rei de tales hombres
las causas, y á la mas justa
sentencia han de resolverse
que convenga con su culpa:
y lo propio fuera á ser
Enrique el que me disgusta,
con tan torpes desacatos,
con tan bárbaras injurias,
que no es rei el que á esto falta
por obligacion ninguna,
y la justicia no mas,
los vasallos asegura.

D.ª Aldonza.

Con morir habré cumplido
si en tan desdichada suerte
hai para los tristes muerte,
que antes dichosos han sido.

ESCENA IV.

Los mismos, Doña Isabel, y Doña Francisca.

D. Juan.

La reina viene.

D.ª Francisca.

Aqui está
con su alteza, la duquesa
de Arjona.

D.ª Isabel.

La envidia cesa
siempre en la lástima: ya

doña Francisca Pacheco,
me enternece esta mujer.

D.ª Francisca.

Eso señora es tener
vuestra sangre.

D.ª Isabel.

Solo el eco
de lo que fué, le ha quedado,
al parecer.

D.ª Francisca.

Del rigor
del tiempo, en ella el mayor
ejemplo se ha acreditado.

D.ª Aldonza.

La mano de vuestra alteza,
á una vasalla y criada,
la mas triste, y desdichada
que formó naturaleza,
que si su mano me dá
conforme tiene el poder
dichosa me podrá hacer.

D.ª Isabel.

De la tierra os levantad,
y estad segura duquesa
que lo siento, y sabe el cielo,
que de vuestro desconsuelo
dentro del alma me pesa.
Y todo el justo favor,
que en esto huviere lugar,
duquesa, os prometo dar
con el rei nuestro señor,
pues os tiene obligaciones
por vos, y el duque, su alteza,
para que de su grandeza
espereis largos perdones;
que yo de rodillas hoi
se lo suplico.

D. Juan.

Señora,
vuestra alteza que no ignora
la obligacion en que estoi.
á la justicia, primero
me ha de disculpar consigo
no soi rei, sino castigo:
ser rei en Castilla espero,
administrando justicia;
sin que contraste este intento,
la sangre, ni el valimiento,
el favor, ni la malicia.
Hoi lo determinarán
con mi consejo de estado,
los que á Burgos he llamado
á Cortes; ellos darán
la sentencia, que al delito
del duque compete, y nada
de mi justicia la espada
doblará; que solicito
que de don Juan el segundo
tan retrato del primero;
el nombre de justiciero
quede á Castilla y al mundo.

D. Alvaro.

Esta es la ocasion mayor, (Ap.)
que para mostrar he sido
al duque reconocido,
me puede dar el valor.
Don Juan heróico, en Castilla
el segundo de este nombre,
y el sin segundo, entre cuantos
reyes la Europa conoce;
inclita Isabel, de aquellos
ilustres, projenitores
reyes portugueses, Fenix
que para que nazcan soles
á Castilla y á Leon
alba os aclaman los montes

de tanto imperio, que aguardan
sus dorados esplendores;
con la licencia que os pido,
y debidas permisiones
que un valor agradecido
de otro valor, pide á voces:
yo don Alvaro de Luna,
caballero de la orden
de nuestro apostol Santiago,
patron de los españoles,
de la camara del rei
de Castilla, jentil hombre,
dignidad, que ha ennoblecido
tan jenerosos blasones,
y comendador al fin
de Socuellamos; en nombre
del gran duque de Arjona,
de Sarria marqués, y conde
de Lemos y Trastamara:
digo que su sangre corre
voz, que le desacredita
en estos reinos, á donde
padeciendo su opinion,
al presente está en prisiones,
con escándalo tan grande
en el castillo, y las torres
de Peñafiel; y yo haciendo
lo que debo á los favores
y beneficios, que de él
recibidos tengo, sobre
la cruz de esta espada; puesta
la mano que se dispone
á defenderlo en palabras,
con obras mucho mayores;
reto y llamo á desafio,
á todos los infanzones
de Castilla, caballeros
hidalgos y ricos hombres,
del rei, y príncipe abajo,
del mas plebeyo, al mas noble
;

á cualquiera al fin que llegue
con las imajinaciones
á pensar que don Fadrique
Enriquez, por sobrenombre
Castro tambien, duque ilustre
de Arjona; digno que en bronce
y en marmol, le inmortalice
la fama, por muchos orbes
no ha andado siempre leal,
y á la grandeza conforme
de su sangre remontando
tan altos antecesores.
De quien se orijina al mundo
con tantas aclamaciones
como le dan tantos Muzas,
tantos Tarfes, y Almanzores,
tanto estandarte Africano,
que al sol tremoló sin orden,
que á tus pies como la mía
tanta Luna alarbe pone;
y en la culpa, que al presente
le imputan bárbara, y torpe
contra el cielo, y juntamente
contra la lei de los hombres;
que mienten mil veces digo
á los altos, ricos, y pobres
los que lo dicen, ó piensan,
los que lo ven, ó lo oyen:
mienten los que se han quejado,
mienten los acusadores,
mienten los testigos, mienten
las villanas presunciones,
de todos los enemigos;
y esto mi valor se espone
á sustentar contra el mundo
con este brillante estoque,
que me ciñó de su mano;
porque de sus filos, cobre
réditos el principal
que mi fé le reconoce

para cuyo intento, vengo
con estas mismas razones,
de este cartel prevenido,
porque sirva de pregones
de mis bizarros intentos,
de mis altos pundonores
de tan jenerosa empresa,
que ha de darme eterno nombre,
porque de esta suerte es justo
paguen las obligaciones,
que deben los caballeros, (*)
á tan ilustres señores.
Que esto es ser agradecido
ser valeroso, ser noble,
tener honra, tener alma:
vuestras Altezas perdonen. (*)

D. Juan.

¿Asi se pierde el respeto,
asi el decoro se rompe,
que se debe á la persona
real, con tanto desorden?
prendedle, matadle, hacedle
por aquellos corredores
pedazos; pero dejadle
dejadle, á ver que responde
do tan loco atrevimiento
á las preguntas é informe.

D.ª Aldonza.

Bien ha mostrado quien es
don Alvaro.

D.ª Francisca.

No vio Venus
mas gallardo Adonis, cuando
pisó de Arcadia los montes.

D.ª Isabel.

¡Gran valor!

(*) Clava el puñal en el cartel.
(*) Clava el cartel en la puerta lateral.

CONDE.

Que presto el paje
que se levanta á mayores
con dos dedos de valido:
yo le haré que se reporte.

D. JUAN.

Retirese vuestra alteza,
con la duquesa de Arjona,
que importa, que su persona
no esté aqui.

GAVILAN.

Por la cabeza
no daré, aunque es tan briosa,
del tal don Alvaro un cuarto.

D.ª ISABEL.

Venid duquesa.

D. ALDONZA.

Yo parto (Aparte.)
de la vida recelosa
de don Alvaro de Luna.

D. FRANCISCA.

Del riesgo en que está la vida (Aparte.)
de don Alvaro, perdida
voi de recelos. (Vanse las damas.)

D. ALVARO.

Fortuna
ya he hecho lo que he podido,
y á lo que estoi obligado,
si conmigo te has cansado
valor, no favor te pido.

D. JUAN.

Ea, despejad los demas.

CONDE.

Su arrogancia ver espero
castigada que la igualo
á la del duque de Arjona:
que este paje aragones

sin saber nadie quien es,
de rayo de el sol blasona. (Vase).

ESCENA V.

D. JUAN y D. ALVARO.

D. ALVARO.
Nunca puedo arrepentido
estar de lo que intenté,
porque cumplí con la fé
de quien soi.

D. JUAN.
Todos se han ido:
dame don Alvaro ahora
los brazos, que vive Dios,
que hombres tales como vos
mucho mundo los ignora:
gran sangre en vos se atesora,
pues cuando contra un caido
cuantos de él han recibido
bien, ingratos se han mostrado;
vos solo habeis obstentado
saber ser agradecido.
Esa no usada fineza;
en vos Luna de Aragon,
me descubre un corazon,
que está brotando nobleza:
tan bizarra jentileza
un imperio merecia
que aunque pareció osadia
al respeto adelantada,
ya la trujo perdonada
la razon, porque se hacia.
Hombres, que saben volver
aventurándolo todo,
por su amigo de este modo;
son los que yo he menester,

porque me dan á entender
cuando tan finos están,
en las señales, que dán,
de que hoi he sido testigo;
que teniendo un rei amigo
mejor por su rei lo harán.
Cuando hoi al duque de Arjona
agradece de esta suerte,
mas valeroso me advierte,
que lo hará por mi persona;
pues es lealtad, que le abona
por buen vasallo, y asi
don Alvaro desde aqui,
por mi amigo os he elejido,
que el veros agradecido
hará prodijios en mí.
Señor de Villena os hago
con título de marques,
y espero haceros despues,
gran maestre de Santiago;
que lei tan grande no paga
con tan pequeño favor;
merced aguardad mayor
en albricias de que hallé
un obligado con fé,
y un amigo con valor.

D. Alvaro.

Señor, que agradecimiento
de una vez, podrá pagar
tanta merced, sin quedar
corto, aun con el pensamiento,
este, que con rendimiento,
á vuestra alteza he debido,
vivirá contra el olvido
á vuestros pies.

D. Juan.

Bien está
amigo, marques, que ya
lo que sois he conocido:
¿ Ola ?

ESCENA VI.

D. Juan, D. Alvaro y el Conde.

Conde.

Señor, ya está llena
Burgos de esta libertad.

D. Juan.

Conde, á su casa llevad
preso al marques de Villena.

Conde.

No entiendo lo que me ordena
vuestra alteza, que despues
de su tio, quien lo es,
no sé en Castilla, ni adonde
está.

D. Juan.

Don Alvaro, conde,
es de Villena marques:
llevadle á su casa preso
ahora como os lo digo
y advertid, que es mui mi amigo
el marques.

Conde.

Perderé el seso
con tan notable suceso;
prision, merced, y amistad,
tan grande felicidad
loco me basta á volver.

D. Juan.

Esto conviene hasta ver
sosegada la ciudad
que es cumplir con la Grandeza
de mi obligacion los dos:
marques de Villena á Dios. (Vase.)

D. Alvaro.
Guarde Dios á vuestra alteza.

Conde.
Favor, castigo, y terneza,
ó es enigma, ó es porfia.

D. Alvaro.
Con vos preso el rei me envia:
vamos Conde norabuena.

Conde.
Señor marques de Villena,
venga, pues, vueseñoria. (Vanse.)

ESCENA VII.

SALA DEL CUARTO DEL DUQUE DE ARJONA.

Doña Aldonza, y una Criada con dos bujias; ponelas en un bufete, y se vá.

D.ª Aldonza.
En vano contra la adversa
fortuna el valor resiste,
y quien desdichas defiende
tambien se mete á infelice:
esto en don Alvaro causa
que con él el rei se indigne;
¿Qué le vale á un desdichado
el intentar imposibles?
volvamos desengañados
á este retiro, á esta triste
prision de mis soledades,
duras siempre, y siempre firmes,
y venga la obscura noche
porque mis ansias le imiten
para tener compañeros
en las tinieblas que viste. (Vase.)

ESCENA VIII.

El Conde, con una llave en la mano.

Conde.

Venid á morir cuidados,
ó á vencer este imposible,
porque acabe mi esperanza
de matarme, ó de mentirme:
con esta llave maestra,
con que loco me previne
de amor al cobarde amparo
de la noche que me sirve
con el silencio, y las sombras
de embozo, para encubrirme;
porque no hai traicion que parta
con el sol dorados lindes,
piso el cuarto, ó mido el cielo
de esta soberana esfinje,
á quien los once cristales
estrellas, y soles miden
que aunque es dentro de palacio,
que es sagrado á quien se rinde
amor, he de profanarlo
si el deseo no me finje
comodidad: todo está
en silencio, y al eclipse
del sueño los dos luceros
que al sol, por soles asisten;
rendidos sin duda están,
intentad amor rendirles
tambien, pues tantos tachona
el cielo que antes vencisteis.
Mujer es, y estando sola
aunque á mi amor se resiste,
á mucho embate de ruegos
ninguna empresa es difícil

Vamos, y muera yo á manos
de su rigor invencible
y no al de mis pensamientos,
que para matarme viven.

ESCENA IX.

El Conde y don Alvaro.

D. Alvaro.

El cuerpo le he hurtado al rei,
que con él de rondar vine
á Burgos, como acostumbra
desde el suceso infelice
del duque; y tras de las sombras
de un hombre tan invisible
que á estas horas recatado,
de las que las noches finje,
de este cuarto abrió la puerta,
donde la duquesa vive
de Arjona; de sus intentos
quise investigar los fines,
como á quien del duque tocan
por noble amigo, y por firme
tan grandes obligaciones
con que siempre he de servirle.

Conde.

A la empresa, que me espera
amor volvamos, pues fuiste
de tanta deidad trofeo
para blasones de Chipre.

D. Alvaro.

Las puertas se dejó abiertas
y el hombre es este que insisto
á pasar mas adelante.

D.ª Aldonza, dentro.

¿ Ola ?

CONDE.

La voz de mi Circe
adorada, es esta.

D.ª ALDONZA.

¿Ola?

D. ALVARO.

Esta es la duquesa.

CONDE.

Viven
los cielos que he de atreverme
si montañas de imposibles
se me oponen.

D. ALVARO.

El conde es
de Santorcaz, ó finjirme
esto la noche pretende.

ESCENA X.

Los anteriores, y doña ALDONZA con ropa de levantar.

D.ª ALDONZA.

Ya debieron de rendirse
al sueño mis damas todas,
y criados, pues no asiste
aqui ninguno.

CONDE.

Parece (Ap.)
que sale lloviendo abriles.

D.ª ALDONZA.

No sé que estruendo se ha oido
aqui fuera, que á vestirme
otra vez me obliga.

CONDE.

¡Ai Dios! (Ap.)
con todo el cielo compite.

D. ALVARO.

En notable confusion,
me tiene este caso.

CONDE.

Obligué
mi amor tu pecho:

D.ª ALDONZA.

¿Quién es?

CONDE.

Vuecelencia no se admire
ni se altere, que mi amor...

ESCENA XI.

Los precedentes, y don JUAN que se queda á la puerta.

D. JUAN.

Tras don Alvaro que sigue, (Ap.)
no sé que intento, en el pleito
de la duquesa, entrar quise
aunque de mí ha procurado
recatarse, y encubrirse.

D.ª ALDONZA.

Villano conde, no mas
y pensamientos tan libres
sabré castigarlos, cuando
el cielo no los castigue.

D. ALVARO.

¿Qué esté atrevimiento tenga (Ap.)
contra el blason invencible
del duque un traidor, y siendo
Española Veronice
la duquesa, ose miralla

y loco la solicite?
sin mi estoi

D. Juan.

¡Raro suceso! (Aparte,)

Conde.

Amor, en peñas escribe
sentimientos.

D. Juan.

Aqui está (Aparte.)
don Alvaro, y alli finje
sombras la noche, á los ojos;
ó amantes favores, pide
el conde de Santorcaz,
con persuasiones terribles,
á la duquesa de Arjona,
que desnuda se permite
á su vista.

D.ª Aldonza.

¿Ola? ¿Ola?

Conde.

En vano á mi amor resistes.

D. Alvaro.

No de voces vuecelencia,
que aqui tiene quien limite
tan locos impulsos.

D.ª Aldonza.

Vos
don Alvaro siempre fuisteis
la defensa de esta casa,
y contra culpas tan libres
que os trajo el cielo sospecho.

Conde.

Parece que me persigue
todo el rigor de los cielos.

D. Alvaro.

Vuecelencia se retire,
y con el conde me deje,
porque con el averigue,
este descato. (Vase doña Aldonza).

Conde.

Tengo
valor mucho, aunque se fié
del favor del rei el vuestro. (*),

D. Alvaro.

Conde, ahora se remite
á los aceros, que en ellos
el que es propio al dueño sirve.

D. Juan.

Ha de la guardia, criados.

D. Alvaro.

Estos apcsentos tiñe
con tu sangre, pues con plantas
aleves los ofendistes.

D. Juan.

Ha de la guardia, soldados.

Conde.

Muerto soi, detente.

ESCENA. XII.

Cae el Conde, y sale doña Aldonza con luces, Mendo, y despues don Juan.

D.ª Aldonza.

¡Ai triste!

Mendo.

Aqui es el rumor.

(*) Sacan las espadas.

D. Juan.

Hechad
por tierra todas las puertas,
que no estuvieren abiertas.

Mendo.

Todas lo estan.

D. Juan.

Pues entrad.

D. Alvaro.

Este es el rei, que sin duda
me siguió, y con luz asoma
la guardia.

Conde.

En mi vida toma
el cielo venganza.

D. Alvaro.

Acuda
esta espada á vuecelencia,
que al conde se le ha caido
y al rei dé á entender que ha sido
castigando esta insolencia
con su mismo aleve acero
de su muerte autor asi,
que esto nos conviene á mí,
y á vuecelencia primero,
no sé impute á deslealtad
hoi mi delito por ser
en palacio; y en mujer
es valor.

D.ª Aldonza.

Decis bien.

ESCENA XIII.

Don JUAN, doña ALDONZA, don ALVARO, y acompañamiento con hachas.

D. JUAN.

Llegad.
¿Qué es esto duquesa?

D.ª ALDONZA.

Haber
dado venganza á mi honor
con la muerte de un traidor;
él os podrá responder
lo demas, que á su derecho
si tiene alguno, le toca,
que ya le dejo otra boca
con que á esto acuda en el pecho. (Vase.)

ESCENA XIV.

Los mismos, menos doña ALDONZA.

D. JUAN.

¡Raro caso!

D. ALVARO.

¡Valor raro!

D. JUAN.

¿Acá estabais, marques, vos?

D. ALVARO.

Casi llegamos los dos
á un tiempo; mas sin reparo
que aunque mas apresuré,
manos y pies al ruido,
con su acero mismo herido
al conde en el suelo hallé.

D. JUAN.

¿El conde de Santorcaz?

CONDE.

Señor, si que es menester
al cielo satisfacer
antes que quede incapaz
de la vida y la razon,
de un delito sin segundo,
de que al cielo, á vos, y al mundo
debo la restitucion,

D. JUAN.

Retirad al conde, pues,
que no es justo hablar aquí.

D. ALVARO.

Del suceso estoi sin mí.

D. JUAN.

Sois quien sois: vamos, marques,
y entre tanto quedará
con algunas guardias presa
en su cuarto la duquesa.

D. ALVARO.

Señor, señor....

D. JUAN.

Bien está. (*)

ESCENA XV.

DECORACION DE PRISION.

Don FADRIQUE escuchando una voz que canta lo siguiente.

VOZ.

Escollo armado de yedra,
yo te conocí edificio,

(*) Los de la guardia retiran al conde.

ejemplo de lo que acaba
la carrera de los siglos:
de lo que fuiste primero
estas tan desconocido,
que de tí mismo olvidado,
no te acuerdas de tí mismo.
Nadie se escapa del tiempo,
que aunque tarde á los principios,
como hai para tristes muerte,
hai para piedras castigo.

D. Fadrique.

No canta mal, y parece
que contó el estado mio
la letra; ¿á quién de mis guardas
habré esta piedad debido?
No hai verso en lo que ha cantado,
que no esté hablando conmigo,
que despertador no sea
de las glorias que he tenido,
de las dichas que he gozado,
de las mercedes que he visto,
de las honras que me han hecho,
que se han desaparecido
todo como sombra vana,
sin que señal ni camino
haya en mí dejado, tanto
que apenas cuando me miro
en el estado en que estoi,
pueden decir mis sentidos:
Escollo armado de yedra,
yo te conocí edificio.
De aquella fábrica ilustre
que á ecsaminar á los siglos
se levantó sobre el viento
acreditando prodijios;
¿qué de ruinas han quedado?
que al tiempo horror no hayan sido,
ejemplo de lo que acaba
la carrera de los siglos?

Pues de tu fama primera
estás tan desconocido,
que de tí mismo olvidado,
no te acuerdas de tí mismo.
Pero consuéleme en tantos
trájicos sucesos mios,
que hai para los tristes muerte,
si hai para piedras castigo.
¿Es posible que yo soi
don Fadrique Enriquez, hijo
de tantas claras hazañas,
con tanto aplauso del siglo?
¿yo soi el duque de Arjona
que tantos servicios hizo
al rei don Juan el segundo,
por dos partes mi sobrino?
¿Soi yo á quien llamaron todos
los que admiró el valor mio
el Lucero de Castilla,
por leal y por bienquisto?
¿Pues cómo envidias villanas,
pes cómo, falsos testigos,
cómo mentiras de aleves
y cobardes: han podido
borrarme de la memoria
del mundo, sin que un amigo
ni un deudo de mí se acuerde?
¡Ha! ¡como á los desvalidos
¡achaque del mundo antiguo!
¡Ai duquesa de mis ojos!
todo de una vez les falta!
sola entre tantos olvidos
tu memoria me acompaña,
que están hablando conmigo
al parecer, por intantes,
las lágrimas y suspiros!
Voz.
Esto á las sordas ruinas
de un peñasco, Laura dijo,

que de castigos de amor
tambien es peñasco vivo.

ESCENA XVI.

Don Fadrique y Gavilan.

Gavilan.

De uno en otro aposento
de este preñado castillo,
que Dios alumbre con bien,
de un duque sietemesino;
sin encontrar un montero
que guarde aqueste domingo,
he entrado hasta aquí.

D. Fadrique.

¿Quién es?

Gavilan.

El duque es este que miro,
ó estoi borracho, que todo
puede ser sin ser delito.

D. Fadrique.

¿Es Tello de Lara?

Gavilan.

Soi
un hidalgo que Dios hizo,
como á don Tello tambien.

D. Fadrique.

Pienso que os conozco, amigo.

Gavilan.

Si conoce vuecelencia.

D. Fadrique.

Decid, ¿á que habeis venido
á Peñafiel?

Gavilan.

Con un pliego

que debe de ser aviso
para don Tello de Lara,
segun dice el sobrescrito,
del conde de Santorcaz,
porque volví á su servicio:
y sin haber encontrado
montero grande ni chico
de los que os guardan, me entrê
hasta aquí, que de válido
se le quedó á vuecelencia
como tan grande ministro,
no tener puerta cerrada.

D. FADRIQUE.

Del descuido no me admiro,
que en la obediencia del rei,
yo soi guarda de mí mismo;
que soi quien mejor me guarda.

GAVILAN.

Asi me lo ha parecido

D. FADRIQUE.

¿Que dicen de mi en la Corte?

GAVILAN.

Que tiene pocos amigos
vuecelencia, y que con todos
mui poca dicha ha tenido;
solo el marques de Villena,
mas que un coral anda fino
con vuecelencia.

D. FADRIQUE.

Quien?

GAVILAN.

Don Alvaro, que el rei hizo
marques de Villena ya.

D. FADRIQUE.

Sin duda ha muerto mi primo.

GAVILAN.

Que en vuestra defensa puso

un cartel de desafio
en la cámara del rei.

D. Fadrique.

De tales padres es hijo,
y Luna en fin de Aragon:
¡O como en el alma estimo
que el rei, conozca quien es!

Gavilan.

Por estos bizarros brios
le prendió el rei en su casa,
y á mi en este tiempo mismo
me despachó á Peñafiel
el conde, con este aviso.

D. Fadrique.

¿Como, si sabeis, quedaba
la duquesa?

Gavilan.

Siendo vivo
retrato de vuecelencia,
y procurador continuo
de su pleito con el rei.
¡Brava matrona por Cristo
no quitando lo presente!

D. Fadrique.

¿Los reyes, y Enrique?

Gavilan.

Lindos,
como mil flores

D. Fadrique.

Dios guarde
á sus altezas los siglos
que Castilla ha menester
para bien de sus dominios (*)
Esta carta, no es del rei
orden, ni de sus ministros:

(*) Tomale la carta á Gavilan.

desengañemonos todos,
que los presos siempre han sido
amigos de saber nuevas,
y perdone, si es servido
don Tello.

GAVILAN.

En mi vida hice
resistencia en nada, y sirvo
poco en esto á vuecelencia
porque el sobresalto es mio.

D. FADRIQUE, lee.

Amigo Tello: á los dos
importa para el peligro
asegurar, que sabeis,
que el portador que os envio
con esta carta en llegando
le hagais matar, que confio
poco de su lengua, y es
quitar delante un testigo
contra los dos, y en favor
del duque, porque atrevido....

GAVILAN.

A espacio, no mas, no mas,
jentil despacho he traido!
¡no esperabamos mal porte;
pero por eso haré á gritos
esta infamia manifiesta.

D. FADRIQUE.

Que no me hableis mas os pido,
que no quiero saber nada,
tomad este diamantillo
que algunos escudos vale,
que de estimacion, amigo,
no me ha quedado otra cosa;
y escapad de este peligro,
que soi el duque de Arjona,
y valerme de lo mismo

que ellos conmigo se valen,
fuera imitar su delito,
y hago la carta pedazos;
lleve el viento los indicios,
que no me han de merecer
ni aun quejas mis enemigos,
y á Dios.

GAVILAN.

¡Valor tan heróico
el sol ni la luna ha visto!
vive Dios que he de ponerme
en Portugal dando gritos
de dia por los jarales,
de noche por los caminos:
pero don Alvaro viene,
y por eso no prosigo.

ESCENA XVII.

Don FADRIQUE y don ALVARO.

D. FADRIQUE.

No ha de poder la fortuna
hacerme incivil, si vivo
preso mil años por ella:
señor don Alvaro....digo
señor marqués de Villena.

D. ALVARO.

A vuecelencia suplico
sus manos me dé, y me trate,
que es por lo que mas me estimo,
siempre como su escudero.

D. FADRIQUE.

Ya sé que sois mui mi amigo;
dadme los brazos, y luego
decidme, á que habeis venido
que la novedad me estraña
en el estado en que hoi vivo.

D. Alvaro.

Sirviendo , y acompañando
con todo lo mas lucido
de la corte á mi señora
la duquesa , que lo mismo
hacen los reyes , y Enrique ,
y cuantos grandes , y ricos
hombres á Castilla ilustran:
adelantarme he querido
á ganar estas albricias.

D. Fadrique.

Si no me quita hoi el juicio
el alborozo....

D. Alvaro.

Ya llegan.

D. Fadrique.

Salgamos á recibirlos.

ESCENA ÚLTIMA.

Los precedentes, don Juan, doña Isabel, doña Aldonza', don Tello, damas, y acompañamiento.

D. Fadrique.

Vuestras altezas me den
los pies.

D. Juan.

Alzad á los brazos
que á honrarnos con vos venimos
satisfechos de quien sois,
que el cielo con el castigo
de vuestro ofensor, levanta
vuestro nombre no vencido;
que la duquesa de Arjona
siendo por su brazo invicto

nueva Judit española
á los venideros siglos;
con muerte del que es su orijen
por sus aleves designios,
de tan injustas ofensas;
el blason esclarecido
vuestro, como mas despacio
sabreis dejando el retiro
de las nubes como el sol
os sacan mas claro, y limpio.

D. Fadrique.

Tantos favores, señor,
despues de tantos esquivos
desdenes, de la fortuna
parece que son prodijios.

D.a Isabel.

Bastó duque el valor vuestro
contra tantos enemigos.

D. Fadrique.

Siempre me honra vuestra alteza;
y con su licencia pido
los brazos á la duquesa.

D.a Aldonza.

¡Ai dueño de mi alvedrio!

D. Juan.

Hoi he de lisonjearos
con el mas reconocido
amigo que ha celebrado
la fama, ni el tiempo ha visto,
que es el marques de Villena;
y asi duque en regocijo
de este dia he de casarle
por que su gusto he sabido,
con doña Francisca hoi,
dándole en dote á Trujillo
con el título de duque,
restituyendoos al mismo,
valimiento que primero.

D. Fadrique.

Señor, yo pienso que os sirvo
desde Arjona y Trastamara;
por que tengo conocido
al mundo, y á la fortuna
con la esperiencia que he visto:
ese lugar justamente
sea el duque de Trujillo
quien le ocupe, como esté
en mi fortuna advertido;
y por último favor,
á don Tello le suplico
de hecerle merced se acuerde
por lo bien que me ha asistido.

D. Juan.

— Hablaremos despues.

D. Alvaro.

Dando al caso peregrino
del Lucero de Castilla
fin de esta suerte; y principio.

Todos.

A la Luna de Aragon
que siguió sus pasos mismos.

FIN.

MACÍAS.

MACÍAS.

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS

Y EN VERSO

por

Don Mariano José de Larra.



Madrid.
Imprenta de Repullés.
AÑO DE 1834.

DOS PALABRAS.

Hé aqui una composicion dramática á la cual fuera muy difícil ponerle nombre. ¿Es una comedia antigua? Ciertamente que no, pues ha nacido en el siglo XIX. Ciertamente que no, pues mal se atreviera á aspirar á la versificacion y sublimidad de Lope, á la gala y caballerosidad de Calderon, al estro cómico de Moreto, al donaire de Tirso, á la pureza de Alarcon. ¿Es una comedia moderna segun las reglas del género clásico antiguo? Menos. Ni es comedia de costumbres, ni comedia de carácter. Ni me propuse al imaginarla seguir las huellas de Plauto y Terencio, ni tuve al concebirla la loca osadía de imitar á Moliere ó á Moratin. ¿Es una tragedia como la entienden los rigurosos Aristarcos? Ni tiene la sencillez enérgica de Esquilo, ni la humilde sublimidad de Sófocles. Ni está escrita toda en verso heróico; ni es su estilo siempre altamente entonado; ni pueden reputarse sus escenas todas dignas del levantado coturno; ni son sus personages los favoritos de Melpómene. ¿Es un drama misto, de grande espectáculo, perteneciente al género bastardo introducido en la literatura á fines del siglo pasado? No hay en él grandes efectos levantados sobre débiles fun-

damentos, no hay escenas de imponente y charlatanesca fraseologia, no hay tempestades, no hay horrendos crímenes. ¿Es un débil destello siquiera de la colosal y desnuda escuela de Victor Hugo ó Dumas? ¿Es un drama romántico? No sé qué punto de comparacion puedan establecer los críticos entre Antonny, Lucrecia Borgia, Enrique III, Triboulet y mi débil composicion. – ¿Qué es pues Macías*? ¿Qué se propuso hacer el autor? – Macías es un hombre que ama, y nada mas. Su nombre, su lamentable vida pertenecen al historiador; sus pasiones al poeta. Pintar á Macías como imaginé que pudo ó debió ser, desarrollar los sentimientos que esperimentaria en el frenesí de su loca pasion, y retratar á un hombre. Ese fué el objeto de mi drama. Quien busque en él el sello de una escuela, quien le invente un nombre para clasificarlo, se equivocará. – ¿Para qué ha menester un nombre? – ¡Ojalá no se equivoque tambien quien busque en Macías alguna escena interesante, tal cual sentimiento arrancado al corazon, un amor medianamente espresado y un desempeño feliz!*

PERSONAS.

DON ENRIQUE DE VILLENA, *Maestre de Calatrava.*
MACÍAS, *su doncel.*
ELVIRA.
FERNAN PEREZ DE VADILLO, *hidalgo, escudero de don Enrique.*
NUÑO HERNANDEZ, *padre de Elvira.*
BEATRIZ, *dueña jóven de Elvira.*
RUI PERO, *camarero de don Enrique.*
FORTUN, *escudero de Macías.*
ALVAR, *criado de Fernan Perez.*
UN PAGE DE DON ENRIQUE.
DOS PAGES QUE NO HABLAN.
HOMBRES ARMADOS.

La época es uno de los primeros dias del mes de Enero de 1406.

La escena es en Andujar, en el palacio de don Enrique de Villena.

ACTO PRIMERO.

(Habitacion de Elvira. Puertas laterales y foro. Adorno del tiempo.)

ESCENA I.

FERNAN PEREZ. NUÑO HERNANDEZ. (1)

NUÑO.

Venid conmigo, el hidalgo;
en esta cámara entremos,
donde con secreto hablemos.
¿Me habeis menester en algo?
Tomad (2), que me hareis favor.

FERNAN.

Me obliga esa cortesía. (3)

NUÑO.

En esta cámara mia
podeis hablar sin temor.
Mi hija salió de mañana,
como de costumbre tiene,

(1) Al descorrerse el telon, aparece Nuño Hernandez abriendo la puerta del foro, é introduciendo en la escena á Fernan Perez.
(2) Le da una silla.
(3) Siéntase.

al templo; así nadie os viene
á turbar. (1)

FERNAN.

De buena gana.
Hoy, Nuño Hernandez, espira
el plazo que me pusisteis,
en el cual me prometisteis
darme la mano de Elvira.
Un año es ya transcurrido...

NUÑO.

Lo sé.

FERNAN.

¿Y bien?

NUÑO.

Seguid.

FERNAN.

Y vengo,
por el afecto que os tengo,
á acordar lo prometido.
Me digisteis que á Macías,
ausente, vuestra hija amaba,
y aun yo sé que le aguardaba
en Andujar estos dias.
Mas que si por buena estrella
en un año no volvia,
luego mi esposa seria
mal que le pesase á ella.
Que no ha vuelto es cosa clara;
que no ha de volver, tambien;
y el que á vos os está bien

(1) Se sienta.

tal boda, ¿quién lo dudára?
Vos sois tan solo un criado,
que á don Enrique servis;
si de cerca le asistis,
lo debeis á mi cuidado.
Soy su privado y su amigo,
y esto en tanto grado, Nuño,
que nada firma su puño
sin consultarlo conmigo.
Yo ademas soy caballero,
hidalgo de alta nobleza,
y acostamiento su Alteza
me da por ser su escudero.
Vos y vuestra gente toda
villanos sois, con lo que algo
se os ha de pegar de hidalgo
y de noble en esta boda.
Si sois mas rico de hacienda,
justo es que compreis con oro
lo que ganais en decoro,
y que yo caro me venda.
Porque con villana y pobre,
por muger, no he de casarme,
que muger no ha de faltarme
mientras el poder me sobre.
Mire pues que le conviene,
y en lenguaje liso y claro,
hágame cualquier reparo,
si alguno que hacerme tiene:
que sino, la enhorabuena
hoy Andujar os dará,
y mi padrino será

don Enrique de Villena.
Decir *no* fuera mancilla;
ved que soy privado fiel
de don Enrique, y es él
tio del rey de Castilla.
Tal vez claro en demasía
soy aqui, mas el rebozo
me escusa el poder que gozo,
que el poder da altanería.

NUÑO.

Con atencion escuché,
hidalgo, vuestras razones;
que mas bien reconvenciones
me parecieron á fé.
¿Por qué agraviado os decis?
Yo cumplo lo que prometo,
y sino es otro el objeto
porque á buscarme venis,
satisfecho habeis de estar;
todo mi afecto lo allana:
y en esta misma mañana,
Fernan, os podreis casar.
Si Elvira ya no olvidó
el amor que en otros dias
sintió por aquel Macías,
haré que lo olvide yo.
Ni yo nunca al tal mancebo
quise por yerno.

FERNAN.

¡Pues bravo
yerno grangeabais, que al cabo
ingenio tiene!

NUÑO.

Yo llevo
puesta mas alta la idea.
Tal pena pues no os aflija,
que al fin, si es muger mi hija,
fuerza es que mudable sea;
y sino es muy bien criada,
y sea dicho entre los dos,
á no serlo ¡vive Dios!
que la hiciera escarmentada.

FERNAN.

¡Oh! ni eso le ha de imponer
al noble que se ha casado.
Yo os prometo que á mi lado
será honrada mi muger.
Ademas de que se suena
que el tal mozo en Calatrava,
donde en comision estaba
por el marqués de Villena
para el clavero de la orden,
se casó, ó se casa ya;
y aunque asi no fuera, acá
no puede sin contraorden
del marqués volver; y no
se le ha de enviar esta, Nuño,
pues que de mi propio puño
la tengo de sellar yo.

NUÑO.

¡En buen hora! De ese modo
á Elvira he de disponer,
y cuando hayais de volver
prevenido estará todo.

FERNAÑ.

En ser breve hareisme gusto.
Y ahora pues que convenidos
estamos, y estan unidos
nuestros intereses, justo
será que la confianza
haga de vos, si os parece,
que os prometí, y que merece
nuestra próxima alianza.
No ha mucho que fue nombrado
maestre de Calatrava,
que ha tiempo vacante estaba,
el de Villena llamado,
pero mas bien don Enrique
de Aragon, á quien servis;
mas no sin que un tal don Luis
de Guzman se enoje y pique,
quien por ser comendador
lo pretendia al presente,
y ser próximo pariente
del buen mäestre anterior.
Tiene don Luis gran partido,
y hará mas, porque le ampara
el conde de Trastamara,
y segun tengo entendido
el prelado de Toledo,
y Benavente tambien;
y es claro que bien á bien
no se saldrá de este enredo.
Alega don Luis Guzman
que don Enrique es casado;
mas este ha solicitado

el divorcio: en esto estan.
Don Enrique es ambicioso,
y á toda costa pretende
que el derecho que defiende
salga en pleito ganancioso;
á mas con la de Albornoz,
su muger, mal se llevaba,
y esta ocasion desëaba,
segun es pública voz;
asi supone y confiesa
causas ocultas, por donde
á ninguno se le esconde
que saliera con su empresa.
Pero contra ese deseo,
que todo es falso se suena,
y tambien que el de Villena
lo de Cangas y Tineo
falsamente ha renunciado
con fraude en el mismo rey,
porque á la orden, como es ley,
no se adjudique el condado.
Ya entendeis que es cosa clara
que pierde la pretension,
y el favor y proteccion
que goza, si esto se aclara.
El don Luis está en Arjona,
dos leguas no mas de aqui;
y dicen que vino alli
por ver al rey en persona.
Es pues preciso que alguno
vaya presto allá, y mañoso
le proponga un medio honroso

que zanje el pleito importuno.
Por lograr designio tal
Villena le hará cesiones
en sus mismas posesiones
que no han de sonarle mal;
y si vos entrais en eso
con don Enrique hablareis,
y de él mismo tomareis
instrucciones de mas peso.
Que á ninguno conocemos
en esta sazon los dos
mas útil y apto que vos
para el fin que pretendemos.
Y os advierto que si acaso
sale mal vuestra embajada,
aunque fuese á mano armada
hemos de salir del paso.
Ved pues si os conviene á vos
este encargo, y si el secreto
sabreis guardar.

NUÑO.

Yo os prometo
que no riñamos los dos.

FERNAN.

Está bien; y esto ha de ser
hoy mismo, pues sin demora
á Toledo hay que ir ahora,
donde el rey piensa volver,
luego que en Madrid se acabe
el alcázar que hace allí.

NUÑO.

¿No estaba en Sevilla?

FERNAN.

Sí.

Mas vuelve, segun se sabe;
que ha caido en la catedral
un rayo, estando él en ella;
y dicen que es mala estrella
del rey, y que grave mal
le presagian para este año
dos astrólogos de nombre.

NUÑO.

¿Y el tal rayo hirió algun hombre;
ó hizo por ventura daño?

FERNAN.

Hizo poco.

NUÑO.

¡Cosa estraña!

FERNAN.

Herir á nadie, no hirió,
mas descompuso el reló,
que es el único de España.
Hay pues que ir hasta Toledo,
y no hay tiempo que perder...

NUÑO.

Está bien: hoy se ha de hacer,
y yo en el encargo quedo. (1)
Decidlo asi á don Enrique.

FERNAN.

Y á mas...

NUÑO.

A Elvira he de hablar,

(1) Se levantan.

y ya os puedo asegurar
que haré que no me replique.

FERNAN.

Pues á Dios.

NUÑO.

No, deteneos.
Alguien llega aqui. Ellas son.
Ved qué dichosa ocasion.
No os vayais; aparte haceos.
De su labio habeis de oir
la respuesta que me dé.

FERNAN.

¡Feliz acaso!

NUÑO.

Yo sé
que contento habeis de ir.

ESCENA II.

FERNAN PEREZ. NUÑO HERNANDEZ. ELVIRA. BEATRIZ. (1)

BEATRIZ.

Llega, señora; y en casa
desahoga tu dolor.
Llora el desdichado amor
que el tierno pecho te abrasa.
Que aunque te cubriera el manto
no faltó quien lo advirtiera en la misa.

(1) Los dos primeros se han hecho algo atrás, y hablan entre sí sin oirlas. Elvira y Beatriz se quitan los mantos al entrar, y hablan los primeros versos sin verlos.

ELVIRA.

¡Suerte fiera!

BEATRIZ.

¿No darás treguas al llanto?

ELVIRA.

¿No he de de llorar ¡desdichada!
si ya no vuelve Macías,
y dentro de pocos dias
por mi palabra empeñada
vendrá Fernan Perez?...

BEATRIZ.

Señora,
ved que os oyen. Aqui estan.

ELVIRA.

¡Ah! ¿Cómo oculto el afan
que el corazon me devora?

NUÑO. (1)

Nos vió ya.

FERNAN. (2)

Llegad.

ELVIRA. (3)

¡Señor!

NUÑO.

Elvira, ¡hija mia!

ELVIRA.

¿Aqui
vos tan de mañana?

NUÑO.

Sí:

(1) A Fernan.
(2) A Nuño.
(3) A Nuño.

y á acreditarte el amor
vine, que siempre te tuve.
Hoy se cumple...

ELVIRA. (1)

¡Ya os entiendo!

NUÑO.

No me pesa. Aqui estais viendo
al noble hidalgo que os sube
á tanto honor.

FERNAN.

Tan hermosa
sois, asombro del sentido,
que le tuviera perdido
si vuestra mano preciosa
no anhelara.

ELVIRA. (2)

Sois por cierto
muy galan.

FERNAN.

Y vos muy bella.

ELVIRA.

(¡Maldita belleza! ¡Estrella
maldita mia!)

FERNAN.

¿Qué advierto?
¿Os turbais?

NUÑO. (3)

(Repara, mira...)

(1) Con dolor.
(2) Contristada.
(3) A Elvira.

ELVIRA. (1)

No es nada: el gozo... (Beatriz,
sostenme: ¡ay de mí! ¡infeliz!)

NUÑO.

(¿Qué es esto? ¡Pardiez!) Elvira,
vos misma el plazo os pusisteis
de un año, y...

ELVIRA.

(¡Ay! ¡quién creyera
que en un año no volviera!)

NUÑO.

Vos la palabra nos disteis...

ELVIRA.

No hableis mas, señor, en eso;
si mi palabra empeñé,
mi palabra cumpliré.
(¡Y aunque muera, ingrato!)

NUÑO.

(Un peso
grave me quitó.) Ya vos (2)
lo escuchasteis de su boca.

FERNAN.

A mí lo demas me toca.
Descuidad: presto por Dios
volveré. (3) Vos en mi priesa
si estimo conocereis
lo dichoso que me haceis.

(1) Violentándose.
(2) A Hernan Perez.
(3) A Elvira.

ELVIRA. (1)

Id con Dios.

NUÑO. (2)

Los dos á vuesa
merced quedamos atentos.

FERNAN.

Quedaos. Vuestra atencion
sobra.

NUÑO.

¡Oh! ya es obligacion.

FERNAN.

Remitid los cumplimientos. (3)

ESCENA III.

ELVIRA. BEATRIZ. NUÑO.

ELVIRA.

¡Qué esto me suceda! ¡Ingrato!

BEATRIZ.

Señora, templad el lloro.

ELVIRA.

¡Ah! en valde por mi decoro
de ahogarle en el pecho trato.

(1) Reprimiéndose.
(2) Acompañándole á la puerta.
(3) Váse, despidiéndole Nuño á la puerta. Elvira al ver marchar á Fernan Perez le sigue con la vista, y cuando ya ha salido se arroja sobre un sillon inmediato y rompe á llorar. Nuño vuelve.

NUÑO. (1)

(¿Qué es esto?) (2) Vos, despejad.
Presto.

ELVIRA.

Dejadme el consuelo
que su cariño y su zelo
me prestan, y perdonad
si os lo ruego.

NUÑO. (3)

Idos.

ELVIRA.

(¡Qué empeño
de hablarme á solas!)

NUÑO. (4)

¿Qué haceis,
que no os vais? ¿No obedeceis?

BEATRIZ. (5)

¡Señora!

ELVIRA.

(¡Qué airado ceño!)
Vete ya. (6)

NUÑO. (7)

¿Y por qué antes no?
¿Esto con mis gentes pasa?

ELVIRA.

Como es mi dueña...

(1) Viéndola.
(2) A Beatriz.
(3) A Beatriz.
(4) A Beatriz.
(5) A Elvira.
(6) A Beatriz.
(7) A Elvira.

NUÑO.

En mi casa.
nadie manda mas que yo.

ESCENA IV.

ELVIRA. NUÑO. (1)

ELVIRA.

¡Perdóname, señor, si hoy mas que nunca
presente aquel amor en la memoria
en vano lucha por borrar el pecho
la esperanza engañada! Yo mas fuerzas
encontrar en mí propia presumia
cuando el plazo pedí: mas ¡ay! yo nunca
pensé que él de mi amor se olvidaria.
Mira mi corazon, débil juguete
de una pasion tirana, inestinguible,
y tú mismo dirás, si verme puedo
al yugo estraño del que nunca quise,
en eternales vínculos unida,
tranquila y sin llorar. ¡Vínculos tristes
que antes de unirme acabarán mi vida!
¿Yo al pie del ara con perjuro labio,
ante un Dios que á los pérfidos castiga,

(1) Elvira echa una ojeada de dolor á Beatriz, que desaparece lentamente: se levanta y queda apoyada con una mano en el sillon y enjugándose con la otra las lágrimas, que trata de reprimir con un esfuerzo violento. Nuno Hernandez, cruzado de brazos, parece esperar á que rompa el silencio, ó reconvenirla con el suyo. Elvira se acerca en fin, y cogiendo las manos de Nuño dice los versos siguientes.

eterno amor le juraré á un esposo
que me roba mi bien, y por quien siento
odio tan solo?

NUÑO.

¡Elvira!

ELVIRA.

Sí, perdona.
Soy muger, y soy débil: ¡ni depende
ser mas fuerte de mí. Yo bien quisiera
en mi encerrado pecho sepultando
tanto culpable amor, que nada el mundo
del volcan que me abrasa trasluciera;
y ahogando mi dolor durante el dia,
que mis lágrimas tristes, por la noche,
en el oculto lecho derramadas,
entre la soledad y las tinieblas
pasion tan grande, que olvidar no logro,
en eterno silencio confundiesen.
Mas ¡ay! que no está en mí. Ya, mal mi grado,
rompe mi lloro, en mi dolor inmenso,
el dique que hasta aqui lo ha sujetado.

NUÑO.

¿Y estas son tus palabras, y este el fruto
de un año de indulgencia y de esperanza?
¿Por qué cuando tu padre bondadoso
la eleccion á tu arbitrio, y aun del plazo
el decidir el término dejaba,
si tan mísera y débil te veías,
no digiste: "Señor, nunca en mi pecho
otro amor reinará que el de Macías?"
Aun era tiempo entonces. Yo al hidalgo
contestára resuelto: "Fernan Perez,

escusad vuestro amor, y no adelante
paseis en esperanzas; nunca Elvira
vuestra esposa será." No consintiera
Fernan Perez al menos. ¡Cuántas veces
os recordé los riesgos que esa loca
temeraria imprudencia causaria!
Buscáramos la dicha y el contento
del cortesano estruendo separados
en nuestro patrio hogar. Tú, Elvira, entonces
allá feliz con tu feliz esposo,
del mundo retirada, gozarias
de ese implacable amor.

ELVIRA.

¡Ah padre mio!

NUÑO.

Ora yo envuelto en bandos y disturbios,
do quiera que me aparte de Villena,
alli el peligro. Y si aun ayer llegara
ese mozo infeliz que te enamora
pudiera ser que entonces Fernan Perez
al pacto se ciñera; ¡mas en vano,
en vano le esperastes, y ora, Elvira,
es fuerza, ó dar tu mano al noble esposo,
ó al rencor esponernos y á la ira,
y á la venganza atroz de un poderoso.
Él mismo aqui lo dijo...

ELVIRA.

¡Padre mio!
Si yo imprudente fui, si harto confiada,
eso lloro, no mas: y ya imposible
me fuera no llorar: mas mis promesas
sabré cumplir...

NUÑO.

¿Y juzgas que llorando,
turbada, sin amor, violenta, fria,
te verá con placer, y al pie del ara
te arrastrará por fuerza el noble hidalgo?
¿Tan necio le imaginas por ventura?
¡Inútil esperanza! No; en su enojo
del desprecio irritado que en ti viere,
mil trazas buscará para ofendernos.
¿Do su poder no alcanza? Perseguido,
sino muero á sus manos, donde quiera...

ELVIRA.

Basta, señor; mi llanto reprimiendo,
alegre faz le mostraré. (¡Dios mio!)
Tan solo un mes os pido, porque pueda
el agitado espíritu...

NUÑO.

¡Imposible!
¿Mas plazos me pedis? Hoy, sin remedio...

ELVIRA.

¿Qué escucho, Santo Dios?

NUÑO.

¿Y bien, qué esperas?
¿Piensas que aunque por fin cumplido el plazo,
ese tan tibio amante perezoso
pidiéndome tu mano me ofreciera
los tesoros de Creso, la palabra
que dí solemnemente olvidaria,
y en la boda mi honor consentiria?
En fin, ya de una vez, hija, es forzoso
decirlo todo aqui. ¿Qué de ese enlace
descabellado esperas? ¿El mancebo

quién es, y cuáles timbres, qué blasones
le ilustran á tus ojos?

ELVIRA.

¿Y yo acaso
nací, señor, princesa?

NUÑO.

¿Mas qué bienes
son los suyos, Elvira? ¿Caballero,
y no mas? ¿Hombre de armas, ó soldado?
¿Mal trobador, ó simple aventurero?

ELVIRA.

¡Eso no! — Si no os place, nunca, nunca
me llamará su esposa, ni cumplida
veré jamas tan plácida esperanza.
Pero al menos sed justo: sus virtudes,
su ingenio, su valor, sus altos hechos
no despreciéis, señor: ¿dónde estan muchos
que á Macías se igualen, ó parezcan?
De clima en clima, vos, de gente en gente
buscadlos que le imiten solamente.
¿Su ardimiento? Vos mismo no le visteis
ha un año, poco mas, en Tordesillas
los premios del torneo arrebatando,
cuando el rey don Enrique el nacimiento
celebraba del príncipe? ¿Cuál otro
mas sortijas cogió, corrió mas cañas?
¿Quién supo mas bizarro en la carrera
hacer astillas la robusta lanza?
¿Quién á sus botes resistió? ¿Quién tuvo,
el animoso bruto gobernando,
mas destreza ó donaire? Pedro Niño,
el mismo Pedro Niño vino al suelo,

del arzon arrancado, á su embestida,
y la arena besó. ¿Pedisle hazañas?
El Algarbe las diga, que aun las llora;
y el campo de Baeza, donde escritas
su espada las dejó con sangre mora.
Y en fin, su ingenio, si el ingenio vale,
vos mas que yo le conoceis, vos mismo
con el íbais tambien cuando Villena
á Aragon le llevó, donde hizo alarde,
en el dialecto lemosin, del suyo;
donde en los juegos mereció de Flora
el premio y la corona, que á mis plantas
vino á ofrecer despues. ¡Cuántas cantigas
de él corren en la corte, que la afrenta
de los ingenios son, y de las damas
el contento y placer! ¿Y ese es, decidme,
ese el mal trobador y aventurero,
ese el simple soldado? Padre mio,
si eso no es ser cumplido caballero,
y si eso es ser villano, yo villano
á los nobles mas nobles le prefiero.

NUÑO.

¿Que pronuncias, Elvira? ¿En mi presencia
tú á ensalzarle te atreves, necia y loca?
Ya inútilmente la indulgencia empleo.
Serás de Fernan Perez; á él mis dichas,
mi gloria y mi favor, mi honra y mi suerte,
todo en fin, se lo debo; y don Enrique
me hospeda en su palacio, y donde quiera
me distingue por él. ¿Seréle ingrato?
A la suya mi suerte está enlazada,
hoy en Andujar y mañana en Burgos,

en Madrid, en Sevilla, con la corte,
poderoso ó caido, los secretos,
que entrambos en mi pecho depositan,
con ellos al poder tambien me elevan,
con ellos á mi fin me precipitan.
No mas rebozo ya; tú de ese hidalgo
hoy la muger serás.

ELVIRA.

¡Señor!

NUÑO.

¡Ó elige
mi eterna maldicion!!...

ELVIRA.

¡Ah! no; yo esposa
de Hernan Perez seré.

NUÑO.

Vuelve á los brazos
de tu padre, que aun te ama y te perdona.
¿Ni qué otra cosa hicieras, hija mia,
que mejor te estuviese? ¿Por ventura
pasar en llanto eterno resolviste
tu juventud brillante, marchitada,
en triste desamparo sumerjida
por desprecios del falso que te olvida?
¿Merece ni una lágrima ese noble,
cuya virtud ensalzas y pregonas,
que al juramento falta y á su dama?

ELVIRA.

¡Piedad de mí, por Dios!

NUÑO.

¿Y es caballero?
Cuando tu propio padre y tu fortuna

le inmolabas ¡ay triste! ¿no sabias
que en Calatrava, acaso, está con otra
ya casado ese pérfido Macías?

ELVIRA. (1)

¿Casado? ¿Y lo sabeis vos?... ¡Santo cielo!

NUÑO.

Nadie lo ignora en el palacio, y...

ELVIRA.

¿Nadie?
¿Y posible será? Mas ¡ay! ¿qué dudo?
¿Ni que prueba mayor que su tardanza?
Si no fuese verdad, ¿vivir pudiera
lejos de Elvira un año? ¿Es cierto? ¿Y estos
tus juramentos son, tu amor ardiente?
¡Otra muger! ¡ah! Presto, padre mio,
mis bodas disponed; ya á vuestra hija,
no tan solo obediente, mas gozosa,
y aun alegre vereis. ¡Ah! ¡Fementido!
Ya quiero á Fernan Perez, ya le adoro.
Presto, corred, buscadle, referidle
mi despecho, señor, y esta mudanza;
que su esposa seré, que ya el contrato
puede cerrarse al punto, luego, ahora...

NUÑO.

¡Hija querida!

ELVIRA.

¡Ó cuánto tarda, cuánto
el instante feliz de la venganza! (2)

(1) Fuera de sí.
(2) Se enjuga las lágrimas rápidamente afectando serenidad.

NUÑO.

Sí, sí, cálmate, Elvira, que ninguno
los surcos de tus lágrimas conozca.
Tú á la vida me vuelves, hija mia;
corro á anunciarle tan alegres nuevas
al hidalgo; tú en tanto...

ELVIRA.

Á mi cuidado
dejad vos lo demas, y á mi deseo;
que á vuestra vuelta pronto hácia el sagrado
altar yo volaré del himeneo. (1)

ESCENA V.

ELVIRA. (2)

Esperad... tened... ¡Partió!
¿Mas qué dudo todavia? (3)
¿Aun no estoy resuelta yo?
¿Aun he adorarle? No.
Vengarme es el ansia mia.
El saber que por tí lloro
no ha de darte gozo al menos:
que aunque tu memoria adoro,
nunca el pesar que devoro
dirán mis ojos serenos.
¡Pérfido! ¡Cruel! – ¡Beatriz! – (4)

(1) Váse Nuño, y Elvira se arroja sobre un sillon como abismada.
(2) Se levanta y va hácia la puerta del foro.
(3) Vuelve.
(4) Llamando.

¿Y yo un año le esperé?
Ni sé qué piense, ni sé
qué determine: ¡infeliz!
Nunca vi tan poca fé.

ESCENA VI.

ELVIRA. BEATRIZ.

BEATRIZ.

¡Señora!

ELVIRA.

Ve; presurosa
prepáralo todo... ¡Oh saña!
preven mis galas, gozosa;
no haya doncella en España
mas galana y mas hermosa.

BEATRIZ.

¿Que novedad?...

ELVIRA.

¡A otra quiere,
y tal vez casado está!

BEATRIZ.

¿Quién, señora?

ELVIRA.

¿Quién será,
sino el traidor?

BEATRIZ.

¿Qué profiere?
¿Macías casado? ¿Habrá
hombre tan pérfido? Apenas
creo lo que oyendo estoy.

ELVIRA.

Mas no importa : mis cadenas
ya rompí : ¡ fuera mis penas !
Yo me caso tambien hoy.

BEATRIZ.

¿ Vos os casais ?

ELVIRA.

¡ Sí , abrasada
muero de zelos !

BEATRIZ.

Advierte...

ELVIRA.

Ya , Beatriz , no advierto nada.
¡ Vëame tambien casada ,
y venga despues la muerte ! (1)

FIN DEL PRIMER ACTO.

(1) Entranse por la derecha.

ACTO SEGUNDO.

(Cámara de don Enrique de Villena. A la derecha puerta por donde se va á la iglesia, ó capilla del palacio: en el foro salida á fuera; á la izquierda comunicacion con las demas habitaciones de palacio. Mesa, escribanía, libros, papeles, relox de arena, instrumentos de matematicas, química &c.)

ESCENA I.

DON ENRIQUE. RUI PERO. DOS PAGES. (1)

D. ENRIQUE. (2)

¡Hola Rui, mi camarero! (3)
¿Y quién me trajo esta carta?

RUI.

Un recadero de la orden
que viene de Calatrava. (4)

(1) Los pages acaban de vestir á don Enrique y se retiran á una seña que les hace: este está de gala con la cruz roja de Calatrava y espuela dorada. Rui Pero está algo retirado.

(2) Abriendo una carta.

(3) Llega este.

(4) Hace seña don Enrique, y se va Rui Pero por la derecha.

ESCENA II.

DON ENRIQUE.

Del clavero es. (1) "Gran maestre,
y señor: salud y gracia...
Conforme á lo que en tus letras,
con tu criado me mandas,
ya de aqui salió Macías;
y siguiéndole mis guardas,
tomó en efecto el camino
que va á la villa de Alhama.
Tus cartas envié á Manrique,
y yo no sé si observadas
serán tus órdenes luego;
pero tú con fácil traza
podrás saber de la muerte
de Macías nuevas claras
antes que yo las remita,
pues tanto en la judiciaria
eres docto, si en tus líneas
por su horóscopo las sacas..." (2)
¡Vulgo estúpido, ignorante!
¿Yo dado á la nigromancia?
¿Yo astrólogo? ¿Yo adivino?
¿Yo docto en la judiciaria?
¿Solo porque ven mas libros
reunidos en mi casa
que en todo el reino? ¿Y acaso

(1) Lee.
(2) Arroja la carta con despecho sobre la mesa.

no pueden ver lo que tratan?
¿Mas qué digo? ¿Hay por ventura
quien pueda entenderlos? Gracias
si seis ú ocho cortesanos
en toda la corte se hallan
que sepan firmar, ó dicten
en mal romance una carta.
¿Dónde existen los hechizos?
¿Qué son? Díganme. ¡Pagara
mis estados de Tineo
por ver uno! ¿Qué? ¿A la humana
condicion fue dado el orden
romper que puso la causa
primera en el universo?
¿Y ese espíritu que llaman
maligno, puede en el mundo
hacer bien, ni mal? ¡Me holgara
de saber en dónde habita,
y verle á alguno la cara!
¡Donosa locura es esta!
Pueblo bárbaro, ¿me infamas?
¿De un caballero cristiano
tan necias hablillas andan?
¿Porque sé de astronomía?
Mas esa opinion me valga.
Algun dia, vulgo necio,
me servirá tu ignorancia. (1)
¡Rui Pero!

(1) Viendo volver á Rui Pero por la derecha.

ESCENA III.

DON ENRIQUE. RUI PERO.

RUI.

¡Señor!

D. ENRIQUE.

¿Qué hay de eso?

RUI.

Todo está pronto.

D. ENRIQUE.

Pues anda;
diles á Nuño y á Elvira
que solo á los dos se aguarda.
Y á Fernan Perez Vadillo...

RUI.

Él se dirige á esta sala. (1)

ESCENA IV.

DON ENRIQUE. FERNAN PEREZ. (2)



FERNAN.

¡Gran Señor!

D. ENRIQUE.

A Dios, Fernan.

FERNAN.

Antes de todo las gracias
te doy por tantas mercedes
con que me honras y me ensalzas.

(1) Váse Rui Pero por la izquierda: entra Fernan por el centro.
(2) De boda.

D. ENRIQUE.

Con esas mercedes gusto
de mostraros la confianza
que hago de vos; ya os lo dige,
que en cuanto el punto llegara
de casaros, yo el padrino
de la boda ser deseaba.
Solo un deber desempeño
al cumpliros mi palabra.
Vos en cosas me servis,
Fernan, de tanta importancia,
que nadie servirme en ellas
pudiera si vos faltarais.
El secreto sobre todo...

FERNAN.

En mi cuidado descansa.

D. ENRIQUE.

Nada temo en vos... mas... Nuño...

FERNAN.

Disipa esa desconfianza.
Hasta hoy tambien yo mismo
de su amistad sospechaba.
Mas hoy en el darme su hija
me mostró bien á las claras
que cual tu poder conoce
de esta boda las ventajas.
Nada temas.

D. ENRIQUE.

¡En buen hora!
¡Vive Dios que si faltara!
¿Mas cómo cedió tan pronto
Elvira?

FERNAN.

Las voces vagas
que esparcí yo mismo ha dias
de que tal vez se casara,
ó casado ya estuviera
Macías en Calatrava,
le hice saber.

D. ENRIQUE.

¡Bien! ¡Por cierto
no vendrá á desaprobarlas!
Recorred sino esas letras
que recibo esta mañana, (1)
en que dicen que Macías
salió de alli para Alhama,
junto á Lorca, donde al moro
Pedro Manrique hace cara. (2)
Y ya le escribí á Manrique,
que en las mas fuertes batallas
y en los riesgos mas dudosos
que ocurriesen le empleara.
Y si de tantos peligros
por dicha suya se escapa
no le ha de valer tampoco;
pues yo lograré que vaya (3)
con Rui Perez de Clavijo
á la famosa embajada
que al gran Tamorlan de Persia
presto envia el rey de España.

(1) Coge la carta y se la da.
(2) Recoge la carta Fernan Perez de Vadillo.
(3) Vuelve á tomar la carta y la guarda.

FERNAN.

Ni yo he de temer su vuelta,
con tal que la boda se haya
terminado, que yo haré
á mi muger bien casada.
Ademas que será fuerza
que ella con placer lo haga,
pues no hallará otro remedio
siendo mia y en mi casa.
Ni menos de vos recelo
le volvais á vuestra gracia.

D. ENRIQUE.

Eso nunca, que aunque un tiempo
le quise bien, mal pagára
mi amistad, pues cuando quise
darle á él la delicada
comision de mi divorcio,
negándose á mi demanda
trató de afëar mi accion,
como si en vez de mandarla
á un inferior, de sus años
yo loco me aconsejara.
Y queriendo yo obligarle
por ser doncel de mi casa,
de doña María Albornoz,
mi muger, tomó la causa;
tanto que, á seguir en ella,
perdiera yo mi demanda,
pues supo presto mañoso
del rey cautivar la gracia.
¡Necio prefirió á mi amparo
el ser campeon de las damas!

Esta ofensa ¡vive Dios!
que no tengo de olvidarla.
Y pues no quiero en su sangre
manchar yo mi propia espada,
al menos de que muriera
contra los moros me holgara.
Es insufrible su orgullo,
y hasta su honradez me enfada,
pues no ha menester mi estirpe
que venga ninguno á honrarla.
Yo sé tambien ser honrado
cuando conduce á mi fama.
A su impetuoso carácter,
á su indomable pujanza
opondré el poder, y cierto
no hacen sus servicios falta.
Vos servis mejor.

FERNAN.

Lo tengo
á honra, Señor, y á gala.

D. ENRIQUE.

Sé vuestro zelo, y tan solo
quiero que mireis si es franca
la amistad de Nuño...

FERNAN.

Pienso
que esta boda nos la afianza.

D. ENRIQUE.

Está bien, que he de fiarle
cosas de grande importancia.

FERNAN.

Él viene aqui con Elvira.
(Llegó el logro de mis ansias.)

ESCENA V.

DON ENRIQUE. FERNAN PEREZ. NUÑO. ELVIRA (1). *BEATRIZ. RUI PERO. TRES PAGES. ALVAR*, &c. (2)

NUÑO.

Permite, Príncipe ilustre,
á quien de grande la fama,
de sabio y de generoso
entre los grandes alaba,
permite que reverente
por la honra á que le ensalzas,
por la merced que hoy recibe,
Nuño te bese las plantas,
que es noble en lo agradecido,
sino en la alcurnia preclara.

D. ENRIQUE.

Muy agradecido os quiero,
Nuño...

NUÑO.

Estad seguro...

D. ENRIQUE.

Basta. (3)

(1) De boda.
(2) Todos de gala.
(3) Le habla bajo: entra Elvira y los demas.

ELVIRA. (1)

¡Ay! ¡Beatriz, que ya del pecho
se quiere salir el alma!
Mientras la hora mas se acerca
mas los ánimos me faltan.

BEATRIZ. (2)

Repara...

ELVIRA. (3)

No temas; que ora
fuerzas me da la venganza. (4)
Gran señor...

D. ENRIQUE.

Venid, hermosa
y discreta Elvira. El ara
prevenida, ya hace rato
que á los esposos aguarda.

ELVIRA.

(¡Ay infeliz!)

D. ENRIQUE.

Id; ya os sigo.

NUÑO. (5)

¡Elvira!

ELVIRA. (6)

Señor, descansa
en mis promesas. (Ay, ¡cielos,
pueda mas la honra agraviada!) (7)

(1) A Beatriz al entrar.
(2) Bajo á Elvira.
(3) Id. á Beatriz.
(4) A don Enrique.
(5) Bajo a Elvira.
(6) Id. a Nuño.
(7) Fernan Perez da la mano á Elvira, que vuelve

D. ENRIQUE. (1)
Rui Pero, aquellos papeles
que dejo esparcidos guarda,
que es el arte que le escribo
de trobar en *ciencia gaya*
á don Íñigo Mendoza,
el marqués de Santillana. (2)

ESCENA VI.

RUI PERO. PAGE.

PAGE.
Este nuestro amo, pardiez,
que es un estraño señor.

RUI.
¿Por qué?

PAGE.
Dicen... mas, mejor
será callarlo esta vez.

RUI.
¿Qué dicen?

PAGE.
Dicen... Mirad:
yo no sé escribir corrido;

la cabeza escondiendo sus lágrimas con su pañuelo. Se entran, seguidos de Beatriz y Alvar.

(1) A Rui Pero.

(2) Sale con Nuño y dos pages. Queda Rui Pero y un page. El primero va á guardar los papeles que el segundo observa.

mas he visto... y parecido
á ese papel, en verdad...
no vi nada... Esos diversos
renglones; y de esa suerte...
¡Ved qué líneas!... mala muerte
si...

RUI.

¡Callad! Estos son versos.

¿No sabeis que es trobador?
¿Y no visteis trobas?

PAGE.

¡Ah!
Pero dicen tambien...

RUI.

¡Bah!

PAGE.

Que es un grande encantador.

RUI.

¡Page!

PAGE.

Escuchadme un momento.
Si á la noche, cuando todo
quieto está, vierais el modo
con que por este aposento
discurre solo y pasea;
¡oh! se me eriza el cabello
solo de pensar en ello:
¿y quereis vos que no crea?...
Anda apriesa, como un loco,
párase á trechos, medita,
blande no sé qué varita,
y hablando bajo algun poco,

ó las estrellas del cielo
mirando, con una pluma
escribe á ratos, y en suma,
forma cercos en el suelo,
que acaso encantos serán...

RUI.

¿Y qué son escantos?

PAGE.

¡Oh!
¿Vos no lo sabeis?

RUI.

¿Yo?... no.

PAGE.

Algun dia os lo dirán.
Yo por mí, me voy; os hablo
con claridad; no me alcance
su magia; porque ese es trance
en que tiene parte el diablo.
No quiero yo que me hechice.
Mi salvacion es primero.
Porque si él es hechicero,
como la gente lo dice,
y si sabe alzar figura,
no doy por mi alma un cornado.

RUI.

Calle, ó morirá quemado
si da en tan necia locura.
Mucho vino del de Toro
habrá sin duda bebido
él deslenguado. ¡Atrevido!
¡Mala lanzada os dé un moro!
Dejad ya bachillerias,

page, y mirad quién asi (1)
llega sin licencia aqui,
ni venias, ni cortesías. (2)

PAGE.

Y en la cámara se mete.

RUI.

¡ Vive Dios que es hombre franco !

PAGE.

Y armado de punta en blanco,
que parece un matasiete.

ESCENA VII.

RUI PERO. PAGE. MACÍAS. FORTUN. (3)

PAGE.

¡ Buen talle y bella apostura !

MACÍAS. (4)

Hasta aqui, Fortun, entremos,
donde á alguno preguntemos.

RUI.

(¡ Cierto, es gallarda figura !
Bueno es que aqui no se quede.)
¿ Quien és, decid, el osado
que á esta cámara se ha entrado
sin pedir venia ?...

(1) Mirando á la puerta del foro.
(2) Se asoma el page.
(3) Macías viene armado á uso del siglo XIV, todo de negro, penacho, y calada la visera: Fortun viene armado tambien, pero mas á la ligera.
(4) A Fortun.

MACÍAS.

Quien puede.

RUI.

¿De la casa sois, acaso?...

MACÍAS.

Y familia de Villena.

RUI.

¿Algun doncel?...

MACÍAS.

¡Tal vez!

RUI.

(¡Buena
traza! Si fuese... mas caso
imposible es...)

MACÍAS.

Responded.
Don Enrique, ¿dónde está?

RUI.

Fuera de aqui.

MACÍAS.

¿Tardará?

RUI.

Puede ser.

MACÍAS.

Haced merced
de decirle...

RUI.

Vuestro nombre
direis primero.

MACÍAS.

No á vos.

RUI.

¿A mí solo no? (¡Por Dios,
desenfado gasta el hombre!)
Ved que acaso tardaré,
y él tambien. Salid afuera...

MACÍAS.

Discurrid de qué manera
he de salir.

RUI.

¿Le diré?...

MACÍAS

Direisle que un caballero
que de Calatrava viene,
y á quien mucho estima, tiene
que hablarle.

RUI.

Bien; mas primero
salid...

MACÍAS.

Ya os dije que no;
inútilmente pugnais.
Ved mas bien si presto vais.
Ya lo que he de hacer sé yo.

RUI.

(Fuerza es dar á don Enrique
aviso.) (1) – Esperadme á mí,
vos, page. – (¡Quédese aqui!) –
Vuestra merced no se pique,
que como tiene calada

(1) _Bajo al page.

la visera, de ignorante
es la ofensa...

MACÍAS.

Id adelante,
que la llevais perdonada. (1)

ESCENA VIII.

MACÍAS. FORTUN. PAGE.

MACÍAS. (2)

¿Qué haceis vos aqui?

PAGE.

Quedarme.

MACÍAS.

¿Para qué? ¿de vandoleros
tenemos trazas?

PAGE.

No sé.

MACÍAS.

Idos fuera.

PAGE.

¡Bien, por cierto!
De fuera vendrá...

MACÍAS.

¿Qué dice?

PAGE.

Nada he dicho. (3) Pues es bueno
que nos mande...

(1) Váse Rui Pero.
(2) Al page.
(3) Yéndose.

FORTUN.

Pagecillo,
os manda quien puede hacerlo. (1)

ESCENA IX.

MACÍAS. FORTUN.

MACÍAS. (2)

Por fin llegamos, Fortun.

FORTUN.

¡Pluguiera á Dios fuese á tiempo!
Nada entonces importara
haber los caballos muerto
galopando noche y dia,
ni traer molidos los huesos,
ni...

MACÍAS.

A tiempo, Fortun, llegamos.
Como imaginé, mi objeto
se logró de que ninguno
me conociese en el pueblo
antes de que á don Enrique
hable y vea; porque temo
que si me viera Hernan Perez,
ó algun su amigo ó su deudo,
estorbaran, como suelen,
mis osados pensamientos.

(1) Váse el page á la cámara inmediata, donde se le ve de cuando en cuando pasear de una parte á otra.
(2) Alzándose la visera.

FORTUN.

Hernan Perez fue sin duda
quien al marqués persuadiendo,
hácia la villa de Alhama
te envió por tenerte lejos.

MACÍAS.

Sí: y yo sé que en el camino,
por ver si á Alhama en efecto
pensábamos ir, gran rato
sus parciales nos siguieron:
y asi, quise deslumbrarlos
dando tan largo rodeo.

FORTUN.

Mejor es que no te esperen.

MACÍAS.

El maestre mucho menos,
pues sabe que sin su venia
venir donde está no suelo;
pero habrá de perdonarme,
que esta vez sin ella vengo.

FORTUN.

¿Mas hoy no se cumple el plazo?

MACÍAS.

Hoy cumplió; mas ¿qué? ¿tan presto
casarse dejara Elvira?
¿Pudiera olvidarme?

FORTUN.

Cierto
que las mugeres...

MACÍAS.

¡Fortun!
Clávame antes en el pecho

un puñal que eso me digas.

FORTUN.

Si asi fuese...

MACÍAS.

No lo temo
de mi bella. ¿Elvira ingrata?
No es posible.–¡ Antes el cielo
me confunda que eso vea!

FORTUN.

¿ Mas qué mucho que ella, viendo
que tú te tardas?...

MACÍAS.

Bien sabes,
Fortun, con cuántos pretestos
me detuvo en Calatrava
el fementido clavero.
Bien sabes, Fortun amigo,
que alli me ha tenido preso,
y que acaso no saliera
de su poder, no fingiendo
haber á Elvira olvidado
por otros amores nuevos.
De suerte que al fin, Fortun,
recordando tantos riesgos,
aun haber llegado hoy mismo
por grande dicha lo tengo.

FORTUN.

¡ Quiera Dios!...

MACÍAS.

¿ Qué ha de querer,
sino que al mäestre luego
le hable yo, y que al fin estorbe

de Vadillo los deseos?
No es tanto el favor que goza
que estando en el mismo pueblo
me ofenda sin que mi saña
castigue su atrevimiento.
No vengo yo desarmado,
y sabré oponer mi acero
á los tiros de su lengua,
poniendo á su audacia freno.
Si presume que á mi Elvira,
mi vida, mi bien, mi cielo,
porque oculté mis amores,
impunemente le cedo;
ya probará lo contrario
ese valido hidalgüelo
cuando le arranque la lengua,
y el vil corazon del pecho.
Algun resto de amistad
en el de Villena espero,
por mas que su proteccion
me haya quitado hace tiempo.
Al fin es señor, y es noble,
y es grande, y es caballero,
y Aragon, que en esto solo
dicho está todo lo bueno.
Aunque fuera mi enemigo,
fuéralo por nobles medios.
Él hará que remitamos
nuestros agravios al duelo
el hidalgo y yo.

FORTUN.

¿Eso quieres?

MACÍAS.

Con eso estoy satisfecho.
¿Quién á Elvira ha de quitarme
combatiendo cuerpo á cuerpo?

FORTUN.

Repara que alguien se acerca.
¿No sientes ruido?

MACÍAS.

Escuchemos.
¡Don Enrique! Ponte á un lado. (1)
Su voz conocí. (2)

ESCENA X.

MACÍAS. FORTUN. DON ENRIQUE. RUI PERO.

RUI.

Por miedo
de turbar la ceremonia,
no lo dige, señor, luego.

D. ENRIQUE.

¿Quién puede ser? ¿Sospechais?...

RUI.

Nada sé; viene encubierto.

D. ENRIQUE.

Aqui está. – ¿Sois vos quien dicen
que entra aqui sin miramiento?

MACÍAS.

Escusadme; entrando aqui
usé de mi propio fuero.

(1) Retírase Fortun.
(2) Se cala la visera, y se aparta algo atrás.

D. ENRIQUE.

¿De su fuero? ¿Y lo es tambien
venir á hablarme cubierto?
Tuviera yo cortesía,
si fuera que vos. ¡Rui Pero!...

MACÍAS.

Perdona, señor; tu clase
y tu grandeza respeto.
Yo te hablára mas cortés
á estar solos.

D. ENRIQUE.

¿Solos? – Presto, (1)
despejad. (2)

MACÍAS.

Fortun, afuera
me aguarda. (3)

D. ENRIQUE.

¿Sois vos? ¿Qué veo?

ESCENA XI.

MACÍAS. DON ENRIQUE.

MACÍAS.

Sí, gran señor; tanto fia
tu doncel en tu amistad;
tu generosa bondad

(1) A Rui Pero.
(2) Váse Rui Pero: Macías llega á su escudero, se quita el yelmo y se le entrega.
(3) Macías llega a don Enrique, quien titubea al principio y le reconoce por fin.

oiga la disculpa mia.'
No niego que me has mandado
á otra distante jornada,
y que de esta mi llegada
con razon te has admirado.
Perdona si á la orden tuya
no dí obediencia debida,
porque es quitarme la vida
mandar que de Andujar huya.
Aqui está Elvira, señor,
y aqui, como caballero,
mi juramento primero
me llamaba y el amor.
Nò presumas que es nacido
de alguna leve aficion;
no que es veraz mi pasion,
y nadie igual la ha sentido.
Muchas veces por vencella
la ausencia y tiempo imploraba;
mas donde quiera que estaba,
alli Elvira, alli mi bella.
Ni alcanzaba libertad,
por mas que, libre, la huía;
solo á ella en el campo vía,
solo á ella en la ciudad.
A Elvira hablaba en el sueño,
despierto á Elvira tambien;
y ni conozco otro bien,
ni soy de no amarla dueño.
Harto hice en privarme un año
de su vista; y si de aqui
apartado, padecí

ausencia tan en mi daño,
quise poner de mi parte
la razon y el sufrimiento,
para con mas ardimiento
venir despues á implorarte.
Bien sé yo que un mi enemigo,
á quien conozco, y no alcanza
el poder de mi venganza,
en mal me pone contigo;
pero sé tambien...

D. ENRIQUE.

Macías...
¡venis en mala ocasion!
Si estimais la proteccion
que os dispensé en otros dias,
si os quereis bien á vos mismo,
volveos...

MACÍAS.

¿Volverme yo?
¿Y tú me lo mandas? No.
¡Trágueme antes el abismo!
Yo de aqui no he de moverme
sin que á Elvira por esposa
me concedan. ¿Qué otra cosa
pudiera á Andujar traerme
sin tu aviso? Ni en la tierra
habrá quien de ella me aleje;
ni me mandes que la deje,
ni que me parta á la guerra,
ni que piense, ni imagine
sino el cómo ha de ser mia.
Recuerda que hoy es el dia

que el plazo espiró; y que vine
sabe en fin á ser de Elvira,
ó á morir; sí; lo juré;
yo de aquí no partiré
sin esposa. Con que mira
qué determinas ahora.
Ni aun á Elvira quise hablar
hasta no verte, y lograr
la dicha que el alma adora.

D. ENRIQUE.

¿Y sois vos el que me alega,
para encontrarme indulgente,
méritos de inobediente,
cuando aqui sin orden llega?
¿Y aun se llama mi doncel,
y pretende que le ampare?
¡Vive el cielo que no pare
hasta hacer ejemplo en él
de indóciles servidores!
¡Vive Dios, que es abonado
el que su puesto ha dejado
por unos necios amores!

MACÍAS.

No me digais mas: bien veo
que no se durmió en mi ausencia
Fernan Perez.

D. ENRIQUE.

¡Qué insolencia!

MACÍAS.

Don Enrique, apenas creo
lo mismo que oyendo estoy.
¡Tanta mudanza en un año!

¿Tan amargo desengaño
me guardabais, cielos, hoy?

D. ENRIQUE.

Nunca en la amistad mudé
que algun tiempo os prometí;
si hoy distinto os parecí,
por vuestros desmanes fué.
Sabed en fin que la mano
que me demandais de Elvira,
solo porque el plazo espira,
venis á pedirla en vano.

MACÍAS. (1)

¿En vano, decis?

D. ENRIQUE. (2)

Macías,
bien quisiera yo ampararos,
y os amparára á encontraros,
y á hablarme vos ha dos dias;
mas...

MACÍAS. (3)

No encubras la verdad.
¿Prometístela?

D. ENRIQUE. (4)

Doncel,
no la prometí, mas... él... (5)

MACÍAS. (6)

Acaba presto.

(1) Agitado.
(2) Afectadamente.
(3) Precipitadamente.
(4) Secamente
(5) Mira con inquietud hácia la puerta.
(6) Con ansia.

D. ENRIQUE. (1)
¡Mirad! (2)

ESCENA XII.

MACÍAS. DON ENRIQUE. ELVIRA. FERNAN PEREZ. NUÑO. BEATRIZ. ALVAR. PAGES.

MACÍAS. (3)
¡Cielos!

FERNAN.
¡El doncel aqui!

ELVIRA.
¡El es! (4)

MACÍAS.
¡Ó venganza ó muerte!

NUÑO.
¡Elvira!

BEATRIZ.
¡Señora!

(1) Señalando á la puerta.

(2) En aquel mismo instante entran Elvira y Fernan Perez, que la trae de la mano, y despues los siguen Nuño, Beatriz y demas. Elvira al conocer á Macías, se suelta precipitadamente de Fernan, y cae desmayada hasta el fin de la escena en brazos de Beatriz y Nuño. Fernan Perez se pone en actitud de defenderse de Macías, quien fuera de sí se arroja hácia él con la espada desenvainada. Don Enrique se interpone con su acero, y Macías, volviendo en sí, se arroja á sus pies; todo como lo indica el dialogo.

(3) Al verlos.

(4) Cae desmayada; Nuño y Beatriz la sostienen.

FERNAN. (1)

Adviérte...

D. ENRIQUE.

¿Osais delante de mí,
Macías?...

MACÍAS.

¡No hay esperanza
sino en morir ó matar!

D. ENRIQUE.

¡Teneos!

MACÍAS.

¡Hay mas penar! (2)
¡Señor! ¡ó muerte ó venganza! (3)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

(1) A Macías.
(2) Se arroja á sus pies.
(3) Cae el telon.

ACTO TERCERO.

(Habitacion de Fernan Perez y de Elvira. Puertas laterales, dos en primer término, y dos en segundo. Otra de foro. Ventanas á los lados de la de foro con vidrios de colores al uso del tiempo y de gusto gótico.)

ESCENA I.

BEATRIZ. MACÍAS. (1)

BEATRIZ.

Sal presto, señor; no insistas...

MACÍAS.

Beatriz, es fuerza. He de verla.

BEATRIZ.

Repara que si su esposo...

MACÍAS.

¿Su esposo? No; nada temas:
con don Enrique le dejo:
no vendrá. La vez postrera
será que á la ingrata Elvira
antes de mi muerte vea.

(1) Macías entra á pesar de Beatriz, que trata de impedírselo.

BEATRIZ.

Tente, señor; oye... escucha.

MACÍAS.

Sin verla no he de irme.

BEATRIZ.

Espera.

MACÍAS.

Aqui me hallará Hernan Perez.

BEATRIZ.

Advierte...

MACÍAS.

Nada hay que advierta.
Mira pues si te conviene
darme paso antes que venga.
Un cuarto de hora... un instante...
¡Beatriz!

BEATRIZ.

¡Silencio! Alguien llega.
Ella es.

MACÍAS.

¿Es ella?

BEATRIZ.

Sal presto.

MACÍAS.

Nunca.

BEATRIZ.

Pues bien; á esa pieza
éntrate... sí... yo he de hablarla...
yo le diré... (1)

(1) Le obliga á ir hácia la segunda puerta de la izquierda.

MACÍAS.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

Entra,
señor, que si ella consiente...

MACÍAS.

Me entro fiado en tu promesa. (1)

BEATRIZ.

Toda tiemblo. ¿Hay tal empeño?
¡Si Hernan Perez lo supiera!

ESCENA II.

BEATRIZ. ELVIRA. (2)

ELVIRA. (3)

¿Y qué es, Beatriz, de mi esposo?
¿Qué de Macías?

BEATRIZ.

Sosiega
tu inquietud; de ambos la furia
logró refrenar Villena.
Mas pidió tu amante el duelo,
y hubo de darle su venia.

(1) Se entra.

(2) Ambas conservan aun los vestidos del acto segundo; Beatriz en toda esta escena está agitada, como temerosa de que Macías se descubra, y no pierde de vista el gabinete. Macías entreabre de cuando en cuando la puerta para escuchar. Elvira está de espaldas al gabinete de Macías.

(3) Saliendo.

ELVIRA.

¿Qué dices?

BEATRIZ.

Que lo retó
para mañana en presencia
de don Enrique, que es juez
del campo.

ELVIRA.

¡Ay cielos! ¿No era
bastante ya que me dieseis
tirano esposo por fuerza,
sino que es tambien preciso
que sangre de uno se vierta?
¡Oh! si el dolor me acabára,
Beatriz, ¡cuán dichosa fuera!

MACÍAS.

(¡Pérfida!)

ELVIRA.

¿Y ni pude hablarle,
ni saber la causa cierta
de su tardanza? ¡Dios mio!
¿Con que fue un ardid la nueva
de su boda allá?

BEATIZ.

Señora,
si quieres hablarle...

ELVIRA.

¡Necia!
Hablárale ayer; mas hoy...
Eso fuera hacer ofensa
á mi esposo... Estoy casada.
¡Infeliz!

BEATRIZ.

¡Ah! ¡qué imprudencia!

ELVIRA.

¿Mas qué sobresalto es ese?
¿Tú sabes?...

BEATRIZ.

No es nada.

ELVIRA.

¿Niegas
lo que estoy viendo en tu rostro?
¿Qué secreto ó triste nueva?...
Dilo de una vez ya todo,
que ya á todo estoy dispuesta.
¿Puedo ser mas desgraciada?
¿Tú le viste? ¿A alguien esperas?...
Habla ya.

BEATRIZ.

Macías mismo
me pidió de tí una audiencia.
Quiere hablarte.

ELVIRA.

¿Hablarme? Nunca.
No, Beatriz, no.

BEATRIZ.

En esta pieza
me habló...

ELVIRA.

¿Y fuése?

BEATRIZ.

Fue imposible
echarle.

ELVIRA.

¿Qué dices? ¿Piensas
lo que hiciste? Luego aqui... (1)

BEATRIZ.

No... mas...

ELVIRA.

¿Dónde? ¡Suerte adversa!
¿Y tú te atreves?...

BEATRIZ.

Señora...

ELVIRA.

¿Donde está? ¡Si Hernan viniera!...
¡Yo huyo de aqui!... tú al momento...
dispon que parta...

MACÍAS.

Ya es fuerza
salir.

ELVIRA. (2)

¡Ay! (3)

BEATRIZ.

¡Cielo!

ELVIRA.

¡Imprudente!
¿Tú le ocultaste? (4) Huye.

MACÍAS.

Espera. (5)

(1) Con el mayor sobresalto y mirando á todas partes.
(2) Al verle.
(3) Se cubre el rostro con las manos.
(4) A Macías.
(5) Elvira quiere huir á su habitacion, y Macías la detiene.

ESCENA III.

MACÍAS. ELVIRA. BEATRIZ.

MACÍAS.

¿Dónde corres, Elvira? Tú has de oirme.

ELVIRA.

¡Cielos! ¿qué haré?

MACÍAS. (1)

Detente; huyes en vano.

ELVIRA.

¡Ay! ¿Aqui tú, Macías? (¡Infelice!
¿Qué iba á decir?)–¡Dios mio! Dadme amparo,
dadme fuerza y virtud! – Señor, ¿qué os trae?
¿Cómo entrasteis aqui? Volved los pasos
donde á una esposa no ultrajeis; que ahora
vuestra osadía ofende mi recato.

MACÍAS.

No soy yo, bien lo sé, no, el venturoso
que á este punto esperabas en tus brazos.
¿Qué hace ese esposo tan feliz? ¿Qué, tarda?
¿Dónde está?

ELVIRA.

¡Qué furor! ¡Ah, reportaos!
¡Volveos por piedad!

MACÍAS.

¿Qué ora me vuelva?
¿Y adónde, adónde, desgraciada? ¿Acaso
denodado arrostré tantos peligros,

(1) Asiéndola.

como mi vida mísera amagaron,
para verte y dejarte? Ya eres mia.
De aqui no he de salir...

ELVIRA.

¡Hablad mas bajo!..

MACÍAS.

Sino dichoso.

ELVIRA.

¡Qué os oirán! Macías,
yo os lo pido, os lo ruego: sí; alejaos.

MACÍAS.

¿Con cuáles sacrificios me obligaste
á que escuche tus ruegos apiadado?
¡Delirios!

ELVIRA.

¿Qué decis? Pues no os importa
lo que pierde mi honra, si en Palacio
os llegan á encontrar, tened al menos
piedad de una infeliz que habeis amado...

MACÍAS.

¡Y me ruega que parta!

ELVIRA.

En fin, Macías,
si no bastan mis ruegos, yo os lo mando.

MACÍAS.

Antes acaba, infiel, lo que empezaste;
vierte mi sangre toda, y despiadado
tu corazon sediento satisfaga
sus odios contra mí; pues, vivo, en vano
de aqui quieres que salga.

ELVIRA. (1)

¡Qué tormento!
Beatriz, por Dios, escucha; yo temblando
estoy de una sorpresa; corre; avisa
si le vieses venir.

BEATRIZ.

En mi cuidado
puedes, señora, descansar. (2)

ELVIRA.

¡Dios mio!

ESCENA IV.

ELVIRA. MACÍAS.

ELVIRA.

¿Qué pretendeis? Soltad. ¿No ois sus pasos?

MACÍAS.

Nada me importa ya. Tú en algun tiempo
ningun riesgo temblabas á mi lado.

ELVIRA.

Era entonces amante: esposa de otro
soy ahora; vos mismo, vos tardando...

MACÍAS.

¿Qué profieres, Elvira? ¿Es tarde, es tarde
el mismo dia que se cumple el plazo?
¿No es otra tu disculpa? ¿No supiste
pretestar ni fingir otros descargos?
Yo á oirlos vengo, que muriendo quiero
espirar á lo menos engañado.

(1) Con la mayor zozobra.
(2) Váse.

Deslúmbrame, tirana: al menos dime
que la violencia fué, que fué el engaño
quien te casó.

ELVIRA.

Callad, que si supierais...

MACÍAS.

Di que el infiel yo he sido: que mil lauros
mereciste al casarte; que me amabas;
que tal vez por amarme demasiado
te casaste con otro. Sí, yo mismo
la venda me pondré que con tus manos
debieras poner tú sobre mis ojos.
¿Ni merezco siquiera un desengaño?
¿Callas confusa?

ELVIRA.

Si me oyerais...

MACÍAS.

Puede
que tu lealtad probáras. ¡De tu labio
tanto fias, Elvira! ¿Mas los ojos
bajas, mísera, al suelo avergonzados?
¡Muger, en fin, ingrata y veleidosa!
¡Ay, infeliz del que creyó que amado
de una muger seria eternamente!
¡Insensato!

ELVIRA.

No mas; basta: ¿ese pago
alcanzan tanto amor y tantas penas
como por vos mi pecho destrozaron?
¿Y os amaba yo aun?

MACÍAS.

¿Me amas? ¿Es cierto?

¿Tú me amas todavia? ¿Y aun estamos
en Andujar los dos? ¡Ay! ¿Quién ahora
me robará la hermosa que idolatro?
¿Me amas? Ven.

ELVIRA.

¿Yo eso he dicho? Que os amaba
solo os quise decir; mas no que os amo.

MACÍAS.

No; tus ojos, tu llanto, tus acentos,
tu agitacion, tu fuego, en que me abraso,
dicen al corazon que tus palabras
mienten ahora; sí, bien mio, huyamos.
Todo lo olvido ya. Pruébame huyendo
que no fue liviandad el dar tu mano.

ELVIRA.

¿Dónde me arrastras?

MACÍAS.

Ven; á ser dichosa.
¿En qué parte del mundo ha de faltarnos
un albergue, mi bien? Rompe, aniquila
esos, que contrajiste, horribles lazos.
Los amantes son solos los esposos.
Su lazo es el amor: ¿cuál hay mas santo?
Su templo el universo: donde quiera
el Dios los oye que los ha juntado.
Si en las ciudades no, si entre los hombres
ni fé, ni abrigo, ni esperanza hallamos,
las fieras en los bosques una cueva
cederán al amor. ¿Ellas acaso
no aman tambien? Huyamos; ¿qué otro asilo
pretendes mas seguro que mis brazos?
Los tuyos bastaránme, y si en la tierra

asilo no encontramos, juntos ambos
moriremos de amor. ¿Quién mas dichoso
que aquel que amando vive y muere amado?

ELVIRA.

¿Qué delirio espantoso, qué imposibles
imaginais, señor? Doy que encontramos
ese asilo escondido: ¿está la dicha
donde el honor no está? ¿Cuál despoblado
podrá ocultarme de mí propia?

MACÍAS.

¡Elvira!

ELVIRA.

Juré ser de otro dueño, y al recato,
y á mi nombre tambien y á Dios le debo
sufrir mi suerte con valor, y en llanto
el tálamo regar; si nó dichosa,
honrada moriré; pues quiso el hado
que vuestra nunca fuese, ¿por ventura
podrán vuestros delirios contrastarlo?
Ved este llanto amargo y doloroso,
ved si os amé, señor, y si aun os amo
mas que á mi propia vida; con violencia,
verdad es, y con fraude me casaron;
pero casada estoy; ya no hay remedio.
Si escuchara á mi amor, vos en mi daño
á denostarme fuerais el primero.
Vuestro aprecio merezca, ya que en vano
merecí vuestro amor. Si aborrecido
ese esposo fatal me debe tanto,
¿qué hiciera si con vos, por dicha mia,
me hubiera unido en insoluble lazo?

MACÍAS.

¡No; tú no me amas, nó, ni tú me amaste
nunca jamas! Mentidos son y vanos
los indicios; tus ojos, tus acentos
y tus mismas miradas me engañaron.
¿Tú en ser de otro consientes, y á Macías
tranquila lo propones? ¿Tú en sus brazos?
¡Tú, Elvira, y cuando lloren sangre y fuego
mis abrasados ojos ¡ah! gozando
otro estará de tu beldad! ¡Y entonces
tú gozarás tambien, y con alhagos
á los alhagos suyos respondiendo!!!...
¡Imposible! ¡Jamas! No, yo no alcanzo
á sufrir tanto horror. ¿Yo, yo he de verlo?
Primero he de morir ó he de estorbarlo.
¡Mil rayos antes!!!...

ELVIRA.

¡Cielos!

MACÍAS.

¿Qué es la vida?
Un tormento insufrible, si á tu lado
no he de pasarla ya. ¡Muerte! ¡Venganza!
¿Dónde el cobarde está? ¿dónde? ¡Villano!
¿Me ofende y vive? ¡Fernan Perez!

ELVIRA.

¡Calla!
¿Qué intentas, imprudente? Demasiado
le traerá mi desdicha.

MACÍAS.

¿Y qué? En buen hora;
venga y traiga su acero, venga armado.
Aqui el duelo será. ¿Por qué á mañana

remitirlo? Le entiendo; sí; temblando
de mi espada, quiere antes ser dichoso.
¿Lo esperas, Fernan Perez? ¡Insensato!
No, no la estrecharás, mientras mi sangre
hierva en mi corazon. Ábrate paso
por medio de él tu espada. Este el camino
es al bien celestial que me has robado.
¡No hay otro! ¿Y ella es tuya? Corre, vuela.
¡Mira que es mia ahora, y que te aguardo!
¡Hernan Perez! (1)

ELVIRA.

¡Silencio! ¿Qué pretendes?
Le turba su pasion. Tente. Arrojado,
¿dónde corres asi? Dame esa espada.

MACÍAS.

¡Huye, ó tú, esposa de otro! Sí: buscando
voy mi muerte: tú misma la deseas:
sin miedo ni rubor idolatrarlo
despues de ella podrás. Toma ese acero. (2)
La vida arrancame, pues me has quitado
lo que era para mí mas que mi vida,
mas que mi propio honor. ¡Desventurado! (3)

ESCENA V.

ELVIRA. MACÍAS. BEATRIZ.



BEATRIZ.

Huid, señor, que llegan.

(1) Saca la espada.
(2) Elvira coge la espada.
(3) Llega Beatriz sobresaltada.

ELVIRA.

¡ Ah !

MACÍAS.

¿ Quién llega ?

BEATRIZ.

El marqués; y Fernan sigue sus pasos...
avisados sin duda...

MACÍAS.

Yo os doy gracias,
cielos, por tanto bien; presto escuchados
fueron mis votos.

ELVIRA.

¡ Huye !

MACÍAS.

¿ Quién ? ¿ Yo, Elvira ?
¿ Delante de él huir ? ¿ Yo que le llamo ?

ELVIRA.

¡ Por piedad ! ¡ Por mi honor!

MACÍAS.

Dame esa espada.

ELVIRA.

¿ La espada ? ¿ Para qué ? ¿ Tú, temerario,
testigo hacerme intentas de tu arrojo ?

MACÍAS.

¡ Mi espada, Elvira !

ELVIRA.

¡ Nunca !

BEATRIZ.

¡ Ya han llegado !
¡ Ya no es tiempo !

ELVIRA.

No; al menos tanta sangre

no correrá por mí. ¡ Tente, ó la clavo en mi pecho !

BEATRIZ.

¡ Señora !

FERNAN. (1)

¡ Que osadía !

MACÍAS. (2)

¡ Elvira !

FERNAN. (3)

¡ Señor, vedle !

MACÍAS.

¡ En fin, me hallaron sin mis armas !

ESCENA VI.

ELVIRA. BEATRIZ. MACÍAS. FERNAN PEREZ. DON ENRIQUE. RUI PERO. ALVAR. PAGES ARMADOS. (4)

D. ENRIQUE.

¿ Qué miro ? ¿ Y ese acero qué significa, Elvira ?

ELVIRA.

En vuestras manos, señor, le deposito, y tengo á dicha haber hoy tantos males estorbado.

(1) Entrando.
(2) Porfiando.
(3) A don Enrique, que entra.
(4) Estos, capitaneados por Rui Pero y Alvar, rodean á Macías.

MACÍAS.

¡Solo esto me faltaba!

FERNAN.

¡Elvira!

ELVIRA.

¡Tiemblo!

FERNAN.

¿No bien casada, y os encuentro?...

MACÍAS.

¡Hidalgo!

ELVIRA.

Señor...

MACÍAS.

La culpa es mia; es inocente.

FERNAN.

¿Y vos con qué derecho hasta el estrado
de mi esposa?...

D. ENRIQUE.

¡Vadillo!

FERNAN.

¡Vive el cielo!
que á no estar el mäestre...

D. ENRIQUE.

Reportaos.

MACÍAS.

Venid donde no esté.

ELVIRA.

¡Fernan!

D. ENRIQUE.

¡Vadillo,
de aqui vos no saldreis!

FERNAN.

¡ Señor !...

D. ENRIQUE.

Lo mando.
Dejadme que yo le hable. (1) ¿Con que es cierto?
¿ Vos aqui de esta suerte, y ultrajando
la casa de un hidalgo á quien protejo?
¿ Y vos, á quien concedo el campo franco
porque á Elvira no veais, ni á Fernan Perez
hasta el punto del duelo, tan osado,
que ni escuchais razones, ni hay respetos
para vos, ni hay consejos, ni hay mandatos,
ni hay poner freno á vuestra audacia? ¿En dónde,
insolente, aprendeis?...

MACÍAS.

Sellad el labio,
ó vive Dios... ¿Qué os debo, y qué respetos
por vuestra proteccion he de guardaros?
¿Protegen de esta suerte los señores?
¿Qué os debo sino mal? Si esto es amparo,
sed desde hoy mi enemigo, y ese tono
altanero dejad. ¿Pensais acaso
que soy menos que vos? No, don Enrique.
¿En qué justas famosas vuestro brazo,
ó en que lid me venció? Coged la lanza,
y conmigo venid; presto ese ufano
orgullo abatiré.

D. ENRIQUE.

¡Qué oigo!

(1) Á Macías.

ELVIRA.

¡Él se pierde!

MACÍAS.

Si en vuestra cuna y en honores vanos
tanto orgullo fundais, eso os obliga
á proceder mejor. Sois inhumano,
injusto sois conmigo, don Enrique,
porque en la cumbre os veis; porque ese infando
poder gozais, con que oprimis vilmente,
en vez de proteger al desdichado,
á una débil muger; vos valeroso
contra las bellas sois. ¡Mirad qué lauros!
Dígalo vuestra esposa, que á una ciega
ambicion inmolais. ¿Cómo apiadaros
del grito del amor? Vos ni su noble
fuego entendeis, ni nunca habeis amado,
ni sois capaz de amor. Para otras almas
de un temple mas sublime se guardaran
esas grandes pasiones...

D. ENRIQUE.

Mal nacido,
infame, ¡vos á mí tal desacato!

MACÍAS.

Callad, callad, ó mi furor... ¿Yo infame?
¿Yo mal nacido? ¿Y sufro tanto agravio?
¡Vive Dios, don Enrique el hechicero,
que si espada tuviera, presto el labio
yo os hiciera sellar!...

FERNAN.

Señor, dejadme
que castigue su audacia; él aqui entrando
á mí ofendió primero.

D. ENRIQUE.

Fernan Perez,
ya os dige que vuestra honra está á mi cargo,
y ya os mandé callar. Guardias, al punto
al alcázar llevadle.

ELVIRA.

Perdonadlo.
Mas generoso sed, pues sois mas grande.
Su pasion le cegó. Dadle un caballo,
parta lejos de aqui; salve su vida,
y revóquese el duelo. El tiempo acaso
hará, y la ausencia lo demas; tan solo
yo asi dichosa podré ser, ó un tanto
menos desventurada; asi tranquilo
podrá mi esposo estar.

MACÍAS.

¡Caigan mil rayos
sobre mí! ¿Tú tambien, desventurada,
con súplicas te humillas al tirano?
¿Tú por mi vida, que sin tí no aprecio,
tú por tu esposo y su quietud rogando?
¿Tú mi ausencia le pides? ¿Tú á Hernan quieres?
Bien, ya eres suya; pero atiende. En vano
piensas la dicha hallar, ni en tí la ausencia
podrá sanar el mal, sino aumentarlo.
Cuando mi muerte sepas, en tu oido
siempre estará mi nombre resonando.
Yo le maté, dirás; tu esposo en zelos
arderá, temeroso de que al cabo
le vendas como á mí, y hasta tus besos
mentiras creerá. Cierto, y seránlo.–
Ella, Fernan, me amó, y volverá á amarme;

si constancia te jura, es solo engaño;
tambien á mí me la juró, y mentia.
Siempre al amante buscará lejano,
y nunca podrá hallarle; tus amores
fria rechazará, con llanto amargo
inundando tu lecho. – ¡Fementida!
Cuando olvidarme quieras en sus brazos,
entre tu esposo y entre tí, mi sombra
airada se alzará, para tu espanto,
de sangre salpicando todavia
tu profanado seno; con su mano
yerta te apartará, siempre á tu mente
tu deslealtad infame recordando;
y hondamente *Macías* repitiendo,
¡*Macías* sonará por el espacio!!!
Llevadme ya á la muerte...

ELVIRA.

¡Espera!

FERNAN.

¡Elvira!

D. ENRIQUE. (1)

Idos.

MACÍAS.

¡Pérfida, á Dios! Vive... y... Mas... vamos. (2)

(1) A Alvar.
(2) Salen. Beatriz detiene á Elvira, que quiere seguirle. Fernan Perez sale hasta la puerta viendo marchar á Alvar con Macías y demas: Elvira quiere ir tras él, pero deteniéndola Beatriz, vuelve a oir lo que dice don Enrique á Rui.

ESCENA VII.

DON ENRIQUE. FERNAN PEREZ. ELVIRA. BEATRIZ. RUI PERO.

ELVIRA. (1)
¡Señor! – ¡Ninguno me oye!
D. ENRIQUE.
Vos, Rui Pero,
dejad al insolente asegurado
en la torre, y de alli ved que no salga
hasta que llegue del combate el plazo. (2)
ELVIRA.
¡En la torre, Beatriz! Ya libremente
suelto la rienda á mi dolor y al llanto.

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE. FERNAN PEREZ. ELVIRA. BEATRIZ.

D. ENRIQUE.
Por ahora, Fernan Perez,
ya en la torre está seguro.
Yo veré si hallo algun medio
de evitar, honroso y justo,
el duelo: mas por si al cabo
no se encontrase ninguno,

(1) Tras Fernan Perez.
(2) Vase Rui Pero.

disponeos, que es valiente.
En lo que sé de él me fundo.
Pues pensar en revocarlo
ni puedo, ni es oportuno,
ni es bueno que vos quedeis
por cobarde en este asunto,
siendo mi escudero.

FERNAN.

Airoso.
quedarás, señor; lo juro.

D. ENRIQUE.

Y avisadme en el momento
que vuelva de Arjona Nuño. (1)

ELVIRA.

¿Lo oyes? De evitar el duelo
no hay, Beatriz, no hay medio alguno.

ESCENA IX.

FERNAN PEREZ. ELVIRA. BEATRIZ.

FERNAN. (2)

No moriré en este trance.
¡Locura fuera! ¿Qué busco
yo en esa lid? Solo el bien
que ya poseo aventuro.
Muera él antes; sí, perezca,
si el duelo no se hace nulo.
Elvira... dejarla quiero... (3)

(1) Váse don Enrique.
(2) Para sí.
(3) Hace ademan de irse.

ELVIRA.

Me resuelvo... ya no dudo...
Fernan... (1)

FERNAN.

¿Quién viene?

BEATRIZ.

(¿Qué intenta?)

FERNAN.

¿Me buscais?

ELVIRA.

Sí, á vos.

FERNAN.

(¿Qué escucho?)

ELVIRA.

Sí, á vos, Hernan; ya es forzoso,
ya mas mi dolor no encubro.
Salga del pecho, y al menos
consérvese el honor puro.
Fuera el callar mas, delito.
Beatriz, vete ya.

FERNAN.

(Confuso
me tiene.)

ELVIRA. (2)

Su enojo empero
temo; que es cruel é injusto.

BEATRIZ. (3)

Te entiendo: á esa galería
próxima á ocultarme acudo,

(1) Yendo tras de él.
(2) Aparte á Beatriz.
(3) Id. á Elvira.

de donde pueda ayudarte
si algun peligro descubro. (1)

ESCENA X.

ELVIRA. FERNAN PEREZ.

ELVIRA.

Esposo, escuchadme atento,
pues aunque callar quisiera,
no me dejára esta fiera
congoja y dolor que siento.
Vos ignorar no podeis
de qué suerte me han casado,
y que jamas os ha amado
mi corazon, bien sabeis.

FERNAN.

¿Qué decis?

ELVIRA.

Dadme licencia
para que acabe de hablar;
no pretendo yo culpar
al padre mio en su ausencia:
debo creer que su objeto
laudable y honroso fuese,
y aunque asi no lo creyese,
me ata la lengua el respeto.
No quiero turbaros, no,
con lágrimas y suspiros;
solo, sí, podré deciros

(1) Váse.

que amaba á Macías yo.
Sé mis deberes muy bien,
y aunque noble no nací,
segura teneis en mí
vuestra honra.

FERNAN.

¡Y ay de quien
no la guardase!

ELVIRA.

Mirad,
Vadillo, que aun no acabé.
Al fin sofocó mi fé
la paterna autoridad;
y entero su triunfo fuera,
si aquel engaño tan cierto
no se hubiera descubierto,
ó Macías no viniera.
Mas en fin, todo fué en vano;
vino, y le ví, mas amante
que nunca: yo la inconstante
he sido en daros mi mano.
Ahora ya el llanto es ocioso:
en situacion tan funesta,
solo un arbitrio me resta,
y el emplearlo es forzoso.
Yo ser de otro no podré,
pues con vos casada estoy;
mas ya que aun vuestra no soy,
jamas, señor, lo seré.
Señalad vos un convento,
adonde á ocultarme vaya,
y donde esposo no haya

que redoble mi tormento.
Y presto, Hernan, que la vida
me ha de acabar mi quebranto:
y aunque alli en eterno llanto
viva despues sumergida.
Esto es solo lo que os pido;
este es en fin el favor
que nunca puede, señor,
negar prudente marido.
¿Quién no quisiera tener,
escuchando estas razones,
entre seguras prisiones
encerrada á su muger?
Ni hay muger que no prefiera
á un indiferente esposo,
queriendo á otro, el reposo
de la regla mas austera.

FERNAN.

¿Acabasteis?

ELVIRA.

Acabé.

FERNAN.

¡Mal reprimo ya mi furia!
¿Y para oir tal injuria
un año entero esperé?
Bien sé que al doncel, señora,
siempre tuvisteis amor;
sí; y en daño de mi honor
le amais mas que nunca ahora.
¿Para llorar me pedís
ese retiro y convento?
Eso es todo fingimiento.

¿Que soy necio presumís?
Sé que para ese doncel
tan osado, no hay seguros
ni cerrojos, ni altos muros,
que puedan guardaros de él.

ELVIRA.

¡Ah! ¡qué decís!

FERNAN.

Loca y necia
anduvisteis en pensar
que yo os fuese á renunciar
lo que mas el alma aprecia.
Mi esposa sois, y viviendo,
mi muger habréis de ser,
que no hay quien pueda romper
tal lazo.

ELVIRA.

¡Qué estoy oyendo!
¿Con que no hay remedio?

FERNAN.

No.
Ninguno. ¡Vanas porfias!
Si es vuestro amante Macías,
vuestro marido soy yo.
Ceded, señora, á la suerte,
sino á fé de caballero... (1)

ELVIRA.

Sacad, Fernan, el acero;
herid: no temo la muerte.

(1) Echando mano al puñal.

FERNAN.

¿Le ama, ó cielos, de tal modo
que ya prefiere á su olvido
la muerte?

ELVIRA.

Sí; yo os la pido.

FERNAN.

No: sed mia antes de todo.
Un bien, un triunfo seria
la muerte para ellos dos.
No; viviréis ¡juro á Dios!
para mas venganza mia.
¡Mal haya el que tan amado
supo ser! ¿Le preferís?
¿El riesgo no prevenís?...

ELVIRA.

¿Vos seréis capaz, malvado?...

FERNAN.

Sí. – ¡De todo! ¡Maldicion
sobre él, sobre vos!... Mas... ved
si os quiero yo hacer merced,
y alhagar vuestra pasion.
Hoy le habeis de hablar, Elvira.

ELVIRA.

¿Hablarle, señor?

FERNAN.

Lo mando.
Yo os he de estar escuchando.

ELVIRA.

¿Quién tal proyecto os inspira?

FERNAN.

Diréis que me amais, que á mí

me dió vuestro amor el cielo...
por tanto que escuse el duelo.

ELVIRA.

¿Yo tengo de hablarle asi?

FERNAN.

Mi honra así queda bien puesta:
la esperanza muera en él.

ELVIRA.

No; primero, hombre cruel,
estoy á morir dispuesta.

FERNAN.

¿No obedeceis? (1)

ELVIRA.

¡Por piedad!
Me lastimais. ¡Ah, señor!

FERNAN.

¿Tanto puede vuestro amor?
Ceded.

ELVIRA.

¡No! Nunca.

FERNAN.

Temblad. (2)
Ya no insto mas; mi venganza
tiene otros medios.

ELVIRA.

¡Dios santo!

BEATRIZ.

(¡Yo he de entrar!)

(1) La ase del brazo con fuerza.
(2) Soltándola con fuerza y despecho.

FERNAN. (1)
¡Alvar!

ELVIRA.
¡Qué espanto!

FERNAN.
¡Alvar!

ELVIRA.
¡A Dios mi esperanza! (2)

ESCENA XI.

ELVIRA. FERNAN PEREZ. ALVAR. (3)

FERNAN. (4)
Alvar, cuatro hombres buscadme...
¿me entendeis? Dentro de una hora...
venid. (5)

ELVIRA.
¡Ah! ¿Qué intenta ahora?
¿Será?... ¡Cielos, amparadme!
¿Que haré en trance tan terrible?
Monstruo. ¿Y piensas que mi vida
á tí he de pasar unida?
¡Nunca! ¡Jamas! ¡Imposible!
¡Bárbaro! ¡En valde te alhaga
mi esperada posesion,

(1) Llamando por la izquierda.
(2) Entra Alvar, descubierto, por la izquierda.
(3) Este y Fernan aparte.
(4) A Alvar.
(5) Vánse.

que la desesperacion
sabrá prestarme una daga!
¿Y adónde fué? ¿Con qué idea?
¡Yo tiemblo!...

ESCENA XII.

ELVIRA. BEATRIZ.

BEATRIZ. (1)
¡Señora! ¡Elvira! (2)

ELVIRA.
¿Qué es, Beatriz?

BEATRIZ. (3)
¡Ah!

ELVIRA.
En fin, respira;
dime...

BEATRIZ.
Aguarda: no nos vea.

ELVIRA.
No; marchó.

BEATRIZ.
Sí, demasiado
lo sé; oculta, desde allí,
varias palabras oí,
que le dijo á su criado.
Esta noche...

(1) Despavorida.
(2) Recelosas ambas en toda la escena de que las vean ú oigan.
(3) Sin aliento.

ELVIRA.

Habla.

BEATRIZ.

¡Un instante!...
Quiere, en su prision, matar...

ELVIRA.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

¡Ah! ¡Me haceis temblar!

ELVIRA.

¡Desgraciado! ¿En ser constante,
qué delito cometiste?
Mas no, asesinos; primero
ha de pasar vuestro acero
por mi pecho. ¿Tú lo oiste?
¡Beatriz! escucha... La torre
conozco en que está encerrado...
Soborna á alguno... guardado
tengo oro... y alhajas... corre...
Mis collares, mis pendientes... (1)
estas joyas de mi boda...
toma esa riqueza toda...
dispon de ella. – ¡Calla! ¿Sientes
pasos?...

BEATRIZ.

No.

ELVIRA.

Dile al primero
que se brinde á abrir, que es suyo

(1) Se arranca los adornos que lleva, presentándolos á Beatriz.

cuanto quiera; el resto es tuyo. (1)

BEATRIZ.

¿Qué decís? ¿Yo? Nada quiero.
Mas corro... sé quien lo hará...

ELVIRA.

Vé; y al marqués, si es posible,
pues no es mi empresa infalible,
avisa, que él no sabrá
el riesgo de su doncel,
ni tan vil traicion. Volemos,
Beatriz; ó le salvarémos,
ó morirémos con él. (2)

FIN DEL TERCER ACTO.

(1) Dándoselos.
(2) Se entran por la derecha.

ACTO CUARTO.

(Prision de Macías. Puerta á izquierda y derecha; la primera grande, la segunda secreta. Una lámpara encendida.)

ESCENA I.

MACÍAS. FORTUN.

MACÍAS.

¿Eso propone el marqués?
¿Para eso solo te envia?
Fortun, al lucir del dia
ten prevenido mi arnés.

FORTUN.

¿Diréle que del combate
no desistes?

MACÍAS.

¿Desistir?
¿Y él lo pudo presumir?
¿Y sangre en sus venas late?
Si olvida, mal caballero,
el campo que concedió,
no me le ha de negar, no,
el rey Enrique Tercero.
Dí mas: que aunque el mismo rey
el campo franco rehuse,

y de su alto poder use
para hollar su propia ley,
aun no está salvo el cobarde;
pues que juro por mi espada,
no quitarme la celada
hasta que, temprano ó tarde,
le encuentre por fin, do quiera,
y en su pecho fementido
deje mi acero escondido,
vengando mi afrenta fiera.
¿Piensa el marqués por ventura
que soy yo la de Albornoz,
que oigo temblando su voz
y obedezco? ¡Qué locura!

FORTUN.

¿Diréle?...

MACÍAS.

Sí: di á Villena,
de mi parte, que no olvide
lo que su clase le pide,
lo que debe á la honra agena:
que es escusado su empeño;
que si aun vivo, ha de saber
que es porque anhelo beber
la sangre al traidor; que es sueño
pensar que me vuelva atrás;
y al hidalgo, que ya anhelo
ver si es tan fuerte en el duelo,
como en la corte, dirás;
y tú al despuntar la aurora,
preven, Fortun, cuidadoso,
un alazan poderoso,

y mi espada cortadora.
Mis armas negras bruñidas
registra bien, y dos lanzas
prevenme. Mis esperanzas
mira no salgan fallidas.
Mas si muero...

FORTUN.

Tiende un velo
sobre agüero tan fatal.

MACÍAS.

No sabe ningun mortal
el fin que le guarda el cielo.
A Rodriguez del Padron,
mi amigo, mi espada lleva,
y déme la última prueba
de su afecto; mi pasion
le cuenta, y mi fin crüel:
dí que la venganza mia,
mi honor á su brazo fia.
Tal confianza tengo en él.

FORTUN.

A Dios, señor, y descuida
cuanto encargas á mi fé:
yo te juro que lo haré
por tu nombre y por mi vida. (1)

MACÍAS.

Ve, y pide á Dios que me valga.
¡Pues no puedo ser amado
de Elvira bella, vengado
del reto, á lo menos, salga!

(1) Váse Fertun.

ESCENA II.

MACÍAS. (1)

¿Íbate, pues, tanto en la muerte mia,
fementida hermosa, mas que hermosa ingrata?
¿Asi al mas rendido amador se trata?
¿Cupo en tal belleza tanta alevosía?
¿Qué se hizo tu amor? ¿Fué todo falsía?
¡Cielo! ¿Y tú consientes una falsedad,
que semeja tanto la propia verdad?
¡Oh! ¡Lloren mis ojos! ¡lloren noche y dia!
¡Ah! ¡La aleve copa, que el amor colmó,
heces tambien cria para nuestro daño;
y las heces suyas son el desengaño!...
¡Ay del que la apura, cual la apuro yo!
¡Ay de quien al mundo para amar nació!
¡Ay de aquel que muere por muger ingrata!
¡Ay de aquel que amor tirano maltrata,
y que, aun desdeñado, jamas olvidó!...
¿Por qué al nacer, cielo, en pecho amador,
tirano, me diste corazon de fuego?
¿Por qué das la sed, si emponzoñas luego
el mas envidiado supremo licor?
Duélate, señora, mi acerbo dolor;
ven, torna á mis brazos, ven, hermosa Elvira:
aunque haya de ser, como antes, mentira,
vuélveme, tirana, vuélveme tu amor. (2)

(1) Despues de un momento de pausa, sumergido en el mayor dolor y enagenacion.

(2) Queda un momento abismado en su dolor.

ESCENA III.

MACÍAS. ELVIRA. (1)

MACÍAS.

¿Mas qué rumor?... ¿Una llave?...
¿Una puerta?... ¡Vive Dios!
¿Quién?...

ELVIRA. (2)

Corre, Beatriz. A Dios.
Nada el de Villena sabe.
Antes que el crímen se acabe
que venga, por si no puedo
salvarle sola. Aqui quedo. –
¡Él es! ¿Macías?... (3)

MACÍAS. (4)

¿Qué miro?
¿Es ella? ¿Sueño? ¿Deliro?
¡Elvira!

ELVIRA.

Tente: habla quedo.

MACÍAS.

¡Necio de mí! ¡Qué injusta y locamente
mi fortuna acusé! Cuando alevosa
te llamo, y te maldigo, ¿tú á mis brazos
secretamente entre peligros tornas?

(1) Se siente abrir una puerta secreta á la derecha, y aparece Elvira cubierta con un manto negro, y debajo de blanco, sencillamente; de una cinta negra trae colgada una cruz de oro al cuello.

(2) Al paño.

(3) Llega descubriéndose.

(4) Conociéndola, arrebatado.

¡Perdon, ídolo mio! Mis ofensas,
ofensas son de amor; á la ardorosa
pasion que me consume acusa solo:
suyo es mi yerro, y mis ofensas todas.
¿Yo soy tan venturoso todavia?

ELVIRA.

¡Imprudente! Silencio: no esa loca
alegría te ciegue, que aun la suerte
aciaga se nos muestra.

MACÍAS.

¡Mas dichosa
nunca fué para mí!

ELVIRA.

Tiembla, insensato.
Las horas, infeliz, nos son preciosas.
Oye mi voz...

MACÍAS.

Sí, Elvira, llega y habla.
Habla, y que oiga tu voz. ¡Cuán deliciosa
suena en mi oido! ¡Un bálsamo divino
es para el corazon! ¡Ah! De tus ropas
al roce solo, al ruido de tus pasos,
estremecido tiemblo, cual la hoja
en el árbol, del viento sacudida.
La esperanza de verte, tu memoria,
todo el encanto son de mi existencia.
Mas si te llego á ver, mi alma se arroba,
y me siento morir, cuando en tus ojos
clavo los mios; si por suerte toca
á la tuya mi mano, por mis venas
siento un fuego correr que me devora,
vivo, voraz, inmenso, inextinguible,

y abrasado y pendiente de tu boca,
anhelo oirte hablar; ¡habla, bien mio;
dime que te conduce aqui á deshora
un amor semejante; y dí que me amas,
y esto hará mi desdicha venturosa!

ELVIRA.

De ese fatal delirio que te ofusca
la terrible verdad el velo rompa.
La muerte está á tu lado, y el momento
propicio acecha ya.

MACÍAS.

¡Venga en buen hora!
Y hálleme junto á tí.

ELVIRA.

¿Qué escucho? Atiende.
¿Entrambos nos perdemos, y aun tú nombras
el riesgo sin temblar? Los asesinos
acaso aqui la planta sigilosa
encaminando ya, su hierro aguzan,
y bien pronto en tu sangre generosa
apagar se prometen el incendio
de ese funesto amor. ¿Y tú lo ignoras?...

MACÍAS.

¿Qué profieres de amor y de asesinos
juntamente?

ELVIRA.

Con mi oro, con mis joyas
esa puerta me abrí. Fernan la infame
conjuracion dispuso.

MACÍAS.

¡Oh, mas hermosa
te hace tanto valor! . . . .

ELVIRA.

Dudo cuál puerta
elegirá el cobarde. Sin demora
sálvate, que á esto vengo. ¿Presumiste
que corriese en tu busca presurosa
sin tan terrible causa?

MACÍAS. (1)

¡Santo cielo!
No la trajo el amor, la trajo sola
la compasion.

ELVIRA.

¿Tú, ingrato, mis tormentos
con esa injusta desconfianza doblas?
¿Vida y honor por compasion tan solo
arriesga una muger? Deja, abandona
tan injuriosas dudas. Urge el tiempo.
Parte de aqui.

MACÍAS.

¿Partir?

ELVIRA.

No es afrentosa
la fuga ante el puñal del asesino.
No mancharás huyendo tantas glorias
que tienes adquiridas. Obedece:
parte.

MACÍAS.

¿Sin tí, bien mio?

ELVIRA.

¿Qué te importa?

(1) Desesperado.

Nadie soy para tí; ni ya uno de otro
podemos ser jamas.

MACÍAS.

¡Jamas! ¿Y lloras?
¿Cubres el rostro en las dolientes palmas?
¿Y quieres separarnos? ¡Ay! ¿No notas
que ese llanto, en que gozo tantas dichas,
es para el corazon letal ponzoña?

ELVIRA.

Sí, lloro, y por tí lloro; y si es preciso
para que huyas decirte que te adora
esta infeliz muger; que no hay reposo
para ella, si su intento se malogra;
que morirá, si mueres, ya mi labio
se atreve á confesion tan vergonzosa.
Sí; yo te amo; te adoro, ni me empacha
el rubor de decirlo. ¿A cuánta costa
del bárbaro imploré que me dejase
un consuelo siquiera en ser virtuosa?
Y él lo negó, y él mismo al precipicio,
donde contigo acabaré, me arroja.
Sí; yo tambien sé amar. Muger ninguna
amó cual te amo yo. Vuelve, recobra
un corazon que es tuyo, y que mas tiempo
el secreto no guarda que le agovia.

MACÍAS.

Mas bajo, por piedad, que envidia tengo
hasta del aire que te escucha.

ELVIRA.

Ahora.
¿Qué tardas ya? Consérvame tu vida.
Huye.

MACÍAS.

Ven.

ELVIRA.

¡Imposible!

MACÍAS.

¿Siempre sorda
á mi ruego serás?

ELVIRA.

Acaso un dia...

MACÍAS.

¡Un dia!

ELVIRA.

¿Qué pronuncio?... Anda, y la aurora
lejos de Andujar al lucir te encuentre;
mi remedio á los cielos abandona.
Yo encontraré un asilo impenetrable,
en donde á salvo del traidor me ponga.
Comprometer tu fuga yo podria
retardándola acaso. En tal congoja
solo esta daga tengo, que escondida (1)
entre los pliegues traje de mis ropas.
Sírvate ella, aunque débil, de defensa.
A las puertas de Andujar, cautelosa,
te seguiré á tu lado, hasta que libre
te mire alli desparecer yo propia.
Solo una cosa exijo: has de jurarla.
Si á pesar de la noche protectora,
que con sus densas sombras nos ampara,
antes de que salvemos la espaciosa
muralla y honda cava, sorprendidos

(1) Saca una daga.

por Hernan Perez somos, oye: ahoga
la piedad en tu pecho: que tu mano
en este corazon la daga esconda,
y asi el remordimiento y la vergüenza
borre, que entre los hombres le destrozan.
No sea suya jamas; mi amor se salve,
ya que imposible fué salvar mi honra.
Y si tú no te atreves, en mis manos
pon la daga: la muerte no me asombra.
Recuerda que á sus brazos de los tuyos
pasára, y que esta noche á las odiosas
caricias de un rival...

MACÍAS.

Sí, lo prometo.

ELVIRA.

Jura sobre esta cruz. (1)

MACÍAS.

¡Muger heróica!
¡Yo lo juro ante Dios! ¡O qué suprema (2)
felicidad! ¡Por mí la muerte arrostra!

ELVIRA.

Primero que ser suya, entrambos juntos
muramos.

MACÍAS.

Sí, muramos.

ELVIRA.

Peligrosa
fuera ya la tardanza. Ven: partamos.–
Mas qué rumor?.. Los cielos me abandonan! (3)

(1) La que trae colgada del cuello.
(2) Toma la daga.
(3) Escuchan.

¡Ellos son! A esta puerta se aproximan.

MACÍAS.

¿Son ellos? (1) No entrarán.

ELVIRA.

¡Ah! por esotra corramos.

UNO DENTRO. (2)

¿Han cerrado?

FERNÁN. (3)

¡Me han vendido!

ELVIRA.

¡Él es! Corre.

MACÍAS.

Ya es tarde; ya se agolpan esta entrada á tomar.

ELVIRA.

Suenan sus armas al pie de la escalera silenciosa.

MACÍAS.

¡Aun no suben!

ELVIRA.

¿Mas no oyes? ¡Infelices!
¿Qué será de nosotros? ¡Ya ni sombra
de esperanza nos queda!

MACÍAS.

¡Suerte impía!
Jamas has desmentido tu espantosa
tenacidad conmigo.

(1) Corre el cerrojo.
(2) Golpeando.
(3) Idem.

ELVIRA.

Oye; siquiera (1)
ganemos algun tiempo: acaso pronta
ya Beatriz llegará.

MACÍAS.

¿Tiemblas?

ELVIRA.

¿Y cómo
no temblar, si tu vida?...

MACÍAS.

¿Y qué me importa?
¿No me amas?

ELVIRA.

¿Y lo dudas?

MACÍAS.

Pues muramos;
repítemelo siempre, y haz que lo oiga
muriendo.

ELVIRA.

¿Y aqui me hallan?

MACÍAS.

¿Qué, á ese mundo,
que murmura de aquellos que no logra
ni comprender siquiera, qué debemos?
¿No es él quien nos perdió con engañosas
preocupaciones? Llega. Las lazadas
que al mundo nos unian ya estan rotas.
Ya vamos á morir; un moribundo
soy solo para tí; ven, llega, y orna
de flores mi agonía; dí que me amas...

(1) Corre á echar la llave á la puerta secreta.

ELVIRA.

Calla: la muerte ya tiende sus sombras
sobre nosotros... ¿No oyes?... ¿Y á este punto
ha de venir la muerte rigurosa?
¡Con tanto amor morir!

MACÍAS.

¡Ah! Tú cobarde
me volverás aun: ¡morir no ha un hora
desdeñado anhelaba, y tiemblo amado! (1)
Deja: corro á su encuentro; mas gloriosa
sea mi muerte.

ELVIRA. (2)

¿Do corres contra tantos?

MACÍAS.

Á merecerte.

ELVIRA.

¡Ay triste! ¿Qué haces? Torna;
cumple antes lo jurado... ¡No me escucha! (3)

MACÍAS.

¡Fernan Perez! ¿Do estás?

ELVIRA.

¡Ya el mal se colma! (4)
Beatriz! Beatriz! (5) Socorro! Don Enrique! (6)
Nadie oye! Nadie viene! (7) Ah! la horrorosa
lid se percibe ya.

(1) Desasiéndose.
(2) Siguiéndole.
(3) Sale Macías.
(4) Corre á una ventana del foro, que abre, y se asoma.
(5) Escucha: se oye ruido de espadas á la derecha.
(6) Se aparta de la ventana y vuelve al medio.
(7) Cae en un asiento.

MACÍAS. (1)

¡ Traidores !

FERNAN. (2)

¡ Muere !

MACÍAS. (3)

¡ Me habeis muerto !

ELVIRA. (4)

¡ Macías ! -¡ Ya le inmolan los pérfidos ! ¡ Tened ! (5)

MACÍAS. (6)

¡ Ah ! ¡ Ni aun vengado muero !

ELVIRA.

¡ Mi bien !

MACÍAS.

¡ Elvira !

(1) De adentro.
(2) Idem.
(3) Idem.
(4) Arrojándose del asiento.
(5) Va á salir al encuentro de Macías ; pero este al mismo tiempo vuelve á entrar retrocediendo, la mano izquierda en la herida, y la daga en la derecha : le persiguen de cerca Fernan Perez, Alvar y tres hombres : al mismo tiempo uno de ellos corre á abrir la otra puerta y entran otros tres, dos de ellos con teas. Elvira al ver llegar á Macías le sostiene, y él cae sobre el asiento.
(6) Al entrar.

ESCENA IV.

ELVIRA. MACÍAS. FERNAN PEREZ. ALVAR. SEIS ARMADOS.

FERNAN. (1)

¡Aqui mi esposa!

ELVIRA.

¡Socorredle si es tiempo!

MACÍAS.

Ya es en vano:
mortal la herida siento.

FERNAN.

¡Esto soporta
mi furor! Separadlos. (2)

ELVIRA.

Asesinos,
no llegueis. Monstruo, á contemplar tu obra
ven tú. Sí; el triunfo es tuyo, pero inútil,
sino acabas tambien con quien le adora.
No; nunca seré tuya; te aborrezco.
¡Maldicion sobre tí!

FERNAN.

¿Qué oigo, traidora?
Infiel, tiembla...

ELVIRA. (3)

¿Yo? (4) El punto ya es llegado.

(1) Se detiene asombrado.
(2) Quiere adelantarse y tras él los suyos, pero Elvira se opone á ellos.
(3) Con ironía amarga.
(4) Á Macías.

¡Salva, mi único bien, salva á tu esposa!
Lo juraste. (1)

FERNAN.

¿Qué intenta?

ELVIRA. (2)

Ya no tiemblo.
La tumba será el ara donde pronta
la muerte nos despose. (3)

FERNAN. (4)

¡Alvar!

ELVIRA. (5)

Dichosa
muero contigo.

FERNAN.

¡Ya no es tiempo!

MACÍAS.

Es mia
para siempre... sí... arráncamela ahora,
tirano. (6)

FERNAN.

¡Qué furor!

MACÍAS.

Muero... contento. (7)

(1) Arrebatándole la daga, que él alarga débilmente.
(2) Enseñando la daga á Fernan Perez.
(3) Se hiere y cae al lado de Macías.
(4) Al conocer su intencion hace seña á Alvar, que está mas cerca de Elvira, que la detenga.
(5) Cayendo.
(6) Haciendo un último esfuerzo.
(7) Espira.

ELVIRA.

Llegad... ahora... llegad... y que estas bodas
alumbren... vuestras... teas... funerales. (1)

FERNAN.

¡Qué rumor!

BEATRIZ. (2)

¡Ah! Corred.

FERNAN. (3)

¿Quién?... ¡Qué zozobra!

BEATRIZ. (4)

Acaso es tiempo aun.

ESCENA V Y ÚLTIMA.

ELVIRA. MACÍAS. FERNAN PEREZ. ALVAR. SUS SEIS ARMADOS. – BEATRIZ. DON ENRIQUE. NUÑO HERNANDEZ. RUI PERO. FORTUN. PAGES. DOS HOMBRES CON TEAS. (5)

BEATRIZ. (6)

¡Ah! No. ¡Ya es tarde!

NUÑO. (7)

¡Mi hija!

(1) Espira. Se oye ruido de muchas personas que llegan cerca.
(2) Dentro.
(3) Agitado.
(4) Dentro.
(5) Entran por la izqnierda con las espadas desnudas; al otro lado se reunen los demas.
(6) Ve al entrar á Elvira, corre á ella y la coge una mano.
(7) Haciendo lo mismo.

BEATRIZ.

¡Elvira!

D. ENRIQUE. (1)

Hernan Perez.– ¡Vuestra esposa!
¡Macías! – ¿Qué habeis hecho?

FERNAN.

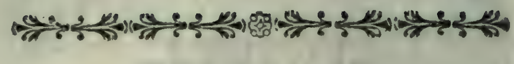
Me vendian.
Ya se lavó en su sangre mi deshonra. (2)

FIN DEL CUARTO Y ÚLTIMO ACTO.

(1) Asombrado.
(2) Cae el telon sobre éste cuadro final.

LA MAJA MAJADA.

Nadie trata á los Tunos
como las Majas,
que tan pronto los quieren,
como los plantan.
Y ellos á ellas,
que tan pronto las toman,
como las dexan.
¡Qué viles tratos!
Para cariños firmes,
los Cortesanos.



PERSONAS.



COLASA, *Maja de rumbo.*
PATRICIO, *su Majo.*
BLAS, *su Marido.*
MENEGILDO, *Majo de*
BASTIANA, *otra Maja.*
D.ª PETRA, *su hermana.*
PEPA, *vecina de Colasa.*
D. SATURIO, *Vizcayno.*
D. MAURICIO, *Petimetre.*
ALCALDE DE BARRIO.

La Escena se supone en Madrid.



Casa pobre, donde se vé Colasa de maja partiendo cascajo á una mesa, y encima una cesta de frutas, caxas de turron, un almirez, &c. y canta.

MUSICA.

„Quien no vive en la calle
„de la Paloma,
„no sabe lo que es pena
„ni lo que es gloria.
„Toma piñones,
„que me gusta la gracia
„con que los comes.

Sale Blas.

BLAS.

Muy buenas noches, muger.

COLASA.

Marido, tales las tengas.

BLAS.

¿Es hora de que cenemos

ya?

COLASA.

¿Hombre, tienes conciencia?
¿conoces algun Christiano
que cene en la Noche buena?

BLAS.

Todos.

COLASA.

Harán colacion.

BLAS.

Lo mesmo es.

COLASA.

¿Y tu la hicieras
si ayunáras?

BLAS.

¿Qué, no ayuno?
mejor que tu.

COLASA.

Buena es esa,
y almorzaste un quarteron
de queso, y una libreta.

BLAS.

Eso fue por la mañana;
y lo que dicen las letras
del Kalandario, es vegilia
por la noche.

COLASA.

Pues haz cuenta
que ayunas, y acuestate
sin cenar.

BLAS.

¡Qué brava cesta
de frutas!

COLASA.

Para tí estaba
aquí: mira si la dexas,
ó te abro con el martillo
en la frente una tronera
por donde salgan á Misa
del Gallo las tres potencias.

BLAS.

En no estando Don Patricio
aquí, no hay diablos que puedan
aguantarte.

COLASA.

Calla, Blas.

BLAS.

Digo bien. Sí.

COLASA.

¿Quánto apuestas
que te sacudo?

BLAS.

Dale:
¿no callo ya?

COLASA.

Blas...

BLAS.

Paciencia.

COLASA.

Mientras yo parto el cascajo, *Blas la obedece.*
machaca tu esas especias.

CANTA.

,,Toma castañas,
,,verás que gusto tienen
,,á resaladas.

Sale Pepa.

PEPA.

Vecinita, buenas noches.

COLASA.

¿Qué tarde que bienes, Pepa?

PEPA.

Que quies: cada una en su casa
tiene tal noche como esta
que hacer su poco, ó su mucho.

COLASA.

¿A qué viene esa fachenda,
si eres como el caracol,

y sales á cenar fuera
de casa?

BLAS.

¿Vienes acá?

PEPA.

Sí Señor.

BLAS.

Señal que hay cena.

PEPA.

¿Quieres que te ayude?

COLASA.

Sí,
vé partiendo nueces, mientras
yo mondo.

BLAS.

Machaca tu,
yo mondaré.

COLASA.

Blas...

BLAS.

Paciencia.

PEPA.

¿Y Patricio?

COLASA.

¿Qué sé yo?
Si en dando las seis y media

no ha parecido, á las siete
ya estoy yo de centinela
á la puerta de la calle;
y la pregunta primera
no se la haré yo.

PEPA.

¿Pues quién?

COLASA.

Esta manita derecha,
con un sopapo tan limpio,
que antes que llegue, las muelas
se le han de salir de miedo
con el ayre que he de hacerlas.

BLAS.

Así él te diera otro igual,
y con eso me comiera
yo solo todo el turron.

PEPA.

No discurro yo que venga
tan pronto. *con fisga.*

COLASA.

¿Por qué?

PEPA.

Por nada.

COLASA.

Eso de por nada, dexa:

vamos gomita ; que quando
los mudos hablan , licencia
tienen de Dios , como dixo
el otro.

PEPA.

Muger , ¿qué seas
asina ? si ha sido gana
de hablar.

COLASA.

Pues ya que comienzas,
prosigue , y dimelo todo,
maldita sea tu lenga.

PEPA.

La tuya : y mira como hablas,
Nicolasa.

COLASA.

Mas valiera,
que tu lo miráras antes.

PEPA.

¿Pues yo qué te he dicho ?

COLASA.

Pepa,
dime donde está ese hombre.

PEPA.

Si no es mas que una sospecha.

COLASA.

Pues cuentamela.

PEPA.

No quiero
que te dé la ventolera,
y que digan que yo he sido
ocasion de una pendencia.

COLASA.

¿Y qué te parece á tí,
que si callas no ha de haberla?

PEPA.

¿Con quién?

COLASA.

Contigo: porque
si al instante no me cuentas
lo que sabes, me encaramo
en cima de tu conciencia,
y te hago de cada brinco
echar un pecado fuera.

PEPA.

Anda fuera, volatina.

COLASA.

¿Lo quieres ver?

PEPA.

Ten prudencia;
y arrepara que no es justo

el que por nosotras pierda
la calle de la Paloma
la opinion de su grandeza,
y del juicio y la quietud
de quantos viven en ella.

BLAS.

Dice bien la Pepa: basta
que viva yo.

COLASA.

Calla, bestia: *á Blas.*
y dime de bien á bien
lo que hay. *á Pepa.*

PEPA.

Una friolera.
Que esta mañana encontró
Don Patricio, en las fruteras
de la plaza, á la Bastiana...

COLASA.

¿Y la habló? *viva.*

PEPA.

Anduvo con ella
un rato, y la regaló,
segun dicen malas lenguas,
un pabo de peso gordo,
y dos caxas de jaléa:
con que como no ha venido

todavia, y sé que hay fiesta
en casa de la otra, puede
que busque dos Noches buenas.

COLASA.

No tendrán sino una y mala
entrambos, como yo pueda.
Blas, ponte presto la capa,
y ven conmigo. *coje la mantilla.*

BLAS.

¿Qué idea
te ha dado?

COLASA.

Ponte la capa,
y no chistes, ni te metas
en mas.

BLAS.

¿Pero á dónde vamos?

COLASA.

A los infiernos.

PEPA.

¡Que tengas
ese genio!

COLASA.

No tengo otro.
Ten cuidado de la puerta, *á Pepa.*
y de esas quatro ensaladas,

que presto daré la vuelta:
si viene gente, que espere.
Si por desgracia le encuentra
mi furor con la Bastiana,
y ella sale á la defensa,
del primero puntapie
la hago subir tantas leguas,
que quando baxe, ya estemos
á mediado de Quaresma. *vase.*

PEPA.

Muger, no seas tan loca.

BLAS.

El diablo que la detenga. *vase.*

Mutacion de sala, donde están baylando y cantando Bastiana de maja, Doña Petra de escofieta, Don Mauricio, Don Saturio, &c. y luego sale Menegildo, oficial menestral, borracho.

CANTA.

„Una Maja idolatro,
„porque las Majas
„corresponden con todas
„sus circunstancias.
„Y en las Usias,
„son las correspondencias

,,falsas, ó tibias.

BASTIANA.

Baylar y cantar á un tiempo,
no hay gargantas que lo puedan
aguantar.

D. MAURICIO.

Tambien se lucen
á un tiempo voces y piernas.

D.ª PETRA.

El baylar sin instrumentos,
parece baylar á secas.

D. SATURIO.

Diablos, cantoras mal baylas
guitarras quando no suenas.

D. MAURICIO.

¿No te he dicho ya que calles,
primo, hasta que hables y entiendas
el Castellano?

D. SATURIO.

Castillas
tiene demonios en lenguas,
y Angeles en caras mozas,
que vuelven almas mantecas.

BASTIANA.

Parece que al Vizcayno
las muchachas de esta tierra

no le desagradan.

D. SATURIO.

Diablos,
que tienes almas traviesas.

D. MAURICIO.

Pues ya te he dicho que no
tienes que llegar á esta: *por D.ª Petra.*
echa por otro camino,
é ingeniate como puedas.

D. SATURIO.

Para caminos, ingenios
sobran, si faltan pesetas.

D.ª PETRA.

¡Lo que tarda tu marido!

BASTIANA.

Quizá estará en la taberna
esta noche hasta las doce.

D.ª PETRA.

¡Y que tu se lo consientas,
hermana!

BASTIANA.

¡Qué tonta eres!
Es cucaña manifiesta
tener marido borracho;
pues aunque haga lo que quiera
una muger, entre y salga,

no chista ; y quando se queja ,
no le cree ninguno , y todos
la compadecen á ella.

D.ª PETRA.

Yo me avergüenzo.

D. MAURICIO.

Por cierto *ap. los 2.*
que son vmds. diversas
en el modo de pensar ,
de hablar , y aun en la apariencia ;
pues vmd. es toda filis ,
y su hermana ordinariezas.

Sale Menegildo turbado.

MENEGILDO.

Por siempre sea alabada
la Divina providencia.

BASTIANA.

Eh , ya viene como suele.
Dios te la depare buena.

D. MAURICIO.

Muy buenas noches , Señor
Hermenegildo.

MENEGILDO.

La media
en punto.. chis.. *tibi Christi,* *estornuda.*
qui fecit Ingalaterram.

D. SATURIO.

Paysanos, ¿no miras patas *le ha pisado*
donde pones, que rebientas? *Herm.*

MENEGILDO.

¿Qué hacen vmds. á escuras?
tambien es buena simpleza
habiendo luz. Sebastiana,
¿y las despaviladeras?

BASTIANA.

A la vista están.

MENEGILDO.

Chitito,
y poquitas desvergüenzas,
que en hablando yo formal,
no hay que volver á la cuenta.

BASTIANA.

Cuidado lo que haces.

MENEGILDO.

Mientes.

Espavilando sin atinar.

Vaya otra, estate quieta:
ola, parece que quiere
burlarse de mí la vela:
pues juguemos limpios: dale:
¿á mí te vienes con esas?
toma. *dá un sopapo á la luz, y la apaga.*

BASTIANA.

¿Qué has hecho, borracho?

MENEGILDO.

Lo que qualquier hombre hiciera:
mirar por tu honra, y la mia.

D. MAURICIO.

Aquí está: voy á encenderla. *cogela y vas.*

MENEGILCO.

Parece que aun es de noche,
muger.

BASTIANA.

¿Por qué no te acuestas?

MENEGILDO.

Luego: aguardate un poquito
á que repose la cena.

BASTIANA.

Sientate.

MENEGILDO.

Bien: pero calla,
que voy á rezar completas.

D. MAURICIO. *vuelve con la luz.*

Estará vmd. divertida
con este hombre.

D.ª PETRA.

No viviera
con él, aunque mil doblones

tuviese al año de renta.

BASTIANA.

Pues yo vivo, y muy gustosa...
pero han llamado á la puerta.

MENEGILDO.

Oyes, Bastiana, si vienen
á saber de la taberna
qué es lo que yo debo; diles
que apunten azumbre y media,
que una cosa es el dinero,
y otra cosa es la concencia.

BASTIANA.

¿Quién es á estas horas?

Salen Colasa, y Blas.

COLASA.

Yo.

BASTIANA.

¿Qué buena venida es esta?
¿Colasa, tu por acá
á esta hora, en Noche buena?

COLASA.

No vengo á cenar; no tienes
que asustarte.

BASTIANA.

Aunque vinieras,
creo que no faltaria.

COLASA.

Ya lo huelo : en casa llena
presto se guisa el potage.

BASTIANA.

Sientate.

COLASA.

Vengo de priesa.

BASTIANA.

¿Y qué tienes que mandar ?

COLASA.

¿Reñiremos ?

BASTIANA.

Como quieras.

COLASA.

Mas vale que nó.

BASTIANA.

Mas vale.

COLASA.

Pues si quieres que fenezca ,
como dicen , la visita
en paz y concordia : suelta
al punto el pabo cebado ,
y las caxas de jaléa
que has estafado á Patricio.

BASTIANA.

Colasa , ¡qué desatenta

y provocatiba eres!

D.ª PETRA.

¡Se dará tal desvergüenza!

COLASA.

A vmd. no la dan golilla,
Señora Doña Escofieta,
para este entierro.

BLAS.

Bien dicho.

BASTIANA.

Colasa, ¿vienes de veras
por esos chismes?

COLASA.

Andando.

BASTIANA.

Pues tiene mucha manteca
el pabo en la rabadilla,
para que yo te le ceda.

COLASA.

Vengan el pabo y las cajas.

BASTIANA.

¿Las cajas? Vuelve por ellas
en comiendome yo el dúz
te daré las tapaderas.

COLASA.

Mira, que ya se me van

poniendo azules las venas.

BASTIANA.

Señal de sofocacion :
dí que te echen sanguijuelas,
mientras me como yo el pabo,
que á Dios gracias estoy buena.

COLASA.

¿Te burlas de mí?

D.ª PETRA.

Hace bien:
y es una gran insolencia
el venir á provocarla.

D. MAURICIO.

Usté en eso no se meta,
Doña Petronila.

COLASA.

Arroz,
mi Señora Doña Petra,
hermana de la Bastiana,
pasanta de Muñuelera,
en las Vistillas : recoja
usté ese Don, que le cuelga,
porque está mal hilbanado.

BASTIANA.

Para esto ya no hay paciencia.

COLASA.

¿Y qué harás tu?

BASTIANA.

¿Qué haré? Toma. *zurra.*

COLASA.

Vuelvo: y á ver por quien queda.

MENEGILDO.

Poco á poco, que hay delante
gente de forma.

BLAS.

¡Qué terca
es esta muger! La dixe
cien veces, que no viniera.

COLASA.

¡Qué no trayga yo el rejon!

Sale Patricio.

PATRICIO.

Tengan vmds. muy buenas...
¿Aquí estás? ¿Cómo te atreves *á Col.*
á salir sin mi licencia
á estas horas de tu casa?

BLAS.

Me alegro, para que vea,
que quando yo hablo, algo digo.

PATRICIO.

Parece que no escarmientas;

pues escarmentarás. Vamos
dexando esta gente quieta:
arrecoge la mantilla,
y á casa.

COLASA.

¿Yo á casa? Dexa.
Mientras no me lleve el pabo,
y las cajas de jaléa,
que le has dado á esta golosa,
no me he de ir aunque me muera.

PATRICIO.

Te digo que vamos.

COLASA.

Ya
digo, que no quiero.

PATRICIO.

Ea:
haz lo que mando, y no demos
que decir en casa agena.

COLASA.

Sino me he de ir.

PATRICIO.

Señor Blas,
obliguela usté á que venga,
como marido.

BLAS.

¿Yo? es cierto
que el empeño la hará fuerza.

COLASA.

Si no he de ir.

PATRICIO.

Irás.

COLASA.

No iré.

PATRICIO.

Pues irás de esta manera. *cogela del brazo.*

COLASA.

Ay, ay, ay.

MENEGILDO.

Poquita bulla,
que me duele la cabeza.

COLASA.

Pícaro, falso: por tí
me veo yo en esta afrenta.
Pero me la he de comer. *sueltase y vuelve.*

BASTIANA.

Veremos.

Sale el Alcalde.

ALCALDE.

¿Qué bulla es esta?
La Justicia.

D.ª PETRA.

¡La Justicia!
¡ay de mí! ¡que se me altera
el corazon! ¡ya la vista
se desbanece, y flaquea
la máquina! ¡yo desmayo! *se desmaya de rodillas.*

D. MAURICIO.

Saturio, trae agua fresca.

D. SATURIO.

Aguas, no sabe cozinas *aturdido.*
tinaja donde están puestas.

ALCALDE.

¿Qué es esto?

PATRICIO.

Señor Alcalde,
ha sido una friolera.

ALCALDE.

Alguna causa ha de haber
donde hay voces y pendencia;
y yo quiero averiguarla.
Nadie hable palabra, mientras
yo pregunto á cada uno
de por sí. ¿Quién es la dueña
de la casa?

BASTIANA.

Yo.

ALCALDE.

¿Y el dueño?

COLASA.

Este Caballero.

ALCALDE.

Venga

usté acá: ¿parece que

tiemblan un poco las piernas?

MENEGILDO.

El sereno de la noche...

ALCALDE.

Ya: ¿qué bulla ha sido esta?

MENEGILDO.

¿Quál?

ALCALDE.

La que vmds. tenian.

MENEGILDO.

Sino hay en casa vihuela,

¿cómo ha de haber bayle? Vaya

que toda esta gente sueña.

ALCALDE.

¡Qué bueno estás tu! Mocito,

¿quién es vmd?

D. SATURIO.

¿Yo? de Menas

real Valles nacer Saturios.

Giles, Guarricochitenas,
antiguos nobles Adanes
solares mucho mas que Evas.

ALCALDE.

¡Brava clase de testigos
son los que se me presentan!
Caballerito.

D. MAURICIO.

Señor,
hasta que esta Dama vuelva
en toda su luz, están
en ocaso mis potencias.

ALCALDE.

Tambien es bueno.

MENEGILDO.

De modo,
que el hombre que no se alegra
hoy, no es hombre para nada:
¿se hace usté cargo?

ALCALDE.

¡Qué buena
está tu alma! ¿Usté quién es? *á Blas.*

BLAS.

Yo soy el marido de esta.

ALCALDE.

¿Y vmd. Señor Guapo? *á Patricio.*

PATRICIO.

Yo,
Señor Alcalde, un qualquiera.

ALCALDE.

¿Y á qué se viene aquí?

PATRICIO.

A dar
á esta mozita una felpa,
porque sale de su casa
sin pedirme á mí licencia.

ALCALDE.

¿Y usté qué dice á esto? *á Blas.*

BLAS.

¿Yo?
Allá los dos se lo avengan.
¿No se lo dixe yo antes
de salir, que no saliera?

ALCALBE.

¿Qué, no manda usté en su casa?

BLAS.

Señor Alcalde, aunque sea
descortesia: ¿y vmd.
si es casado, manda en ella?

ALCALDE.

Si Señor, y mi muger,
en viendome, es la primera

que se pone á temblar, sin
que nadie á chistar se atreva,
hasta que yo doy la orden.

BLAS.

Será la Señora vieja.

ALCALDE.

No es sino moza y bonita.

BLAS.

¿Muchacha, bonita, tiembla
en entrando su marido,
y en todo vive sujeta
á su mercé, en este siglo?
vaya que usté se chancea:
ningun casado es posible
que trague esa berengena.

ALCALDE.

¿Por qué?

BLAS.

Porque cada uno
echa plantas por defuera
de su casa, y dentro hace
lo que quiere la parienta.

MENEGILDO.

Pues quando lo dice Blas,
punto redondo.

D. MAURICIO.

Ya alienta
esta Señora.

D.ª PETRA.

¡Ay Jesus!

COLASA.

¿Con tantas preguntas hechas,
qué ha sacado vmd. en limpio?

ALCALDE.

Que esto es una borrachera:
y que sino se separan
todos, haré yo que venga
quien los separe.

MENEGILDO.

Bien hecho.

PATRICIO.

De suerte es, ý de manera,
Señor Alcalde, que á mí
no me agrada esa sentencia.

ALCALDE.

¿Por qué?

PATRICIO.

Porque usté no sabe
la causa de la contienda.

ALCALDE.

Nó por cierto.

PATRICIO.

Pues ha sido
por dos caxas de jaléa,
y un pabo, que he regalado
esta mañana yo á esta.
De esto se ha picado estotra,
y quiere que se lo vuelva,
porque está en la actualidad
de que yo la favorezca:
con que *dividatur linfas*;
ó juntense las meriendas,
y unánimes y conformes
celebren la Noche buena,
las Pasquas, y si quisieren
tambien las Carnestolendas;
que yo me rio de todas,
(y de las dos las primeras)
y me voy con su permiso,
á otra parte con la orquestra.
Colasa, salud, y Dios
te dé lo que te convenga.
Don Blas, aplicar el hombro,
que esto se acabó, paciencia. *vase.*

COLASA.

¿Qué esto me suceda á mí?

BLAS.

Muger, has quedado fresca.

BASTIANA.

Animo, amiga Colasa.
que una cosa es la quimera,
y otra es la paz: por fin basta
que seas muger, y te dexa
un picaro, para que
las mugeres de honra sean
de su parte.

COLASA.

Antes que otro
vuelva á escuchar de mí...

BASTIANA.

Dexa
los juramentos, y vamos
á que si nos dá licencia
el Señor Alcalde, todo
en diversion se convierta.

ALCALDE.

Como sea con quietud,
muy bien.

MENEGILDO.

Toda es gente quieta:
y basta que yo lo diga.

ALCALCE.

¡Qué valiente gentezuela! *ap.*
¡Quánto para dirigirla
es menester conocerla,
y las ridículas causas
de sus chismes y quimeras!
A Dios. *vase.*

TODOS.

Señor, muchas gracias.

BASTIANA.

¿Todavia estás suspensa,
Colasa?

COLASA.

No estoy pensando
en eso.

BASTIANA.

¿Pues en qué piensas?

COLASA.

Solamente en acordarme
de una Tonadilla buena,
porque con ella se dé
mas regocijo á la fiesta;
y que se ahorquen los hombres,
sabiendo que si nos dexan
alguna vez, los dexamos
nosotras á ellos quarenta.

BASTIANA.

Y que no es mentira. Blas,
ves á traer á la Pepa
á hacer colacion. En tanto *á Colasa.*
canta la Tonada buena.
que has ofrecido.

COLASA.

No quiero
que digan que me lo ruegan,
dempues de malo. Allá vá,
y sino gusta, paciencia.

Con la Tonadilla concluye este intermedio.



Reflexîon que ha ocurrido al Traductor de la Comedia que sigue, al tiempo de ver las pruebas para su impresion.

¿Quién pudiera creer que el discreto, juicioso y justamente aplaudido Mr. de *Beaumarchais*, Autor de *Eugenia*, lo sea igualmente de *La Folle journè*, ó *Mariage de Figaró*? ¡Qué diferencia! Quando acabé de leer la segunda de estas dos Piezas, tan lleno de fastidio como escandalizado, no pude menos de acordarme de aquellos dos versos, que tan agudo como sentencioso dixo Boileau por Moliere:

Dans ce sac ridicule où Scapin s' envelope,
Je ne reconois plus l' Auteur du Misanthrope. *

Y de exclamar á su imitacion:

De Figaró en la imagen falsa, y escandalosa,
Desconozco el Autor de Eugenia lastimosa:

¿Y quién pudiera tampoco persuadirse que los Franceses, aquellos mismos Franceses que se atribuyen el Imperio de la Poësía Dramática, decantando sus *Cinnas*, sus *Fedras*, *Atalias*, *Tebaidas* y *Cides*....sus *Misanthropos*, *Tartuffes* y *Escuelas* &c. habian de aprobar, sostener, y aplaudir á *Figaró* hasta el exceso de la 89 representacion? ** ¡Ah, qué conseqüencias tan evidentes se pudieran deducir de esta reflexîon mia para convencer á los obstinados Apologistas de los Teatros Extrangeros, calumniadores absolutos del Español, abatir su orgullo pedantesco, y hacerles confesar que la novedad y la extravagancia en todas partes triunfan del juicio de los hombres, y del decoro público!

---

* Boileau. Art. Poet. v. 399. 400.

** Asi consta en el Diario de París de 24. de Julio de este año.

MARIA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. Gabriel Fernandez.



ALMERIA.—1855.

Imprenta de la Viuda de Dulmovich,

à cargo de D. Diego Negrete.

A MI QUERIDISIMA ESPOSA

Doña Dolores Lirola Rubio.

Gabriel Fernandez.

PERSONAS.



MARIA—*Viuda jóven, madre de*

CARLOTA—*edad 16 años.*

BEATRIZ—*doncella.*

LORENZO—*criado de confianza.*

ENRIQUE.

DON PEDRO—*padre de*

ARTURO. }
AMALIA. }

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la habitacion de Maria, adornada con gusto y sencillez. En el fondo la puerta de la alcoba con cortinas, dos mesas á los lados, en una recado de escribir. A la izquierda del espectador un balcon que dá á la calle, y á la derecha puerta que dá á varias habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

Beatriz y Carlota de medio luto. Coloca flores en diferentes jarrones mientras habla.

Carlota.

Qué frescas, qué lindas flores!
sus matices me enagenan:
en el caliz la alegria
y la paz del alma encierran.

Siempre entre rosas y nardos,
Beatriz querida, estuviera,
que son las flores, benditas,
símbolos de la inocencia.

Beatriz.

Cuidaré que nunca os falten.
Bien sabeis cuanto desea
agradaros mi cariño.

Carlota.

Lo sé, amable jardinera.
Mil gracias, mil. Las coloco.....
las dálias con las violetas,
los tulipanes..... así..... (*componiéndo-las.*)
Voy á dar una sorpresa
á Mamá... seguramente
que se ha de alegrar al verlas.
Formaré vistosos ramos.....

Beatriz.

¿Cómo de salud se encuentra?
está mejor?

Carlota.

No, Beatriz.
Su palidez, su tristeza,
no la abandonan jamàs,
oh! Dios me la ponga buena!

Beatriz.

Pobre señora, tan débil,
abatida y macilenta!..
sufre tanto!.. quién diria,
hace un año, á su belleza
tal mudanza! ¿Recordais
Carlota, la noche aquella
del último baile?

Carlota.

Si.

Beatriz.

Cuán donosa y hechicera
estaba! cuántos aplausos
arrancó á la concurrencia
en el duo que cantàra
con don Enrique!

Carlota

Pudiera
olvidar nunca esa noche,
en que se apagó la estrella
de nuestra dicha? ¡olvidarla!
Tan bella como modesta,
era mamá de las gracias
el modelo... era la reina.
¿Qué hija contempló à su madre
tan hermosa, tan discreta?

Los hombres la bendecian
ansiosos siempre de verla;
las mas brillantes mugeres,
mirando su gentileza,
la envidiaban, sin poder
un instante aborrecerla.

Beatriz.

Es verdad ¿quién no la amara
si su dulce voz oyera,
y cuando en sus negros ojos
luce la benevolencia?

Carlota.

Yo estasiada la seguia
cual mariposa que vuela
al rededor de una rosa
que el color precioso ostenta,
¿qué se hicieron los placeres?
qué el color purpúreo de ella?
Solo lágrimas, Beatriz,
y luto, solo nos quedan.

Beatriz.

No hay que afligirse, señora.
Tal vez el Cielo.....

Carlota.

Te acuerdas,
amiga mia?.. Ha bien poco

con enfermedad funesta
cayó mi querido padre,
y sin remedio en la ciencia
espiró á los ocho meses
de tormentosas dolencias.
Padre del alma! tus labios
cárdenos, tu cara yerta
vesé mil veses... te veo
bendiciendo mi inocencia
al irte á la gloria, acoje
mis lágrimas, son la ofrenda
de mi cariño filial. (*llora.*)

Beatriz.

Vamos, señorita . ea:
me aflije usté.... Dios es justo,
y.....

Carlota.

Acato su omnipotencia.
Pero, Beatriz, necesito
contigo partir mi pena.
Desde aquel infausto dia
mi cara mamá, se muestra
sin consuelo, sin salud.
El silencio nos rodea,
los amigos nos olvidan,
y mi juventud risueña
en vez de goces, pesares

querida Beatriz, lamenta.

Beatriz.

Yo creo que don Enrique
es amigo que os aprecia,
pues aunque hace ya tiempo
que en casa no se presenta,
fué porque dejó la córte.....

Carlota.

Volvió despues que muriera
papá, y en nuestra afliccion
abandonadas nos deja.
Que crueldad, Beatriz! no es cierto?

Beatriz.

Yo no creo de sus prendas
esa ingratitud. Acaso
en el cármen que, á dos leguas
de aquí, disfruta don Pedro,
en cuya casa se hospeda,
habrà tenido negocios
que regresar le impidieran.

Carlota

Esa no es razon amiga:
ninguna disculpa encuentra,
pues don Pedro con sus hijos,
nos dieron con su presencia
alivio á nuestro sufrir.

Beatriz.

Señorita, si V. hubiera
observado á don Arturo
cuando V. se hallaba enferma!
Agitado, tembloroso,
llorando cual si creyera
que iba V. á sucumbir...

Carlota.

Oh! tiene un alma tan buena!

Beatriz.

Sentis pasos? La señora...
¡cuàn abatida se acerca!

ESCENA SEGUNDA.

Dichas y Maria de luto rigoroso. Viene despacio. Le presentan un sillon. Manifiesta abatimiento. Al sentarse dirá.

Maria.

Bien estoy.

Beatriz.

No os aliviais?
¿cuándo un rosado color.....

Maria.

Beatriz, me encuentro mejor.

Beatriz.

Alguna cosa mandais?

Maria.

Ahora nada. Vete ya.

Beatriz.

Serviros es mi alegria *(se va)*

Maria.

Ven aquí Carlota mia.
¿Estas triste?

Carlota.

No, mamá.

Maria.

(*Reparando en las flores.*)
Cuánta anémona y jazmin!
qué preciosísimas flores!
qué variedad de colores!
¿has estado en el jardin?

Carlota.

Cómo bajar si padeces
con tan estrema amargura?

Maria.

Con tu angélica ternura
mi espiritu fortaleces.

Haces bien, siempre á mi lado!..
Con tu esmero y tu presencia,
me olvido de la dolencia.
Dios, para mí te ha criado!
El desde el brillante cielo
te envia su bendicion;
y à mi triste corazon
manda el único consuelo.

Carlota.

Por darte salud y calma
diera yo toda mi vida.

Maria.

Te estoy muy agradecida,
mi Carlota, hija del alma.
Siento alivio en este instante,
puedes al jardin bajar.

Carlota.

Ahora (*con timidez*) te quisiera hablar
de una cosa interesante.
Eres siempre bondadosa....
Oh! si te causara enojo!..

Maria.

(*Aparte.* Qué adivino!.. ese sonrojo
en su faz tan candorosa!..
No temas no que me aflija,
para tí mi pecho encierra

todo el amor de la tierra;
¿quién tanto quiso á su hija?
Carlota mia, si, abre
à tu madre el tierno pecho:
será mi amor satisfecho
hasta que tu dicha labre?
Ah! cuanto al cielo le imploro
porque mi afan lo consiga!

Carlota.

Ya lo sé que eres mi amiga,
mi alegria, mi tesoro.
Eres el ave que brota
bajo el ala maternal,
la ambrosía celestial
para tu pobre Carlota.
Eres mi luz, y mi guia...
pero el rubor... tu tristeza...

Maria.

En dònde está tu franqueza?
Háblame pronto, hija mia.

Carlota.

Qué buena eres, y cuánto
tu bondad de mí reclama!
Cuando papá cayó en cama
y nos llenó de quebranto,
para que me distrajera,
cada dia algunas horas,

me permitiste que fuera
casa de tia Liboras.
Allí Amalia con Arturo
hijos de don Pedro, fueron
y sus obsequios rindieron
mi corazon, te lo juro.
Pero en tan gratos momentos (dad,
mamà... noté... (*con timidez*)... la ver-
que habia desigualdad
en mis dulces sentimientos.
Era Amalia mi hermanita;
pero Arturo me inquietaba...
(*Oculta la cara abrazada de su madre, sin levantarse.*)
perdon, mamà... yo le amaba:
por él mi pecho palpita.

Maria.

Carlota, y Arturo? dí,

Carlota.

Te estoy causando martirio..

Maria.

No, hija mia.

Carlota.

Con delirio!
Vive solo para mí.

Maria

(*Aparte*) de do Pedro el hijo! oh!
(*Alto*) ¿Y no quieres que te riña,
cuando un corazon de niña
para tí conservo yó?
Asi tenerme un secreto
cuando soy tan complaciente?
Y es mi Carlota inocente
quien me habla?

Carlota.

Por respeto
à tu congojoso estado
nada me atreví á decirte,
¡sentia tanto aflijirte!
solo por eso he callado.
Mi corazon es bien puro,
harà siempre lo que digas
y hasta que tú nos bendigas
nunca seré yo de Arturo.
Que no hay contento que cuadre
à tu Carlota en el mundo,
sino le agrada al profundo
amor de su tierna madre.

Maria.

Si mi padecer conserva
de la enfermedad la hiel,
¿por qué hasta ahora, cruel,

has guardado esa reserva?
por qué, Carlota?

Carlota.

Mamà,
sé que don Pedro su coche
guia á la córte esta noche,
ó tal vez antes quizá.
Arturo ya está cercano,
y apenas llegue, á tus pies
suplicándote le ves,
para que le des mi mano.
Y mi amor, que te venera,
(aunque con rubor bastante,)
no quiere que se adelante...
yo debo ser la primera.
Si complaciente te miro
mi suerte la dicha toca,
y sino, nunca en mi boca
habrá una queja, un suspiro.
Tu siempre quieres mi bien;
tu amor mi dicha concluya,
toda mi existencia es tuya...

Maria.

Oh! ven à mis brazos, ven. (*se abrazan*)

Carlota

Dios mio, cuanta delicia!
El placer mi fuerza agota...

Maria.

No es esto bondad, Carlota,
lo mereces de justicia.
Pero á esplicarte comienzo,
para que seas feliz... (*oye pasos*)
¿Quién entra?

Beatriz.

Soy yo, Beatriz...

Maria.

¿Qué ocurre?

Beatriz.

Aquí está Lorenzo.

Maria.

Que pase, que pase al punto. (*se va*
Luego, Carlota adorada, *Beatriz.*)
te hablaré.

Carlota.

Estás disgustada?

Maria.

No hija mia. Es que un asunto...
Luego para tí seré.

Carlota.

En tí fundo mi esperanza.

Maria.

¿Qué tu cariño no alcanza?

Carlota.

Cuando ordenes, volveré... (*se va.*)

ESCENA TERCERA.

Maria sola.

Oh! dame fuerzas, Dios mio!
Enrique, ven calmarás
mi dolor, y me verás!...
tengo un mal estar, un frio!
Ay! mi vida se aniquila
con tan acerbo sufrir...
Cuando me siento morir
debo aparecer tranquila!

ESCENA CUARTA.

Maria y Lorenzo.

Lorenzo.

Perdoneme uste, señora,
si he gastado tanto tiempo.
No he tenido yo la culpa.

Maria.

Me traes respuesta Lorenzo?

Lorenzo.

Entregué vuestro billete

cuando se hallaba en el huerto
el señor Enrique, y cuando
ya todo estaba dispuesto
para partir, que tal vez
ahora en este momento
estén en la córte, él
con su pariente don Pedro.
Me diò por contestacion
que os veria en el momento
de llegar.

Maria.

(*Aparte*) Serà posible!
tiembla impaciente mi pecho.
Puedes irte á descansar.

Lorenzo.

Aun mas que deciros tengo.

Maria.

Habla.

Lorenzo.

Al salir de la huerta
que me hace señas observo
don Arturo, me aproximo,
y puso en mi mano un pliego.
A la señora Carlota
se lo darás en secreto,
y al instante: eso me dijo.

Yo à vos señora, lo entrego.
(*Le da un billete.*)

Maria.

Eres muy fiel, siempre digno
de mi estimacion, Lorenzo.

Lorenzo.

Con vuestro permiso...

Maria.

Adios.

Lorenzo.

Solo que mandeis espero (*se va.*)

ESCENA QUINTA.

Maria sola.

La incertidumbre para el que ama y teme
le arrebata el reposo, y le atormenta.
Enrique va á llegar, el pecho mio
para esta conmocion no tiene fuerzas.
Enrique, mi consuelo, mi esperanza,
tú me puedes salvar ó me condenas.
Una palabra de cariño tuya
reanimara mi ser, la paz me diera!
Una palabra tuya apagaria
para siempre mi lánguida existencia.
Ven ¡ay! Enrique, ven. Junto al sepulcro,
desfalleciente, extenuada, yerta,

contando de tu ausencia los momentos,
á tu Maria estática, contempla.
Muévate á compasion, tu acento oiga,
y acabe su dolor sobre la tierra.
Oh! no lo dudo, no. Su noble alma
es mia, me la dió, yo soy la dueña.
Abriré este billete: es el de Arturo,
jóven ilustre de brillantes prendas.
Digno es de mi Carlota tan sencilla,
tan cándida y afable como bella.
(*Abre el billete y lee.*)

Carlota de mi corazon: Dentro de pocos momentos estaré á los pies de tu mamá para que me conceda tu preciosa mano. Esta noche se firma el contrato de matrimonio de Amalia con mi primo Enrique.....

(*Representa*) Ah!.. (*cae abatida en el sillon y despues de una pequeña pausa se levanta.*)
Me engañé, mentira!.. no está escrito.
Es que el genio del mal viene y me aterra:
es que mis ojos.... quiero abrirlos mucho...
ya están despiertos... leo... el alma tiembla.
(*Lee*)
Esta noche se firma el contrato de matrimonio
de Amalia con mi primo Enrique...
(*Comprime con exaltacion el papel en su mano*)
(*Representa.*) (llezco,
Pérfido Enrique! monstruo!.. (*pausa*) No fa-

se fué mi languidez... una centella
tengo en mi mano, y el billete infando,
que mi consuelo y mi esperanza quema,
me llena de valor, me dá cien vidas
para vengarme y espiar mi afrenta.
¡Tú el esposo de otra!!.. No, malvado
el bien ó el infortunio nos uniera.
¿Dónde está tu justicia Dios Supremo?
(*Pausa.*)
¿Y una adúltera esposa es quien la niega?
Yo iré á implorarle, mi dolor intenso
le moverá á piedad... transida, yerta...

ESCENA SESTA.

Enrique y Maria..... esta se levanta y le coje las manos apasionadamente.

Maria.

Enrique, no es verdad? oye... responde?
Di que es mentira infame, que engañaron
un momento la fé con que te adoro,
que un fatídico sueño me ha inspirado...

Enrique.

(*Aparte.*) Infeliz, en que estado la contemplo!

Maria.

Di que es mentira... una palabra aguardo,
una sola palabra, Enrique mio,
y subo al cielo, ó al sepulcro bajo.

Mirame... (*le muestra sus facciones y despues de una ligera pausa...*) Dila ya.

Enrique.

Ese delirio
por el cielo calmad y sosegaos.

Maria.

Tranquila estoy ¿no ves? Con tu presencia
buye mi padecer, la dicha alcanzo.
¿Y cómo nó? si tu eres mi universo,
mi único amigo, mi existir, mi amparo?
¿No observas la sonrisa como alienta,
y tiñe de color mi yerto labio?

Enrique.

De vuestra exaltacion no sé la causa.
Serenidad reclama vuestro estado.
Señora, sois mi amiga, y como siempre...

Maria.

Lo sé, lo sé. Los ángeles, los santos,
à mi acerbo dolor son compasivos,
y hoy, Enrique, á mi vista te guiaron.
No me digas, señora, que me angustias;
cual tantas veces con acento mágico,
nombrame tu Maria. ¿No lo soy?
¿Tú no eres el Enrique que idolatro?
Por quién sino por tí, el casto velo
del tálamo nupcial, mi santuario,

pude manchar? En éstasis el alma
voló á tu corazon, ardió en tus brazos.
Alli se confundiera nuestro aliento
y en un volcan de amor nos trasformamos.
¿No ves como me inflamas con tu vista?

Enrique.

Y puedes tu dudar que yo te amo?
Por dó quier los instantes venturosos
que contigo alcancé, los arrebatos
de la ardiente pasion que ambos sentimos,
se ofrecen à mi pecho, y me complazco.
Mas hace tanto tiempo, sí, Maria,
que tu me separaste de tu lado...

Maria.

Esa la prueba fué de lo sublime
que es el férvido amor que te consagro.
Ese fué el sacrificio que à tus ojos
debió elevarme, y en eternos lazos
unirte à mí, y reclamar del Cielo
en vez de maldicion, perdon sagrado.
Cayó mi esposo enfermo, los amores
que estuvimos dos años disfrutando,
no debieron cubrirse con la infamia,
si criminales fueran. Deber santo
era acudir al hombre moribundo,
y mi falta espiar por él orando.
¿Quisieras tú que al estinguir su aliento,

cuando apuraba del tormento el vaso
en su intenso sufrir, yo respondiera
con precitas caricias? El pensarlo
es un baldon que arrojo á tu nobleza:
fuera hacer de mi Enrique un inhumano.

Enrique.

De entonces, que del colmo de la gloria
me vi hasta el hondo Averno despeñado,
lejos de tì, Maria, sin consuelo
he padecido en el olvido tanto!..
Mil veces te llamaba en el silencio,
mil veces invoqué tu nombre en vano,
el viento mis suspiros se llevaba,
y el tiempo mi esperanza iba matando.
Ni un recuerdo siquiera de Maria,
del modelo de gracias y de encantos
lograba conseguir! Oh! tu no sabes
lo que resistì yo....

Maria.

No has observado
mi demacrada faz? nada te dice?
El deber, el amor me torturaron,
y la esencia del alma combatida
en un espectro, Enrique, me han tornado.
Ocho meses al lado de un enfermo,
à quien de mi reposo en holocausto
de mi infidelidad, luz macilenta,

fatídica y mortal, fuera alumbrando
mi insomnio y padecer, y al ronco aliento
que daba el moribundo por descanso,
en la mansion sombria, mi belleza
disiparse miré. Ya destrozado
por el remordimiento el pecho mio,
á la luz diamantina de los astros,
aire busca en su ahogo, allí respira.
Y tu memoria, Enrique, y tus halagos,
y tu olvido, las fuerzas me arrebatan
y á tantas sensaciones no me basto.
Ya lágrimas no tengo ¿te entristeces?
Viviré para tí. Contigo alcanzo
otra vez mi hermosura... somos libres,
y yo soy quien dispone de tu mano.
¿No es cierto, Enrique mio?

Enrique.

(*Aparte*) Sus acentos
están mi corazon martirizando.
Amalia, ángel de amor!.. yo abandonarte?

Maria.

¿No es cierto, Enrique mio?

Enrique.

(*Aparte*) Cual batallo
con el amor y la inquietud! (*alto*) Yo siempre
conservaré en mi pecho tu retrato:
yo siempre te amaré dulce Maria...

mas ser tu esposo el cielo me ha negado.
Cual antes te querré... si, que nos una
solo de amor indisoluble lazo.

Maria.

Basta!.. Basta, cruel! No sois Enrique,
sois un pérfido, sì, sois un villano.
Juramentos, cariño, profanais,
habeis la flor de mi belleza ajado:
la frente de una esposa sin mancilla
escarnecido habeis, hombre nefando.
Y cuando del dolor y la vergüenza
exànime al sepulcro yo me arrastro,
¡yó que era tan hermosa!.. convertida
en escuàlido ser, y cuando os llamo
para que hasta la tumba me guieis
dándome algun consuelo, y con un ramo
cubrais de flores mi manchada frente,
un *sí* ante los altares pronunciando,
¿arrojais à la vìctima que espira?
y la insultais con risas y sarcasmos?
¡Adultera dos veces!!. Oh!. matadme.. (*pausa*)
Es ya mucha espiacion, Dios soberano.
(*Queda suspensa con la cabeza inclinada sobre la mano.*)

Enrique.

(*Aparte*) Siento latir mi pecho con violencia!
ven en mi auxilio Amalia (*pausa*) Huiré... y
me salvo (*va á marcharse y lo detiene Maria*)

Maria.

No me abandones ahora, Enrique mio...
la angustia me dà miedo.

Enrique.

Sosegaos.

Maria.

Consumida de amor y de tristeza,
por los remordimientos desgarrado
mi pobre corazon... oh! no me dejes,
mi postrimer aliento està cercano.
Yo necesito verte, caro Enrique,
si he de morir tranquila... de tu lado
no me separes, no... Seré tu esclava,
y oculta verteré mi ardiente llanto
por no afligirte: sonreiré contigo
cuando mire sonrisa entre tus lábios.
Yo te vendeciré cuando mis ojos
se cierren para el mundo, porque al cabo
en mi acerba espiacion, tú, Enrique mio,
mi espíritu abatido has alentado.

Enrique.

Por piedad cesa en tu decir, que el alma
me llena de amargor y me dá espanto.
Oh! si mi honor retroceder pudiera... (*pausa*)
No es posible Maria, está empeñado
y el oprobio y baldon me cubririan,

sino firmo á don Pedro ese contrato
que me une á Amalia y que la paz me roba.

Maria.

El honor te lo ordena! *(con profundidad)*

Enrique.

Si, otros lazos
formemos de amistad, dulces, eternos...
yo existiré por tí como un hermano.

Maria.

Tú en un delirio de placer y amores,
y yo de afrenta y celos espirando!!!
Otra embriagada en tus caricias!! Nunca.
Sus besos, sus delicias, sus halagos,
de mis entrañas, de mi ardiente pecho
fueran, Enrique, destrozantes garfios.
Veré à don Pedro, impediré tu enlace...

Enrique.

Maria no te oirà... debes pensarlo.

Maria.

Pues bien, te seguiré, serè tu sombra,
y cuando con tu Amalia festejado
mas placentero estés y mas dichoso,
yo negro ser de fúnebre presagio,
enseñando mi faz seca y rugosa,
pies temblorosos, descarnadas manos,

el cabello en desórden con demencia,
esclamaré frenética. El malvado
que el ampo velo de la casta esposa
desgarró de esta pobre con engaño,
el que la paz y la hermosura juntas
le robó sin piedad, el inhumano,
es, don Enrique!!.. huid! compadecedme!
Mil voces en tu oido resonando,
«Maldicion!» te dirán...

Enrique.

Es imposible.
Eres madre.

Maria.

¡Qué horror!.. si... lo he olvidado.
Tengo un ángel por hija, refulgente,
pura como la gloria de los santos...
¿quién á empañar su brillo se atreviera?

Enrique.

La sociedad cruel.

Maria.

Es vil, es falso...
los hombres como tú que la corrompen.
Tiembla de Dios al poderoso brazo,
de ese Dios que ofendí, y que me niega,
por no darme consuelo, el triste llanto.

Enrique.

No te lo negará. Pronto el reposo
tu agitacion y padecer calmando,
al lado de tu hija candorosa
encontrarás, Maria... siento pasos...
Oh! ten serenidad

Maria.

Señor, clemencia!
Soy madre!. (*pausa*) Llenaré mi deber santo

ESCENA SETIMA.

Dichos Carlota y Amalia que entran sin reparar en Enrique.

Carlota.

Amalia, mamá querida,
no bien á la córte llega
cuando á mis brazos se arroja,
y anhela verte...

Enrique.

(*Aparte*) O Dios, ella!..

Maria.

Resignacion. (*Aparte*)

Amalia.

(*Abrazándola*) Qué placer
en abrazaros encuentra
mi alma!

Maria.

Amalia, sois
tan afable como bella.

Carlota

(*reparando en don Enrique*)
Don Enrique!

Amalia.

Dulce amigo!

Enrique.

Servidor de ustedes (*aparte*) Pueda
ocultar mi agitacion.

Maria.

(*sentándose*, Dispensad por mis dolencias
que tome asiento.

Carlota.

Mamá,
¿aun sigues mas indispuesta?
Estás conmovida, y creo
que te agovia la tristeza.
¿Quieres algo?

Maria.

No hija mia.

Amalia.

Mucho, señora, me pesa

veros tan débil. Yo espero
que pronto el cielo os conceda
la salud y la alegria.
¿Quién cual vos lo mereciera?
Mandad cuanto apetezcais,
vuestro estado así lo ordena.
Ademas, los cumplimientos
conmigo!.. nada, franqueza.
Soy la amiga de Carlota,
y pronto su hermana.

Maria.

Quiera
el cielo haceros dichosas
como mi alma lo desea.

Carlota.

(*aparte*) Tan abatida, jamás
la miré.

Enrique.

(*aparte*) Hoy mi conciencia
me tortura.

Amalia.

Vuestra hija
sumisa, obediente y tierna
seré. En ello don Enrique,
con quien esta noche mesma
me desposo, ha de tener

una dicha muy completa,
os quiere mucho ¿no es cierto?

Enrique.

Tengo un placer... (*aparte*) Esta escena
es un castigo.

María.

(*aparte*) Abandonan
á mi espíritu las fuerzas.

Amalia.

Para Enrique y para mí,
como una ventura inmensa
reclamo una buena parte
de la maternal terneza
que profesais á Carlota.
El es digno por sus prendas,
y porque me sabe amar
como á su ángel en la tierra.

Carlota.

Y quién, amiga querida
dejarte de amar pudiera?

María.

Disponed de mi cariño.
(*aparte*) Ay! se inclina mi cabeza
por el sufrir.

Amalia.

Tantas gracias.
Yo os daré la recompensa
con mi gratitud. Oh! tengo
que usar de vuestra prudencia
para que me aconsejeis.
De mi cara madre huérfana,
reemplazarla, y os querré
tanto como quise à ella.
Os diré de mis amores,
aunque algun rubor padezca,
su anhelo vehemente, para
hacer la dicha perpétua
de Enrique, por quien suspiro.
(*observando la inquietud de Enrique, le dice*)
Amigo, si te molestas
sabe que à una tierna madre
no se le tiene reserva.

Maria.

(*con sonrisa dolorosa*)
¿No lo escucbais don Enrique?
Me elige su confidenta.

Enrique.

(*toma el sombrero*)
Señoras... (*hace una inclinacion de cabeza y se va.*)

Amalia.

Te vas Enrique?

Maria.

(*aparte*) Tal vez por siempre me deja!

ESCENA OCTAVA.

Maria, Amalia y Carlota, que sale y entra al final de la escena.

Carlota.

A traerte mamá, voy una toma
de la cordial bebida.
Es ya la hora.

Maria.

Tu cuidado solo
es el cordial mejor para mi vida.
Mas depon los temores,
hoy me encuentro mejor.

Amalia.

Con cuánto gozo
esa palabra escucho!

Carlota.

No importa, la traeré... te sirve mucho (*seva*)

Amalia.

Nada os falta, señora, lo comprendo,

con vuestra dulce hija;
pero yo mis afanes à ella uniendo
haré que vuestro mal nunca os aflija.

Maria.

Gracias, gracias, Amalia, vuestro pecho
es puro y generoso,
y no en vano una madre en mi buscara.

Amalia.

Aprovecho este instante tan precioso
para que me guieis.
Mi alma á vuestra bondad se entrega toda.

Maria.

Teneis mi confianza.

Amalia.

Hoy, señora, se logra mi esperanza.
Y desde el, para mí, feliz momento
de mis gratos amores,
ni he alcanzado el delirio que ahora siento
ni cual hora concibo mil temores.
Un dia celestial, contemplé á Enrique
à mis pies estasiado,
un torrente de amor sus lábios eran.
Su corazon amante y abrasado
el àngel me llamaba
que encerraba sus glorias en la tierra.

Maria.

Basta, Amalia!

Amalia.

Yo oia
su acento encantador, que me pedia
un si, que le concedo enagenada.
Oh! nunca dos amantes
sintieron una llama tan sagrada
cual los dos en tan plácidos instantes.

Maria.

Bien, Amalia!. (*aparte*) Dios mio, gota á gota
voy la hiel apurando.

Amalia.

De entonces nuestros dias se deslizan;
ternezas, juramentos presenciando,
con un afan tan solo...
Este ansiar va à cumplirse... eterna dicha
nos dará el himeneo...

Maria.

Ay!

Amalia.

Al coronarse mi feliz deseo,
cuando de gozo el corazon palpita...
perdonadme, señora,

desconfio de Enrique. Esto me agita,
me persigue esta idea aterradora.
Hombre de mundo, de modales bellos,
en pos de los placeres
siempre corrió, sin duda haya sentido
la ternura y amor de otras mugeres.

Maria.

(*aparte*) Que espiacion tan terrible!

Amalia.

Yo que conservo un corazon sencillo,
que la virtud venero,
víctima desgraciada ser no quiero
de esos hombres de moda que sonrien
con el llanto y la pena,
de esos hombres de moda, que se engrien
si por capricho á una muger condenan.
No dudo yo de Enrique; mas vacilo.
Vos que le conoceis,
que me habeis ofrecido ser mi madre,
os pido en caridad me aconsejeis.

Maria.

Qué me dices, Amalia?

Amalia.

Lo que vuestra bondad me aconsejare
escucharé afanosa.
Nunca tuve una madre cariñosa

que me enseñara el bien. Decid ¿no es cierto
que es fiel mi Enrique, honrado?
que del mundo el bullicio, ni el concierto
han su pecho sensible emponzoñado?
Que su primer amor, su amor profundo
yo tan solo alcanzara,
que es pura su pasion, sus juramentos...
que vive para mi, que nunca amara
como á su Amalia adora?
Benévola calmad hoy mis recelos,
tranquilizad mi suerte,
enseñadme á agradarlo hasta la muerte.
Soy vuestra hija, sé vuestra ternura,
conozco vuestra ciencia:
cerca está mi desdicha ó mi ventura,
¿no dareis proteccion á mi inocencia?

Maria.

(*arrebatada por la venganza.*)
Si, Amalia, si, mi maternal afecto,
serà tu luz, tu guia.
Yo velaré por tí con mi cariño...
Si, Amalia, si... abrázame, hija mìa,
(*se abrazan*)

Amalia.

Oh! Bendito Dios sea!

Maria.

(*satisfecha por la ocasion de vengarse, con profundidad*)

Y yo tambien, Amalia, lo bendigo!
Cual nunca complaciente
acato su justicia omnipotente.
Es verdad, candorosa, sin mancilla;
nunca tu dulce calma
altere un seductor ¡nunca! que brilla
hoy la inocencia en tu apacible calma.
Huye, si, de esos pérfidos amantes
que adoran por oficio, (faman,
sin creencias, ni honor... que al mundo in-
que es su gloria y su Dios tan solo el vicio.
De esos que solo saben
fascinar con dolosa y dulce habla,
y abejas por las flores
solo dejan veneno en sus amores.
Huye de sus promesas y delirio,
música con que gozan,
que anuncia la tortura y el martirio
del corazon sensible que destrozan.

Amalia.

Me haceis temblar!.. decíd, decid si Enrique,
á quien mi amor confio,
es uno de esos hombres despiadados.
Decid que sabeis de él, decid...

Maria.

Dios mio!
(*pausa, luchando con el sacrificio que hace*)

(*aparte*) Yo!... jamás. Oh! recibe
el sacrificio atroz que te consagro.
(*alto*) No, Amalia. Enrique es... (*con amargura*) bueno:
Es... bondadoso y noble, y en su seno
se abriga la lealtad.

Amalia.

Ah!... gracias, gracias.
Nunca en su acento puro
pudieran encubrirse las falacias
de un hombre que es perjuro.
(*pausa*) Rucuerdo en el jardin... era una noche
que hechizaba la luna,
y al jurarme constancia me decia,
«Nadie me inspiró amor... nadie, ninguna» .

Maria.

¿Qué decis? (*aparte*) ah! fallezco!

Amalia.

Solo por tí mi corazon palpita
porque cándida eres,
y el inefable bien y los placeres
existen del amor en la pureza.
La que mancha su velo,
y olvida su decoro y su nobleza,
solo desprecio encontrarà en el suelo.

Maria.

Por compasion!.. callad. Vuestras palabras

son infernal castigo.

Amalia.

Enrique dijo bien: à las mugeres
que faltan á su honor, yo las maldigo.

Maria.

(*Exaltada.*) No!..detened la lengua,
que desgarrais el corazon, y arroja
la sangre á borbotones!!..
El imperio que ejercen las pasiones
no conoceis aun: vos escudada
con la hermosa inocencia,
maldecis à una esposa desgraciada,
ó una jóven tal vez sin esperiencia.
Vos ignorais del corazon amante
de muger infelice,
su ardiente desear, su fè sencilla!..
A una pobre muger no se maldice.
Guardeos el Cielo santo
de infame seduccion, de esos que agitan
las antorchas brillantes
de la prostitucion, los elegantes
de corazon vacío, que seducen
con sacro juramento,
y á la muger que ama la condenan
á desprecios sin fin... á los tormentos.
Creer y amar, nuestra mision ha sido,
tal al Señor le plugo,

y al buscar en el hombre amor, consuelo,
nuestra voz cariñosa halló un verdugo.
No maldecid, Amalia,
á la pobre muger, que en un momento
se olvida de sí misma,
y tras de un hombre seductor se abisma,
y halla solo en el mundo llanto eterno.
No con fatal encono
la maldigais jamás, que en su abandono
hiel y dolor arrójale el infierno.
No la maldigais no, que ella se insulta
en su horrible querella,
y pide en su estertòrica agonia
por alivio, al Señor, una centella,
que su delirio acabe,
y de su infanda y despiadada vida
rompa los febles lazos
y le haga el corazon cien mil pedazos.
Tenedles compasion ¡ay! perdonadme,
mi frente está abrasada.
No sé que digo, no... (*pausa*) Siento....
(*cae aletargada sobre el sillon.*)

Amalia.

Ayudadme!
se desmayó!.. venid
(*aparece Carlota con un pomito en que traia la bebida y lo arroja sobre la mesa para acudir á su madre.*)

Carlota.

Madre adorada? (sin sentido.
Beatriz (*llamando*) Beatriz?... se encuentra

Amalia.

Que al instante remedio se le aplique...

Carlota.

(*aparte*)
Llegó en menguada hora don Enrique!

Amalia.

(*aparte*)
Tambien mi corazon reclama auxilio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Beatriz y Carlota.

Beatriz.

Ay! apenas, señorita,
del susto calmarme puedo.
Jamás en tanto peligro
desde que està padeciendo
la he mirado. ¿Cómo sigue?

Carlota.

Bien sosegada la dejo.
De otros síncopes se queda
con cruel abatimiento;
pero de este, ni aun se nota
el mas leve desconcierto:
està animada, y su rostro

aunque pálido risueño.
Pobre mamá, con que veras
pido tu salud al Cielo!

Beatriz.

Váyase usté à descansar
un poquito... el grato sueño
aliviarà el padecer
con que se agita su pecho.
Está usté, llorosa, triste...
toda su afliccion comprendo.
Yo cuidaré á la señora:
en esta estancia me quedo.

Carlota.

Dormir!.. soy jóven, amiga,
y solo en mi madre pienso.
Vé y recibe á don Arturo
que por instantes espero.
Avisa sin detencion.

Beatriz.

Mi gusto está en complaceros. (*se va*)

ESCENA SEGUNDA.

Carlota sola.

El gozo de este mundo en su dorada copa,
encierra para el alma la venenosa hiel, (cia?
¿por qué, Rey de los astros, no salvas la inocen-

cuando àvida la apura con ansia de placer.
Del cándido embeleso, despierto á los amores,
me agito dulcemente, bendigo mi ilusion,
y al ver las blancas rosas de la nupcial corona,
pesares acibaran mi tierno corazon.
Resuenan en mi oido palabras misteriosas
que osara en su letargo, frenética decir (ta,
mi dulce y cara madre «Enrique, Amalia, afren-
cruento sacrificio.. desprecio.. honor. morir.»
Ideas de amargura se cruzan por la mente...
Mi madre! (*pausa*) No.. Dios mio! Es pura...
no, jamás.
Mi pecho necesita calmarse en este instante
y quiero en la inocencia volver á descansar.

ESCENA TERCERA.

Carlota, Beatriz y Arturo.

Beatriz.

Don Arturo órden espera...

Carlota.

Que paso al punto, Beatriz.
(*se vá Beatriz*)
Llegó el momento feliz
que mi casto amor lucira.

Arturo.

Carlota!.. cuanto placer!...
Un siglo me parecia

que tus gracias no veia!
Tu no puedes comprender
lo que mi pecho en tu ausencia
ha sufrido!.. se angustiaba
porque todo le faltaba
al faltarle tu presencia.
Aunque de tu fé seguro,
dime; dime que me adoras,
dime que en tu alma atesoras...

Carlota.

Lo dudas, querido Arturo?
por tí mi pecho adormido,
por tí principió à latir:
tu le has dado otro vivir...
tu eres su ser bendecido.

Arturo.

Sigue, sigue, que tu acento
que mi corazon codicia,
una celestial delicia
derrama en este momento.

Carlota.

A los placeres agena,
en silencioso retiro,
á tí mandaba un suspiro
y se calmaba mi pena.
Flor que en la mansion sombria

sufre y pierde su arrebol,
era tu memoria el sol
que à la vida me volvia.

Arturo.

Y hoy de tanta gracia dueño
¿voy á ser? oh! me arrebata
la alegria!.. se dilata
toda mi existencia!.. sueño.
Me confunde la ventura.
¿Tù formada para mí?
Yo soy en el mundo, si,
la mas dichosa criatura.
Oh!' yo no vivo en el suelo,
que arrobado en tu belleza,
goza mi alma la pureza
que se consigue en el Cielo.
Mañana, mas dulcemente
oiré yo tu *si* divino,
qne el sediento peregrino
el murmullo de la fuente.
Y tú que mi afanar vez,
y mi ardor, y mi delirio,
¿por qué, cual ajado lirio,
miro en tí esa palidez?
Mi amor contenta á mi padre,
nuestro amor Dios santifica,
ese silencio ¿qué esplica?
¿dudas de tu tierna madre?

Carlota.

Tu cariño no concibe
lo que me quiere y la adoro:
es Carlota su tesoro,
y solo por su hija vive.
La pasion que nos abrasa
satisface á su deseo...
mas yo sufriendo la veo,
y el corazon me traspasa.
(se acerca Maria lentamente)
Mas hela cuan afligida
hoy la tienen sus dolores.

Arturo.

Bendiga nuestros amores
y yo le daré mi vida.

ESCENA CUARTA.

Carlota, Arturo y Maria.

Maria.

Don Arturo aqui.

Arturo.

Señora! .
*(le presenta un sillon en el cual se sie-
ta Maria.)*

Maria.

Mil gracias.

Carlota.

Con tu licencia
me alejo, mamá:

Maria.

(*aparte*) La causa
es muy justa, muy honesta
(*alto*) Bien Carlota.

Carlota.

(*yéndose*) Yo no sé
porque mi pecho ahora tiembla (*se va*)

Maria.

Sentaos don Arturo.

Arturo.

(*á los pies de Maria*)
No,
á vuestros pies mi alma espera
un bien inmenso... el que solo
para mi existe en la tierra.
Dejadme que el dulce nombre
de madre os dé, que hoy obtenga
la mano de vuestra hija
donde mi gloria se encuentra.

Maria.

Levantad...
Aqui à mi lado

os hablaré. (*se sienta*) En gran manera
me es grata vuestra eleccion,
porque conozco las prendas,
don Arturo, que os distinguen.
Dignas son de la belleza
del alma sencilla y pura
de mi Carlota. Por ellas,
porque sabreis apreciar
el tesoro que os entrega
mi maternal corazon,
os la concedo.

Arturo.

Oh suprema
felicidad... sois del Cielo
una hermosa mensagera
que Dios me envia. Yo os juro,
del Señor en la presencia,
vivir para vuestra hija,
y con gratitud eterna
recompensaros la dicha
que hoy me dais.

Maria.

Asi lo espera
mi afecto de vos, os pido,
pues ya agotadas mis fuerzas
pocos dias en el mundo
que sobrevivir me quedan,

que la ameis mucho, y que siempre
le recordeis mi terneza,
el cariño de su madre (*enternecida*)
que tanto la quiso... sea
vuestra estimacion su amparo...
Solo ese, Arturo, le queda.
Ay! tan càndida y amable
y pronto habré de perderla!..
Y pronto sobre mi tumba
vertirà lágrimas tiernas! (*enternecida*)

Arturo.

Me aflijis! oh desechad
tan contristadas ideas...
Gozareis á nuestro lado
pronto os veremos buena.

Maria.

Dios lo permita, hijo mio.
Ya sé que tendreis licencia
de vuestro padre, no obstante
es necesario que venga
y me hable.

Arturo.

Justamente
no tardará, lo desea.
No sabeis con qué desvelo
por mi dicha se interesa,

y cuan de su agrado es...
(*entra Lorenzo y sale al instante*)

Lorenzo.

Dais vuestro permiso.

María.

Entra.

Lorenzo.

Un criado de don Pedro
este billete me entrega,
con encargo de que al punto
en vuestra mano os lo diera.
(*lo entrega y se va*)

Arturo.

(*aparte*) De mi padre!

María.

(*aparte*) Qué serà!
cualquiera cosa me aterra.
(*dirigiéndose á Arturo*)
Dispensad...
(*lee, y concluido queda abatida*)
Oh! mas suplicios!
Virgen Santa, Abed clemencia!

Arturo.

¿Qué contiene ese billete?
Vuestra mutacion me llena

de aciago temor.

María.

Leed... (*Le da el billete que lee en voz alta Arturo*)

Arturo.

«Mi señora doña María Dionis: Sé que en este instante mi hijo Arturo os pide la mano de vuestra hija Carlota: negádsela, pues por razones imperiosas no podria yo concederle permiso para este enlace.=Pedro Huson.»

(*representa*)
Se me estrella la cabeza
de furor... (*pausa*) No, no es posible
que esto mi padre escribiera...
esto es una infamia, vuelo
á sus pies, le haré que venga
al instante... vos le oireis...
esto ha sido una vileza...
Calmaos, señora, calmaos...
perdonadme... Ay del que sea
el malvado que sorprenda
á mi padre.... (*toma el sombrero y sale enfurecido*)

María.

Sí, que venga.

ESCENA QUINTA.

Maria sola.

¿No bastaba, Señor, á tu justicia,
á la vez que á tu cólera tremenda,
destrozar las entrañas infelices
de una débil muger, por una ofensa?
No bastaba, Señor, en la tortura
prolongar del espiritu las fuerzas,
ni éra bastante al prepotente encono
lágrimas, espiacion, mortales penas?
Tambien á mi Carlota, al ángel mio,
puro como el no ser, como tu esencia?
¿Qué te hizo la inocente? Ay... perdonadme
no sé que digo, ni decir debiera.
Infortunada niña! los dolores
tu madre te los brinda con su afrenta.
Pronto te dejaré, soy una planta
que el aire que respiras envenena.
No me maldigas, no, si acaso un dia
ante tu luz radiante se presenta
mi deshonor, comprende mis tormentos,
y compasion, Carlota, te merezcan.
(*pausa*)
Le ocultaré esta nueva... costaria
lágrimas de ponzoña á su inocencia
(*tira de la campanilla para llamar*)
Veré á don Pedro, lo conozco, tiene

el corazon y el alma de una hiena.
Y que me importa al fin!.. salve á mi hija,
é imponga un sacrificio, aunque yo muera.

ESCENA SESTA.

Maria y Carlota.

Carlota.

Qué deseas, mamà? dime...
Dios bondadoso ¿qué observo?
Arturo sin despedirse
se fué, y en tu rostro veo
la amargura, y en tus ojos
algunas lágrimas? Cielos!
Calma mi ansiedad, di pronto...

Maria.

Sosiégate: te lo ruego.
yo angustiada?.. no hija mia,
¿no miras como me alegro?

Carlota.

Pero el cariño de Arturo
no obtiene todo tu aprecio?

Maria.

Si.

Carlota

Alguna dificultad
pones tù à nuestro himeneo?

Maria.

No.

Carlota.

Entonces por qué se ha ido?
per qué no ví su contento?
por qué con él á tus pies
no me arrojé á un mismo tiempo?

Maria.

Tranquilízate. Bien pronto
llegará á casa don Pedro.
Solo à él recibo: me avisas...
descansar un poco quiero.
(*se va al dormitorio y dirá al ir*
aparte)
Descansar!.: consiga solo
verter lágrimas de fuego, (*se va*)

ESCENA SETIMA.

Carlota sola.

Mi pecho se oprime!..
La duda Dios mio
con velo sombrio
me viene á inquietar.
Augurios funestos
ocupan mi frente...
piedad, Dios clemente!..

que aleje el pesar
y mi vida
por ti sea bendecida.
Tu sabes que apenas
mi vida halló encanto,
tristezas y llanto
tan solo escuché.
Doliente mi madre,
bebí en su ternura,
tan solo amargura
que á tí consagré.
Ay! mi vida
por tí sea bendecida.
Gozar quiere el alma
que no te ha ofendido:
bastante he sufrido!
bastante, Señor!
Derrama en mi Madre
tu dulce clemencia:
guarda mi inocencia,
bendice mi amor.

ESCENA OCTAVA.

Carlota y Enrique.

Enrique.

Doña Carlota, dispensadme...

Carlota.

(aparte) Infausta me es su presencia.

don Enrique....

Enrique.

Necesito
ver à mamá: me interesa
que sea ahora, al instante...
mi corazon os lo ruega.

Carlota.

Me es sensible no poder
complaceros cual quisiera;
pero en el lecho postrada,
no recibe.

Enrique.

Aunque padezca
anunciadme: os lo suplico.
Yo sé, Carlota, que aprecia
mi visita.

Carlota.

Por vos solo
satisfago esta exigencia.
(se va por la puerta del fondo que dá al dormitorio de Maria.)

ESCENA NOVENA.

Enrique solo.

Cultura y elegancia! no es bastante
el corazon esceptico que dais,
hay un poder que acusa, que reprime,
y del alma á despecho se apodera.
Nubes vagantes de matices bellos,
el eléctrico fuego en sí contienen,
el rayo y destruccion, despues... la nada.
Giré en pos de placeres: nunca, nunca
vi en el amor, en la virtud austera
poder, ni voluntad; ¿por qué hoy mi pecho
el campo es de una lucha encarnizada,
de encontradas pasiones? por qué escucho
una voz que me grita «rinde ateo
culto à la dignidad del alma noble?
Qué hacer en situacion tan angustiosa?
Yo mismo no lo sé... pronto Maria
quizá marque por siempre mi destino.

ESCENA DECIMA.

Enrique y Carlota.

Carlota.

Nada. Lo mismo que os dije:
no le permite su estado
recibiros

Enrique.

Ni á mi nombre...

Carlota.

Don Enrique, ha sido en vano.

Enrique.

Me es urgente...

Carlota.

Caballero,
sentiria recordaros
cuanto à una señora enferma...

Enrique.

Perdonad, no lo he olvidado.
Quedad con Dios (*aparte yéndose*) Le (hablaré
á pesar de su mandato.

ESCENA UNDECIMA.

Carlota sola.

Nada le he dicho á mama,
he obrado con mucho acuerdo.
No sé por qué don Enrique
me infunde aversion y miedo.
Su última entrevista!.. oh!
perdóneme el justo Cielo;
pero él agravó la pena
de mi madre... es un misterio.. (*pausa*)

en que no debo pensar,
ni deseo comprenderlo.
Ademas, solo recibe
mi cara mamá á don Pedro....
á ese si... si, cuando llegue
yo le avisaré al momento.

ESCENA DUODECIMA.

Carlota, Beatriz, y despues don Pedro.

Beatriz.

Don Pedro espera permiso ..

Carlota.

Beatriz, que pase al instante. (*Se va*
Dios piadoso, que mi amor *Beatriz*)
hoy su ventura afiance.
(*entra don Pedro.*)

Pedro.

Carlota, afable os saludo.

Carlota.

Yo soy vuestra servidora,
dignaos tomar asiento
(*se sienta*)

Pedro.

Gracias. En mamá se nota
mejoria?

Carlota.

Por intérvalos,
mas siempre disfruta poca.
Voy à anunciaros; mandó
que lo hiciese sin demora. (*se vá.*)

ESCENA DECIMA TERCERA.

D. Pedro solo.

Yo he de sacar hoy partido.
¿Cómo poderlo dudar?
Todo lo consigue al cabo
un carácter pertinaz
Mi afan hoy triunfa y me vengo.
Esto se llama aguzar
el ingenio!.. Que me implore,
que me escite á la piedad,
que haya lágrimas... no sé
mas que morir ó triunfar.

ESCENA DECIMA CUARTA.

Maria y don Pedro, (que le presenta el sillon y se sientan.)

Maria.

Vuestra salud don Pedro me complace.

Pedro.

Siento no sea la de usté colmada.

Maria.

Asi mas compasiva me vereis.

Pedro.

Mi pecho no conoce la venganza.
Estoy à vuestras órdenes, señora.
Arturo en vuestro nombre me rogaba
que os viese en el momento, y ya lo veis
que nadie en agradaros se me iguala.

Maria.

Por mí solo venis?

Pedro.

Seguramente.

Maria.

Por vuestro Arturo, no?

Pedro.

Por él... yo...

Maria.

Basta.
No se estinguió vuestro mortal encono,
ni lo calmó siquiera la desgracia.

Pedro.

Ignoro por qué asi me estais juzgando.

Maria.

¿Sabeis que vuestro Arturo à mi hija ama?

Pedro.

Si.

Maria.

No habeis vos protegido estos amores?

Pedro.

Si.

Maria.

La dulce candidez, la noble alma
de mi Carlota, conocido habeis?

Pedro.

Es bella, amable, complaciente, santa.

Maria.

Y era vuestro un billete, que hace poco,
negàndose à este enlace, me entregaban?

Pedro.

Sin duda alguna os lo mandé, señora.

Maria.

Esa frialdad, don Pedro, hiela, espanta!
¿y sois padre de Arturo, y os gozais
en lanzarlo al dolor, y á la desgracia?

Pedro.

Dispongo de mi hijo, y mis acciones
nadie tiene derecho á censurarlas.

Maria.

Qué decis? oh! me aterro al escucharos
¿y es un hombre de honor el que me habla?
¡qué derecho me asiste! asi ultrajais
el respeto y decoro que me ensalzan?
Asi el amor de madre, la inocencia
respetais caballero? ¿Cuál la causa
de tan atroz conducta, que los tigres
si tuvieran razon no la igualaran?

Pedro.

No lo ignorais, por Dios, juré vengarme,
y yo no sé ceder: la hora es llegada.
Os amé con delirio; por tres años
mi sueño, mi existencia os entregaba.
Desvelos, privaciones, sacrificios,
no os debieron, señora, una mirada.
Orgullo sobre orgullo, y el desprecio
fueron la recompensa de mi llama.
Contento yo mi suerte sufriria
si el deber de una esposa lo mandara;
pero sufriendo mi cruel tortura,
otro impúdico amor os solazaba
con don Enrique ..

Maria.

Ah! piedad! clemencia!
Don Pedro, me matais! héme postrada
á vuestros pies.

Pedro.

Oidme: levantaos (*se levanta*)

(*Maria con voz baja y con delirio*)

Maria.

Bajad la voz... por compasion, muy baja:
que solo yo la oiga.. y me calcine...
es la voz del infierno que me mata.
Seguid, seguid.. es mi espiacion!. no importa
que mireis cadavérica mi cara.
Qué no os oiga mi hija!!.. brotaria
entonces de mis ojos fuego y rabia.

Pedro.

Siento vuestro pesar, lo habeis querido:
desprecio con desprecio es justa paga.

Maria.

Si vos lo permitis, si vos quereis,
puedo aun morir, don Pedro, resignada.
Ocultad en el alma este secreto,
Dios y mi padecer os lo demandan;
mas, unid á Carlota con Arturo,
son dos almas de amor, inmaculadas.
El Cielo los bendice!.. si, mi hija,
mi sensible Carlota con sus gracias,
con su eterno querer, á vos, don Pedro,
compensará el favor, que ahora reclama
esta infelice Madre. Sin amparo
mi hija del corazon, y mancillada!!..
No, don Pedro, piedad!.. A mí, y á Enrique
insultarnos en cambio: seré esclava...

Pedro.

A Enrique yo insultar? Por castigaros,

por hacer vuestra vida mas amarga,
de vuestro amor lo separé. Esta noche
se firma su contrato con mi Amalia.

Maria.

Hombre de sangre, de esterminio horrendo!
no me dejes que muera condenada:
Oh! si una gota de la hiel ardiente,
que se filtra en mi pecho, te abrasara!!!..
Saca un puñal, termina este martirio
que coagula mi sangre, y despedaza...
mas ampara á mi hija, y que yo espire
sin lanzarte el horror de mis miradas.

Pedro.

Con una condicion dará mi Arturo
la mano á vuestra hija.

Maria.

Dila!!.. acaba.

Pedro.

Sé mi esposa, Maria.

Maria.

Qué horror!! nunca... (*queda abatida en el sillon*)

Pedro.

Tú lo suplicarás arrodillada (*se va y cae el telon quedando abismada Maria.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Principia á oscurecer entra la luna por el balcon que dá sobre Maria, que está abatida sobre un sillon.

ESCENA PRIMERA.

Maria sola.

Melancólica luna, que derramas
balsámico reposo en tu silencio,
y del alma calmando los suspiros,
la haces vagar por el espacio inmenso!
Guarda, magestuosa, que sublimas
las tenebrosas tumbas de los muertos...
sobre mi corazon tan angustiado
esparce la quietud... que alcance el sueño.
Si dado no te es, por mi infortunio,
benigna en mi sepulcro, sé à lo menos.

Que no turben mi paz. Tu luz serena
solo en mi losa toque! . tus reflejos
no me roben, impios, los mortales,
que harán gemir y retemblar mi pecho.
Si mi pobre Carlota, en la alta noche
llora en mi yerto mármol, yo te ruego
que velada de nubes, no le muestres
la mancha horrible que en mi frente llevo!
Concédeme esta gracia, ya que el mundo
se complace en mi amargo desconsuelo.

ESCENA SEGUNDA.

Maria, y Enrique que sale por la puerta del fondo que es la del dormitorio de ella.

Enrique.

No se complace, no.

Maria.

Ah!.. quién?

Enrique.

Maria!

Maria.

Quién la mansion del padecer profana?
Huye de aquí, y en mi agonia acerba....
déjame en soledad, deja mi alma
hombre de perdicion.... que á Dios implore.
¿Quién en mi dormitorio te ocultara?
Me venden sin piedad!

Enrique.

Nadie, Maria.
(*muestra una llave*)
Ve esta preciosa llave. ¿Tú olvidabas
que tu pasion me la cediera un dia,
y hasta tus dulces brazos me dió entrada?
Basta ya de sufrir: vengo á salvarte.

Maria.

No observas que la muerte me reclama?
Remedio para mi!.. no hay en la tierra
mas que verdugos que me ofrecen ansias
y tormentos sin fin.

Enrique.

Esas ideas
depon en este instante, que taladran
mi corazon amante. Oye, Maria,
oye por compasion.

Maria.

Lo quieres?.. habla.

Enrique.

Una ilusion fugaz, tal vez don Pedro
encendiera mi amor con su hija Amalia.
Mi educacion, la ausencia de tu lado,
mal entendido honor, fueron la causa
de toda la amargura que vertiera
sobre tu noble y tu sublime alma.

Me retiro al silencio, conmovido
por tu intenso penar: en vano llama
mi pasion á la jóven prometida,
en vano mi cabeza atormentada
evoca el sueño... mi conciencia grita,
y tan solo contemplo en lontananza
una hermosa muger, pálida, tierna,
símbolo del amor... arrodillada
al pie de un atahud, que à los reflejos
de amortiguada luna me llamaba.
«Adios Enrique! mi postrer suspiro
es para tí, me dijo, y no me amas!
Adios!» Y en el momento su cabeza
hace esparcir su cabellera larga.
y velo de la muerte, sus facciones
para siempre jamás de mí ocultaba.
La vision me consterna... un sudor frio
vierte mi cuerpo y mi semblante baña.
Se pasa el estupor: llamo à la hermosa,
y el Cielo compasivo la animaba.
La miro y eras tú! tú, si Maria,
el ángel de mi amor, gloria del alma.
En tí la paz del corazon, la dicha
la delicia perpétua en tí se halla.
Del féretro terrible, ven conmigo:
velemos a las selvas solitarias
inundados de amor: nuestros suspiros
no se interrumpirán, los traerá el aura,

y otra vez agitados por nosotros
volverán à encender la ardiente llama.
En tan dulce abandono sus amores
las aves cantaràn; lindas guirnaldas
las flores tejerán sobre tu frente
dàndoles su color y su fragancia.
Ven á mis brazos, ven, vuela conmigo
á morirnos de amor. Deja esta estancia
de profundo dolor, deja esta córte
que à los dos nos sepulta en la desgracia.
Huyamos para siempre... mi universo,
mi perpétua ventura en ti se alcanza.

Maria.

Qué dulce frenesí... divino sueño!...
Los àngeles del Cielo me lo mandan.
No despertadme, no!.. por las florestas
arrobado mi pecho se dilata...
Ya me veo en la linfa de una fuente...
vivífico frescor mi sangre calma!.
Ya mi pálida frente se colora! (cha!!
Es pura y tersa... ¡O Dios!.. no tengo man-
Enrique! caro Enrique!!

Enrique.

Si, Maria,
es tu querido Enrique el que te habla,
que en amor incendiado, te bendice.
Volemos al placer.

Maria.

Oh! sin tardanza
huyamos del horror de este aposento.
Necesito otro aire! me faltaba
mi Enrique... ya lo alcanzo... si, volemos:
á tí está mi existencia consagrada.

Enrique.

Siento pasos. Me oculto. Tranquiliza
tu agitacion... la gloria nos aguarda.
(*Se oculta Enrique en el dormitorio de Maria.*)

ESCENA TERCERA.

Maria y Arturo.

Arturo.

Perdonadme, Madre mia,
si ahora importuno os molesto.
Nada me ocupa en el mundo
mas que Carlota: no pienso,
ni miro nada, ni oigo,
mas que su beldad, su acento.
Sin ella no hay alegria
para mí: todo desierto
lo encuentra mi corazon,
que respira en el incendio
de esta pasion amorosa.
Señora, dadme consuelo.
(*En este instante entra Lorenzo con dos*

bujías que pone encima de la mesa y se retira de contado.)

María.

Yo, Arturo! yo, que de acibar,
tengo rebosando el pecho!
Yo, madre infelice, que
por mi hija, por tí fallezco
sin que un quejido dar pueda
mi inesplicable tormento?
Tu padre, Arturo, tu padre
con despiadado deseo,
en la desgracia nos hunde.

Arturo.

Mi padre, cual vos, es bueno.
Ya me dió su bendicion.
ora me la dió, sabedlo.
En vos, señora, tan solo
se encierra nuestro contento,
nuestra venturo, la vida..

María.

En mí, Arturo!. ¿No comprendo?
En mí!.. Si dado me fuera
haceros felices... creo
que apurara hasta el martirio
mas espácico y cruento.
En mí, Arturo?.. ¿No concibes

lo que es el amor materno,
lo que quiero à mi Carlota?
Solo por su suerte tiemblo,
y el caliz de la amargura
apuro cada momento.

Arturo.

En vos, señora, consiste.
Me lo asegura ahora mesmo
mi padre. Vendrá al contrato,
él lo firmará el primero
con tal que vos accedais
á lo que os exije....

Maria.

Cielos!

Arturo.

Lo ignoro, madre querida;
pero à vuestros pies os ruego,
que oigais benigna á mi padre,
y si su tenaz empeño
os cuesta algun sacrificio,
por mì, por Carlota hacedlo.
Madre bondosa ¿qué vale
un pequeño sufrimiento,
si se trata de la dicha
de vuestra hija? El Supremo
os compensarà y nosotros
con agrádecer eterno.

Ved que hora de vuestros lábios,
la ventura está pendiendo
de dos hijos, que no hay fuerzas
que los separen del suelo.

ESCENA CUARTA.

Dichos y Carlota.

Maria.

Mi Carlota!

Carlota.

Madre mia,
tu clemente corazon
nos eche la bendicion.

Maria.

Ay! dejadme en mi agonia.

Carlota.

No abandonarás mi amor:
es tan cándido y tan puro,
que sobre mí y sobre Arturo
la gracia vertió el señor.
Tú, mi fuente de ternura
que me han dado el existir,
no me dejaràs morir
apurando la amargura.
Hoy tu solicito afan
debe quedar satisfecho,

porque para mí tu pecho
guarda de amor un volcan.
Sé, como siempre, indulgente,
bendice nuestro querer:
dos plantas verás crecer
para cobijar tu frente.
Dos tórtolas que arrullando
à tu lado maternal
la delicia celestial
tu las veras disfrutando.
Calma mi desasosiego:
enjugue mi faz llorosa
esa mano bondadosa...
Madre mia!... yo lo ruego.

Maria.

(*Aparte y con toda la amargura del sacrificio que vá á hacer.*)

Su voz!... su tierna querella!...
mi amor!... oh, pierdo el juicio...
Consumase el sacrificio!
Muera yo... que viva ella!
(*Alto.*)
Esperar... (*Coje la pluma y escribe, en tanto dirá*) oh! que taladre
mi corazon la congoja...
Dios este tormento acoja...
digna ofrenda de una madre.
(*Alto, entrega un billete á Arturo.*)

Toma, Arturo, toma, oh!...
dá à tu padre este papel,
que teneis la dicha en él...
(*aparte*) y mi sepultura yo.

Arturo.

El cielo santo os bendiga,
cual lo pide mi contento.
Me voy... no pierdo momento
hasta que mi afan consiga... (*se vá.*)

ESCENA QUINTA.

Maria y Carlota que se arroja en los brazos de su madre y la besa apasionadamente.

Carlota.

Madre del alma!

Maria.

Carlota!
hija mia!!

Carlota.

Estás temblando.
Ay! me estàs martirizando!
tu sufrimiento se agota.
Yo tus dias enveneno.

Maria.

Ay!

Carlota.

Cuánto penas por mí!
Corran tus làgrimas, sí,
y que caigan en mi seno.
Son las gotas de rocio
que en mí vierte tu dolor.
Son las perlas de tu amor,
que me cede tu alvedrio.
Yo sola, sola las quiero,
yo las sabré conservar,
y yo las sabré adorar
cual la sangre del Cordero.
Llora, llora, este es un bien
que ha de volverte la calma
contigo, madre del alma
yo quiero llorar tambien.
(*Un momento de pausa... están abraza-das.*)

Maria.

Con tu llanto no hay zozobra,
mi intenso penar termina.
En mi pecho te reclina...
(*mirando al cielo.*
Soy Madre!... valor me sobra.
Oh! que me importa el sufrir
si voy à labrar tu dicha
si al terminar mi desdicha
en tí empiezo à revivir?

Mi alma purificarás
con tu plegaria de niño,
y con ternura y cariño
mi dolor aliviarás.
Nadie romperá los lazos
que unen nuestros corazones,
ni tormentos, ni ilusiones,
me arrancarán de tus brazos.

Carlota.

Nunca, mamá! De la suerte
los males combatiremos,
y abrazadas moriremos...

María.

Ya no me espanta la muerte.
Que iluminen esta estancia:
al punto tú al tocador,
y que admiren tu candor
radiante con la elegancia.
Don Pedro, ay! con Arturo
llegarán dentro de un rato
para firmar el contrato
con que tu suerte aseguro.
(*aparte*) Ay! el pecho se me oprime!

Carlota.

Pues que lo ordenas lo haré.
Nunca, mamá, olvidaré
abnegacion tan sublime. (*se vá*)

ESCENA SESTA.

Maria y Enrique, que sale del dormitorio apenas se va Carlota.

Enrique.

¿Qué osas decir, Maria? qué dispones?
Sin duda tú deliras.
Tu juicio por las penas trastornado
de tu querido Enrique se ha olvidado.
No respondes? suspiras?
ven á mi corazon, su llama ardiente
te inflamará. Partamos:
ni un momento en salir nos detengamos.

Maria.

Jamás, Enrique! Làstima te deba
mi destino horroroso.
El Cielo inexorable nos separa!
Sacie el rigor en mí la suerte avara:
se tù al menos dichoso.

Enrique.

No me amaste jamàs! Fué una mentira
tu amor y tu delirio.

Maria.

Déjame, caro Enrique, en mi martirio:
tu voz me perderia.
¿Quién te ama como yó?

Enrique.

Pues bien, si es cierto,
inestinguibles dichas el desierto
nos guarda, amiga mia.
Respiraré contigo, ébrio de amores.
En éxtasis profundo
se encerrará en nosotros todo el mundo.
Astro de amor, volemos sin tardanza:
una hora nos perdiera.
Cada instante que corre yo me arredro.
Acuérdate de Amalia, de don Pedro
que impaciente me espera
para firmar el connubial contrato:
que si aquí me encontrara,
yo por salvar mi honor quizà firmara.

María.

Enrique! ¿No recuerdas que soy madre?
Yo abandonar mi hija,
que es el mismo candor, la virtud suma
Que tan atroz delito yo consuma,
nadie, Enrique, me exija.
No ves que me llamara en su abandono,
y mientras yo gozaba
los deleites de amor, ella lloraba?
Ella llorar, Señor, sin un consuelo!
Mi Carlota ¡infelice!
Buscàndome do quier, despavorida,

y verse sin su madre tan querida!..
La madre que obra así, Dios la maldice.

Enrique.

Arturo amor eterno le jurara:
es noble y caballero
y no le hará faltar el mundo entero.
Mañana en los altares uniria
con Carlota su mano.
Tranquilízate, amiga... Yo aseguro
que tu hija es bien feliz con don Arturo.
Si acaso un temor vano
sobre Carlota abrigas, con nosotros
que se venga al instante:
pronto se le unirá su tierno amante.

Maria.

La sociedad, Enrique, Arturo mismo
si mi fuga notara
de su ardiente pasion desistiria.
Deshonrada à Carlota miraria
y cruel la despreciara.
Mi hija me maldijera... ya en mi oido
su maldicion retumba!..
Antes por siempre ocúlteme la tumba.

Enrique.

Maria, ídolo amado, si me dejas,
para siempre te pierdo,

y angustiado tu pecho como el mio
no podrán revocar tu desvarío.
Un celestial recuerdo
de toda la pasion que nos abrasa,
en tu oido resonando
tu fuerza y tu vivir irá acabando.
Tras de noches tristísimas de insomnio,
de corroedor tormento,
que mi anhelar, mi vida sacrifique,
trasunto de un cadáver, á tu Enrique
veràs cada momento.
Víctima atroz de tu impiedad, Maria,
te gritará aterrado.
«Por tenerte pasion... me has torturado.»

Maria.

Vete, Enrique, por Dios: vete y respeta
el dolor que me apura.

Enrique.

Sí, me voy á alejar.! te soy odioso.
De la inocente Amalia seré esposo.
Adios, adios, perjura.
Tú verás las caricias que me cede,
tú sus dulces escesos,
tú oirás sonar sus encendidos besos.

Maria.

Basta, Enrique. Piedad! sé feliz... vete.

Enrique.

Ya tu pecho no alienta
cariño para mí... oh! tú me engañas.
(*Maria elevando la vista al Cielo*)

Maria.

Hija del corazon... de mis entrañas!! (*pausa*)
Enrique, estoy contenta.

Enrique.

Maria, para siempre adios!.. me olvidas!
Tu suerte has decretado. (*se va*)

Maria.

Ya la sentenció el Cielo despiadado.

ESCENA SETIMA.

Maria sola.

Bárbaro! ¿que te engaño me decias?
que yo nunca te amé? que nó te amo?
Bien pronto lo verás cuando el sepulcro
termine mi dolor, me dè descanso.
Mi espíritu fallece: ya mi cuerpo
se encuentra sin vigor... estenuado.
El destino asegure de mi hija,
Enrique, y tú sabràs si te idolatro.
Cuando por tí mi vida se consume,
cuando por mi Carlota me consagro
al cilicio de muerte, cuando oculto

el sacrificio atroz con que batallo
por no llenar tu pecho de amargura,
hombre cruel! ¿por compasion alcanzo
que dudes del amor que me devora?
que traspases mi pecho enamorado
con las nuevas caricias que te aguardan?
Yo tambien mas amores, mas halagos
voy á tener! Tú me verás, Enrique,
al refulgente altar irme arrastrando.
¡qué pasion mas frenética me aguarda!
qué delicias mas dulces! oh! qué abrazos!
Tengo un amante ya... tú lo conoces.
Don Pedro!.. mi verdugo! No te engaño.
Entre sus garras de alevoso tigre
mi vaporoso cuerpo está entregado,
y en su ferviente frenesí, su cara
hará brotar la sangre de mis labios!
y reirá en mi dolor!.. y arrojaráme
si entre tantos cariños me aletargo!
Lo ves, querido Enrique? Nó, tú solo
eres el venturoso... ¿qué? te espanto?
Ya me contemplarás! tus parabienes
para colmar mi gloria pronto aguardo.

ESCENA OCTAVA.

Maria y Beatriz, que sale al instante.

Beatriz.

Don Pedro, vuestro permiso. .

Maria.

Que no se detenga nada. (*se vá Beatriz.*)
En buen hora llega, si.
El último esfuerzo el alma
debe hacer! Le seré afable,
le diré dulces palabras...
¿No voy a jurarle pronto
constancia, amor, en las aras?
Que sea feliz mi Carlota,
que yo le daré la paga.
¿Y cuál mejor para un monstruo
que un cadàver sin sustancia?

ESCENA NOVENA.

Don Pedro y Maria, (*cuanto habla en esta escena Maria tiene un doble sentido, habla á don Pedro, y se ocupa del dolor que la angustia.*)

Pedro.

Por fin Maria, por fin,
accediste á mi propuesta?
vas á ser mi esposa?

Maria.

Si,
y yo bendigo mi estrella.

Pedro.

Has pensado bien. Tú alcanzas

que en tu situacion adversa,
solo mi amor puede darte
paz y ventura en la tierra.

Maria.

Lo sé, don Pedro, es seguro
que hareis terminar mis penas.
Hé sufrido tanto ya!

Pedro.

(*aparte*) Pobre muger! se me entrega!
(*alto*) Yo espero que me perdones
mi conducta, mi aspereza,
hijas solo del amor
que mi pecho te profesa.
Mi desvelo por ser tuyo,
mis obsequios y finezas,
hoy abrigan la esperanza,
para mí tan lisonjera,
de que con tierno cariño
me sabrás amar.

Maria.

La prueba
la teneis ya. Me vereis
ir hácia el altar risueña,
y hé de juraros constancia...
y ha de ser don Pedro... eterna!
No dudeis de mí: os quiero...
como yo à nadie quisiera!

Me vais à hacer tan dichosa!..
Os pertenezco: soy vuestra.

Pedro.

Estás afable conmigo!

Maria.

¿Y cómo no lo estuviera?
tanto os debo... que mi vida
es al pago corta ofrenda.

Pedro.

Por complacerte dispuse
que ahora, en esta estancia mesma
se firmasen los contratos
de mi Arturo con tu bella
Carlota, y de don Enrique
con Amalia, y por sorpresa
los nuestros detras. Yo creo
que es apreciable la escena.
¡Tres matrimonios felices!
Maria ¿no estas contenta?

Maria.

Mucho, don Pedro, es que el... gozo
me embriaga... me enagena.
Dios os pague el bien que haceis:
yo os daré la recompensa.

ESCENA DECIMA.

Maria, don Pedro, Arturo, Carlota, Enrique y Amalia.

Carlota.

Mamà... mamá... (*la abraza*)

Maria.

(*contemplándola*)
Què hermosa estais, Carlota!

Amalia.

Mis besos no quereis, doña Maria?

Maria.

Os quiero mucho, si, (*se besan*) Vaya, sentaos

Arturo.

Antes á vuestros pies, dejad que pida
con mi amablo Carlota, que esa mano
nuestros puros amores los bendiga.
(*se arrodilla con Carlota á los pies de doña Maria.*)

Maria.

Vuestro padre primero.

Pedro.

No, señora,
os toca por derecho y cortesia

(*Maria poniendo sus manos sobre la cabeza de Carlota y Arturo.*)

Maria.

Dios derrame en vosotros tanto afecto
cual mi materno amor lo solicita.
Levantad. (*le besan la mano y se retiran*)

Amalia.

Ven Enrique, me ha ofrecido
ser mi madre bondosa. Me es precisa
tambien su bendicion. Ven á sus plantas.
(*coje á Enrique, que distraido se arrodilla con Amalia, maquinalmente á los pies de Maria.*)
(*Maria al contemplar á Enrique y á Amalia pierde la razon.*)

Maria.

Huid, jóvenes profanos de mi vista,
dejad á esta pobre en su anatema!
dejadla en su espiacion con que agoniza!
Ja... ja... ja... ja.. ja... (*da esta carcajada convulsiva*)
(*Amalia y Enrique se levantan espantados*)

Amalia.

Cielos!

Arturo.

Amparo!

Carlota.

Madre del corazon!..
(cae desmayada en los brazos de Arturo que la coloca en un sillon y cuida de ella hasta el final del acto.)

Enrique.

Hora maldita!!

Pedro.

Serenaos. Tan débil, no es estraño
ese ataque mental.
(Maria sigue demente hasta concluir)

Maria.

De mi sonrisa
¿quién se burló?.. Los Cielos se han abierto
(*con furia*)
y al hombre seductor hacen cenizas.
Tiranos, escuchad la voz del ángel,
que resuena la trompa diamantina.
«Quien no tiene piedad de las mugeres
que oyeron las palabras fementidas
de vuestra seduccion, y que con sangre,
con intenso sufrir, su falta espian, (cancer
es maldito de Dios!..» Quién? yo?.. si, un
en las entrañas tengo. . me aniquila,
y me ahoga y despedaza... Suelta, Enrique,
esa mano de Amalia... dura... fria...
llévate al corazon la mia... arde!.

es un hierro encendido que calcina...
(*con dulzura*)
No ves que hermosa soy? no ves mis ojos
que matan dulcemente cuando miran?
no oyes mi voz, que el alma conmoviendo
la seduce, la manda, la cautiva...

Enrique.

Maria... por piedad!

Maria.

Huye!.. don Pedro...
Adultera!!.. callad. Nunca mi hija,
mi Carlota inocente oiga mi afrenta!
Ya la espié, Señor... pálida, livida,
me arrastro por la tierra!... Si, don Pedro...
(*pausa*)
Vuestra esposa seré... vuestra alma impía
me vé desfalleciente y no se duele
de mi acerbo penar... (*pausa*) Ya se ilumina
el sacrosanto altar... laten mis sienes,
mis débiles momentos se amortiguan.
Visteme con las galas de una novia!!...
(*pausa*)
Arrojo el corazon con mi sonrisa... (*sonrie*)
(*furia*)
Antes monstruo que tú, la negra muerte
me arranca del altar, y ya me abisma
en el hondo sepulcro!.. He aquí la esposa;

arrastras por tu presa á la avecilla!
He aquí (*rie estrepitosamente*) ja... ja... ja...
ja... la esposa bella
en hórrido cadáver convertida.
(*Queda sin sentido*)

Arturo.

Oh!

Pedro.

Maldicion fatal!.. yo... yo la he muerto.

Enrique.

Huyamos de esta escena, Amalia mia!

Amalia.

Yo de tì siempre huiré... si, para siempre.

Enrique.

Con su horrible espiacion, Dios me castiga.

FIN.

176.

177.

178.

179.

180.

181.

182.

